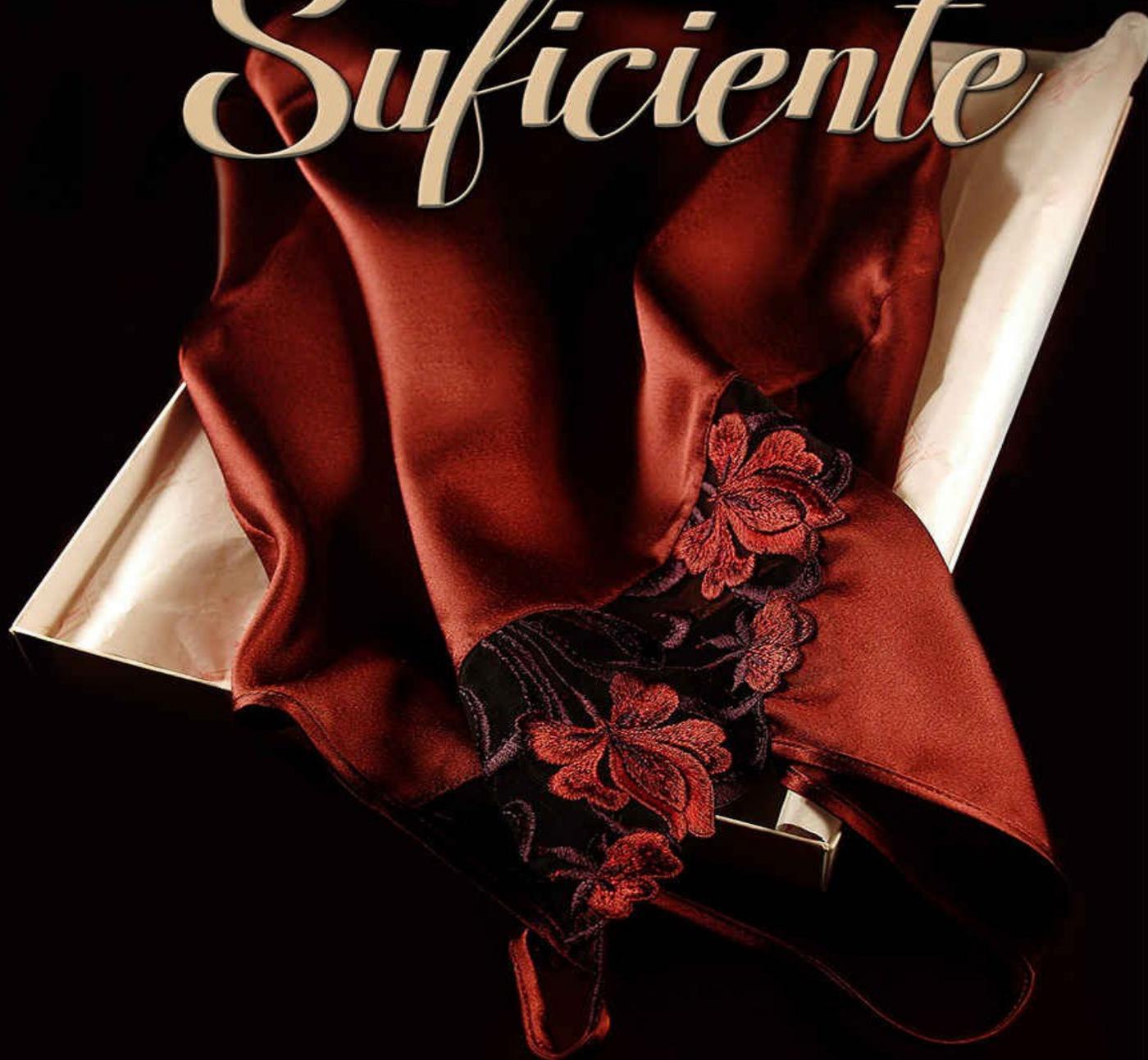


Selección RNR

El Amor no es Suficiente



MARIAN ARPA



Romance Actual

El amor no es suficiente

Marian Arpa



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Dedico esta novela a ti, a ti y a ti...
que estás a punto de sumergirte entre sus páginas.
Deseo que pases un rato agradable.*

PRÓLOGO

Sergio Roca estaba en su despacho tomándose una copa con su hermano Guillermo. Este le estaba incordiando otra vez para que no trabajara tanto y se dedicara un poco de tiempo a su vida personal. Desde que Sergio se había dado de bruces con el fiasco de su matrimonio que no había vuelto a querer saber nada de relaciones duraderas. Tenía breves encuentros con mujeres, pero no quería ni oír hablar de nada duradero.

—No todas las mujeres son como María, ¿sabes? —insistía Guillermo.

—Olvídalo, disfruto de la vida que tengo. No quiero una mujer a mi lado que a la más mínima oportunidad me corone otra vez y que luego me venga con que es culpa mía por tenerla abandonada, por trabajar demasiado.

Esa conversación la habían tenido varias veces los hermanos, y a Guillermo le daba la impresión de que Sergio se sentía responsable de que su matrimonio no hubiese funcionado.

—Tú no tuviste la culpa de nada. María nos engañó a todos.

—Ya.

—Lo que creo es que tendrías que destapar la caja de los truenos, decir la verdad a la familia y que ella se enfrente a sus propios vicios. Con el tiempo que ha pasado ya, debería de haberles dicho a sus padres que lo vuestro no funcionó.

Sergio sabía que su hermano tenía razón, y tenía pensado aclarar las cosas con su familia muy pronto, pero antes quería darle una última oportunidad a María para que hiciera lo propio con los suyos.

—Muy pronto, hermano.

—¿Eso quiere decir que vas a rehacer tu vida?

—¿Quién te ha dicho que lo necesito? Como estoy, estoy muy bien. No

necesito encadenarme a nadie.

Guillermo lo miró con picardía.

—Creo que a mamá le haría feliz malcriar a un nieto o dos.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer —dijo Sergio soltando una carcajada al ver la mueca que hacía su hermano.

Un denso silencio cayó sobre el despacho, cada uno de ellos perdido en sus propios pensamientos. Había algo que Guillermo nunca había compartido con Sergio, pensando que este ya tenía bastante con su propio fiasco de matrimonio.

Se sirvió un poco más de whisky con hielo, y el mayor pudo darse cuenta de la tensión en la espalda de su hermano mientras miraban por la ventana las luces que iluminaban Barcelona. A él solía relajarlo aquella visión, pero en ese momento estaba pendiente de Guillermo. Pensó que tendría algún problema de faldas.

—Sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad?

—Lo sé. —Pareció evaluar un momento qué decirle—. Lo cierto es que no se puede uno fiar de ninguna mujer.

Aquella afirmación hizo que Sergio frunciera el ceño.

—Espero que lo que dices no tenga nada que ver con lo mío con María. Estoy seguro de que no todos tus ligues son unos angelitos... pero, de ahí a no confiar en nadie...

—¿Recuerdas a Estrella? —Sergio afirmó con la cabeza—. Y supongo que también a Lola y a Ana.

Sergio sonrió al recordar a esas amigas de su hermano. Le caían bien: eran divertidas, guapas e inteligentes. Guillermo tenía una larga lista de mujeres que se habían desvivido por él; sin embargo, ninguna relación había cuajado.

—Y unas cuantas más —le guiñó un ojo con una sonrisa en los labios. ¿Qué le pasaba a su hermano que seguía con el semblante serio, a pesar de que él trataba de que sonriera? Se preocupó Sergio.

—Hubiera tenido mejor suerte con cualquiera de ellas, pero solo estas tres dejaron huella, y no precisamente una buena.

—¿De qué me estás hablando?

Nunca se imaginó a Guillermo sufriendo por amor. Era un truhan que las llevaba a todas de cabeza desde su adolescencia. Era encantador y a ellas les

gustaba.

—¿Qué paso? —Sergio lo miraba con el ceño fruncido.

—Me engañaron.

—¿Cómo fue eso?

La intensidad de la mirada de Guillermo debería haberlo alertado.

—Yo no les importaba un pimiento, solo pretendían ser las «señoras de».

—No me lo puedo creer. ¿Cómo te enteraste? —Sergio tenía el ceño fruncido.

—A Lola la pille tirando la píldora al inodoro. Ella siempre me decía que lo tenía todo controlado para que no hubiera un embarazo no deseado. A Ana la escuché hablando con su madre. Le estaba diciendo que muy pronto habría un bebe y la iba a sacar de sus problemas económicos. La verdad es que si me lo hubiera pedido las habría ayudado encantado.

Por la mirada de Guillermo, Sergio supo que le dolía lo que le estaba contando.

—¿Y qué pasó con Estrella?

—Ella fue la gota que colmó el vaso. Estábamos en mi casa, fui a darme una ducha al levantarme y cuando salí del baño estaba agujereando con un alfiler los preservativos que tenía en la mesita de noche. La pillé con las manos en la masa.

A Sergio se le abrió la boca de puro asombro.

—¿Qué dijo cuándo la sorprendiste?

—Esto te va a encantar... —Guillermo parecía transportado al pasado. Recordaba lo ocurrido como si hubiese pasado el día anterior—. Me habló de un juego, que por lo visto ya había practicado antes. Era como una especie de ruleta rusa, se perforaban varios preservativos y si esos eran usados los días fértiles... Llegó a explicarme que era divertido llegar a esos días del mes con la duda de si se estaba embarazada o no. No me creí ni una palabra; quería cazarme con un crío, no me cabe duda.

Sergio se quedó helado al escuchar a su hermano.

—¿Sabes lo frustrante que es no saber si la mujer que está contigo lo está por ti o por tu dinero?

—No puedo ni imaginarlo.

Al mirar el rostro de Sergio, Guillermo se sintió culpable por haberle

contado aquellos problemas a los que se enfrentaba cuando conocía a una mujer.

Desde lo ocurrido, había optado por cambiar de conversación cuando algún ligue le preguntaba por su trabajo. A las más insistentes les decía que era encargado de recursos humanos de una empresa de ropa interior, sin decirles que él era copropietario junto con su hermano. No les mentía, nunca lo hacía. Era una costumbre que su madre le había inculcado desde muy pequeño: «Las mentiras tienen las patitas muy cortas», solía decirle. Y él había crecido con aquella creencia, dado que la bendita mujer siempre sabía cuándo él no le contaba la verdad.

CAPÍTULO 1

Era jueves por la tarde. Virginia Santos estaba que se la llevaban los demonios. Le habían avisado hacía poco de un inventario sorpresa, de vez en cuando solían hacerlo. Julián, el jefe de contabilidad y su superior, se había ido ese día para disfrutar de un largo fin de semana, por lo tanto, todo el trabajo caía sobre sus espaldas. Eso no era una novedad: la que llevaba la contabilidad era ella. Él solo se limitaba a presentar los papeles que le preparaba, y en ese momento, por si fuera poco, tenía que localizarlo. A la mañana siguiente tenía que estar allí para la reunión con todos los directivos.

Lo había llamado varias veces a su móvil, pero lo tenía desconectado. Le había dejado un mensaje en el buzón de voz, y cada rato intentaba localizarlo en su casa sin resultados. Pensó perversamente que quizás fuera mejor que no hiciera caso a su recado, así el dueño se daría cuenta del personaje que tenía trabajando allí.

El reloj tocó las siete, todas sus compañeras se fueron, pero Virginia se quedó, aún le quedaba mucho trabajo por hacer antes de la reunión del día siguiente.

La empresa tenía treinta y cinco tiendas distribuidas a lo largo de todo el país. Se dedicaban a la lencería fina y su nombre, «Belleza Intima», le venía como anillo al dedo. Sus clientes siempre encontraban lo que buscaban, por lo que el negocio era muy prospero.

Tenía que cuadrar los balances de todas ellas. Tendría suerte si esa noche podía ir a casa a descansar. Siguió con su tarea. Todo iba saliendo con normalidad hasta que llegó a la tienda veintisiete: el balance no cuadraba. Estuvo repasando las anotaciones del ordenador, pero seguía habiendo una diferencia muy alta entre los números que tenían que salir y los que le

mostraba la pantalla. Decidió dejarlo, de momento seguiría con las otras y luego ya se entretendría en buscar donde estaba el fallo.

Cuando terminó con todas las tiendas eran las dos de la madrugada. Su espalda estaba dolorida, los músculos entumecidos y sus cervicales hechas polvo. Trató de relajarse un poco, movió el cuello en círculos para aliviar el dolor, iba girando los hombros para desentumecer la espalda. Entonces sintió como unas grandes manos se posaban en sus hombros y los masajearon, al momento dejó caer la cabeza hacia delante.

—Oh, qué bueno es esto —suspiró—. ¿Sabes Javier que te ganarías mejor la vida haciendo de masajista? Tienes unas manos que son un tesoro.

Nadie le contestó, y eso le extrañó. Javier Campusano era uno de los guardias de seguridad de la oficina. Siempre trabajaba de noche porque decía que así durante el día podía ocuparse de otras cosas más interesantes. Era un hombre jovial que le gustaba mucho contarle lo que hacía fuera de su jornada laboral. Se dedicaba desde dar talleres para gente mayor, pasando por cuentacuentos en las librerías de toda la ciudad, y también a campamentos de adolescentes. Era toda una caja de sorpresas. Todas las noches en las que ella se quedaba a trabajar hasta tarde, él encontraba unos minutos para tomarse un café con ella y charlar un rato.

Al cabo de unos minutos Virginia levantó la cabeza. Ya se sentía mejor.

—Gracias, Javier, ya me siento mejor. —Vio una taza de humeante café sobre la mesa y la cogió—. Gracias también por el café. —Tomó la taza y al instante sus fosas nasales fueron asaltadas por un agradable aroma—. Mmm... este café no lo has hecho tú. —Se burló soltando una risa cristalina—. Lo siento, pero esta noche tengo mucho trabajo. —Y haciendo un gesto con la mano lo despidió.

Sergio Roca, el dueño de la empresa, había bajado a la planta inferior para estirar un poco las piernas. Se sorprendió al ver a esas horas a una de las secretarias trabajando. Eran las dos de la madrugada; lentamente se acercó a ella y vio como movía los músculos que debía tener entumecidos. No supo por qué lo había hecho. Había sido como una especie de acto reflejo. Sus manos se posaron en los hombros de aquella mujer y le dio un masaje, lo que le sorprendió fue ser confundido con un tal Javier y, además, esa chica se estaba bebiendo su café. La estuvo observando unos minutos desde atrás.

Según pudo apreciar, tenía una larga cabellera, no podía precisar cuánto pues la llevaba sujeta con un lápiz enrollado en lo alto de la cabeza; su espalda era muy esbelta sobre una estrecha cintura. Dedujo por lo que vio en el ordenador que era la ayudanta de Julián, pero... ¿qué hacía allí a aquellas horas? Y... ¿quién era ese Javier?

Volvió al piso de arriba confundido. Pensó que le hacía falta dormir. A la mañana siguiente ya se enteraría de quienes eran esa chica y el tal Javier. Se echó en el sofá y se quedó dormido al instante.

Al despertar, en lo primero que pensó fue en aquella muchacha. Antes que nada, se daría una ducha para despejarse. Allí tenía todo lo que necesitaba para pasar las noches que hicieran falta. En casa no tenía a nadie que lo esperara y cuando trabajaba hasta tarde no se molestaba en ir.

Cuando hubo tomado el primer café, ya se sintió mejor. Las pocas horas que había dormido no habían sido lo reparadoras que debían. Encendió su ordenador por el cual accedía a todas las instalaciones de las dos plantas que ocupaba su empresa. Entró en el programa de personal y supo que ella era Virginia Santos, la ayudanta de Julián — como había supuesto—. Se sorprendió al ver que aquella chica, según los marcadores de fichaje, no había salido del edificio en toda la noche. ¿Es que le estaban exigiendo demasiado? Él nunca había requerido a un trabajador lo que él mismo no podía hacer. Tendría que averiguarlo. Luego, buscó cuantas personas con el nombre de Javier había: eran tres, uno de sus directores de sección, otro era un mozo, de los que llevaban papeles y paquetes de aquí para allá, y el otro era un vigilante de noche, que precisamente no había asistido al trabajo porque estaba enfermo. Supuso que ella lo había confundido con ese último.

Virginia se había dejado los ojos y los sesos buscando donde podía estar el error de la tienda veintisiete. No lo había encontrado. Lo entregaría tal como le salía, ella no podía hacer nada más.

La reunión era a las diez, faltaba una hora y aún le quedaba hacer todas las fotocopias para los diferentes jefes de sección. Se fue corriendo a la fotocopidora, así que apenas salían las hojas las iba poniendo en carpetas,

cada uno de los directivos tenía la suya personal. Terminó a las diez y cuarto, y volvió corriendo a su mesa.

Julián había escuchado el mensaje y había vuelto apresuradamente a la ciudad, pero aun así llegaba tarde. Cuando no vio a Virginia en su mesa empezó a maldecir. Preguntó a una de las chicas y esta le informó que estaba haciendo fotocopias. Él estaba de un humor que se lo llevaban los demonios y lo pagó con ella cuando esta volvió corriendo de la máquina.

—¿Se puede saber por qué no está todo preparado?

Ella lo miró fulminándolo con la mirada. Él le devolvió una mirada de superioridad y se dio la vuelta para irse.

—Espera, Julián, hay algo que deberías saber.

—Ahora no tengo tiempo. —No se dignó en mirarla al responderle.

Virginia no insistió, estaba muy cansada y tenía mucho sueño. Pensó que cuando los demás vieran lo de la tienda veintisiete, sería él quien tendría que dar explicaciones, se lo tenía bien merecido. Ella se fue a tomar un café doble. Le quedaba un largo día por delante.

En una sala habían puesto una máquina de café y otra de bollería. Había sillas para sentarse y mesas, así si tenían prisa no les hacía falta salir del edificio para desayunar. Al llegar allí vio al guardia de seguridad de día. Estaba solo, pues aún era muy pronto para que sus compañeras desayunaran.

—Hola, Juan Carlos, ¿cómo va todo? —Él no paraba de bostezar.

—Si no fuera por el sueño que tengo, todo iría bien, pero Javier está enfermo y me ha tocado a mí suplir su puesto esta noche.

Ella lo miró confundida, sabía que Juan Carlos no era como su compañero, que se daba una vuelta por las oficinas de vez en cuando. Este se sentaba frente a las pantallas de seguridad y allí se quedaba.

—¿Has estado aquí toda la noche? —le preguntó sorprendida.

—Sí, yo y mi silla, mi fiel compañera.

Él no le había dado el masaje; entonces, ¿quién había sido?, se preguntó muriéndose de curiosidad. Pensaba en ello mientras se tomaba un café y una rosquilla.

Julián era un petulante engreído. Se estaba vanagloriando de lo bien que iban

las ventas, como si fuera merito suyo. Cuando llegaron a la tienda veintisiete, había una gran diferencia en las cuentas. Todos lo miraron preguntándole que había pasado en esa tienda. Él no supo qué contestar, le echó la culpa a su secretaria.

—Esa chica es una incompetente, seguro que lo ha hecho todo corriendo y se le ha pasado algún dato.

Los demás lo miraron escépticos; Sergio Roca frunció el ceño al pensar que la chica no había salido de la empresa en toda la noche.

Siguieron por las demás tiendas y cuando terminaron el dueño le dijo a Julián que quería hablar con él. Este, esperando que su jefe estuviera furioso por su llegada tardía y por ese balance que no cuadraba, trató de disculparse.

—Siento haber llegado tarde, pero es que esa secretaria es una atolondrada. Hasta esta mañana no me ha avisado de la reunión, y encima no es capaz de cuadrar un simple balance. Tendrías que pensar en ponerla de patitas en la calle. —Sergio se sorprendió de la cara dura de ese hombre que tenía delante. Se quedó sin habla—. No te preocupes en un par de días esto estará solucionado. Haré otro balance sorpresa, ya verás cómo esta vez sale bien. Yo mismo me encargaré de ello. —Dicho aquello, salió del despacho sin preguntarle a su jefe de qué quería hablarle. Este no salía de su asombro. Lo había tratado como a un idiota, ¿qué se había creído? En adelante, pensó, tendría que vigilar más de cerca a Julián Cortés.

Al bajar al piso inferior, el director de contabilidad estuvo bastante rato sermoneando a Virginia. Cuando ella trataba de decir algo él levantaba la mano para no ser interrumpido; esta aguantó el chaparrón sin siquiera prestar demasiada atención. Tenía sueño y estaba cansada, además, ya estaba acostumbrada a los malos modales de aquel hombre. Aparte de no tener ni puñetera idea de lo que era llevar las cuentas, era un absoluto grosero mal educado.

Era un tipo delgado hasta lo indecible, aunque muy alto. Tal vez por eso se veía tan escuálido. Su rostro era un conjunto de huesos y unos ojos saltones que hacían de él una caricatura. A veces Virginia había recibido de sus compañeras unos dibujos de él muy graciosos. Los demás jefes no eran lo déspota que era este.

Cuando él hubo terminado con su sermón ella le sugirió que podían

comprobar los datos, pues los tenía todos en el ordenador. Él se negó y le contestó que en un par de días harían otro balance. Aquello la sorprendió, pero él mismo se daría cuenta de su error cuando el próximo tampoco cuadrara.

CAPÍTULO 2

El lunes siguiente, ella misma se encargó de hacer el balance en la tienda veintisiete, y entonces fue ella la que quedó con la boca abierta al descubrir que todo cuadraba a la perfección. ¡Era imposible!

Julián subió a ver a Sergio y le presentó la carpeta con el nuevo balance: todo perfecto.

Virginia no podía creer lo que había pasado. Estuvo comparando anotaciones en el ordenador: en esos últimos dos días había habido una actividad fuera de lo normal en la tienda veintisiete. Fue a ver a su compañera de ventas y le pidió los datos de las de esa tienda.

—¿Podrías imprimirlos? —le pidió.

—Sí, desde luego. —afirmó Sabrina, amable. Virginia se llevaba bien con todo el mundo. Cuando las demás veían como la trataba Julián, le decían que no tenía por qué aguantarlo, que fuera y que se quejara al jefe. Ella siempre les contestaba que no había estudiado para ser secretaria de nadie, que cuando pudiera se buscaría otro empleo.

—Cuando los tenga impresos te los llevare —le prometió su compañera de ventas.

Al cabo del rato cuando tuvo los papeles en la mano, vio algo muy raro. Durante los últimos dos días habían triplicado las ventas. ¡Imposible! Se fijó más a fondo. Soltó un improperio, ¿qué era aquello? Había códigos de barras que habían pasado varias veces por el ordenador de la caja de la tienda veintisiete. ¿Qué estaba pasando? Era imposible vender una prenda más de una vez. Allí estaba sucediendo algo muy raro.

Ese día se fue a su casa con dolor de cabeza de tanto estrujarse el cerebro. No entendía qué era lo que fallaba. Si los dependientes de esa tienda pasaban

varias veces la misma prenda por el ordenador, ¿cómo lo hacían para que las cuentas cuadraran?

Sabía que no era problema suyo lo que estuviera ocurriendo en esa tienda, pero no podía dejar de pensar en ello. Llamó a un amigo suyo que era investigador privado, casualmente en Valencia, donde se hallaba la tienda veintisiete y le pidió que investigara un poco sin llamar la atención. Se acostó frustrada e inquieta. A la mañana siguiente su cabeza aún no estaba lo suficiente despejada.

Pasaban los días y ella estuvo investigado todas las secciones, si recibían género de otras firmas, si vendían a otras tiendas, pero nada, no halló nada. Esa tienda era como todas las demás. Decidió averiguar un poco más. Fue a ver a su compañera de ventas otra vez y le pidió el detalle de las ventas de los últimos días de varios inventarios anteriores. Los datos eran los mismos. Durante los dos días anteriores, las ventas se disparaban, y con los mismos códigos pasando una y otra vez. Allí había un buen embrollo. ¿Cómo era posible?

A su amiga Sabrina le extrañaba que le hiciera tantas preguntas sobre aquella tienda. Le preguntó si Julián le estaba dando más trabajo, no le hubiera extrañado. Ese hombre era un déspota y un maleducado, no dudaba en ridiculizarla delante de todas sus compañeras. Ella siempre le decía que lo mandara a tomar viento, que con la experiencia que tenía encontraría trabajo en cualquier sitio. Virginia le dijo que estaba haciendo unas comprobaciones por su cuenta.

—Ve con cuidado. Si Julián se entera de que respiras sin pedirle permiso...

—Las dos amigas rieron.

—Mándame estos datos a mi ordenador.

—Ahora mismo.

Virginia los imprimió y puso todo en una carpeta que guardó en el fondo del último de sus cajones.

Habían pasado unos quince días desde el último balance, ya se acercaba el de finales de mes. Estaba impaciente para ver cómo salía esta vez. Claro que con los datos que tenía, seguro que salía a la perfección.

Una tarde cuando ella volvía de tomarse un café, encontró una nota en su escritorio que le decía que esperara la llamada de Ricardo. Ella así lo hizo.

Tocaron las siete y sus compañeras se fueron. Ella aprovechó para pasar unos datos en el ordenador mientras esperaba la llamada. Eran cerca de las nueve cuando oyó una voz profunda que venía de su espalda.

—¿Tanto trabajo tienes atrasado que te quedas hasta tan tarde?

Ella se giró. No conocía a ese hombre.

—¿Quién es usted? —Sergio apreció esa voz con un tono ronco y sensual.

—Últimamente trabajas muchas horas, casi cada día te quedas hasta tarde.

—¿Me está vigilando? —preguntó alzando una ceja.

A Sergio le encantó ese gesto. Estaba ante una mujer muy bella. Aquel pelo negro que ese día llevaba suelto le llegaba hasta las caderas. Tenía unos profundos ojos verdes de forma almendrada, una nariz pequeña y una boca plena, con unos labios carnosos y sonrojados. Se la quedó mirando embobado. Ella esperaba una respuesta y él se había olvidado de la pregunta.

Virginia se daba cuenta del escrutinio al que la estaba sometiendo aquel intruso y no le gustó nada.

—¿Lo han contratado como guardia de seguridad? ¿Se ha ido Javier o Juan Carlos?

Lo miraba frunciendo el ceño. El hechizo del momento lo rompió el timbre del teléfono. Ella se apresuró a contestar sin obtener respuesta a sus preguntas. Le pasó por la cabeza que por su vestimenta no era un guardia de seguridad. Seguro que su puesto de trabajo estaba en el piso superior, con los ejecutivos.

—Ricardo, ¿cómo estás?

—Bien, muy bien.

—¿Qué has averiguado de aquello? —Virginia se sentía observada por aquel intruso y se le hacía incomodo hablar con él escuchando cada palabra que dijera.

—Espera un momento, Ricardo... —Se giró hacia el desconocido—. ¿Puedes hacer el favor de volver a tu trabajo?

Sergio se dio la vuelta, y ella se concentró en el teléfono. No obstante, Sergio no se fue muy lejos. Se apoyó en la mesa que estaba a la espalda de Virginia y espero a que terminara con su llamada.

—Dime —dijo ella con el aparato en la oreja, ignorante de que su conversación sería escuchada por aquel hombre.

—Pues, verás, desde que me llamaste que puse a uno de mis hombres a vigilar la tienda. Nada, desde el exterior no había nada anormal. Entonces me decidí a investigar un poco más a fondo, yendo yo mismo allí de compras. En cuanto entré me vi rodeado de tres dependientas que me agasajaron con todo tipo de consejos. Cuando les comenté que quería comprar algo para mi mujer en menos de un cuarto de hora estaba en la calle con un conjunto de ropa interior muy sexy. Mi hombre ya me había dicho que había clientes que eran despachados enseguida, mientras que otros se pasaban en la tienda mucho rato. En cambio, las mujeres, todas podían pasarse hasta una hora allí comprando...

Virginia lo interrumpió.

—Bueno ya sabemos que las mujeres somos más minuciosas a la hora de comprar, y más si se trata de ropa interior.

—Sí, bueno...

Sergio en cuanto oyó hablar de ropa interior se sintió intrigado, pero solo oía la mitad de la conversación. No pensó en pecar de indiscreto. Algo le decía que aquella conversación concernía a su empresa. Se incorporó y pulsó el botón de manos libres del aparato.

Virginia lo miró frunciendo el ceño.

—Ricardo... —lo interrumpió—. En cinco minutos te llamo.

Colgó el auricular con furia. Se levantó de la silla y apoyando las manos en sus caderas miró a Sergio con cara de pocos amigos.

—¿Se puede saber qué se cree que está haciendo?

«¡Vaya carácter!», pensó él.

—Intento saber por qué estás trabajando a estas horas... ¿O ese tal Ricardo es algún novio tuyo?

—¿Lo ha mandado Julián que me vigile?

—No.

—Entonces llamaré a seguridad para que lo echen de aquí. No puedo imaginarme cómo no lo han visto por las cámaras —murmuraba mientras marcaba el número de los vigilantes.

Una sombra de sonrisa se dibujó en la cara de Sergio, al pensar en la sorpresa que se iba a llevar. Al inclinarse sobre la mesa para marcar, la falda negra que llevaba se le subió un poco y dejó que él apreciara las bien

torneadas piernas.

La llamada no fue necesaria pues al oír el tono de voz con que hablaba Virginia, Javier ya casi estaba a su altura.

—Por favor, Javier, acompaña a este hombre y enséñale sus obligaciones.

A Sergio se le estaba haciendo difícil aguantar la risa; otra vez lo confundía con el guardia de seguridad.

—Pero, él es...

—Me da igual quién sea. Estoy cansada y quiero irme a casa, pero antes tengo que hacer una llamada.

Sergio se compadeció del apuro de ese hombre.

—Soy el dueño de esta empresa.

Aquello ya era el colmo.

—Sí, claro, y yo soy la rana Gustavo —replicó con sorna.

Javier giró la cara para que no vieran su sonrisa, sin embargo, a Sergio le hizo gracia aquel sarcasmo y disimuló una risita con una tos.

—¿No me crees?

Se estaban burlando de ella. En otra ocasión les habría seguido la corriente, pero ese día estaba cansada y solo deseaba irse a su casa a descansar.

Ignoró la pregunta, miró a Javier y le dijo que se largaran de allí.

—Pero...

—Soy Sergio Roca, el dueño de esta empresa —insistió.

—¿Sabéis qué? Haced lo que os dé la gana. —Los dos hombres se dieron cuenta de que no les creía.

Virginia se sentó en su mesa y llamó a Ricardo.

—Vuelvo a estar aquí... Dime. —Esperaba que se dieran por enterados y la dejaran sola, pero no fue así. Cuando vio la mano de aquel tipo que iba a presionar la tecla de manos libres del aparato, dio un respingo y le golpeó los dedos.

Sergio no se lo podía creer. Sin embargo, le hizo gracia. Sonrió y, al girarse Virginia para arrearle un soplamocos, lo vio con las manos cruzadas sobre el pecho; oyó como le ordenaba a Javier que volviera a su puesto. El guardia la miró como disculpándose, y ella supo que se había equivocado, que aquello no era ninguna broma.

A través del teléfono oía a su amigo que hablaba, pero no le prestaba

atención; la tenía toda puesta en... ¡el dueño de la empresa!

Sergio vio el momento exacto en que ella se daba cuenta de su error. Sus ojos se agrandaron y sus mejillas se volvieron de un atractivo tono rojo.

—¿Me crees ahora?

Ella asintió con la cabeza, no podía hablar de lo abochornada que se sentía.

—Bien. —Entonces se inclinó y volvió a pulsar el botón de manos libres.

—Para... para, Ricardo, no estaba prestándote atención...

—¿Ocurre algo? —preguntó su amigo.

—No, nada, dime.

A través de la línea oyó que mascullaba algo que no llegó a entender.

—Pues te decía que mandé a mi secretaria que fuera de compras.

—¿Y...? —Virginia aún seguía con el auricular al oído. Sergio se acercó lentamente y lo colgó. Ella se sobresaltó. Él sonrió. «¡Qué sonrisa!», pensó Virginia sin poder apartar la mirada de esa boca.

—Pues que a ella la atendieron tres dependientes masculinos, le hicieron probar varios modelos y salió de aquella tienda con dos bonitos conjuntos pagando solo uno.

—¡No puede ser! —exclamó incrédula.

—Y tanto que puede ser, y eso no es todo... la muy tunanta se lo pasó de fábula. Mientras estaba probándose, un dependiente se coló allí, y ya puedes imaginarte.

—¿Qué?

—Pues que tuvo una sesión de sexo salvaje.

A Virginia casi se le salen los ojos de las órbitas.

—¡No puedo creerlo! ¿Supongo que esto es una broma?

—Pues, créeme, es cierto.

Sergio estaba tan sorprendido como Virginia. No pudo seguir callado.

—¿Se puede saber de qué tienda estamos hablando?

—¿Quién está ahí? ¿Virginia? —preguntó Ricardo desde el otro lado de la línea.

—Él es...

—Soy Sergio Roca, propietario de esta empresa. Y usted, ¿quién es?

—Él es Ricardo Cuesta, un amigo mío, investigador privado —respondió ella por él.

Virginia tenía la cabeza hecha un caos. El jefe no era el viejo decrepito que solían decir sus compañeras. Era un hombre muy bien parecido, mejor dicho, era muy guapo, era muy alto, los músculos que se podían entrever a través de la fina tela de su camisa eran firmes, y su rostro era... más que agradable a la vista. Tenía unos ojos color miel, de mirada escrutadora, su nariz recta y orgullosa, una boca ancha y de labios finos, su pelo era una mata rebelde castaño claro un poco rizada que él no trataba de dominar y que le favorecía mucho. Ella lo miraba intensamente, y cuando sus miradas se cruzaron se ruborizó.

—Estamos hablando de la tienda veintisiete —aclaró Virginia.

—Vamos... eso es increíble. —Sergio se preguntaba qué estaba pasando allí.

—No lo crea. —Se oyó la voz de Ricardo a través del aparato—. Estuve investigando, tengo amigos en la policía, a veces he colaborado con ellos, y me dijeron que hace unos meses pusieron una denuncia contra esa misma tienda por acoso sexual, pero el caso no llegó a los tribunales, la demandante retiró la denuncia al cabo de unos días.

—¿Dónde nos lleva eso? —preguntó Sergio.

—Fui a visitar a la denunciante y me contó que había ido allí de compras y le había pasado lo mismo que a mi secretaria, solo que ella no había consentido. Fue a poner la denuncia, pero cuando se encontraron los abogados, el que defendía la tienda sacó unas cintas de vídeo donde ella parecía aceptar los requerimientos sexuales y, por si eso fuera poco, habían manipulado la voz, lo que se decía en la cinta no era lo que había pasado realmente. Entonces el abogado le aconsejó que retirara la denuncia, con aquella cinta y los testimonios de los empleados la habrían crucificado.

—No entiendo como puede ser eso. —Sergio hablaba para sí, pensativo.

—Pues es lo que está pasando —aseguró Ricardo—. A parte de la mala fama que tiene esa tienda en el vecindario, fui allí como si quisiera comprar alguna chuchería a mi mujer, pregunté por la calle, y hay opiniones de todo tipo: desde los que me dijeron que aquello era una casa de putas hasta los que me aconsejaron ir allí.

Virginia estaba confundida. Su sorpresa rebasaba cualquier límite. Sergio le agradeció a Ricardo su trabajo y le pidió que le mandara la factura.

—No, el trato era que Virginia nos visitara... ¿Estás ahí?

—Sí, desde luego —afirmó con voz estrangulada—. No te preocupes iré a veros.

Dicho esto, se despidió y colgó el teléfono. Ni Sergio ni Virginia decían nada, los dos perdidos en sus propios pensamientos. Al fin ella rompió el silencio.

—Ahora lo entiendo menos —exclamó de pronto.

Sergio cogió una silla de una mesa cercana y se sentó a su lado.

—¿El qué?

—¿Qué hacen? Van... —Se sonrojó—. Se lo pasan bien con las clientas y luego pagan las prendas. No tiene sentido, a final de mes deben tener que pagar en lugar de cobrar.

Sergio la miraba hipnotizado por la inteligencia de aquella chica, pensaba rápido.

—¿Quién te encargó que investigaras esa tienda? —le preguntó de repente mientras ella trataba de componer las piezas de ese rompecabezas.

—¿Cómo ha dicho? —Virginia movió la cabeza para despejar su mente.

—¿Qué quién te encargó que hicieras estas pesquisas?

—Nadie. Cuando hicimos el último balance sorpresa, me pasé la noche repasando las cuentas de esa tienda y no saqué nada en claro. Julián me encargó otro balance para dos días después y entonces todo encajaba a la perfección, era imposible. Investigué un poco y vi que había detalles que no eran normales, en aquella tienda pasan cosas raras.

—¿De qué me estás hablando? —Quiso saber él frunciendo el entrecejo.

—Dos días antes de los habituales balances, las ventas se disparan. Eso no es normal. Que pase una vez puede ser casualidad, pero que pase cada vez que hay un control... —Él alzó las cejas en señal de incompreensión—. Además... en todas las tiendas hay pequeñas diferencias, son el resultado de los pequeños hurtos, en esa todo sale al céntimo. ¿Es que allí no roba nadie? —Hizo una pausa, bebió agua de una botella que tenía encima de la mesa—. Entonces pensé que no perdía nada llamando a Ricardo, es un compañero mío de la universidad, y que él desde allí investigara un poco. Y, después de lo que nos ha dicho, es más incomprensible.

Sergio la miraba alelado, aquella chica sabía más del negocio que él mismo.

—Luego hubo otro detalle que me confundió, y aún me tiene confundida, ahora más que antes.

—¿De qué se trata?

—Durante todo el mes no pasa, pero los últimos dos días hay códigos de barras que pasan varias veces por el ordenador.

—No es posible.

—Aquí tengo las copias, si quiere echarles un vistazo —replicó ella sacando una carpeta del cajón.

Sergio les echó un vistazo.

—Esto no puede ser, tiene que haber alguna equivocación —exclamó confuso.

—Pues ahí está, las anotaciones del ordenador son claras y concisas.

Él las inspeccionaba con atención. De pronto Virginia reparó en que sí lo mismo se lo hubiese dicho a Julián, este le habría echado una buena bronca por perder el tiempo en cosas que a ella no le importaban. En cambio, el jefe de la empresa estaba allí sentado tranquilamente, mirando esos papeles, que por lo poco que sabía, incriminaban a alguien de la oficina, pues todos los anteriores balances sorpresa habían salido bien, eso significaba que había quien avisaba a los de la tienda veintisiete de cuando serían esas comprobaciones.

De pronto se le ocurrió que... ¡Maldita fuera! Ella no era más que una simple trabajadora y él seguro que estaba al tanto de todo lo que ocurría en su empresa. Había metido la pata. Él podía usar su negocio para lo que quisiera, y ella no era nadie para juzgar lo que él hiciera. Había metido la nariz en el avispero y encima se lo había contado a quien no debía. Seguro que al día siguiente estaría en la calle. Y se lo tendría bien merecido, cuando aprendería a tener la boca cerrada.

De todas maneras, no le preocupaba demasiado perder ese empleo, ya encontraría otro, y sería más selectiva a la hora de escoger. Ella tenía estudios para mucho más de lo que estaba haciendo.

Se levantó, cogió su chaqueta y su bolso.

—Tengo que irme, es muy tarde.

—Espera, aún no hemos terminado. —Sergio trató de detenerla, sorprendido por la repentina prisa.

—Sí, yo creo que sí, no sé nada más.

Era evidente para Virginia que esa tienda la usaban para algo ilegal, y ella había sido lo suficientemente estúpida por hablar de ello con el dueño de la empresa. Bueno, no se arrepentía, que se diera cuenta ese hombre que no estaba rodeado de inútiles.

CAPÍTULO 3

A la mañana siguiente cuando llegó a su mesa, encontró la carpeta que su jefe había estado inspeccionando cuando ella se había ido, guardada en el primer cajón. No se lo pensó dos veces, la cogió y la guardó al fondo del último de los cajones, la investigación para ella había terminado.

Se sorprendió cuando al terminar la jornada aún conservaba su empleo; ni Julián ni nadie le había presentado sus papeles de despido. Sin embargo, no se quedó tranquila. Se fue a su casa y no paraba de pensar en que en ese momento su jefe sabía que ella estaba al tanto de lo que sucedía en aquella tienda. Tenía los nervios crispados.

A partir de ese día no volvió a quedarse fuera de las horas de trabajo. Cuando sonaban las siete en el reloj, ella era la primera en abandonar su puesto. No quería volver a encontrarse con su jefe. A raíz de eso, el trabajo se amontonaba. Julián la había reprendido varias veces por su falta de interés, porque cuando él pedía un papel, ella se lo tenía que tener preparado. Ahora no era así, se limitaba a cumplir sus horas y al día siguiente ya seguiría con el trabajo.

Sergio había notado el cambio en Virginia desde el día en que habían estado hablando. Él había bajado cada noche antes de irse a su casa para ver si la encontraba trabajando. Antes era la última de salir de la empresa, y desde su conversación, las cosas habían cambiado.

Una mañana después de una de sus reuniones con los directivos, Julián se quedó cuando todos se fueron.

—Sergio, quisiera pedirte algo.

—Sí, tú dirás.

—Despide a mi ayudante, de un tiempo a esta parte que no hace su trabajo.

Siempre tengo que irle detrás. Supongo que se habrá echado novio o yo que sé, pero ya no es la chica eficiente que era antes.

Sergio se había dado cuenta que Julián era un gusano. Todo el trabajo lo llevaba su ayudante. Ahora que ella se había relajado, él estaba allí, tratando de que la despidieran, y no era la primera vez.

—Me estás diciendo que entre los dos no podéis llevar el departamento de contabilidad, ¿quieres que contrate a alguien más? —El jefe estudiaba las reacciones de Julián.

El subordinado se dio cuenta de que Sergio cuestionaba su trabajo.

—Verás... con Virginia nunca hemos formado un verdadero equipo. Tenemos formas diferentes de hacer las cosas, y desde hace un tiempo no hace su trabajo cuando es debido.

—Veré qué puedo hacer. Dile que suba.

Sergio no se encargaba de contratar al personal. Eso era cosa de su hermano, pero en ese caso estaba muy interesado. Quería saber qué era lo que había impulsado a Virginia a salir de allí aquella noche tan intempestivamente. Además, desde ese día no se había quedado a trabajar ninguna noche. No había tenido ninguna otra ocasión para averiguarlo.

—Bien.

Al quedarse solo, Sergio llamó por el teléfono interior a su hermano y le preguntó por el currículum de Virginia Santos. Este lo hizo esperar mientras lo buscaba en sus archivos. A través de la línea, lo oía trajinar, abrir y cerrar cajones. Cuando volvió al aparato le leyó el documento por encima remarcando las brillantes notas con que se había sacado los estudios.

Julián salió del despacho de su superior convencido de que este la echaría a la calle. Sonrió para sus adentros, más tarde lo convencería de que fuera él mismo quien contratara a su ayudante y así poner a alguien más maleable que Virginia, que hiciera todo lo que él le ordenara sin rechistar.

Cuando llegó a su despacho, se paró frente a la mesa de su secretaria y le dijo que el jefe quería verla de inmediato. No fueron las palabras, si no la sonrisa relamida que él lucía lo que la puso en alerta. Había llegado el momento, seguro que la despedían, pero no le preocupaba, ya tendría tiempo de buscar un nuevo empleo, y esta vez exigiría que fuera el que ella se merecía.

Subió al piso de arriba, nunca había estado allí. Se sorprendió del orden y la tranquilidad que allí se respiraba. Llegó ante la secretaria del jefe y le dijo quién era. Ella le contestó que podía pasar, que la estaba esperando. Dio dos golpes en la puerta y entró, él hablaba por teléfono, le hizo una señal de que esperara. Mientras, ella dio un vistazo a aquel enorme despacho: a un lado había un enorme tresillo de piel negro, con una mesa baja en el centro, al lado de uno de los sillones había otra mesa con una lámpara. En el otro lado del despacho la pared estaba recubierta de estanterías de madera llenas de libros; todo estaba impoluto, en el centro de la gran estancia había una robusta mesa de madera con un ordenador a un lado y una lámpara de mesa en el otro. En el centro había unas carpetas apiladas, que ella pensó que serían los asuntos para tratar ese día.

Sergio terminó de hablar por teléfono y se recostó en su sillón mirándola fijamente, sus brazos apoyados en los brazos del sillón y las manos unidas delante de sí por la yema de los dedos. Ella había estado con él cuando, después de una jornada de trabajo, él iba en mangas de camisa y con la corbata floja. Ahora, con un traje a medida gris marengo, la corbata bien ajustada y la mirada severa, se parecía más al hombre poderoso que era.

—¿Quieres sentarte? —le preguntó secamente.

Ella estuvo a punto de negarse, quería terminar con todo lo antes posible, pero hubiese sido una grosería. Se sentó frente a él cruzando las piernas con despreocupación. Sergio la observaba.

—Tu jefe me ha pedido que te despida —soltó él a bocajarro.

Ella se permitió una insolencia. Al fin y al cabo, tenía las horas contadas en aquella empresa.

—Yo creía que mi jefe era usted. —Él la miró con fuego en los ojos—. Muy bien —agregó ella antes de que él pudiera responder a su impertinencia.

Sergio no salía de su estupor. La miró con el ceño fruncido.

—¿Pero...? ¿Qué significa eso? —preguntó él alzando la voz. Ya no se lo veía tan tranquilo como antes. Apoyó los brazos sobre la mesa, inclinándose hacia delante.

—Que ya encontrare otro empleo. —Ella parecía totalmente despreocupada—. Y esta vez seré más exigente.

Él no entendía cómo podía estar tan tranquila.

—¿Ni siquiera preguntas qué es lo que has hecho mal? —quiso saber con un tono de voz que incluso lo sorprendió. Darse cuenta de que aquella mujer, cuya inteligencia había apreciado, tenía tantas ganas de dejar la empresa lo puso de un extraño humor.

—Me hago una ligera idea.

Virginia quería salir de allí lo antes posible, antes de que él le hiciera las preguntas embarazosas de hasta donde había llegado a entender lo que estaba ocurriendo.

—¿Desea que me vaya ahora mismo o...

—¿Tanto deseas irte de aquí? —Se lo veía irritado.

—Sí —aseguró ella con un movimiento de cabeza. No estaba dispuesta a pasar el día viendo las miradas de superioridad de Julián, o peor aún, ordenándole que le adelantara el trabajo que él no tenía ni idea de hacer.

—Puedo tener tus papeles preparados para mañana si así lo deseas.

—Muy bien, pero me voy ahora mismo. —Era evidente la prisa que tenía ella en poner distancia.

—Vete cuando quieras —le siseó con la mirada incendiaria.

Sergio no entendía lo que le estaba pasando con aquella chica. Él que era un hombre que se sentía orgulloso de su buen hacer y su buen juicio. Estaba perdiendo los papeles. Ella le hacía perder la calma. Se sentía furioso porque tuviera tanta prisa por salir de allí. ¿Tan mal se la había tratado?

En ese momento se dio cuenta de que no sabía nada de lo que pasaba en el piso inferior. Él se ocupaba de los negocios y dejaba la dirección de los trabajadores a los diferentes jefes de sección. Hacía muy poco que se había dado cuenta de que Julián era despreciable, ¿habría más trabajadores como él?

Se propuso averiguarlo, pero en aquel momento se sentía irritado por la extraña forma de proceder de esa mujer. Sería mejor hablar con ella al día siguiente cuando él hubiera recobrado el control de sí mismo.

—De acuerdo, mañana vendré a por mis papeles. —Se levantó y se dirigió hacia la puerta.

Cuando Virginia ya tenía la mano en el picaporte, él hizo la pregunta que ella temía.

—¿Has seguido con tu investigación? —se interesó él con un tono de voz

más mesurado. No sabía por qué, pero sabía que si la dejaba salir de allí en ese momento no encontraría un minuto de paz hasta que volviera a verla. Necesitaba saber sus razones.

—No.

—¿Por qué?

Ella se dio la vuelta despacio para mirarlo a la cara.

—Nadie me dijo que lo hiciera. —Él la miró levantando una ceja.

—¿Alguien te dijo que no lo hicieras?

—No, pero... creí conveniente dejar las cosas como estaban. —Sus ojos inquisitivos no se apartaban de ella—. Era evidente que lo que estaba descubriendo no era asunto mío. Usted puede hacer lo que quiera con sus tiendas y su dinero.

Virginia se detuvo de repente, otra vez había vuelto a hablar más de lo necesario. ¡Maldita boca! Sergio se levantó de su sillón con el ceño fruncido y se le acercó con lentitud y con la boca abierta.

—¿Es que piensas que yo...

Fueron interrumpidos. De pronto la puerta se abrió, golpeando a Virginia en la cabeza y en la espalda, que salió despedida contra el ancho pecho de Sergio. De no haber estado él allí, habría caído de bruces al suelo. Él la aplastó con sus fuertes brazos contra su pecho.

—Oh... lo siento, creía que estabas solo.

Ella oyó la voz del extraño.

—Que seas mi hermano no significa que puedas entrar aquí cuando te apetezca, cuando la puerta está cerrada, tienes que llamar —apuntó con mal humor mientras palpaba la hinchazón que le estaba saliendo en la cabeza a Virginia.

—Yo... Lo siento, no era mi intención...

—Ya basta, ve y trae hielo, le está saliendo un buen chichón.

—No se preocupe, esta cabeza aguanta más que un simple coscorrón —aseguró ella con la voz sofocada contra el pecho de Sergio.

Él la sostuvo, mientras su hermano traía el hielo. La sentía como a ninguna otra mujer contra su cuerpo. Su suave perfume le llenaba las fosas nasales. Cuando tuvo el hielo, dijo:

—Siéntate. —La guio hacia el sofá.

Ella se sentó y le puso el hielo en la hinchazón con suavidad. Ella contuvo el aliento.

—¿Duele? —Él se sentó a su lado aguantando la bolsa de hielo.

Virginia cerró los ojos, un escalofrío la recorrió al sentir el frío sobre la magulladura.

Sergio admiraba las bellas facciones. Sus largas pestañas dibujan sombras sobre la tersa piel de su rostro. Se sintió como un bobo cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo.

—Estoy bien, no se preocupe —insistió ella, que se sentía incomoda con tantas atenciones. Lo que quería era salir de allí. Le había dicho más de lo que debía: que lo creía a él responsable de lo que fuera que estaba pasando. Además, estaba perturbada por la proximidad. A la pequeña distancia que se encontraba podía oler su fragancia varonil. Se sentía acalorada. ¿Qué diablos le estaba pasando?

—Gracias por sus atenciones. —Iba a levantarse.

Él la retuvo cogiéndola del brazo y tirando de ella para que no se moviera.

—Tenemos una conversación pendiente. —Ella lo miraba tratando de adivinar qué era lo que él pretendía.

—Lo siento, creo que hable más de lo debido —murmuró al fin bajando la vista.

—No, quiero saber... qué es lo que piensas.

Ella calló unos segundos, de todas maneras, ya estaba en la calle. No vio razón alguna para no decirle lo que pensaba. Él, impaciente por naturaleza, la instigó.

—¿Crees que yo tengo algo que ver con ese desaguisado?

Ella lo miró fijamente, luego se levantó y se fue hacia el gran ventanal que había detrás del escritorio. A esa distancia podría pensar con más claridad. Cuando estaba cerca de él, sus ideas se descontrolaban. El aroma masculino que emanaba de él la distraía de una forma que la desconcertaba y cuando caía presa en sus miradas le faltaba el aliento.

—Es evidente que hay alguien aquí que les avisa cuando habrá un balance sorpresa, hasta este último, nunca había pasado nada. ¿De qué le sirve aquella tienda? Para blanquear dinero, para defraudar a hacienda... la compañía aseguradora... ¿quizás?

Habló de espaldas a la luz que entraba por la ventana, su silueta distraía a Sergio, pero las palabras que acababa de escuchar le habían sentado como un jarro de agua fría.

—¿Crees que yo... —Su ceño no se suavizó mientras se acercaba a ella—. ¿No te has parado a pensar que, si fuera yo, no habría habido ninguna diferencia? Yo soy quien digo cuando va a haber un balance sorpresa.

Ella pareció contrariada. Él tenía razón, si fuera él, este último embrollo de cuentas nunca hubiera existido. Ya no sabía lo que pensar. Cruzó los brazos debajo del pecho con nerviosismo. Acababa de culpar a la persona equivocada.

—Entonces... —Virginia no sabía lo que decir. Era evidente que no pensaba con claridad cuando estaba cerca de él—. Lo siento, lo culpé a usted sin fundamentos.

Él la miraba extasiado; ella se sentía cada vez más estúpida.

—No lo sientas, quizás yo en tu lugar hubiera pensado lo mismo. Esto me lleva a otra pregunta.

—¿Cuál? —preguntó tratando de parecer tranquila, cuando en su interior sentía una perturbación que no debería sentir.

—¿Quién es el que está detrás de todo esto?

Virginia se quedó pensativa.

—¿Quién sabe cuándo va a haber uno de esos balances?

—Los directores de sección. Les aviso con poca antelación.

—¿No confía en ellos? —Los dos se miraron significativamente.

—Hasta ahora sí, pero algo me dice que estoy equivocado.

—Usted debe de conocerlos bien a todos, no hay ninguno...

—A juzgar por lo que está pasando, creo que no los conozco tan bien. —Hizo una pausa pensativo—. Es evidente que hay alguno de ellos que está usando mi empresa para... vete a saber el qué. —Se quedó callado unos segundos—. Supongo que llamo a la policía o busco algún investigador privado que los indague a todos.

La mente de Virginia trabajaba a mil por hora.

—No, quien quiera que sea se daría cuenta, y entonces parar lo que esté haciendo... Nunca lo cogería.

—¿Qué me aconsejas? —Ella lo miró pensativa, y luego una idea le cruzó

por la cabeza.

—Yo misma podría ir allí, como trabajadora de esta empresa y ver qué pasa.

—No, de ninguna manera, no sabemos lo que está pasando, puede ser peligroso.

—No lo creo. ¿Qué peligro puede haber si yo voy allí a trabajar? Tengo los ojos abiertos para enterarme de qué va todo esto.

Sergio admiraba su valentía. No sabía lo que estaba ocurriendo, pero estaba dispuesta a ir y averiguarlo.

—No —negó categórico.

—Pero, no ve que, si llama a la policía, equivaldrá a cerrar la tienda. Además, las otras tiendas se verían perjudicadas por la mala publicidad que todo eso conlleva.

—Ya pensaré en qué hacer, pero te aseguro que tú no iras allí.

Ella enarcó una ceja, como desafiándolo. A él le encantaba ese gesto. Estaba distraído cuando ella exclamó:

—Diablos... Que estúpida soy... me ha despedido, que más me da mí lo que usted vaya a hacer.

—Mi intención no era despedirte, no quiero que te vayas. —Virginia lo miró sin entender lo que él quería decir.

—No comprendo, hace unos minutos...

—Sé perfectamente lo que dije —la cortó el.

—¿Entonces?

—Quédate en tu puesto.

—¿Por qué? ¿A qué viene ese cambio de opinión? —preguntó ella perspicaz.

—No he cambiado de opinión, te he dicho que me habían pedido que te despidiera, no que estuviera de acuerdo, y prácticamente has salido corriendo. —Por su tono Virginia supo que esperaba una explicación.

—No sé qué le habrá dicho Julián sobre mí, pero la verdad es que estoy harta de trabajar para una persona tan déspota como él: critica todo lo que hago, es maleducado conmigo y, por si fuera poco, estoy segura de que cuando presenta los papeles se atribuye todos los méritos. Tengo los suficientes estudios y conocimientos como para dirigir un departamento de

contabilidad y me temo que en esta empresa nunca llegaré a donde quiero.

Sergio la miró sorprendido, aquella mujer tenía aspiraciones y además se implicaba en el trabajo más que ninguno de sus directivos, no podía dejar que se fuera.

—Vamos a hacer una cosa, tómate unas vacaciones. —Ella se quedó con la boca abierta por la sorpresa. Él sonrió ante aquella expresión—. Mientras, yo me encargaré de resolver ese desaguisado.

—Pero...

Sergio levantó una mano para que lo dejara hablar. Se daba cuenta de que Julián le había tomado el pelo durante demasiado tiempo, quería ver hasta dónde podía llegar. ¿Cómo se las iba a apañar en ese momento sin Virginia?

—He visto que has estado trabajando muchas horas. —La miró significativamente—. Vete y no vuelvas hasta dentro de un mes.

El asombro junto con una pizca de risa se le dibujó en los ojos.

—Esto me tienta a pedir la baja voluntaria.

Sergio frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Por el trabajo que me esperará a la vuelta.

Que mujer más descarada tenía ante sí, a él se le dibujó una sonrisa en la boca. Nadie le hablaba con tanta franqueza, por lo menos en el trabajo.

—Eso ya lo veremos.

CAPÍTULO 4

Virginia bajo hasta el piso inferior, vio como Julián la miraba con una media sonrisa en la boca. Ella no le dijo nada, cogió su bolso y su chaqueta, y se alejó.

Su amiga Sabrina la vio y la interceptó.

—¿Qué está pasando?

—¿Nos tomamos un café? —Virginia cogió a su amiga del brazo y fueron a la sala de los desayunos, sacó dos cafés de la máquina y se sentaron en una de las mesas—. Lo que voy a contarte no tiene que salir de aquí.

Su compañera la miró alarmada.

—¿No tendrá nada que ver con aquellos papeles que me pediste?

Virginia asintió.

—No sé lo que está pasando, pero el jefe me ha dicho que él lo solucionará.

—¿El jefe? ¿Has conocido al jefe? —A Sabrina se le iban a salir los ojos de las órbitas y eso hizo reír a Virginia.

—No es un viejo decrépito, es muy joven. —Ella sonreía al recordar la sorpresa que se había llevado al verlo y enterarse de que era el dueño de la empresa.

—Imposible, será otra persona y no el jefe, alguien me dijo...

Virginia negaba con la cabeza.

—Ya se los chismes que corren por ahí, todos falsos, te lo aseguro.

—Entonces, dices que es joven... dime, dime cómo es.

—Es un hombre muy atractivo.

—No me lo puedo creer —exclamó Sabrina—. Tú..., precisamente tú, diciéndome que has encontrado a un hombre atractivo. ¿Te encuentras bien?

—La exagerada teatralidad de su amiga la hizo reír—. Pero si siempre dices

que lo primero es encontrar el trabajo de tus sueños antes de la diversión.

—Oye, guapa, que yo tenga unas metas no quiere decir que no distinga a un hombre atractivo de un cardo —se burló a la defensiva y con una sonrisa en la boca—. Además, no es diversión. No nos vamos a enrollar. Es el jefe, por favor.

—¿De verdad, estás segura de que no era otra persona?

—Estoy segura, pero nos estamos desviando del tema. Julián le ha pedido que me despida.

—Será mamón. Ese tío es un hijo de perra, espera, espera... ¿Te han despedido? —Su amiga iba enfadándose a cada palabra que salía de su boca.

—No, me ha dado vacaciones.

—¿Qué? Ahora sí que no entiendo nada. —Los ojos negros de su amiga mostraban desconcierto.

—Creo que se ha dado cuenta de que Julián es un impresentable que está pegándose la gran vida a su costa. —Sabrina afirmaba con la cabeza y sus rizos azabaches le rozaban los hombros—. Por lo visto el jefe se ha dado cuenta de las horas extras que he estado haciendo.

—Ya va siendo hora de que alguien le paré los pies a ese tipo —exclamó asintiendo.

—No sé lo que piensa hacer, no me ha dicho nada. Solo me ha dado vacaciones.

—Bien, te las mereces, has estado trabajando demasiado. Se te ha empezado a notar en el cutis.

—Oh... vamos... —Virginia se rio.

—Tu ríete, pero a las mujeres se nos nota enseguida.

Las carcajadas ahogadas de su amiga se le contagiaron.

—Ya sé, no me lo digas, el sexo favorece el cutis. —Oyeron que alguien carraspeaba en el exterior. Era una especie de contraseña para advertirles que alguno de los directivos se acercaba.

—Sh... Tengo que irme, si no a la que van a despedir será a ti —susurró Virginia con una ancha sonrisa—. Ya te llamaré.

Al salir del edificio, el sol la deslumbró por un momento, ¡qué agradable era

sentir aquella caricia cálida sobre su piel! No lo pensó dos veces y fue paseando sin rumbo fijo. Hacía tanto tiempo que no lo hacía, que no disponía de unos días libres que se sentía extraña.

Los fines de semana se dedicaba a descansar de las maratónicas jornadas y a ocuparse de su pequeño apartamento, la colada y, si le quedaba algún tiempo libre, le encantaba leer.

No fue nada extraño que, mirando escaparates, nada le llamara la atención. Solía vestir muy básica: vaqueros y camisas, eso sí, tenía blusas de todos los colores. Normalmente acudía a las rebajas y se compraba lo que le hacía falta. Lo único que variaba en su atuendo eran los zapatos. Tenía debilidad, le gustaban; sin embargo, eran muchos los días en que calzaba deportivas. Las prisas que le imponía Julián le dejaban los pies hechos polvo.

Ese día agradeció en secreto el calzado cómodo, pues se pateó toda la parte antigua de la ciudad y al mediodía entró en una pequeña taberna y se tomó un plato combinado. Mientras comía miraba a su alrededor. Veía a las personas que apresuradas se tomaban cualquier cosa, para volver a sus lugares de trabajo. Fue cuando se dio cuenta de que echaría de menos a sus compañeras y a su horario habitual. Hacía tanto tiempo que no disfrutaba de unas vacaciones, que se le hacía muy extraño. No obstante, fue consciente de que quería aprovechar esos días a tope; sacó su teléfono móvil y mandó mensajes a sus amigas: iba a recuperar todo el tiempo que no había podido salir con ellas.

Esa misma noche, se encontró subida en sus tacones, con un vestido negro que le iba como un guante y que llamaba la atención del sexo masculino por lo poco que enseñaba y lo sexy que era, bailando en un local del centro. Ya casi no recordaba lo bien que se lo pasaban juntas. Debido a sus respectivos trabajos, se habían ido distanciando, pero bastó un toque para que se reunieran y se pusieran al día, como si se hubiesen visto la semana anterior. Las chicas solían ir a aquel local y ya conocían a muchos de los concurrentes. Se pasaron la noche presentándole a amigos.

Así fue como conoció a Hugo, un tipo que rondaba a sus amigas y que quiso que se la presentaran tan pronto como la vio. El hombre la miraba como si quisiera hacerle una radiografía; iba vestido con unos vaqueros desteñidos y una camisa negra. A Virginia le pareció una mala elección, sin

embargo, le llamó más la atención su pelo revuelto de un bonito castaño claro, que era evidente que se había peinado con los dedos. Por un segundo, su jefe le vino a la mente por su pelo rebelde. A él le quedaba perfecto, mientras que a ese hombre que tenía delante y que seguro se había pasado su buen tiempo delante del espejo para dar aquella apariencia, le quedaba falso. Además, se mostró ansioso con ella y eso le pareció raro.

Hugo se las apañó para acaparar su atención y al fin la invitó a una copa. Se sentaron en la terraza, pues dentro hacía un calor de mil demonios, y allí empezó a contarle su vida. Al principio le pareció un hombre interesante, sin embargo, pronto se dio cuenta de que le encantaba hablar de él. Cada vez que ella trataba de cambiar de conversación, él se las apañaba para volver a su tema favorito: él y su vida bohemia. Le insistió en varias ocasiones para que posara para él, que era un pintor muy bueno, pero ella rechazaba la idea cada vez que él lo sacaba a colación. Como estaba cansada de bailar, y allí se estaba fresquito, Virginia le prestaba atención, incluso le preguntaba cómo se las apañaba para vivir si como decía nunca había vendido un cuadro. Entonces él le confesó que pensaba trasladarse a París, para exponer sus obras.

—Si eres tan bueno, puedes exponer aquí —razonó ella.

—Imposible, nadie entiende mi arte.

Ella no comprendía.

—¿Me estás diciendo que los marchantes de aquí son cortos de miras?

—En lo que a mí se refiere, sí.

Definitivamente, ese tipo debía ser muy malo en lo que hacía, pensó Virginia.

—No soy ninguna experta, pero quizás... —No quería ofenderlo—. ¿No crees que podrías empezar haciendo exposiciones en centros de barrio? O en las fiestas de los pueblos... A veces he visto pinturas muy buenas en esos sitios.

La cara de Hugo tomó un rictus ofendido. En ese momento Virginia sintió vibrar su teléfono.

—Perdona, tengo un mensaje.

Al mirar la pantalla vio: «Reunión de chicas en el baño». Era su amiga Ester quien se lo mandaba. Lo miró y lo vio observando a una mujer que

estaba en una mesa cercana con un hombre, La expresión de su rostro le hizo pensar que tenía un interés especial en aquella pareja —quizás los quería pintar—. Se excusó con él y fue al encuentro con sus amigas.

Cuando la vieron entrar en los baños, todas lucían unas sonrisillas cómplices.

—¿Qué pasa?

—Te ha pedido que poses para él, ¿verdad? —Noemí fue quien hizo la pregunta.

—Sí, y me he negado.

—Menos mal. —Las chicas estallaron en carcajadas.

—¿Tan malo es? —lo preguntó con una sonrisa, cómo echaba de menos ese humor chispeante de sus amigas.

—Lo que es... es un puñetero perverso. —Ágata también quería meter baza.

Virginia no entendía.

—Verás, pinta mujeres desnudas. —Ester trató de ponerse seria—. Pero siempre, después de tener sexo, ¿entiendes?

—Sí..., bueno, no.

—Es un perturbado, creo que está mal de la cabeza. Él dice que eso es ser artista, pero yo me decanto por pensar que le falta un tornillo. Está obsesionado con la expresión de la mujer después de hacer el amor. —Ágata siguió explicándose—. Una amiga mía cayó en la trampa, la llevó a su estudio y se le puso muy meloso. Hicieron el amor y ella se quedó dormida. Cuando despertó, lo encontró pintando a su lado... Se pegó un susto de muerte.

Virginia frunció el ceño.

—Y lo malo es que, si no termina la obra en una noche, repite hasta que acaba.

Sus amigas se unieron en otras carcajadas.

—Ya podéis terminar de desembuchar —dijo al suponer que las cosas no terminaban ahí.

—Claro que sí, lo realmente gracioso es que no es tan buen amante como él cree, y muchas de sus musas se le escapan antes de que termine las pinturas. —Noemí volvió a la carga mientras se le escapaba una risita—. Y entonces él

como venganza las pinta con unos cuerpos escandalosos, hablando claro..., trata de humillarlas con sus pinturas, y lo bueno es que deben ser malísimas, porque que yo sepa nadie le ha comprado nunca un cuadro.

—Podíais haberme avisado que el tipo está como una cabra —exclamó Virginia.

—Esperábamos que te dieras cuenta tú solita.

—Sois lo que no hay.

Cuando salieron del baño, se fueron a la barra y se tomaron una ronda de chupitos. A Hugo no volvieron a verlo.

Dos días más tarde, Virginia estaba aburrída y se le ocurrió que lo mejor para combatirlo sería un viaje. Recordó que había prometido a su amigo Ricardo visitarlo. Preparó una maleta y al día siguiente saldría hacia Alicante.

Al mediodía del día siguiente se había registrado en un hotel y se refrescó antes de ir a ver a sus amigos. Una hora más tarde estaba llamando a la puerta de Ricardo. Él y su esposa, Judit, que también había estudiado con ella, estuvieron muy contentos al verla.

—Así me gusta, que cumplas tus promesas. Lo que no me pensaba es que fuera tan pronto. —Le dio un abrazo riendo, su voz profunda le recordaba a Virginia las charlas que compartían en la universidad.

Ricardo era alto como una torre, no en vano había sido uno de los mejores jugadores de baloncesto. Tenía el cuerpo atlético a pesar de su cara aniñada, sus rubios cabellos, sus alegres ojos marrones y su piel pálida hacía que pareciese más joven de lo que era en realidad.

Su esposa Judit era maestra de primaria. Era más alta que Virginia y más voluptuosa, tenía unos preciosos ojos ámbar rasgados que, junto con su cuerpo, le daban un aire exótico. Ella había sido animadora y habían sido inseparables desde muy jóvenes.

Se abrazaron los tres. Virginia echaba de menos a sus amigos, desde que se habían conocido que habían sido como un pelotón. Durante los años que habían compartido estudios habían estado muy unidos, a pesar de que ella se consideraba insignificante al lado de Judit. Su amiga siempre había sido muy guapa y todos los muchachos iban detrás de ella, hasta que había aparecido

Ricardo y los había mantenido a distancia.

—Estás espectacular —la piropeó su amigo. Ella se rio.

—No hace mucho, una amiga me decía que el trabajo se me está notando en el cutis.

Judit rio.

—Dile que lo que favorece el cutis es el sexo.

—Eso también. —Los tres estallaron en carcajadas.

—¿Te apetece tomar algo? El viaje es muy largo —le preguntó su amiga—. ¿Has comido?

—Esperaba que me invitarais. —Les guiñó un ojo con una sonrisa pícaro.

—Perfecto..., nosotros tampoco hemos almorzado aún.

Los tres se pusieron en la cocina. Hacía mucho tiempo que no se veían y tenían muchas cosas que contarse. Mientras Judit preparaba una lasaña, Ricardo sirvió tres copas de vino.

Cuando todo estuvo preparado se sentaron en la misma estancia a comer aquel delicioso plato, mientras no paraban de ponerse al día de sus vidas.

Ya estaban tomándose el café cuando Ricardo le preguntó:

—¿Te ha servido de algo la información que te di?

—Es todo un maldito embrollo. —Fue la escueta respuesta que le dio.

—¿Y? —Insistió.

Entonces le contó que había culpado a su jefe de lo que allí ocurría, Ricardo la miró con una media sonrisa. La conocía lo suficiente para saber que había hablado antes de pensar.

Judit también estaba al tanto de lo ocurrido y se quedó con la boca abierta.

—No te habrán echado a la calle, ¿verdad?

—No, no... me han dado vacaciones.

Sus amigos la miraron con extrañeza.

—¿Qué?

Virginia les explicó lo que había ocurrido el día que estuvo hablando con Ricardo con su jefe presente y a la conclusión que había llegado.

—Y si eso fuera poco, mi superior le pidió al dueño que me despidiera. Creo que todo esto le ha dado qué pensar, sobre todo porque él estaba al corriente de todas las horas extraordinarias que he estado haciendo últimamente. Me dijo que me fuera de vacaciones, que él se encargaría de

averiguar lo que está ocurriendo.

—Esto es fenomenal. —Judit estaba entusiasmada—. Ahora podremos recuperar el tiempo perdido. He echado de menos nuestras largas charlas. Además, tienes que contarme qué es de Ester, Noemí y Ágata. Hace un montón de tiempo que no sé nada de ellas.

—Están tan locas como siempre —aseguró pensando en lo que había pasado con Hugo unos días atrás.

Durante la tarde estuvieron paseando por la ciudad, visitando tiendas y al fin se sentaron en una terraza junto al parque donde había un pequeño lago y unas fuentes burbujeantes.

Cenaron juntos en un restaurante cerca del hotel donde se alojaba Virginia; sus amigos querían que lo hiciera en su casa, pero ella se negó.

—Si tengo oportunidad de mejorar mi cutis sería algo embarazoso, ¿no creéis?

Los tres estallaron a carcajadas.

—Eres terrible.

Luego fueron a tomarse unas copas. Cuando se despidieron era muy tarde.

—Estaré unos días por aquí, nos llamamos y salimos..., ¿ok? —Era una expresión que usaban en la universidad.

—Ok —contestó Judit recordando lo mismo.

A la mañana siguiente Virginia fue a la tienda veintisiete. Estaba intrigada por lo que allí ocurría; no perdía nada por ir y fisgar un poco. En cuanto entró se vio rodeada de dependientes masculinos muy solícitos. La interrogaron acerca de sus preferencias, todos le preguntaban a la vez y acabó con una gran montaña de lencería sobre el mostrador, le sugirieron que se probara unos cuantos. Ella protestó, ya sabía su talla. Ellos insistieron en que cada fabricante tenía su propio método de patronaje. Cuando se dio cuenta estaba dentro de un pequeño cuartito con varios conjuntos. Empezó a probárselos y, cuando estaba con el segundo, de repente se abrió la puerta y entró un dependiente muy guapo. Era muy alto y moreno, sus ojos negros parecían taladrarla. Iba vestido con un pantalón muy ajustado de cuero negro. Ella se extrañó, pues recordaba haberlo visto pocos minutos antes con un traje negro,

que era el uniforme de la tienda.

—¿Se puede saber qué es lo que estás haciendo? —Lo miró de arriba abajo tratando de mantener la tranquilidad.

—Te ayudare con los conjuntos.

—No te necesito —exclamó indignada.

—Claro que sí muñeca —ronroneó él con voz melodiosa.

—Vete ahora mismo —le siseó furiosa.

—Déjate llevar, preciosa, va a gustarte. —susurró el hombre alargando las manos hacia ella.

Ella se quedó paralizada cuando aquellas manos la agarraron por la cintura y la atrajeron. Cuando salió de su estupor, se separó un poco y le propinó un potente bofetón al intruso.

—Vaya, eres de las que les gusta violento, ¿eh? —Parecía divertido al volverla a agarrar y dándole unas palmadas en las nalgas.

En ningún momento había dudado de lo que le había contado Ricardo. Sin embargo, pensaba que esperaban algún tipo de insinuación. Por lo visto no era así, avasallaban a quien les venía en gana.

Abrió la boca para ponerse a gritar como una posesa, pero eso alertaría al resto de la clientela, se harían muchas preguntas y podía ser perjudicial para la tienda.

Se tiró para atrás y, cogiendo empuje, levantó la rodilla y la estampó con fuerza en los genitales. El hombre aulló y salió de allí en una fracción de segundo. Ella se quitó lo que se estaba probando y se puso sus propias ropas. Salió y vio a varios dependientes mirándola sorprendidos. Se alejó de la tienda precipitadamente.

Estaba confusa, ¿qué demonios estaba sucediendo allí? Paseo un buen rato tratando de adivinar qué ocurría en esa tienda. Volvió al hotel y se dio un baño relajante.

CAPÍTULO 5

Sergio estaba en la planta inferior de sus oficinas. Desde lo ocurrido con Virginia y Julián, había bajado en varias ocasiones con excusas tontas para hablar con los directivos que tenían allí sus despachos. Antes siempre lo hacía por la línea de teléfono interior, pero algo le decía que su ausencia en aquella planta les daba demasiada libertad a todos, principalmente a Julián, que al salir Virginia de allí se había apresurado a decirle que él mismo se podía encargar de contratar a otra ayudante.

—No será necesario, no la he despedido. —Por una fracción de segundo pudo ver como los labios de aquel hombre se contraían en un rictus enojado—. Además, quien se encarga de contratar personal es mi hermano, eso ya lo sabes.

El tono que Sergio había empleado puso a Julián en alerta.

—Entonces..., ¿dónde ha ido esa atolondrada? —Trató de que su jefe no percibiera la rabia que sentía.

—Le he dado vacaciones, me he dado cuenta de que ha estado trabajando mucho últimamente. —Sergio observaba las reacciones de ese hombre que creía conocer y que por lo visto no conocía en absoluto.

—Siempre hay mucho trabajo que hacer.

—Sí, lo sé. —Y pensó en los dos días que ese hombre se había tomado de fiesta la semana anterior—. ¿Crees que podrás apañarte durante los días en que tu ayudante esté ausente? Puedo mandarte a alguien de algún departamento que no tenga tanto trabajo.

—Tendría que saber llevar una contabilidad. —Los dos se estaban midiéndolo con la mirada.

—Para eso estás tú, ¿no? Ella solo tendría que hacer fotocopias y ordenar

papeles... facturas, albaranes... ¿No es eso lo que hace la señorita Santos?

Sergio sabía que no era eso lo que hacía Virginia, la había visto cuadrar los balances. En aquel momento se le ocurrió que lo que ella hacía era llevar todo el departamento y que ese hombre que tenía enfrente simplemente se colgaba las medallas.

—Sí, desde luego.

—Bien, ahora si me disculpas, tengo cosas que hacer —dijo Sergio preguntándose cómo se lo haría Julián para hacer aquel trabajo que evidentemente le iba muy grande. Lo tendría vigilado.

A la mañana siguiente, Sergio estaba hablando con Miguel, el jefe de ventas. Su despacho quedaba enfrente del de contabilidad. Mientras mantenían una conversación intrascendente, observaba la oficina del otro lado de la sala. Allí veía a Julián enterrado en papeles. Era evidente que no sabía cómo hacer su trabajo.

Iría a ver a su hermano Guillermo para saber por qué había contratado a una persona incapaz de hacer la labor por la que se le pagaba el sueldo.

Cuando entró en el despacho, este estaba revisando las cuentas de los últimos meses.

—¿Te has dado cuenta de que las ventas se han estancado? —Guillermo fruncía el ceño mirando la pantalla de su ordenador.

—Sí, si te molestas en mirar los informes de los años anteriores te darás cuenta de que en esta época del año siempre pasa.

—¿Me querías ver por algo? —preguntó levantando la vista de la pantalla.

—Sí... Quiero ver las referencias de Julián.

—¿Julián? ¿El director de contabilidad?

—¿Acaso hay otro y yo no me he enterado? —Guillermo se dio cuenta del extraño humor de su hermano.

—¿Pasa alguna cosa?

—Solo quiero saber por qué contrataste a alguien para un puesto en contabilidad que no sabe nada sobre números.

—¿Hay problemas en el departamento de contabilidad? El otro día me pediste...

Se refería al currículum de Virginia. Sergio afirmó con la cabeza.

—Algo no va bien.

Guillermo lo miró sorprendido. Iba a levantarse a buscar el archivo donde guardaba los papeles de los empleados cuando sonó el teléfono.

—Luego nos miramos esos papeles, ahora tengo que atender la llamada.

Virginia se dedicó a recorrer la ciudad. Sus amigos la acompañaban siempre que les era posible, pero no siempre era así. Le gustó mucho Alicante. Visitó el Castillo de Santa Bárbara, desde donde había una fantástica vista de la ciudad, el Castillo de San Fernando, el Monasterio de la Santa Faz y la antigua ciudad Ibero Romana, donde pudo ver los yacimientos arqueológicos que la dejaron maravillada. Allí conoció a Rubén, uno de los guías, y en un descanso que él tenía se tomaron unas cervezas. Mientras él le hablaba ella se sorprendió comparándolo con Sergio Roca. A pesar de ser muy apuesto, este hombre que tenía delante era «olvidable», que era como ella catalogaba a esos tipos que se camelaban a las mujeres por un revolcón y nada más. Por cierto, este tenía un encanto arrollador. Rubén le habló de la isla de Tabarca y le aconsejó que la visitara, que le gustaría mucho.

Aquella noche, mientras estaba tumbada en la hamaca en el balcón de su habitación mirando el firmamento, le vino a la mente las extrañas circunstancias que la habían conducido a aquellas inesperadas vacaciones. Si no hubiese sido por su curiosidad por saber que estaba pasando en aquella tienda, si su jefe no la hubiera pillado trabajando a aquellas horas, y no lo hubiera acusado de estafa; ella no estaría allí. Se alegró de que el universo se hubiera confabulado mezclando esos acontecimientos.

Eran las primeras vacaciones de su vida y las estaba disfrutando de lo lindo. Le vino a la memoria el momento en que había conocido al señor Roca y el diálogo para besugos que habían tenido cuando ella no le había creído ni una palabra, y una sonrisa se le dibujó en los labios.

A la mañana siguiente, cogió su coche y se fue a Santa Pola para embarcarse rumbo a la isla de Tabarca. Le encantaron las aguas cristalinas, el pequeño pueblo y los muchos chiringuitos que poblaban las playas. Se enamoró del lugar y decidió que pasaría un par de días allí. Llamó a Ricardo

y se lo dijo para que no se preocupara si iba a buscarla al hotel.

Volvió a Alicante relajada, bullendo de energía y con una idea en la cabeza. A la mañana siguiente, se vistió con un traje chaqueta negro y una camisa blanca, se peinó con un moño en lo alto de la cabeza, se puso unas gafas de sol y volvió a la tienda. Esta vez se presentó como trabajadora de la empresa, que estaba haciendo estudios sobre ventas y marketing. La hicieron esperar un rato, diciéndole que el encargado estaba ocupado. Ella se preguntaba si sería el que había conocido en el probador. No, resultó ser otro hombre, tendría unos treinta y tantos años, no iba vestido como el resto del personal. A pesar de ir muy elegante con un traje negro y una camisa de color burdeos, no era un tipo que llamara la atención por su atractivo. Este le estuvo haciendo preguntas sobre su trabajo. Ella le contó que se introduciría en su ordenador y cuando tuviera los datos que buscaba, intentarían entre todos incentivar con alguna campaña las ventas para los días que se vendía menos. Se lo tragó, la llevó a una oficina donde había una pared llena monitores, algunos estaban apagados, pero por los que había abiertos, se podía ver toda la tienda, otra de las paredes estaba cubierta de armarios que llegaban desde el suelo hasta el techo.

—Vaya, que sistema de vigilancia más completo. —Reconoció ella, que no sabía que en las tiendas hubiera tanta vigilancia. Mientras lo decía, pensó que en las oficinas también había cámaras, y supuso que era algo normal en la empresa.

—Sí, intentamos tenerlo todo controlado.

—Me parece perfecto —asentía mientras conectaba el ordenador portátil que había traído—. Esto me llevara un rato, si tiene otras cosas que hacer...

Quería quedarse sola en aquella habitación, pero aquel hombre parecía no tener nada mejor que hacer que mirarle las piernas.

Al cabo del rato el encargado le preguntó a Virginia si le apetecía un café. Esta respondió afirmativamente. El sujeto salió de allí y ella pudo mirar en los armarios. ¡Estaban llenos de cintas de vídeo! ¿Qué era todo aquello?, se preguntó.

Gravó todos los archivos del ordenador central de la tienda, no sabía lo que estaba buscando. Cuando el tipo volvió con los cafés, ella trató de sonsacarle sus métodos de venta en los periodos en que esta bajaba. Él se puso tieso

como un gallo, asegurándole que tenía unos empleados muy profesionales que serían capaces de vender arena en el desierto.

—Me alegro de oír eso. Sería bueno que nos reuniéramos un día y me contara cómo ha conseguido una plantilla tan competente, o si es usted mismo quien los guía para que hagan un trabajo tan bueno.

—Cuando usted quiera señorita. —La sonrisa que acompañó el comentario era tan acaramelada y engreída que a Virginia se le puso el vello de la espalda de punta. ¡Qué personaje más asqueroso!

Se despidió de aquel hombre con un apretón de manos, diciéndole que haría el estudio y se pondría en contacto con él.

Iba caminando por la calle, más relajada por haber salido de allí, cuando se dio cuenta de que alguien la seguía. Pensó que se estaba volviendo paranoica, ¿para qué iban a espiarla?

Se paró en un escaparate, se percató que el hombre que la acechaba se hacía el remolón. Siguió caminando, este también. Cuando ya estaba muy cerca de su hotel, el tipo se le acercó por la espalda y apretando algo puntiagudo en sus costillas le dijo:

—Señorita, si me da el maletín, nadie saldrá herido.

Evidentemente lo habían mandado desde la tienda. Eso le confirmaba que tenían algo que ocultar. A pesar de la conversación que había tenido con el encargado de la tienda, era evidente que este no se había creído nada.

Ella no le daría el maletín, después del trabajo que le había costado conseguir lo que el ordenador escondía.

Él la había arrinconado contra un escaparate. Ella no lo pensó dos veces, puso un pie en la pared y se dio impulso, lo que hizo que el hombre perdiera pie y en un vano intento de sujetarla clavó el cuchillo que llevaba en el hombro de Virginia. Ella gritó al sentir el frío metal penetrando en su cuerpo.

En pocos segundos la gente que pasaba por allí la rodeaba, pero ella pudo ver la cara de consternación del tipo, que huyó corriendo.

Virginia vio un poco mareada, como todo era agitación a su alrededor. Estaba en urgencias del hospital de la ciudad, le informó una enfermera.

—Voy a darte un anestésico local, aunque puede que te adormile. —Oyó a

un médico que estaba a su lado—. En ese caso duermo, tengo que darte algunos puntos.

El cerebro de Virginia trabajaba rápidamente.

—Espere, doctor, tengo que escribir una nota, por si me duermo... —Él la miró sorprendido, pero asintió. Ella le dijo a una enfermera que llamara a su amigo Ricardo, le dio el teléfono y le pidió que le entregara la nota.

Su amigo llegó al hospital, preocupado por lo que había sucedido. Una enfermera le entregó un trozo de papel manuscrito por Virginia, ella estaba en una habitación durmiendo. A él le extrañó el escueto mensaje que leía en la nota:

«Ricardo saca mi ordenador de aquí. V.»

Cuando Judit se enteró de que su amiga había sido acuchillada acudió al hospital donde la esperaba su marido.

—¿Qué ha ocurrido? —La preocupación se notaba en sus palabras.

—No lo sé, aún no ha despertado. El médico me ha dicho que no es grave, pero que estará por lo menos hasta mañana aquí. —Abrazó a su mujer para que se tranquilizara.

—Me quedaré con ella.

—Perfecto, yo voy a arreglar unos asuntos y vengo más tarde.

Judit vio el papel que sobresalía del bolsillo superior de la americana de su esposo.

—¿Qué es esto?

—Una nota que ha escrito Virginia antes de que la anestesiaran. —Judit la leyó y miró interrogante a su marido.

—Sé tanto como tú, cariño. Me llevo el ordenador a la oficina, cuando despierte sabremos en qué anda metida.

Ricardo no podía parar de pensar que todo aquello tenía algo que ver con la investigación que ella le había encargado hacia unos días.

Virginia despertó desconcertada, sentía los parpados pesados, a pesar de que por la luz que entraba por la ventana debía ser bien avanzado el día. Poco a poco fue recordando lo ocurrido y se agitó.

Al momento vio a sus amigos que se levantaban de un sofá que había al lado de la ventana de aquella habitación.

—¿Cómo estás cariño? —Judit mostraba cara de preocupación.

—Bien, déjame descansar un rato y podremos irnos de aquí. —Su amiga la miró con los ojos muy abiertos, y Ricardo se echó a reír.

—No corras tanto, valiente, el doctor ha dicho que te quedarás hasta mañana por lo menos.

—¿Por un pequeño rasguño?

—No debe ser tan...

Fueron interrumpidos por una enfermera que le controló las constantes y le dijo que más tarde pasaría el médico.

Judit vio que luchaba por no quedarse dormida, era evidente que los efectos del anestésico aún no habían pasado del todo.

—Cierra los ojos y descansa. —Le apretó la mano con suavidad.

Virginia tardó pocos segundos en sucumbir al sueño.

Más tarde cuando el médico fue a verla ella era ajena a todo. Ricardo lo interrogó para saber qué había pasado, pero el facultativo solo sabía que la habían apuñalado en medio de la calle. Les sugirió que se fueran a casa a descansar, pues con lo que le había dado. Ella dormiría hasta la mañana siguiente.

Ricardo tenía la mosca detrás de la oreja, ¿por qué le habría dejado aquella nota? ¿Qué pasaba con el ordenador? ¿Estaría allí por algo más que unas vacaciones? No se quedaría con la duda, llamó a la oficina de Virginia para hablar con Sergio Roca. Este estuvo consternado cuando Ricardo le contó lo que había pasado. Y recordó lo que ella había dicho antes de ir a aquella tienda. No conocía mucho a aquella mujer. Sin embargo, algo le hacía pensar que efectivamente ella había ido allí y las cosas se habían torcido.

Salió de su oficina, le dijo a su secretaria que anulara todas las citas pendientes del día y que ya la llamaría. Era de madrugada cuando llegó al hospital donde estaba Virginia. Esta dormía, se sentó a su lado, tratando de descansar del largo viaje, pero su mente no lo dejaba.

Pasaron varias horas antes de que Virginia se removiera en la cama. Parecía que tenía una pesadilla. Sergio la observaba como fruncía el ceño y su respiración se aceleraba. Cuando ella volvió a aquietarse, él suavemente le

retiró un mechón de cabello que se le había quedado cruzado en el rostro. No se cansaba de mirarla: era muy guapa... e inteligente, pensó. ¡Si no estuviera trabajando para él...! «¿Qué? —preguntó su subconsciente—. ¿Te liarías con ella, y sería otra más de las que calientan tu cama? En poco tiempo te aburrirías y pasaría al olvido».

Algo dentro de él le decía que no sería así, que por primera vez, después del fiasco de su matrimonio, tenía ante sí a una mujer en todo el buen sentido de la palabra, en mayúsculas. Una a la que le gustaría conocer, una que no solo estuviera de paso; una que se quedara a su lado.

La otra mitad de su cerebro le decía que no debía dejarse llevar, que todas sin excepción buscaban lo que buscaban. Él había aprendido la lección de una manera que no quería recordar, así que mejor sería que se olvidara del asunto. Que siguiera como hasta el momento y no se engañara a sí mismo, que la mujer que él deseaba no existía.

No podía basarse en las contadas ocasiones en las que había hablado con ella. Lo único que sabía era que le gustaba su iniciativa, decisión y su independencia; cosas que había demostrado con sus actitudes y hechos.

Dándole vueltas a todo ello, pensó que sería mejor mantener las distancias. Una suave carcajada se le escapó al darse cuenta de que precisamente había conducido durante horas al enterarse de lo que había ocurrido. ¡Menuda manera de permanecer alejado!

Hacia las nueve de la mañana ella despertó, abrió los ojos y encontró a Sergio sentado a su lado. Su sorpresa fue tal que creyó que estaba soñando. No podía ser que él estuviera allí.

—¿Cómo estás? ¿Qué pasó? —le preguntó él con lo que a ella le pareció ansiedad en la voz.

Al oírlo supo que no estaba soñando, era real, él estaba allí.

—¿Qué está usted haciendo aquí? —dijo ella en un susurro.

—Ayer me llamó Ricardo.

Virginia lo miró sin comprender. Se suponía que nadie sabía que había estado en la tienda. No podían relacionar lo que había pasado, ¿acaso habría hablado bajo los efectos del anestésico? Lo dudaba.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó él, al tiempo que le acariciaba la mejilla con el torso de los dedos. A ella no le salían las palabras, la inocente caricia

había hecho que su cuerpo fuera recorrido por un estremecimiento. Los dos se miraban intensamente.

Sergio no supo por qué la había acariciado. Había sido un acto tan espontáneo que lo cogió desprevenido. Sus miradas no se apartaban y ella veía pasar una amalgama de emociones por las pupilas de él.

En ese momento fueron interrumpidos por la llegada sus amigos, Ricardo y Judit. Estos se percataron de los colores que ella lucía en las mejillas, sonrieron para sus adentros, ya era hora de que Virginia encontrara a alguien.

—Buenos días —saludaron al entrar.

—¿Supongo que usted es Sergio Roca? —preguntó él.

—Sí, y tú debes de ser Ricardo Cuesta —dijo alargando la mano. Los dos hombres se dieron un firme apretón—. Tutéame, por favor.

—Yo soy su esposa, Judit, y amiga de Virginia. —Sergio se dio cuenta de la enérgica mujer que tenía delante y le estrechaba la mano con seguridad.

—¿Cómo estás? —Se interesó Judit mientras se acercaba y besaba a su amiga en la mejilla. Ella aún estaba sofocada—. Bueno... supongo que hoy nos contarás lo que está pasando. El mensaje que dejaste era tan escueto que parecía un telegrama.

—¿Te lo llevaste? —le preguntó ansiosa a Ricardo.

—Claro que sí, pero dime...

En aquel momento entró en la habitación el médico, este ya conocía a Sergio, pues cuando llegó, había querido saber todo lo que había pasado y como estaba ella.

—¿Has dormido bien? ¿Duele? —Manuel Olmo era un médico joven, con una agradable sonrisa.

—No, no duele.

Le sacó el vendaje, le inspeccionó la herida y mientras volvía a vendárselo le comentaba:

—La herida cicatriza bien, tuviste suerte, el corte fue muy limpio, no tocó ningún nervio ni tendón. Ahora date la vuelta que te daré la medicación.

Le descubrió parte de la nalga y la pinchó.

—¿Qué es esto, cemento armado? —exclamó Virginia agarrándose a la mano que Sergio tenía cerca de la suya encima de la cama y apagando su afanosa respiración hundiendo la cara en la almohada.

El médico rio

—A este medicamento lo han llamado de muy distintas maneras, por lo fuerte que es, pero esta es nueva, tendré que acordarme. Me dijiste que estabas en un hotel, ¿verdad?

Virginia no recordaba haberle dicho nada.

—Te quedarás unos días ingresada, sería distinto si tuvieras a alguien...

Sergio lo interrumpió.

—Estará en mi casa. —Hasta él se sorprendió de sus palabras dichas sin pensar.

Virginia lo miró sorprendida. Judit se dio cuenta de la incomodidad de su amiga.

—Cariño, en mi casa estarías todo el tiempo sola, prácticamente solo paramos allí por las noches. —A Judit se la veía afligida por no poder ayudarla.

—Estará en mi casa —repitió Sergio con cara de «no me lles la contraria».

—Entonces puedo darte el alta ahora mismo. Antes de que te vayas, ahí afuera hay dos policías que quieren hacerte unas preguntas. A propósito..., ¿cuándo fue la última vez que te vacunaste contra los tétanos?

—Hace tanto que ni me acuerdo.

—Me lo temía, entonces te vacunaré.

—Cuando vuelvas me habré ido —murmuró ella entre dientes recordando cómo le había dolido la inyección que le puso hacía unos momentos.

—Sabía que dirías eso —afirmó al momento sonriendo, mientras cogía la jeringuilla de la bandeja que había traído.

Virginia lo miró con ceño, pero Sergio no le había soltado la mano que le había cogido, con la otra encima de la de ella la estaba acariciando. Aquello la desconcertó, le hacía sentir una agradable sensación. Lo miró para ver si él era consciente de lo que estaba haciendo. Él la miraba tiernamente. De la vacuna ni se enteró.

El doctor se fue y casi de inmediato aparecieron dos policías que la querían interrogar. Virginia los miró de arriba abajo. No iban vestidos de policías, pensó que serían investigadores, se identificaron enseñándole una placa cada uno. Sergio hizo un movimiento de cabeza asintiendo. Uno de ellos reconoció

a Ricardo.

—¿Debo suponer que tú estás investigando esto? —le preguntó con voz profunda.

—No, es una amiga mía.

Le preguntaron a Virginia qué había ocurrido el día anterior. Ella se lo contó con detalle.

—¿Podría reconocer al tipo que la apuñalo?

Ella se quedó pensativa un momento.

—Sí, supongo que sí. Era un hombre moreno, con la frente ancha, ojos negros, no era de complexión muy fuerte, no creo que tuviera más de veinticinco años... —Hizo una pausa pensativa—. No quería apuñalarme.

Uno de los policías soltó un bufido.

—Pues lo disimulo muy bien. ¿Qué llevaba usted en el maletín?

—Mi ordenador.

—Y... ¿Por un ordenador sé jugo usted la vida?

Virginia lo miró frunciendo el ceño.

—Oiga, yo soy de los que creen que a cada cual lo suyo. Si quería un ordenador, hay muchas tiendas donde pueden comprarse, además, no creo que quisiera mi ordenador, supongo que buscaría dinero.

—Es posible. ¿Podemos ver ese maletín?

—Lo tengo en mi casa —intervino Ricardo.

En ese momento Judit recordó que la noche anterior se había dejado su ordenador allí.

—¿Dónde está el ordenador que olvidé anoche aquí?

—Alguien lo habrá puesto en el armario cariño —le dijo su marido.

Ella se dirigió hacia el armario y estaba vacío.

—Maldita sea. ¡No está! —exclamó.

—Preguntaré a las enfermeras. —Ricardo salió de la habitación y cuando volvió les dijo que nadie sabía nada del ordenador.

Los dos policías se miraron.

—Señorita, me atrevería a decir que esta noche ha tenido usted visitas.

Virginia empalideció visiblemente. Empezó a temblar al comprender que quien quisiera que se hubiera colado en su habitación. Ella no se había enterado, habrían podido hacerle lo que hubiesen querido, incluso matarla.

Sergio le apretó la mano, aquel gesto la reconfortó, pero no lo suficiente como para que dejara de temblar. Los policías se dieron cuenta de su estado de agitación.

—Bien, investigaremos por ahí a los delincuentes habituales, a ver si hay alguno que se va de la lengua y con las descripciones que tenemos de los testigos tal vez averigüemos de quien se trata.

Sergio les dio una tarjeta, por si querían hacerle más preguntas, diciéndoles que estaría en su casa y ellos se marcharon.

Ricardo miraba por la ventana ceñudo. Tenía que haberse quedado con ella, se reprochaba.

Sergio tenía unas ganas locas de abrazarla y calmarle los temblores con caricias. Virginia se agarraba a su mano con fuerza y era consciente de que ella no se daba ni cuenta. ¿Qué le estaba pasando con aquella mujer? Se había jurado a sí mismo varios años atrás que no volvería a encapricharse de ninguna fémína, que no repetiría el error de dejarse atrapar. La experiencia con su exmujer lo había dejado marcado, y sin ningunas ganas de volver a pasar por lo mismo. Su vida era perfecta tal como estaba; cuando quería compañía femenina, no le faltaban candidatas para calentar su cama una o varias noches. Pero no hacía promesas, ni quería que se las hicieran.

El primero en romper el silencio fue Ricardo.

—Ahora nos contarás qué está pasando aquí, y no me digas que ya se lo has contado a la policía porque no me creo nada de esta versión tan inocente que les has pintado a ellos.

CAPÍTULO 6

Virginia lo miró mordiéndose el labio inferior, y al cabo de unos segundos empezó por el principio y les contó todo lo que había pasado, tal como ella se había colado en la tienda como cliente y luego cómo se había hecho pasar por trabajadora.

—Supongo que a ese tipo lo mandaron de la tienda. Noté que al encargado no le hacía mucha gracia que grabara los archivos, pero como le dije que era de la empresa no pudo negarse.

—¿Por qué no me dijiste lo que te proponías? —preguntó Ricardo.

—Porque me lo habrías impedido.

—Y supongo que ahora te das cuenta de que hubiera tenido razón.

—Sí, maldita sea —explotó Virginia.

Los dos estaban furiosos.

—Pues se van a llevar un buen chasco con en mi ordenador. —Judit siempre le encontraba el lado gracioso a todo—. Calificaciones de niños, los temas programados para la semana, vamos, que lo tengo todo lleno de secretos. —Soltó una risita.

—¿Pensaste en algún momento que volverían? —le preguntó Ricardo con ira.

—No sé lo que pensé —exclamó claramente alterada.

—Te dije que no fueras a esa tienda —le reprochó Sergio.

—Pero... ¿por qué? —Se puso terca, clavándole una mirada acusadora.

—Por que donde hay movimiento de dinero hay peligro, ya te lo dije, y deja de mirarme así, yo no tengo nada que ver.

—¿Os habéis parado a pensar que cuando se den cuenta de que se han llevado el ordenador equivocado, volverán? —Los años que Judit llevaba

junto a su marido le habían enseñado a saber cómo actuaban los delincuentes.

Ricardo soltó un gruñido afirmando con la cabeza.

—No os preocupéis. Estará en mi casa, allí no podrán llegar hasta ella. — Sergio estaba pensando en contratar a alguien para que tuviera la casa vigilada las veinticuatro horas del día.

Virginia tenía problemas para asimilar que se había puesto en un buen lío, vio cómo su jefe le hacía un gesto con la cabeza a Ricardo para que saliera al pasillo. ¿Qué estaría tramando?

Judit al ver a los dos hombres que abandonaban la habitación se acercó a su amiga.

—¿Por qué no nos contaste nada? —le preguntó mientras con los dedos le peinaba el cabello que tenía revuelto.

—Tu marido no me hubiera dejado ir, además, no pensé que entrañara ningún riesgo.

Su amiga veía la cara de preocupación de Virginia y se propuso animarla.

—¿Sabes que tienes un jefe muy guapo? Ya me gustaría a mí poder recrear la vista en un tipo como ese. —Su sonrisa le iba de oreja a oreja.

Ella no apreciaba la broma. Estaba preocupada porque había puesto en peligro a sus amigos.

—Lo siento... yo... —Se le habían llenado los ojos de lágrimas y Judit no sabía por qué.

—¿Qué tratas de decirme? —Se sentó a su lado cogiéndole las manos entre las suyas.

Aspiró con fuerza tragando el nudo que tenía en la garganta.

—Te he puesto en peligro... yo...

—¿De qué me estás hablando? —Su amiga estaba perpleja.

—A través de tu ordenador puede llegar hasta ti —afirmó con desesperación.

Judit no se había parado a pensarlo, pero le dolía ver así a Virginia.

—¿Tú has visto el marido que tengo? ¿Crees que él dejara que me hagan algo? Antes les da una paliza que... que..., vamos, que se les quitaran las ganas de ir por ahí asaltando a nadie. —Trató de que su sonrisa la calmara.

—Pero...

—Deja de preocuparte, no va a pasarme nada. —La abrazó para

reconfortarla, pensando que su amiga tenía razón, tendría que advertir a su marido.

En el pasillo Sergio estaba diciéndole a Ricardo algo muy parecido, que si conocía a alguien que pudiera vigilar su casa con discreción.

—Sí, tengo unos amigos que pueden ayudarte, incluso yo mismo.

—A ti pensaba encargarte otro tipo de trabajo —lo interrumpió—. Aparte de que te asegures de que tu mujer no corre peligro, tienes que tener en cuenta que se han llevado su ordenador, eso la relaciona con Virginia.

—Ya había pensado en eso. ¿Qué tipo de trabajo pensabas encomendarme?

—¿Tienes medios para poner vigilancia en esa tienda? Quiero saber todo lo que está pasando allí.

—Sí, tengo unos juguetitos que aún no he tenido oportunidad de probar.

Sergio frunció el ceño al oír aquello.

—Yo había pensado en personas.

—Déjalo en mis manos, ya organizaré la vigilancia.

—Bien, quiero estar informado.

—Lo estarás.

Cuando se reunieron con las mujeres, Virginia armó un pequeño alboroto. No quería entrar en razón sobre la conveniencia de alojarse en la casa de su jefe.

Ricardo apoyaba la decisión de Roca, pues le había comentado que allí nunca estaría sola y que la propiedad estaba vallada por los cuatro costados. Si los imbéciles de la tienda se presentaban allí, ellos mismos se delatarían. No obstante, había convencido a Sergio de que le permitiera introducir a uno de sus colaboradores, que no perdiera de vista a Virginia. Y otros dos harían la vigilancia desde el exterior.

Virginia estaba desconcertada de que él la alojara en su casa. No tenía por qué hacerlo, ella era una simple trabajadora que se había puesto en un lío sin pensar en las consecuencias y en ese momento había puesto en peligro a su amiga. Se sentía furiosa consigo misma. Enfrascada en sus pensamientos no prestó atención adonde se dirigían. De pronto se encontró delante de una

elegante puerta de hierro. Enseguida la abrieron, los estaban esperando una joven pareja, que les dio la bienvenida. En ese momento Virginia tenía toda la atención en lo que veía. No muy lejos de la verja había una casa pequeña, pero que se veía muy acogedora. Su jefe siguió por un camino y en pocos segundos apareció ante sus ojos un espléndido chalet, Virginia pensó que se estaba internando en otro mundo, los jardines estaban pulcramente cuidados, en la parte delantera de la casa había una plaza, donde Sergio paró el coche.

—Ven. —Abrió la puerta mientras ella trataba de abarcarlo todo con la mirada. La ayudó a salir del coche.

Entraron en la casa, y él la guio hasta un dormitorio.

—Aquí podrás descansar, ponte cómoda, ahora voy a hacer unas llamadas, luego mandaré a Lucas al hotel a buscar tu equipaje.

—Tengo mi coche también allí.

—No te preocupes, también lo traerá.

Dicho esto, la dejó sola en la habitación. Ella no estaba cansada. Recorrió la habitación, admirando el buen gusto en la decoración. Era toda en tonos azules. Las cortinas y los sillones unos tonos más oscuros que las paredes. En el centro había una enorme cama, a un lado había una mesita con una lámpara y al otro una cómoda con un jarrón encima lleno de flores frescas. Eso quería decir que su jefe había avisado con antelación de que irían allí.

Un gran espejo colgaba en la pared y un gran armario empotrado se alzaba desde el suelo hasta el techo al lado de una puerta. Fue a investigar y había un cuarto de baño enorme todo de mármol rosado, con una bañera en la que bien cabían dos personas. El conjunto era muy acogedor. Fue hacia las cortinas y al correrlas había una puerta que daba al jardín, salió afuera. En un segundo sus fosas nasales fueron asaltadas por un agradable aroma de flores. Era maravilloso. Empezó a recorrer lentamente el jardín, se paraba aquí y allá, admirando el buen gusto del jardinero.

Sergio llamó a su hermano Guillermo y lo puso al tanto de lo que había pasado. Le dijo que se quedaría unos días allí y que tendría que hacerse cargo de su agenda.

—No te preocupes, yo me ocuparé de todo, pero... ¿Qué estaba haciendo la secretaria de Julián en esa tienda?

—Lo que tendríamos que haber hecho nosotros.

—¿De qué me estás hablando?

—Aquí está ocurriendo algo raro. Ella lo descubrió y al darle vacaciones vino por su cuenta a investigar.

Su hermano soltó una exclamación, que Sergio pudo oír a través de la línea.

—¿Y me dices que la apuñalaron? ¿Qué diablos está pasando ahí?

—Es lo que pretendo averiguar.

—Ve con mucho cuidado, hermano.

—Descuida, ya he contratado a profesionales.

Su hermano lo interrumpió.

—¿Tiene eso algo que ver con las referencias que me pedías el otro día?

—No, creo que no. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque las busqué y llamé a las empresas donde dice Julián que ha estado trabajando y resulta que nadie lo conoce.

—Maldita sea, Guillermo... ¿Cómo fue que lo contrataste?

—Ese tipo me presentó un currículum impresionante, y me pareció que era la persona que estábamos buscando. —Sergio maldecía en voz baja—. ¿Quieres que lo despida?

Estaba furioso, se sentía manipulado y deseaba ser él quien lo pusiera de patitas en la calle.

—No, solo vigílalo, ahora que Virginia no está para hacerle el trabajo, a ver qué excusa me da cuando vuelva. El muy sinvergüenza me pidió que la despidiera cuando es ella la que lleva toda la contabilidad.

—¡Diablos! Vaya cretino. ¿Cómo me pudo engañar de esa manera?

—Eso me pregunto yo.

—No te preocupes, me ocuparé de tenerlo vigilado.

Guillermo se despidió de su hermano, asegurándole que él se haría cargo de todo mientras estuviera ausente. En su mente ya había trazado un plan para tener vigilado a aquel sujeto. Una noche había coincidido en el ascensor con la secretaria de ventas y se habían caído bien desde el primer momento. Él la había invitado a tomarse una copa y se habían hecho amigos. Habían salido en varias ocasiones. Le pediría que vigilara qué hacía Julián.

Frunció el ceño al pensar que Sabrina podría sentirse molesta cuando se

enterara de que él era uno de los jefes, pues ella había creído que Guillermo trabajaba en otra oficina de los pisos superiores del edificio, y él no la había sacado de su error.

CAPÍTULO 7

Sergio terminó con sus llamadas y se dirigió a la habitación donde había dejado a Virginia por si ella necesitaba algo. Dio un par de golpecitos en la puerta. Después de esperar unos segundos y no oír respuesta alguna, abrió suavemente por si ella se había dormido. No había nadie en la estancia. Reparó en que la cristalera que daba al jardín estaba abierta, llegó hasta allí y la vio. Era una mujer muy bonita, allí paseando entre las flores como si no tuviera ningún problema, como lo haría una niña o una mujer a la que le encantara la naturaleza. Se paraba aquí y allá y las olía. Parecía acariciarlas. Su mano envolvía los pétalos olorosos con tanta ternura que Sergio se sintió fascinado ante aquella visión. La estuvo observando un momento, luego empezó a caminar hacia ella, cortó una rosa roja y le quitó las espinas, sentía un poderoso impulso de acariciarla a ella de esa manera. En pocos segundos estuvo a su lado; ella pudo sentirlo al instante. Se dio la vuelta y lo primero que vio fue la rosa que él le ofrecía. La cogió de sus dedos y se la acercó a la nariz, mirándolo a esos aterciopelados ojos color miel que parecían acariciarla. Sin ser consciente de ello, se le escapó un suspiro. Aquel hombre la perturbaba. Aquella cercanía hacía que deseara apoyarse en él, pero no podía hacerlo. Era su jefe. No sabía muy bien aún como había acabado en su casa, lo que tenía muy claro y no debía olvidar era que trabajaba para él.

Era una mujer con los pies bien plantados en la tierra y sabía que entre ella y Sergio no podía haber nada de nada, por muy atraída que se sintiera hacia él. Eran dos personas muy diferentes, se movían en círculos distintos, y ella no quería ser una más en su seguramente larga lista de amantes.

Ricardo había llegado. Mientras conducía su coche hacia la entrada principal de la casa, vio a Virginia y a Sergio en el jardín. En su fuero interno se alegró por ella, era una mujer que se merecía encontrar a un hombre que la hiciera feliz, que se preocupara por ella. No conocía a Sergio, pero el que hubiese acudido tan pronto a su llamada decía mucho del hombre, al fin y al cabo, ella no era más que una trabajadora de su empresa. Pero se había fijado en pequeños detalles, cómo la miraba, cómo se había enfurecido cuando se dio cuenta del peligro que ella había corrido. No tenía ninguna duda de que entre esos dos podía florecer algo duradero. Aunque, conociendo el carácter independiente de su amiga, sabía que Sergio no lo tendría nada fácil. Sonrió al pensar en ello.

Sergio y Ricardo se reunieron en el salón, conectaron el ordenador y se dispusieron a rastrear todos los archivos. Los dos oían como Virginia maldecía y se miraron. Sergio se acercó a la puerta de ella.

—¿Ocurre algo?

Ella volvía a maldecir.

—No... —Se oyó desde el otro lado de la puerta.

Sergio miró a Ricardo.

—Le estará costando lo suyo quitarse la ropa con el brazo vendado. —Las cejas del investigador se levantaron sorprendidas por el comentario—. Ha dicho que quería tomar un baño.

Los dos sonrieron. Al cabo del rato, inmersos en los datos del ordenador, volvieron a oír que Virginia maldecía. Ella había pensado que después del trabajo que le había costado desnudarse, peor sería vestirse, así que se puso un albornoz, pero no contó con atarse el nudo del cinturón, no podía. Sergio al oírla de nuevo, se levantó y dio dos golpecitos en la puerta. Ella seguía lamentándose en voz alta de lo inútil que era. Él entró y la encontró tratando de atarse el nudo, no dijo nada durante unos segundos, luego preguntó:

—¿Tan difícil te resulta pedir ayuda?

Ella no lo había oído entrar, se sobresaltó. Trató de taparse cogiendo las dos partes delanteras del albornoz, pero fue inútil, Sergio había tenido una espléndida visión de la parte delantera del bello cuerpo femenino.

—Déjame ayudarte.

Ella dio un paso atrás, luchando con el maldito albornoz.

—No, esto es... esto no puede estar pasándome a mí... no puedo estar dependiendo de usted en todo momento.

Él se acercó y le ató el nudo, vio en sus ojos la turbación que sentía. No pudo evitar sentir una ternura inesperada.

—¿No crees que ya va siendo hora de que me tutees? —lo dijo con tanta naturalidad que ella lo miró con las mejillas encendidas. A él le hizo gracia. Se inclinó sobre ella y le dio un suave beso en la frente.

—Yo... yo...

—Descansa. —Sonrió poniéndole un dedo sobre los labios acallándola. Siendo muy consciente de que lo que deseaba era besarla hasta que los dos estuvieran sin aliento y volver a desanudar el albornoz para disfrutar de lo que había podido admirar durante un segundo.

Ella estaba alhelada, ¿qué era eso que había visto en los ojos masculinos? Lo vio salir de la habitación y cerrar la puerta tras de sí. Pensó que había sido fruto de su imaginación. Se echaría un rato, pero tenía hambre, no había comido nada desde el día anterior. Salió de la casa y se dirigió hacia la casita de la entrada. La mujer al verla venir salió a su encuentro, le dijo llamarse Carmen; era joven y muy agradable al trato. Se le ofreció para lo que necesitara y ella aprovechó para decirle que estaba hambrienta.

Al cabo del rato, habiendo comido, se echó un rato en la cama, empezaba a dolerle el hombro, no pensaba dormir, pero no tardó ni dos minutos en caer en un profundo sueño.

Luego de un par de horas, Sergio llamó a su puerta. Nadie contestó. Él entró pensando que ella estaría paseando por el jardín y la vio en la cama durmiendo a pierna suelta, buscó una manta en uno de los armarios y la tapó. Ella se removió, pero no abrió los ojos. Él vio la bandeja con restos de comida que había encima de una mesita. Se reprochó el no haberlo pensado.

Había anochecido cuando Virginia despertó, se levantó y salió de la habitación, Sergio y Ricardo seguían con el ordenador. Los dos levantaron la vista cuando ella apareció.

—¿Has dormido bien? —le preguntó Sergio.

—Sí, muy bien.

—Pues yo estoy hecho polvo. —Se quejó Ricardo—. Hemos estado todo el día con este maldito ordenador y nada.

—¿Pensaste que sería fácil? Sea lo que sea lo que nos quieren ocultar, no lo tendrán a primera vista.

—Ya me he dado cuenta. —Asintió Ricardo frustrado—. ¿Creéis que sería más fácil si este trabajo lo hace un experto en ordenadores?

—No lo sé, si supiéramos lo que estamos buscando sí, pero...

Sergio estuvo de acuerdo con ella.

Era tarde. Ricardo se despidió de ellos, explicándoles que al día siguiente y el otro que no contaran con él, pues su esposa le tenía terminantemente prohibido trabajar los sábados y los domingos.

—Vaya, Judit te hace andar derecho ¿eh? —Se rio Virginia.

—Sí, al principio de establecerme por mi cuenta, trabajaba las veinticuatro horas del día y no conocía las fiestas hasta que un día me amenazó con que o el trabajo o ella. No tuve elección.

—Así me gusta —dijo todavía riendo Virginia—. Los hombres necesitáis mano dura.

Ricardo se fue. Sergio estaba agotado. La noche anterior no había dormido y el pasarse todo el día delante del ordenador no había ayudado. En ese momento solo pensaba en comer algo e irse a la cama. Llamó por el teléfono interior y le pidió a Carmen que les trajera algo para cenar.

—Yo no tengo hambre.

—Ya he visto que habías comido. ¿Desde cuándo que no comías?

—Desde ayer a la hora de desayunar.

—Debiste decírmelo. Yo me hubiera encargado.

—No se preocupe. Carmen ha sido muy amable. —Él levantó una ceja al advertir que lo seguía tratando de usted, al ver la confusión verde de su mirada, añadió—. ¿Tan viejo te parezco que no puedes tutearme?

La manera como lo dijo hizo que ella sonriera.

—No, pero me va a resultar difícil, no puedo olvidar quién es.

Aquella sonrisa le empujó a bromear.

—Soy Sergio Roca, un hombre como cualquiera que te cruces por la calle.

—Sí, bueno...

Podía ver el apuro de ella en sus ojos.

—Ay madre..., ¿no me digas que de repente se me ha puesto el pelo cano?

El comentario y el dramatismo que él le puso la hicieron reír.

—¿Lo intentarás?

—Sí.

Virginia asintió sin saber por qué eso era tan importante para él. Si se acostumbraba y luego al volver a la oficina lo tuteaba sin darse cuenta... Desde luego no sería su problema.

Para Sergio aquel trato de respeto representaba como una barrera, como si ella no confiara en él, o como si quisiera decirle «no te acerques demasiado». No sabía bien porqué, y no se molestó en analizarlo, pero no quería esos formalismos entre ellos.

Después de saciar su apetito, se fue a acostar. Ella se quedó revisando archivos.

Hacia las cuatro de la madrugada, Sergio despertó y vio luz en el salón, pensó que Virginia aún estaría en el ordenador. Se puso una bata y salió de su habitación. Ella se había quedado dormida en el sofá. La cogió con cuidado de no hacerle daño en el hombro herido y la acostó, pensó en quitarle el albornoz, pero desechó la idea de golpe al darse cuenta de hacia dónde se encaminaban sus pensamientos. Recordaba vívidamente la visión de ese cuerpo cuando le había atado el cinturón. La cubrió con las mantas y ella se arrebujó acomodándose. La estuvo mirando embobado durante unos segundos y volvió a su propia cama. Aunque no le fue tan fácil volver a dormirse; esa mujer había despertado en él algo que hacía mucho tiempo no sentía: la necesidad de protegerla, de tenerla cerca.

CAPÍTULO 8

La mirada de Guillermo estaba perdida en el interior de la copa de whisky que tenía entre los dedos como si en el interior ámbar del líquido fuera a encontrar la respuesta a sus perturbadores pensamientos. Todo el día que había estado estrujándose el cerebro pensando en la primera entrevista que había tenido con Julián. Le había parecido un tipo competente, seguro de sí mismo y a la altura del trabajo que tendría que hacer en su empresa. ¿Cómo se había dejado engañar de ese modo? Por lo que le había dicho su hermano. El tipo no sabía hacer la o con un canuto. Pensó en lo estúpido que había sido y estaba furioso.

—Daría la mitad de mi sueldo por tus pensamientos. —La voz de Sabrina lo volvió al mundo que lo rodeaba.

Se giró y la sonrisa en aquel bello rostro lo hizo sonreír. Aquella mujer con su buen humor, su vitalidad y su encanto lo había cautivado desde la primera mirada que habían cruzado en el ascensor. Aún recordaba su primer encuentro: ella se estaba arreglando el pelo y luego sacó de su bolso una barra de labios y se los retocó. Él la miraba disimuladamente a través del espejo y sus miradas se cruzaron al hacer ella lo mismo. Al darse cuenta de que él la observaba, sus mejillas se colorearon y él sonrió.

—Siempre me había preguntado para qué diablos ponían los espejos en los ascensores. Ahora he visto para qué sirven.

La risa de aquella chica lo había cautivado.

—Te sorprendería lo que podemos hacer las mujeres ante un espejo en el poco tiempo que tarda en llegar al décimo piso. —Se dio cuenta enseguida del doble sentido del comentario y que a él se le dibujo una sonrisa seductora en la cara—. Todo menos lo que estás pensando. —Añadió con una pícara

sonrisa.

Al salir del ascensor él apreció el balanceo de sus caderas cuando se despidió y se dirigió a la puerta. Sin darse cuenta estaba sonriendo y uno de sus ejecutivos le preguntó qué era lo que le hacía tanta gracia.

—Oh, nada, estaba pensando. —En ese momento se dio cuenta de lo bella que era aquella mujer. Sus ojos negros brillantes parecía que le hubieran estado lanzando guiños, su pelo rizado enmarcaba un rostro armonioso de dulces rasgos y aquellos labios que parecían hechos para ser probados, besados, mordisqueados... Su cuerpo era perfecto, había curvas donde debía y ella las exhibía segura de sí misma. Por lo visto no le importaba aquella moda de jóvenes súper delgadas. Su sentido del humor ácido y picante le había encantado. Se prometió a sí mismo conocerla mejor.

Al día siguiente había salido de su despacho a la misma hora con la esperanza de volverla a encontrar, pero después de esperar en el vestíbulo durante un cuarto de hora, tuvo que admitir que se le había escapado.

No había vuelto a verla hasta cuatro días después, y no había desaprovechado la oportunidad. La invitó a tomarse una copa y descubrió que no era ninguna joven frívola, era una mujer que sabía muy bien lo que quería, a lo que podía aspirar, y luchaba por ello. Su carácter fue una agradable sorpresa para él, le gustaban las mujeres decididas e independientes, y ella lo era.

En ese momento le preocupaba haberle dejado que creyera que él trabajaba en otra empresa. ¿Cómo se tomaría ella la noticia de que él era uno de sus jefes?

—Estás muy pensativo, ¿algún problema? —se interesó con su habitual sonrisa mientras se sentaba a su lado.

—Espero que no.

Sabrina pidió al camarero una copa y se giró de cara a él.

—Tu expresión me dice lo contrario. Estás preocupado. Si tienes algo más que hacer, podemos tomarnos esta copa en otro momento. —Su sagacidad nunca dejaría de sorprenderlo.

—Tengo un problema y quería pedirte un favor. —La seriedad de él la puso en alerta.

—Si está en mi mano...

Guillermo la miró intensamente.

—¿Te importaría vigilar a Julián? —La sorpresa de ella fue patente—. Con discreción, claro. No quiero que él se dé cuenta, solo quiero saber con quién se ve, cuantas horas está trabajando en su despacho, a qué hora entra y a la que sale.

Ella frunció el ceño.

—¿Te estás refiriendo a Julián...

—El directivo de contabilidad —la interrumpió él.

—¿Cómo sabes que... espera un momento... —Ella lo miraba confundida—. ¿Qué tiene que ver tu empresa con Julián? ¿Es que queréis contratarlo? —En ese momento pensó en lo déspota que era ese hombre con su amiga—. Por una parte, te diría llévatelo, pero no quiero mentirte: es un cretino despreciable. Su secretaria tiene que hacerle todo el trabajo, y encima la trata como a una esclava. Además, están las broncas que le echa delante de todo el mundo sin motivo. No le tiene ningún respeto.

Él se dio cuenta de lo poco que sabía de ese hombre. Cuando tenían alguna reunión era todo sonrisas y fanfarronear de su trabajo, cuando en realidad era otra persona la que se tenía que llevar el mérito.

Sabrina pensó que habrían coincidido en el ascensor y que Julián se habría puesto él mismo en un pedestal.

—No sé lo que te habrá dicho, pero créeme cuando te digo que ese tipo no da muy buena imagen en la empresa. Todas mis compañeras te dirían lo mismo, claro que no sé por qué os habéis fijado en él. Siempre me estoy preguntando cómo fue que lo contrataron.

Ahí tocó la fibra a Guillermo.

—Demonios, porque me engañó —exclamó sin pensar.

—¿Cómo has dicho?

Había llegado la hora de aclarar el malentendido que había entre ambos.

—Mi hermano Sergio y yo somos los dueños de «Belleza íntima».

Sabrina se quedó con la boca abierta, lo que él encontró muy divertido. Nunca había podido ganar una batalla verbal con ella, siempre tenía salida para todo, pero en ese momento estaba anonadada.

—No me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—No, tienes que reconocer que nunca hemos hablado de mi trabajo, no te

he mentido. —Se excusaba él—. Si te soy sincero me hizo gracia que supieras que trabajaba en otra empresa. Por otro lado, eso me daba la certeza de que no salías conmigo por mi dinero, por ser el jefe.

Sabrina no salía de su estupor.

—¿Las mujeres salen contigo por tu dinero? —Guillermo afirmaba con la cabeza sin apartar la mirada de los ojos de ella—. ¿Cómo puede haber mujeres así por el mundo? Eso me hace sentir vergüenza ajena. Que estamos en el siglo veintiuno, por Dios.

—No te puedes imaginar lo que se siente cuando te das cuenta de que con la persona que estás solo pretende embaucarte, yo... —Iba a decirle las veces que se había encontrado con mujeres que le decían que no hacía falta que se pusiera protección cuando tenían relaciones sexuales, solo para después atraparlo con un embarazo.

—¿Qué ibas a decir?

El rostro de él tenía una expresión muy peculiar.

—No, nada.

—Te estaré chinchando hasta que me lo digas. —La mirada pícara hizo que él riera.

—No te lo diré.

—Entonces tendrás que buscarte a otra para que vigile a Julián. —A ella se le escapaba una sonrisa y se dio cuenta de que no la había impresionado enterarse de que él era dueño de la empresa.

—Está bien, tú ganas, señorita curiosa. En más de una ocasión han tratado de engañarme cuando he tenido relaciones sexuales con mujeres, me han asegurado que ellas se encargaban de que no hubiera un embarazo no deseado, pero luego me he enterado de que lo único que pretendían era que les hiciera un hijo.

—Diablos.

—¿Entiendes ahora por qué no te dije quién era?

Claro que lo entendía. Tenía que ser muy frustrante no saber si la persona que se tenía al lado, estaba por él mismo o por su dinero. No podía reprocharle que se hubiese callado ese detalle.

Cuando Virginia despertó a la mañana siguiente, se sorprendió de encontrarse en su cama. No recordaba cómo había llegado hasta ella, descubrió que llevaba el albornoz puesto, pensó que había sido muy gentil de parte de Sergio de haberla acostado.

—Buenos días —dijo al salir de su habitación y encontrarse a Sergio otra vez frente al ordenador.

Él la miró y le devolvió el saludo apreciando que recién levantada era incluso más atractiva. No llevaba el albornoz, se había puesto unos pantalones que supuso eran de pijama, que le marcaban un culito firme y redondo, y una camiseta que ocultaba su brazo herido.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, solo se trata de no moverlo —lo dijo como si hubiese descubierto el Santo Grial.

Sergio rio ante su expresión.

—Ahí tienes café y tostadas para desayunar. —Señaló la mesa que estaba junto a la cristalera que daba al jardín. El sol daba de lleno en toda la estancia. Era muy agradable. Ella se sentó a desayunar. Se sirvió café y trató de untarse una tostada con mantequilla, con una sola mano se le hacía imposible. Sergio la oyó refunfuñar. Se dio la vuelta y vio lo que pasaba.

—Espera, yo lo haré.

—Es desesperante —exclamó Virginia.

—Lo que es frustrante es que no quieras que nadie te ayude —puntualizó remarcando las palabras—. Estarás unos días con el brazo inmovilizado, hazte a la idea, cuando necesites algo, solo tienes que pedirlo. —La miraba intensamente a los ojos—. ¿De acuerdo?

Ella siempre se había valido por sí misma. Le resultaba incómodo depender de los demás.

—De acuerdo —acató sin mucho entusiasmo.

Sergio asintió con la cabeza y untó varias tostadas, empezó a comerse una.

—¿Te apetece un café? —le preguntó ella—. Eso puedo hacerlo sola.

—Sí. —Él sonreía, se estaba dando cuenta del carácter obstinado e independiente de ella.

Cuando Virginia terminó de desayunar, lo vio mirándola pensativo.

—¿Ocurre algo?

Él negó con la cabeza al tiempo que sus ojos se trasladaban a sus labios, al movimiento sensual de su boca. Sintió unas ganas locas de probar su sabor.

Ella, incómoda, se levantó y fue a mirar por la cristalera. Notaba la mirada de Sergio clavada en su espalda. Recordó el inocente beso que le había dado el día anterior y un extraño temblor se instaló en sus entrañas.

Sergio se le acercó. Ella pudo sentirlo a su espalda.

—Tienes un jardín precioso.

—No es mérito mío. Oscar y Lucas hacen el trabajo.

A ella le encantó escuchar aquellas palabras. No le quitaba importancia a lo que hacían los demás. Se giró y él estaba a escasos centímetros. Levantó la cabeza para mirarlo a los ojos y, al encontrarse sus pupilas, se le olvidó lo que iba a decir.

El tiempo pareció detenerse mientras notaban cómo el aliento se les retenía. Sergio bajó la cabeza lentamente, dándole tiempo a pararlo, pero ella estaba como hipnotizada bajo la mirada dulce como la miel. El contacto de sus labios fue eléctrico. Los dos sintieron la vibración que los envolvió. Él colocó una mano en la nuca y otra en la cintura esbelta de Virginia mientras saboreaba aquel beso; su cuerpo despertó al instante, transmitiéndole que tenía que detenerse, no obstante, siguió explorando aquella dulce boca que le supo cómo ninguna otra.

Virginia sentía como si flotara. Sus miembros se estaban debilitando por momentos y supo que sus rodillas no iban a sostenerla mucho más. Notaba la sangre correr por sus venas a una velocidad que la mareaba, mientras se le quedaba grabado a fuego el aroma de Sergio y el sabor embriagador de aquel interminable beso.

Hizo un esfuerzo sobrehumano para terminar con aquella locura. Trató de separarse, él le mordisqueó los labios y al fin levantó la cabeza con la mirada fija en aquella boca que sabía a paraíso. Vio que la tenía hinchada y la resiguió con la lengua.

—Eres preciosa.

No era eso lo que esperaba escuchar en ese momento. Se sentía abochornada. Nunca debería haber dejado que ocurriera. Él le había dado tiempo a detenerlo, pero ella no lo había hecho y en ese momento Sergio pensaría que era una fresca.

—No sé lo que me ha pasado, yo no soy así.

Él se sorprendió por el comentario. No la entendía.

—No eres así, ¿cómo?

Pudo ver el apuro en sus ojos.

—Yo... yo...

Que tartamudeara le hizo cierta gracia.

—Tranquila, cielo, soy yo el que no me reconozco, nunca me había lanzado de esta forma.

—No sé por qué me cuesta creerlo. —No supo que había expresado sus pensamientos en voz alta hasta que lo oyó soltar una carcajada.

—Eres una joya... y me tienes hechizado —dijo él apretándola suavemente para no lastimar su hombro herido.

Tiró de ella hacía el sofá y se pusieron de nuevo delante del ordenador.

—¿Has encontrado algo? —Quiso saber Virginia.

—No.

Sergio se daba cuenta de que por un momento de placer había renunciado a todas sus resoluciones del día anterior. No quería liarse con una de sus trabajadoras, sin embargo, había disfrutado de ese beso más de lo que quería admitir.

Virginia supo que se había adentrado en aguas pantanosas, pero no le importó. No le importaba perder ese empleo, era más, si la despedían por tener un desliz con el jefe, le harían un favor. Buscaría el trabajo que fuese adecuado a sus ambiciones. Uno en el que se la valorara como debía. Y no podía negar que aquel hombre besaba como nadie, le había hecho perder el mundo de vista durante..., no sabía, bien podía haber sido un minuto como media hora. Se había sentido tan bien en sus brazos que no se arrepentía de que hubiera pasado.

El trabajo era tedioso, y la postura delante del ordenador acabó haciéndole doler la espalda y el hombro. Se reclinó en el sofá y cerró los ojos. Debíó quedarse dormida.

Estaba tomando el sol en la playa de Tabarca, se había tendido en la orilla donde las olas bañaban sus pies desnudos causándole una agradable

sensación. De pronto, notó que algo tapaba la cálida caricia del sol y abrió los ojos, la sombra de un hombre se cernía sobre ella, sin embargo, lo que le llamó la atención fue una rosa roja que este llevaba en la mano.

—Cierra los ojos.

Lo vio inclinarse sobre ella.

—¿Qué? —Ella pensó que no había oído bien.

—Cierra los ojos —repitió él.

Ella así lo hizo, aunque, se sentía un poco turbada. El empezó a recorrer el contorno de su cara con la rosa, le acarició las mejillas, dejó que ella oliera su perfume, le acarició los labios con los suaves pétalos. Fue bajando la rosa por su cuello, a ella se le fue dibujando una sonrisa de puro placer. Entonces Sergio volvió con la rosa a la boca femenina. La puso en la comisura izquierda de sus labios y la besó en la comisura derecha con mucha suavidad. La sensación fue tan exquisita que Virginia levantó los brazos y las yemas de sus dedos fueron a posarse en las mejillas del hombre, causando una extraña vibración en el cuerpo de los dos. Sus labios volvieron a juntarse, esta vez inclinando la cabeza en el ángulo perfecto para saborearse a conciencia. La temperatura entre ambos subía con rapidez, haciendo que sus cuerpos se buscaran, los alientos se entremezclaran, y se olvidaran de todo lo que no fuera ellos mismos.

Virginia sintió las grandes manos de Sergio en su cintura, y de pronto se encontró encima de él, el movimiento fue tan inesperado que soltó un jadeo, abrió los ojos y él le sonreía endemoniadamente.

—Despierta, es solo una pesadilla.

Sergio había oído su jadeo y pensó que su sueño no era agradable. La cogió por el antebrazo y la zarandeaba con suavidad.

Ella salió de su agradable sopor, desorientada, lo miró y se dio cuenta de que se había quedado dormida. Enrojeció al recordar lo que había soñado.

—¿Estás bien? —Se preocupó Sergio al ver el color de su cara. Le puso la mano en la frente pensando que quizás le había subido la fiebre.

—No es nada —dijo ella sin apenas voz.

—¿Seguro?

Asintió con la cabeza, no quería hablar del tema. No podía decirle que había estado soñando con él. La tomaría por idiota.

—Ahora vuelvo.

Se levantó y se fue a refrescarse la cara, la notaba acalorada y estaba segura de que estaba enrojecida.

Estuvieron todo el día allí sentados, no encontraron nada, al anochecer estaban los dos hartos de buscar archivos y anotaciones.

—Vamos a dejarlo por hoy, creo que todo esto no nos va a servir de nada.

—Sergio estaba pensando que lo que estaban haciendo no los llevaría a ninguna parte. Lo que fuese que ocurría en esa tienda no lo encontrarían en el ordenador.

—Tiene que haber algo, si no por que vinieron al hospital.

—Tal vez pensaban que habías grabado algo que no debías, y no lo hiciste.

Ella se lo quedó mirando, era una posibilidad. En ese momento entró Lucas acompañando al doctor que venía a reconocer a Virginia.

—Lo siento —se disculpó—. Pero me ha sido imposible venir antes.

—No importa, ya te lo dije, ven cuando puedas.

Virginia lo acompañó hacia su dormitorio.

—Siéntate veremos cómo esta esa herida.

Al cabo de un rato, Manuel se reunió con Sergio en el salón.

—Todo va muy bien, ahora está descansando, mañana volveré.

El domingo fue igual de infructuoso: no habían encontrado nada. Sergio le dijo a Virginia que al día siguiente se iba. Dentro de unos días volvería, que no dudara en pedirles a Carmen y a Lucas lo que necesitara. También estaba Oscar, el hombre que le había mandado Ricardo para que no perdiera a Virginia de vista; sus empleados sabían por qué estaba allí, pero a ella le dijo que era el jardinero. También le señaló que, al lado del teléfono, le dejaría el número de su móvil particular, que no dudara en llamarle si descubría cualquier cosa.

CAPÍTULO 9

Los días siguientes, Virginia se pasó la mayor parte de las horas sentada delante del ordenador, recibía visitas periódicas de Ricardo y de Judit. Ella iba cuando su trabajo se lo permitía. En cambio, él se pasaba horas revisando archivos con Virginia, pero ninguno de los dos supo encontrar nada en el maldito aparato. Él se dio por vencido, allí no había nada. Ella estaba empeñada en que algo debía de haber, si no aquellos truhanes no se hubieran tomado tantas molestias. Una tarde estaba oscureciendo cuando llegó a la misma conclusión que Ricardo. Se quedó sentada en el sofá con los ojos clavados en el ordenador y la mente en blanco.

¿Dónde estaba fallando? Se preguntaba. Lo habían revisado todo varias veces... menos la agenda, pensó de pronto. Entró en el programa, había una lista larguísima de direcciones, algunas incluso de internet. ¿Qué querían esconder? Que había alguien que chateaba desde la tienda. Eso era ridículo. Había direcciones que ella reconocía, de clientes y proveedores habituales, pero había muchas más que no, algo en su interior le dijo que allí era donde estaba la clave de todo el embrollo. Necesitaba una lista de la agenda de la oficina, para poder separar las direcciones comunes y las privadas de esa tienda. Llamó a Sergio.

—Mándame por fax la lista de la agenda de la oficina.

—Pero si la tienes en el ordenador.

—Es que... no estoy segura de que sea la misma.

—¿Y qué importancia tiene eso?

—No lo sé, por eso quiero comprobarlo.

—De acuerdo, mañana te la traeré.

—Pero... —Virginia iba a protestar.

—Supongo que estos días has estado descansando, ¿no?

—Bueno, yo...

—¿Has cenado ya?

—Sí —mintió ella. Carmen le había traído la cena hacía rato, debía de estar fría. Además, no tenía hambre.

—Muy bien, pues ahora acuéstate y descansa.

—Sí —dijo ella frustrada. En ese momento deseaba poder comprobar todo lo que se le había pasado por la cabeza.

Al mediodía siguiente, Sergio llegó y no la encontró. Preguntó a Lucas y este le dijo que la había visto paseando por los jardines.

Virginia aquella mañana, después de desayunar y no poder hacer las averiguaciones que ella quería, se había sentido frustrada. Ella contaba con que, cuando Sergio volviera, ya habría descubierto lo que estaba pasando. Se había resignado, pero por primera vez se sentía encerrada. Decidió que debía tomar el aire. Hacía varios días que no salía de la casa. Llamó a Carmen y le pidió que la ayudara con los vaqueros, no le apetecía nada salir con los pantalones del pijama y encontrarse con Oscar o Lucas; esta estuvo encantada. Normalmente la vida en esa casa era muy aburrida, casi nunca estaba el dueño. Ella y su marido vivían allí, y lo mantenían todo en orden para cuando decidía usarla, que eran muy pocas veces. Ahora las cosas habían cambiado, hacía varios días que había movimiento en la casa y eso la hacía sentirse útil.

Mientras ayudaba a Virginia a vestirse, estuvo hablando sin parar. Le contó que ella y su marido vivían allí desde que se habían casado, y que el dueño no estaba nunca, sabía que estaba casado, pero jamás había traído a su mujer. Virginia al oír ese comentario se quedó helada.

—¿Está casado?

Carmen supo que había sido indiscreta.

—Oh... Dios... —Se ruborizó intensamente—. Creo que no debería haber abierto mi boca.

—No te preocupes, te guardaré el secreto —le dijo Virginia tratando de tranquilizarla.

—Pero... pero...

—Tranquila, no pasa nada —dijo tratando de que se le pasara la turbación,

que a ella le iba en aumento.

Al terminar de vestirse salió de la casa, y se fue a recorrer los alrededores. Todo estaba muy bien cuidado. Oscar mantenía los jardines en perfecto estado, lo veía aquí y allá, sacando hojas secas, recortando algunos tallos demasiado largos... Pero la mente de ella no paraba de pensar en una cosa, Sergio estaba casado... ¿Cómo había podido besarla a ella de aquella manera, teniendo una esposa? Era un truhan demasiado guapo. Se imaginó que conseguía a todas las mujeres que quería. No podía permitir que la volviera a besar; ella no era ninguna mujer fácil, no quería ser la aventura de nadie. A partir de ese momento mantendría las distancias, pero su mente traidora rememoró el beso que le había dado en el salón y sintió un escalofrío que le subía por la espalda.

Incluso por las noches había soñado con él. Recordaba haber despertado en más de una ocasión acalorada y frustrada al mismo tiempo por unos sueños eróticos tan vividos que se había dado la vuelta en la cama buscándolo. Definitivamente tenía que sacárselo de la cabeza.

Sergio buscó a Virginia y la encontró a la sombra de un pino apoyada en su grueso tronco. Tenía la mirada perdida, estaba pensativa.

—Virginia —la llamó mientras se acercaba. Ella se giró hacia él, la luz del sol le daba de lleno en la espalda, y su cabello parecía lanzar haces de luz. Sergio contuvo el aliento. La belleza de esa mujer era extraordinaria. Cuando estuvo lo suficientemente cerca la cogió por los brazos la acercó a su pecho y estampó sus labios en los labios femeninos. Fue un beso breve, pero hizo que las entrañas de Virginia se llenaran de un inesperado calor.

—Tienes muy buen aspecto —dijo Sergio al separarse—. ¿Cómo te sientes?

Virginia estaba como aturdida. Se había propuesto no dejar que él volviera a tocarla, pero... ¿cómo lograrlo si su cuerpo traidor se estremecía solo pensando en él?

—Será porque hoy le he pedido a Carmen que me ayudara a vestirme. La verdad es que así me siento mejor —dijo muy sonrojada, evitando mirarlo a los ojos, mientras se separaba de él sin demasiado disimulo.

Él asintió con la cabeza, pensando en lo que le debía de haber costado pedir ayuda. Sergio tenía unas ganas locas de volver a besarla, pero parecía que en

los días que habían estado separados, ella hubiera construido un muro, una barrera invisible. La notaba distante.

La miró y ella fijó sus ojos al otro lado del jardín. Virginia se sentía vulnerable y eso no le gustaba. Se sentía atraída por él, pero después de enterarse de que estaba casado... no quería ser el juguete de nadie.

—¿Has traído la lista que te pedí? —dijo esquivándolo, porque él se había parado justo delante de ella.

—Sí —le contestó él, siguiéndola de camino hacia la casa.

Ninguno de los dos dijo nada más hasta que llegaron al salón. Él estaba perplejo por lo distante que la sentía.

—Aquí la tienes. —Le tendió una hoja.

Ella la comparó con la que había sacado del ordenador y empezó a tachar las direcciones comunes en las dos hojas. Cuando terminó, conectó el ordenador y se puso a comprobar las direcciones.

—¿Qué haces? —le preguntó él sentándose a su lado.

—Compruebo de donde son esas direcciones.

Sergio miró la hoja que ella le mostraba, ese ordenador tenía una agenda muy extensa.

—Tal vez sea una agenda de clientes.

—Quizás sí, pero... y las direcciones de internet.

—Alguien está chateando desde la tienda.

Ella no le hizo caso, siguió con lo que estaba haciendo. Carmen vino trayendo la comida para los dos.

—Comamos antes de que se enfríe —dijo Sergio.

Virginia se reunió con él en la mesa. Él le contaba banalidades sobre el trabajo y ella mostraba muy poco interés. Le contestaba con monosílabos. No la atosigaría. Pensó que tantos días de inactividad la estaban fastidiando.

Cuando Carmen trajo los cafés, él se apoyó en el respaldo de su silla observándola. Ella lo notó, terminó con el suyo y cuando iba a levantarse él la retuvo con una sencilla pregunta.

—¿Qué te pasa?

Ella lo miró. En ese momento se dio cuenta de que él nunca la había engañado, en ningún momento le dijo que fuera ni soltero, ni casado. El tema no había surgido entre los dos.

—Creo que todo esto está poniéndome de mal humor. Yo creía que a estas alturas todo estaría resuelto, en cambio estamos como al principio —decidió no decirle el verdadero motivo de su distanciamiento.

Sergio se levantó de la mesa y se acercó a ella, le acarició la mejilla con el torso de los dedos al tiempo que la miraba con ternura.

—No te preocupes. Llegaremos al fondo de todo este asunto. —La caricia hizo que ella fuera recorrida por un estremecimiento. No podía permitir que ese hombre la perturbara de esa manera. Se levantó para alejarse de él, pero Sergio no se lo permitió. La abrazó contra su pecho. Ella mantenía la cara baja para no caer en la magia de aquellos ojos color miel, él empujó la barbilla de Virginia con el reverso de la mano y al encontrarse sus miradas bajo la cabeza y la besó. Fue un beso dulce y tierno que despertó el cuerpo entero de Virginia. Ella se sintió flotar con las sensaciones que le hacía sentir. Él notaba cómo ella iba perdiendo el control, como su mano sana le acariciaba la nuca antes de enroscarse en torno a su cuello. Sin presionarla acercó su cuerpo suave y flexible contra él. Fue sacudida por el deseo y el beso se tornó más profundo, tórrido y abiertamente sexual. Los dos estaban jadeantes cuando sus bocas se separaron. Él apoyó su frente contra la de ella.

—No sé lo que me pasa contigo... —susurró con la respiración agitada. Aquellas palabras la sacaron de la neblina de placer que la envolvía.

—Esto es un error, no deberíamos... —Él le puso un dedo sobre los labios al escucharla. No quería que ella se arrepintiera de lo ocurrido.

—Sh... no lo digas... no es ningún error.

Virginia no pensaba lo mismo. Enredarse con un hombre casado era algo que no entraba en sus planes. En ese momento deseo que todo terminara y volver a su trabajo. Aquello la mantendría alejada de él, y tal vez, solo tal vez, olvidara lo que él le hacía sentir. Se desprendió de sus brazos con la mirada baja y se puso frente al ordenador, lo que lo dejó frustrado y pensativo. ¿Qué le pasaba a Virginia?

Él se sentó en la mesa, revisando unos papeles que había traído en su maletín.

Caía la noche, cuando llegó Manuel Olmo.

—Vaya no esperaba encontrarte aquí —le dijo a Sergio.

—Hoy le sacarás los puntos, ¿no?

Este asintió. Por el comentario, Virginia quedó atónita. ¿Qué representaba aquello? Entraron en el dormitorio, Sergio los siguió.

—Siéntate, te sacaré el vendaje. —Cuando la herida estuvo al descubierto—. Tiéndete.

—Pero... —Ella iba a protestar, estaba en ropa interior y Sergio se había sentado en el rincón superior de la cama. Se sentía incómoda.

Manuel notó lo tensa que estaba.

—Relájate.

Ella se tendió. Él trabajó rápido, uno de los puntos estaba más profundo, le dolió y ella instintivamente se agarró a la mano de Sergio. Cuando se dio cuenta intento soltarse, pero él no se lo permitió. La miró y vio como expulsaba al aire que había contenido. Manuel terminó con los puntos y al momento le cogió el brazo y se lo movió en todas direcciones, ella soltó un jadeo entrecortado al sentir dolor.

—Eres valiente —le dijo—. He visto hombres lanzar alaridos cuando les he hecho esto. —Esperó un momento a que ella recuperará el aliento—. Ahora solo se trata de que muevas el brazo. No te pares cuando sientas el primer dolor, debe moverse igual que el otro brazo, ¿de acuerdo?

—Sí —contestó ella sin aliento.

—Bien, ahora te daré la última de las inyecciones. Si en una semana no estás recuperada del todo, llámame. Date la vuelta —dijo Manuel con la medicación en la mano.

Ella se giró hacia donde estaba Sergio, este la ayudó, y apoyó la cabeza contra su muslo. Cuando Manuel terminó ella seguía con los ojos cerrados apoyada en Sergio.

—No me acompañes, conozco la salida.

—Bien.

Virginia llevaba un sujetador muy sexy. Sergio la estuvo contemplando un rato. Ella se había quedado inmóvil, apoyada contra él. El aliento de la joven sobre su muslo lo estaba llevando a la locura. Su virilidad se estaba inflamando por momentos. Pensó que tenía que salir de allí o terminaría haciendo lo que no debía.

—¿Estás bien? —le preguntó acariciándole el cabello.

—Sí, es solo que...

—Descansa un rato, te ira bien.

Una vez en el salón se sirvió una buena dosis de coñac. Esa chica lo estaba cautivando: era bella, inteligente y tenaz. Cuando emprendía alguna tarea, no se rendía hasta llegar al final. Él se sentía preso por los encantos de ella, nunca se había sentido así con ninguna mujer, ni siquiera con su esposa. En los primeros tiempos, cuando la había conocido, había creído enamorarse de ella, pero con el pasar del tiempo se había dado cuenta de que los dos se habían dejado llevar por la lujuria. Su mujer era muy guapa, apasionada, y había crecido en un entorno muy restrictivo. En cuanto se hubo librado de las ataduras de sus padres y se había casado con él, descubrió el mundo y decidió recuperar el tiempo perdido. Se dedicó a hacer todo aquello que se le antojara, incluso acostarse con quien había querido. Sergio se había dado cuenta enseguida de que no era la mujer de su vida y se había separado de ella.

Los turbulentos pensamientos de Sergio fueron interrumpidos por la llegada de Ricardo.

—¿Qué tal? Pensaba que ya te habías olvidado de nosotros.

—De ninguna manera.

Los dos hombres se dieron un afectuoso apretón de manos. Luego Sergio le contó a Ricardo lo que Virginia estaba investigando. Este se sorprendió.

—Desde el momento que fueron al hospital pensé que había algo en su interior que no debíamos saber. Lo hemos estado mirando todo, tal vez ella tenga razón, y la clave esté ahí.

—Ya veremos —dijo Sergio dudando—. ¿Va todo bien?

—Los agentes que contrataste me han ido informando y nadie se ha acercado aquí..., pero mi mujer está recibiendo unos correos electrónicos que me tienen preocupado.

Sergio frunció el ceño.

—¿Qué clase de correos?

—Los primeros parecían inofensivos, más que nada era propaganda de tu tienda... Luego le mandaban invitaciones para visitar ese local, y ahora con las invitaciones añaden ofertas y regalos.

—Supongo que le has dicho que no vaya.

—Por supuesto, incluso he advertido a un guardaespaldas que la sigue a

todas partes. No quiero que por curiosidad se meta en ningún lío.

—¿Crees que iría?

—No lo sé, siempre ha sido muy juiciosa, pero esto se lo está tomando... No sé cómo explicarte, ella y Virginia siempre han sido muy amigas y cree que, si va, podrá ayudarla a descubrir qué está pasando.

—Asegúrate de que no vaya. Habla con ella. No quisiera que le pasara nada, ya sabemos lo que le pasó a Virginia por querer resolverlo sola.

Ricardo asintió, mientras pensaba en tener a su mujer más vigilada. Luego le contó a Sergio que había mandado a su secretaria a la tienda de nuevo y que había puesto varios micrófonos diminutos esparcidos por la tienda, pero que con el pasar de los días no se habían enterado de nada que no supieran.

CAPÍTULO 10

Guillermo y Sabrina se encontraban cada noche al salir de la oficina y ella lo ponía al corriente de lo que había hecho Julián. Para que nadie los viera juntos, se veían en un parque al otro lado de la ciudad. Él le había dicho que no sabía en quien podía confiar y que era mejor que por el momento no los vieran juntos.

En ese momento Sabrina estaba sentada en la terraza de un bar que había en el parque y lo veía venir. Era un placer mirarlo. Tenía el cuerpo de un atleta. No dudaba de que se pasaría horas enteras en el gimnasio. A su lado era una torre y eso que ella no era bajita. Sus ojos eran el rasgo más atractivo de su bello rostro: los tenía ambarinos con reflejos verdes, según la luz que los iluminaran y el estado de ánimo que él tuviera. A ella le gustaría pasarse horas observando como aquellos ojos cambiaban de color. Además, su sonrisa se reflejaba en su mirada y Sabrina sentía que su calor corporal subía.

—Hola, lamento llegar tarde, pero unas llamadas me han tenido al teléfono hasta ahora y no las podía posponer —se excusó sentándose a su lado en un sillón de mimbre.

—No te preocupes, me gusta estar al aire libre. —Ella lucía una de esas sonrisas que a él le encantaban.

—¿Cómo te ha ido el día? —se interesó Guillermo. Era consciente de que hasta que la había conocido a ella nunca se había parado a pensar en las largas jornadas de las personas que trabajaban para él.

—Bien, todo controlado. —Sabía que aquella respuesta haría que él riera, y así fue. Aquel hombre tenía la sonrisa más bonita que ella hubiese visto jamás.

A ellos se acercó un camarero y ella le dijo que le sirviera lo mismo que a

ella, él la miró con picardía.

—¿Qué estás tomando?

—Un agua mineral con hielo —mintió Sabrina.

—Y bien... ¿alguna novedad? —Guillermo deseaba echar a la calle a Julián, pero su hermano le había dicho que no lo hiciera. Sospechaba que tenía algo que ver con lo que estaba pasando en la tienda veintisiete y quería que él no sospechara que lo vigilaban, quería que se sintiera seguro. Durante los días que Sergio había estado en la oficina, se había reunido con Julián más de una vez, interesándose en el trabajo y pidiéndole opinión. Sergio sabía mejor que él cómo ocultar sus pensamientos. Guillermo era más temperamental y quien lo conociera sabía muy bien cuando había algo que le molestaba, no podía ocultarlo. Por eso se mantenía alejado de aquel individuo que lo había engañado tan descaradamente.

—No, se lo ve con el mismo endemoniado humor de los últimos días. Aunque hoy se ha pasado mucho rato al teléfono. Se oían sus gritos desde la sala, pero no se entendía lo que decía... Cuando ha colgado se ha marchado. Se lo veía furioso.

El camarero volvió con un vaso alto y lo dejó sobre la mesa, enfrente de Guillermo. Él cogió el vaso y probó lo que contenía.

—¡Un agua mineral muy aderezada! —Sonrió al probar el gin-tonic—. Me gusta que me cuides. —Alargó la mano, y cogiendo la de ella, tan pequeña en comparación con la suya, la levantó y le besó la palma.

Sabrina sintió como una corriente eléctrica le recorría el brazo. Era la primera vez que él hacía algo por el estilo. Lo miró a los ojos y vio que él estaba observando su reacción. Ella estaba sorprendida por la sensación que aquella caricia había despertado en su cuerpo. Se sentía como una adolescente cuando la besaban por primera vez. Se le secó la boca al pensar en que él pudiera besarla, se humedeció los labios con la lengua y tragó con fuerza.

Guillermo se dio cuenta del efecto que había causado aquella inocente caricia.

—¿Estás bien? —Su sonrisa podría haber derretido un iceberg.

—Se está bien aquí, ¿verdad? —Ella quería cambiar de conversación y no fue muy sutil. Sabía que sería muy fácil enamorarse de ese hombre, su

sentido del humor, su inteligencia, sus atenciones... y lo guapo que era. Todo conspiraba contra ella. Pero también sabía que él no confiaba en las mujeres. Si ella le daba un indicio de querer algo más de él, pensaría que como era el jefe... o la tomaría como una aventura más. Él debía relacionarse con personas de su estatus social, y seguro que se casaría con una mujer rica, guapa y escultural para adornar su casa, aunque no hubiera amor. Sabrina no quería ser una más. Cuando se acostaba con un hombre sabía muy bien lo que esperaban el uno del otro, nada, una noche de placer y nada más. Con Guillermo era distinto, se temía que, si su relación iba más lejos, ella acabaría sufriendo y no quería eso.

—Muy bien —susurró él siguiéndole la corriente.

El silencio que siguió no era incómodo. Sabrina se había quedado mirando a unos niños que jugaban a la pelota y las carcajadas de los pequeños la hicieron sonreír.

—¿Te gustan los niños? —Él no se perdía detalle.

—Me encantan, me gustaría tener una gran familia... ¿Y a ti?

—Un par de docenas estaría bien —lo dijo tan serio que a ella se le escapó una carcajada.

—Te quedas un poco corto, ¿no?

—Nooo... doce chicos para formar un equipo de baloncesto y doce chicas para que hagan de animadoras.

—¿Y si las chicas también quieren jugar, en lugar de estar enseñando carne para los babosos que van a los partidos? —Él pareció reflexionarlo un segundo.

—Tienes razón, formaría también un equipo con las chicas... y además les enseñaría a defenderse de esos babosos.

—Y... ¿Ya has encontrado la súper mujer que te va a dar tantos hijos? — Sabrina se dio cuenta de lo personal que era la pregunta, si él le decía que sí... ¿Qué era eso que se había instalado en sus entrañas? ¿Celos? —. No, no me respondas, no quiero saberlo. —Él se dio cuenta de un brillo peligroso en esos extraordinarios ojos negros.

Guillermo sonrió al darse cuenta de que ella se sentía celosa.

Sergio y Ricardo se pasaron el resto de la tarde delante del ordenador, comprobando direcciones. La mayoría eran de particulares. Entonces decidieron entrar en internet, en las direcciones apuntadas en la agenda. Los dos se miraron cuando, en la primera que entraron, hallaron toda una serie de fotos de mujeres casi desnudas.

—¿Qué es esto? —exclamó Sergio.

—Tienes algún empleado algo perverso..., ¿no crees?

Siguieron con la siguiente dirección. En estas fotos las mujeres estaban desnudas.

—Esto no tiene sentido. —Sergio se estaba poniendo furioso.

Los dos estaban anonadados. ¿Por qué había esas direcciones en la agenda? Era tarde y Ricardo tenía que irse, había prometido a su esposa llevarla al cine. Se despidió de Sergio hasta el día siguiente. Este continuó viendo fotos de mujeres desnudas, no entendía nada, llegó a la última dirección. Esa era más interesante, no se veían fotos, sino películas pornográficas. ¿En eso perdían el tiempo sus empleados de la tienda veintisiete? ¿En ver películas pornográficas o es que se dedicaban a traficar con ellas? Se levantó del sofá, y se sirvió una copa de whisky. Se paseaba por el salón furioso. Él mismo se encargaría de poner a todos los caraduras de la tienda veintisiete en la calle.

Cuando Virginia despertó ya había oscurecido. Se levantó de la cama, se puso una camisa y salió del dormitorio. Se encontró con Sergio sentado en uno de los sillones con cara de pocos amigos. Se lo veía furioso.

—¿Qué pasa? —preguntó ella con suavidad.

—Qué tengo a una tropa de zánganos trabajando en la tienda veintisiete.

Ella no entendió lo que él quería decir, cuando iba hacia él vio un reflejo en la cristalera que daba al jardín que la dejó clavada donde estaba, lanzó un grito ahogado y se cubrió la boca con las manos. Sergio al ver su cara pensó que había intrusos en la propiedad, pues ella miraba hacia el jardín. Miró hacia allí pero no vio a nadie.

—¿Qué pasa? —le preguntó mientras se acercaba a ella.

Virginia era incapaz de hablar, las palabras no salían de su boca. Él la zarandeó con cuidado.

—Es Julián —dijo en un murmullo.

—¿Qué has dicho?

—Que es Julián.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Sergio perplejo.

Virginia se soltó de las manos masculinas y se puso de cara al ordenador. Las sorpresas no habían acabado, entonces se dio cuenta de qué le era familiar aquel probador donde había estado.

En la pantalla del ordenador se veía a una pareja practicando sexo en ese mismo probador. Sintió que sus rodillas flaqueaban, se agarró con fuerza al respaldo del sofá. Estaba muy pálida. Sergio pensó que aquellas imágenes la estaban perturbando. En la cabeza de Virginia las piezas del rompecabezas estaban empezando a encajar. Todas las cintas que había visto en el armario de aquella extraña habitación, todas las cámaras de seguridad de aquella tienda, las pantallas apagadas. Era evidente que en ellas podían ver lo que sucedía dentro de aquel probador. Sintió como si su cabeza fuera a estallar. Se sentó en el sofá cerrando los ojos y masajeándose las sienes. Sergio se preocupó al verla de aquella manera.

—¿Quieres un vaso de agua?

—Quiero algo con muchos grados. —Su voz sonó tan débil que Sergio dudó—. Por favor.

Él le sirvió una generosa dosis de licor ambarino y se sentó a su lado. Virginia bebió mirando las imágenes. Cuando se hubo calmado un poco, habló.

—¿Qué es eso? —le preguntó a Sergio, pero no lo dejó contestar—. Es una página de pago de internet, ¿verdad?

—Sí, me han pedido todos mis datos para acceder a ella.

La mente de Virginia trabajaba deprisa.

—Mierda —exclamó—. ¿Te conocen en esa tienda? —Él no sabía dónde quería llegar Virginia—. ¿Contratas tú a los trabajadores de las tiendas?

—No, lo hace mi hermano.

—Eso no nos dará el tiempo suficiente para solucionar el problema, los apellidos son los mismos.

Sergio estaba perdiendo la paciencia. Quería saber lo que estaba pasando y lo quería saber... ya.

—¿Quieres explicarte?

—Si se dan cuenta de que tú has abierto esa página...

Sergio seguía sin entender.

—Empieza por el principio y cuéntamelo todo.

—Eso que estamos viendo es el probador de la tienda veintisiete. ¿Recuerdas lo que nos contó Ricardo que pasaba en ese probador?

Sergio reaccionó como si le acabaran de tirar un cubo de agua helada por encima.

—Deben estar montando películas pornográficas, y luego cobran a todo el mundo que quiera verlas. Cuando estuve en esa tienda... —Hablaban tan rápido que tartamudeaba—. Vi que en uno de los armarios había cientos de cintas. Supongo que esta página debe estar abierta día y noche, con lo cual se deben llevar unos buenos beneficios. ¡Con razón van regalando ropa interior! ¡Ellos se la cobran con creces! ¿Hay instalado en las tiendas sistemas de seguridad por cámaras?

—No.

—Pues en esa hay por lo menos quince cámaras. En donde estuve había varias pantallas conectadas, hasta estuve alabando ese sistema tan sofisticado, ahora que pienso en ello, había bastantes de apagadas. Supongo que serán las que graban en ese probador y no querían que yo las viera.

—Serán mal nacidos.

Los dos quedaron callados perdidos en sus propios pensamientos. El primero en romper el silencio fue Sergio.

—¿Y las otras direcciones que encontramos?

—Las particulares pueden ser clientes habituales de la tienda o bien de estas páginas.

Virginia pensaba en el negocio que tenían montado en aquella tienda. ¿Quién sería el responsable de todo aquello? No dudaba de que Julián estaba en el ajo, pero no lo creía tan inteligente como para ser el precursor. Por el modo de comportarse de los dependientes, supo que todos estaban al tanto de lo que allí ocurría.

—Había otras de internet, con fotos de mujeres desnudas, y otra, medio desnudas.

Virginia se quedó pensando en lo que Sergio le decía.

—No se me ocurre nada.

—Me imagino que, si tienen estas páginas, es porque les da dinero... deben

vender las fotos, en todas partes hay gente enferma que disfruta con cosas como estas.

Carmen llegó anunciando la cena, Sergio se lo agradeció.

—La verdad es que no tengo hambre. —Virginia sentía el estómago revuelto.

—Ven, deja descansar esa cabeza tuya, luego ya pensaremos en algo.

Virginia no se movió de donde estaba. Solo había una idea que le torturaba la mente.

Sergio la esperó sentado en la mesa durante unos segundos, al ver que ella no se movía decidió ir a por ella. Se acercó y la cogió de la mano.

—Ven, luego veras las cosas más claras —dijo tirando de ella hasta que estuvo de pie a su lado.

—Lo dudo —susurró ella.

Él la miró fijamente.

—¿Te das cuenta de que yo estuve en ese probador? —exclamó exaltada.

Sergio vio que ella estaba muy alterada por ese detalle. La abrazó.

—Según me contaste, le pegaste un buen rodillazo, ¿verdad? —Ella asintió sin decir nada—. No creo que quieran que eso salga en pantalla.

El comentario junto con el abrazo la reconfortó un poco.

—Tal vez tengas razón.

—La tengo y tú lo sabes.

—En esta página sí... pero y en las otras donde lo que se muestra son fotos. — Virginia clavó sus atormentados ojos verdes en los de Sergio. Él no supo qué decirle, la estrechó contra su pecho unos minutos.

La cena fue extremadamente silenciosa, los dos pensativos. Ninguno de ellos tenía apetito, comieron poco. Después del café, Sergio sirvió coñac para los dos, y le dio una copa a ella.

—Al principio has hablado de Julián, ¿qué tiene él que ver en esto?

Ella estaba hecha un lío.

—Verás, desde que empecé a trabajar para Julián, él trazó una línea invisible en su despacho que yo no podía traspasar. Si estando con él tenía que consultar algo en el ordenador, tenía que ir al mío, yo bajo ningún pretexto podía utilizar el suyo. Tenía la pantalla completamente de espaldas a mí, aunque el muy estúpido no se daba cuenta de que cuando estaba oscuro,

la pantalla era reflejada en el cristal, por eso he reconocido la escena del ordenador, porque la he visto exactamente igual que la veía en su despacho.

Sergio se estaba enfureciendo por momentos.

—El muy canalla. Eso me da que pensar que es él quien los avisa de cuando hay inventarios sorpresa.

—Eso creo.

A Virginia se la veía cansada a pesar de que había dormido gran parte de la tarde.

—Ve, acuéstate, se te ve agotada.

—No, estoy bien.

Sergio cogió el teléfono y llamó a Ricardo. Este le dijo que enseguida iba. Luego llamó a su abogado en la central y le contó todo para que denunciara a Julián y lo arrestaran si era posible. Además, le dio instrucciones para que revisaran todos los ordenadores de los directores ejecutivos por si había alguno más metido en el ajo.

Hecho esto se sentó al lado de Virginia a esperar a Ricardo, cuando este llegó lo pusieron al tanto de todo lo descubierto.

—Quiero que esa tienda no abra sus puertas mañana, además de arrestar a todos los trabajadores. ¿Cómo podemos hacerlo para que todo este embrollo no salga a la luz?

—Puedo pedir ayuda a policía, pero si esperamos hasta mañana todo se sabrá. Lo más aconsejable sería arrestarlos a todos esta noche, mientras están en sus casas, y poner un cartel en la tienda, donde diga que está cerrada por reformas o algo así.

CAPÍTULO 11

Esa noche Sergio y Ricardo estuvieron muy ocupados. Después de poner la denuncia, la policía se puso en movimiento y arrestó a todo el personal. Los investigadores de la policía fueron a la tienda y sacaron todas las cintas que había allí. Eran la prueba del delito. Primero habían dudado en detener a las chicas, pero cambiaron de opinión al recibir una llamada de Virginia. Ella estaba en casa sin apartar la vista de la pantalla del ordenador cuando descubrió que también había películas con las dependientas. ¡Menuda casa de putas!

Cuando Sergio volvió a casa, casi había amanecido. Se encontró a Virginia hecha un ovillo en el sofá. Se había quedado dormida de puro agotamiento. La cogió en brazos, la llevó a su dormitorio y la depositó en la cama. Ella estaba vestida. Si la dejaba así, ella no estaría cómoda, la desnudó dejándola en ropa interior. La estuvo mirando un momento, ante él tenía a una mujer íntegra y honesta. Después de todas las acusaciones que había escuchado esa noche entre los dependientes de su tienda, que al ser descubiertos no dudaron en acusarse unos a otros. Pensó que tenía suerte de contar con ella.

Recordaba cómo se había sentido al pensar que ella misma había estado en ese probador y que seguro la habían grabado desnuda. Sergio se sintió furioso. Tenía que encontrar la cinta donde ella estuviera grabada, pero en ese momento estaban todas en poder de la policía. Tendría que hablar con Ricardo para hacer desaparecer esa cinta. Salió de la habitación. Iba a tomarse un café cuando sonó el teléfono, era su abogado. Julián había desaparecido. Sergio pensó que Virginia le había advertido que al entrar él en esa página de internet. Era posible que se dieran cuenta de quién era. Ella había acertado y el muy canalla se había ido. Dejó órdenes estrictas de que si

él aparecía se lo retuviera. De todas maneras, seguro que la policía lo estaría buscando, además le dijo que bajo ningún pretexto debía entrar en su despacho.

Allí el trabajo estaba hecho, solo faltaba que Julián se dejara ver por algún sitio y cogerlo. Sergio dudaba de que fuera el cerebro de la operación, no lo creía tan inteligente como para llevar adelante un negocio semejante. Tendría que esperar a cogerlo para terminar de atar los cabos sueltos.

Al mediodía Sabrina se dio cuenta de que Julián no había aparecido por su despacho, tenía que decírselo a Guillermo, no sabía lo que estaba pasando, pero por la insistencia de él de saber lo que aquel hombre hacía supuso que sería algo serio. Como no les estaba permitido llamar por teléfono en horas de trabajo, fue al baño y le mandó un mensaje a Guillermo: «Julián no ha venido a trabajar en toda la mañana. S.»

Esa mañana Guillermo había estado hablando con su hermano y este lo había puesto al corriente de lo que estaba pasando. Él maldijo por haber sido tan estúpido de no ver lo que aquel tipo se había propuesto desde el principio y Sergio le dijo que no podía saberlo, que los había engañado a todos.

Cuando recibió el mensaje de Sabrina, estaba de un humor de mil demonios. Pensó en que tal vez fuera conveniente que le contara a ella lo que estaba pasando, así si Julián volvía a su despacho, lo atraparían. No era probable, los de seguridad estaban avisados y habían contratado a unos investigadores para saber si había algún otro ejecutivo compinchado con Julián.

Guillermo estaba convencido de que Julián era el cerebro de aquel fraudulento negocio de las películas, pero su hermano le había dicho que no lo creía. Sergio lo conocía mejor y le dijo que tenía que haber alguien más metido en todo ese asunto.

Cuando esa noche se reunió con Sabrina estaba de mal humor.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella al ver su mirada tormentosa.

—Voy a contarte algo, pero no debes comentarlo con nadie. —La seriedad de su rostro la puso nerviosa.

Al terminar de escuchar la historia de lo que pasaba en la tienda veintisiete, ella se quedó con la boca abierta y la mirada sorprendida.

—¿Está bien Virginia? —Fue lo primero que preguntó, habían atacado a su amiga.

—Sí.

—¿Seguro? —Se la veía preocupada. Guillermo pensó que lo que le había contado no la había sorprendido como él pensaba.

—¿No te sorprende?

—¿El qué? ¿Lo que ha hecho Julián? —Sabrina se paró a pensarlo unos segundos—. Sí y no... Ese hombre es un egocéntrico, nunca lo he visto trabajar, la contabilidad siempre la ha llevado Virginia. Nos preguntábamos qué haría él en su despacho. Ahora lo sabemos.

—Y durante todo este tiempo yo pensando que tenía a ejecutivo profesional y respetable. Eso me hace pensar que no conozco a las personas que tengo alrededor... Eso hace que me replantee mi trabajo.

Sabrina se dio cuenta de que él dudaba de su propio juicio.

—Si te sirve de consuelo, creo que con los demás has acertado. —Le sonrió para que dejara de fruncir el ceño—. Vamos, creo que te irá bien tomar un poco el aire.

Caminaron en silencio durante unos minutos. Al llegar a la fuente donde las aguas burbujeantes caían en un pequeño estanque donde se podían ver los peces de colores, Sabrina se detuvo; a esa hora el sol del atardecer hacía que el agua desprendiera un brillo dorado.

—Cierra los ojos —le dijo en voz baja girándose hacia él.

Guillermo la miró extrañado.

—Hazlo. —La sonrisa de Sabrina lo tenía cautivado. Cerró los ojos y oyó la voz suave de ella—. Escucha el sonido del agua... concéntrate en...

Él abrió los ojos de golpe.

—¿Intentas hipnotizarme o algo así?

—No tonto. —La carcajada de ella se parecía al sonido del agua—. Solo intento que te relajes un poco, estás muy tenso... Ven sentémonos en ese banco.

A Guillermo todo aquello le pareció divertido. Se sentaron en un banco de madera y ella se giró de cara a él.

—Cierra los ojos —repitió. El reprimió una sonrisa y lo hizo—. Piensa en algo agradable... imagínate que estás tendido en la hierba fresca bañada por el rocío de la mañana. Puedes oler el aroma que desprende... —La voz de Sabrina era un suave susurro—. El sol calienta tu piel. Respira profundamente y suelta el aire poco a poco. —Vio como él lo hacía—. Otra vez, soltando el aire despacio, siente como el aroma de la hierba te envuelve... escucha como corre el agua... oyes el trino de los pájaros que están volviendo a sus nidos...

Guillermo estaba como en trance. La voz de Sabrina hacía que algo en su interior se aflojara, la sensación era muy placentera.

—Siente como tu cuerpo se empapa de los sonidos, como tus pulmones se llenan de aire fresco... —Le cogió la mano y empezó a masajearla con mucha suavidad, él sentía las caricias como si fueran las alas de una mariposa—. Imagínate el agua corriendo entre tus dedos...

Ella estaba tan concentrada en aquellas manos grandes y bellas, ese hombre las tenía hermosas, que no se dio cuenta de que él abría los ojos y la miraba. Guillermo se sentía en la gloria, la tensión del día lo había abandonado. Aquella mujer lo había atraído desde el primer momento que la había visto, pero mantenía con ella solo una amistad. En los últimos días se habían visto con frecuencia por el tema de Julián. En ese instante, al verla tan dulce y entregada, tan decidida a hacerle olvidar sus problemas... Dentro de él se despertó un ansia irrefrenable de besar aquellos dulces labios, con la otra mano la cogió por la nuca, enredando los dedos en aquellos cabellos que parecían seda líquida. Sabrina levantó la mirada que chocó con aquellos ojos negros y brillantes. Lentamente él fue acercando sus labios a la boca dulce, antes de llegar, ella se humedeció los labios y aquello fue la perdición de Guillermo. Su boca se adueñó de la femenina, succionó con suavidad, mordisqueó y lamió hasta que ella se unió a él, abandonándose. Al momento se sintió aprisionada entre aquellos fuertes brazos. Los dos olvidaron el mundo que los rodeaba. Las sensaciones eran tan exquisitas para reparar en nada más que no fuera el placer que sentían. Sabrina sentía que le faltaba la respiración, pero no le importaba, ese hombre besaba con todo el cuerpo. Ella sentía placer hasta los dedos de los pies, que se tensaban deseando no separarse nunca de esos labios que besaban maravillosamente.

Oyó un gruñido, abrió los ojos al sentirse vacía. Él había abandonado su boca y había apoyado su cabeza en el hueco del hombro de ella. Entonces se dio cuenta de dos cosas: estaba sentada a horcajadas sobre los muslos de Guillermo, y él tenía una mano entre el sujetador y su pecho, acariciando con la palma el tieso pezón.

—Cielo... lo siento... me he dejado llevar... —La dificultad para hablar le indicaba que estaba tan afectado por ese beso como ella misma.

—Pues yo no lo siento. —Entonces la miró y vio su sonrisa sensual.

El abrazo que siguió iba a dejarle morados en las costillas.

—Eres una hechicera —susurró junto a su boca, antes de darle un rápido beso—. Has logrado tu propósito, pero creo que algo ha fallado. —La cogió por las caderas, y ella notó la excitación debajo de su trasero.

—Eres un diablo. —La risa de Sabrina lo envolvió.

—Soy lo que tú quieras que sea, pero será mejor que nos vayamos antes de que nos multen por escándalo público. —Guillermo se levantó con ella en brazos y la dejó resbalar contra su cuerpo hasta que sus pies tocaron el suelo, le pasó un brazo sobre los hombros y la guio hacia su coche.

Sergio despertó hacia mediodía, se encontró en el sofá. Alguien lo había cubierto con una manta, no se sentía descansado, pero sabía que tenía trabajo por delante, así que se levantó y le pidió a Carmen que le trajera algo de comer. Miró dentro del dormitorio de Virginia y esta no estaba. La encontró en el jardín, tumbada al sol en una hamaca. Tenía los ojos cerrados.

—¿Duermes?

—No. —Abrió los ojos, con una mano se hizo visera, para protegerse los ojos del sol directo—. ¿Cómo estás?

Sergio se acercó hasta ella y se sentó al borde de la hamaca.

—Cansado.

Se lo veía fatigado, Virginia en un movimiento impensado le acarició la mejilla. Cuando se dio cuenta, iba a retirar la mano precipitadamente, pero él se la capturó entre las suyas y le besó la palma con tanta ternura que ella fue recorrida por un estremecimiento. Sus miradas no se separaban. El tiempo se detuvo. Él retenía la mano de ella contra sus labios. La magia de ese

momento la rompió Carmen diciéndoles que la comida estaba en la mesa. Virginia retiró la mano de entre las masculinas, sofocada. Sergio alargó la suya y le acarició la mejilla con el torso de un dedo, mientras le decía:

—Vamos a comer antes de que se enfríe.

Mientras comían, él le estuvo contando todo lo sucedido la noche anterior y también le dijo que, en cuanto terminaran de comer, se iría a la central. Ella quería irse con él.

—No, no estas recuperada.

—¿Qué? Estoy perfectamente —exclamó indignada.

—Ayer te sacaron lo puntos, tienes que descansar unos días más.

—Pero...

Él no quería que ella volviera. Durante la noche, había tenido mucho tiempo para pensar. Julián había desaparecido; era posible que fuera por que había reconocido su nombre al entrar en esa página o bien por que la había reconocido a ella en la grabación. Si así era, y sospechaban que había sido ella la que destapara todo el pastel, correría peligro. No sabía hasta donde era capaz de llegar, pero no quería averiguarlo con ella. Tenía la imperiosa necesidad de protegerla. Ese sentimiento lo mantuvo despierto durante mucho rato. Nunca había sentido nada parecido, ella era valiente y se enfrentaría a lo que fuera, pero él no estaba dispuesto a que se enfrentara a más peligros.

—Pero, nada, tú te quedas aquí y descansas. Durante los últimos días no lo has hecho.

Virginia se estaba enfadando. Nunca nadie le había dicho lo que tenía que hacer, ¿qué se había creído Sergio? ¿Qué llegaría él y ella obedecería sin más? ¿Con qué derecho? Si quería dar órdenes que se las diera a su esposa.

—También puedo descansar en mi casa.

Él la miró. No permitiría que ella regresara a la ciudad.

—Vives sola, ¿verdad? —Ella asintió—. Aquí tienes a Oscar, a Carmen y a Lucas. Ellos se encargarán de tu comodidad. —Ella iba a protestar otra vez, Sergio lo vio en sus ojos—. Por favor, has hecho mucho por mi empresa. Deja que te pague de alguna manera.

Ella también pudo ver algo en los ojos de Sergio, pero no atinaba a saber qué.

—¿Me estas ocultando algo? —preguntó perspicaz.

Él dudo en decirle la verdad, sabía que ella tarde o temprano se enteraría.

—Julián ha desaparecido.

Virginia abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla.

—No sabemos cómo se ha enterado de todo el follón.

Ella se levantó de la mesa, se dirigió hacia la cristalera y se puso a mirar el jardín cruzando los brazos debajo del pecho para que él no viera como le temblaban las manos. Sergio se dio cuenta del rumbo de los pensamientos femeninos. Quiso tranquilizarla.

—Supongo que vería mi nombre entre la lista de clientes y decidió irse.

Ella no lo creía así.

—Fue todo demasiado rápido. Debió de ver mi grabación —dijo ella con un hilo de voz.

No tenía sentido que él negara lo que había sospechado. Si con alguien tenía que ser sincero era con ella.

—Tal vez —dijo acercándose a ella y abrazándola por detrás. La atrajo contra su pecho, con los brazos cruzados por la pequeña cintura.

—No te preocupes. La policía ya se está encargando del caso, tal vez a estas horas él ya este detenido —le decía junto a su oído.

Los dos estuvieron así varios minutos, Sergio disfrutando de tenerla a ella entre sus brazos, Virginia pensando en las posibilidades que tenían de coger a Julián. Si este se había enterado de que estaban investigando, no se había quedado quieto esperando a que lo arrestaran. Seguro que a esas horas ya estaba muy lejos de allí.

—¿Te quedarás aquí? —le preguntó él al cabo del rato.

—Sí, necesito aclararme las ideas. —Se daba cuenta de que se estaba enamorando de un hombre casado. Necesitaba tiempo para sopesar sus sentimientos, para sacarse de la cabeza lo que sentía cuando él estaba cerca. No podía ser y punto, fin de la historia. Necesitaba estar sola para poner en orden sus quimeras, olvidar lo que se sentía en brazos de ese hombre y continuar adelante.

CAPÍTULO 12

Sergio era ajeno a los pensamientos de Virginia. Solo podía pensar en lo bien que la sentía entre sus brazos. De repente una abeja empezó a revolotear por encima de sus cabezas. Ella la espantó con un movimiento instintivo de la mano, sin pensar en que podía picarle. Él le cogió las manos entre las suyas para que se estuviera quieta.

—No te muevas, si te pica...

—¿No me digas que le tienes miedo a una abeja? —exclamó ella con una ancha sonrisa.

—No..., pero sé lo molesta que puede llegar a ser su picadura. —Sergio la tenía fuertemente abrazada para que no se moviera.

Virginia sentía la tensión en los fuertes brazos que la rodeaban. Intentó darse la vuelta para mirarlo, pero él no se lo permitía.

—Sergio, me estás ahogando.

Él aflojó el abrazo, pero estaba pendiente del insecto. Sus ojos no lo perdían de vista. Era algo superior a su voluntad, siempre había sentido pavor ante las abejas. Recordaba que de niño le habían picado varias veces. Su madre le ponía un ungüento maloliente y en cuestión de minutos el escozor pasaba, pero era algo que no podía evitar; cuando oía el zumbido, se quedaba paralizado.

Ella logró al fin darse la vuelta entre sus brazos y vio como él seguía con la vista fija en el bicho.

—¡No me lo puedo creer! ¡Le tienes miedo a una abeja! —La hilaridad en su voz hizo que Sergio frunciera el ceño.

—Yo no... —Iba a negarlo indignado.

—Oh, sí —lo interrumpió ella, soltando una risita—. Por Dios, no te va a

comer... en su barriga no cabe.

Él puso cara de circunstancias, y ella soltó una carcajada. El sonido de aquella risa era contagioso y él acabó riendo con ella, olvidando a la dichosa abeja.

Cuando se recobraron del repentino ataque de risa, se miraron. Los dos se sentían muy cómodos así como estaban, el uno en brazos del otro. La mirada de Sergio bajo hasta estar acariciando los labios de Virginia. A ella de repente se le habían quedado secos y sacó la lengua para humedecérselos. Sergio sintió un tirón en sus ingles. Deseaba besarla. Acercó despacio y la besó con ternura. Poco a poco se fue abriendo paso entre los labios entreabiertos y estuvo probando su dulzor. Virginia sentía que sus entrañas se revelaban. Su corazón empezó a martillearle en las sienes. Lo deseaba. Le devolvió el beso con tal pasión que él tembló. La danza amorosa de sus lenguas les arrancaba gemidos a los dos. Él sentía cómo su cuerpo despertaba, nunca antes había sentido la urgencia que sentía en ese momento. Las manos de Sergio la apretaron a él con tal fuerza, que ella lanzó un grito ahogado al sentirse tan íntimamente unida a él. Sergio la cogió por las nalgas y la apretó contra su firme excitación. Ella, al sentir aquella dureza contra su vientre, fue recorrida por unos placenteros temblores. Él pudo sentirlos todos. Estaba maravillado por la rápida respuesta de ella. Estaba tan excitada como él. Sergio separó sus labios de los de ella y pudo ver las magulladuras que les había causado con su pasión. Pasó suavemente su pulgar por los doloridos labios de ella, mientras Virginia recobraba el ritmo de su respiración.

—Eres increíble —dijo él con la respiración todavía agitada—. Me haces sentir... más vivo que nunca.

Ella lo miraba a los ojos mientras recordaba un comentario.

—No me mientas, si quieres halagarme hazlo de otra forma. —En sus ojos se veía tristeza.

—¿De qué me estás hablando? —preguntó perplejo.

Ella se separó de sus brazos.

—¿Te hago sentir más vivo que nunca? ¿No te hace sentir así tu esposa?

Sergio la miró largo rato. Las preguntas no fueron respondidas, pues entonces sonó el teléfono y Sergio contestó. Ella salió al jardín a que le diera el aire. Se sentó en las escaleras que había en la entrada principal, desde allí

tenía una espléndida vista de gran parte de la propiedad. A ella la relajaba la naturaleza, y aquello era como un paraíso.

Había pasado bastante rato, cuando Sergio salió. Llevaba una bolsa y el maletín que colocó en el maletero de su coche. Se había cambiado, estaba a punto para partir.

Subió unas pocas escaleras y se arrodilló, entre las piernas abiertas de Virginia.

—Ahora tengo que irme, me urge llegar al despacho lo más pronto posible, pero volveré pronto y entonces hablaremos. Tenemos una conversación pendiente tu y yo, ¿estarás aquí cuando vuelva?

Ella lo miró al fondo de esos dulces ojos color miel. No sabía cómo había ocurrido. No se lo había propuesto, pero la verdad era que se había enamorado de ese hombre. No quería ser la tercera en discordia, no quería ser la causa de la separación de él y su esposa.

—¿Crees oportuno que yo esté aquí cuando vuelvas? ¿Qué va a decir tu mujer cuando sepa que estoy en tu casa? No quiero ser la causa de tus desavenencias conyugales. —Sergio comprendió lo que ella quería decir, vio tristeza en los profundos ojos verdes.

—Tú no eres la causa de ninguna desavenencia... Te lo aseguro. —La seriedad con que pronunció esas palabras la desconcertó. ¿Qué clase de matrimonio tenía ese hombre? Uno de aquellos en los que la pareja hacía lo que quería, con quien quería. ¿Se contarían sus conquistas? El estómago se le revolvió. Él se dio cuenta de la extraña expresión de sus ojos.

—Me quedaré unos días, recuperaré fuerzas y luego volveré a casa. Supongo que en una semana podré volver al trabajo. —Ella evitaba mirarlo mientras le hablaba.

—Mírame. —Le cogió la barbilla para que ella dejara de esquivar su mirada—. Quiero que te quedes aquí mientras yo resuelvo algunos asuntos. Aún no han encontrado a Julián y no quiero que te expongas a ningún peligro. Aquí hay profesionales vigilando que no dejen que nadie se acerque a la propiedad.

—¿Y si nunca lo cogen? A estas horas quizás ha salido del país. No pienso estar escondiéndome de él siempre. Él tiene otros problemas que pensar en una secretaria que no tiene nada de qué acusarlo.

—¿Olvidas que fuiste tú quien nos llevó hasta él?

—Pero él no lo sabe.

Sergio estaba perdiendo la paciencia.

—¿Quieres que les diga a los agentes que están vigilando la casa que no te dejen salir?

—No harías eso —exclamó Virginia con los ojos muy abiertos.

—No me pongas a prueba. No quiero estar preocupado por lo que te pueda pasar, quiero que me prometas que te quedarás aquí.

Ella asintió con la cabeza, sentía un nudo en la garganta que le impedía hablar.

Él le cogió la cara entre sus grandes manos, le dio un rápido beso en los labios y se marchó, dejándola en la más absoluta confusión.

A Sergio lo había llamado su abogado, aún no sabían nada de Julián. Los detectives privados que habían contratado no habían descubierto dónde estaba. Habían averiguado que llevaba un ritmo de vida superior a lo normal con su sueldo, lo que les reafirmaba su participación en el negocio de las películas pornográficas. El investigador privado había indagado a todos los directores de sección que había en la empresa y, según parecía, ninguno de ellos tenía relación con todo aquel embrollo.

Sergio pasó un par de días esperando resultado de las investigaciones, pero nada. Cada noche llamaba al detective y obtenía la misma respuesta: Julián no había salido del país, pero parecía que se lo hubiera tragado la tierra. Todo daba que pensar que estaría viajando con nombre falso. Sergio se sentía frustrado por los pocos resultados.

A pesar de todo, esos días separado de Virginia le habían ido bien para poder reflexionar. Ella era todo lo contrario de su esposa. Nunca pensaba en su propio bienestar. Se preocupaba más de los demás que de sí misma. Según le había contado, desde que había entrado a trabajar para él, el empleo la había defraudado pero, aun así, lo hacía a conciencia. Quería buscarse otra colocación, pero lo primero para ella era cumplir con lo que estaba haciendo. No le importaban las horas que tuviera que hacer, lo hacía sin pensar en nada, salvo que el trabajo estuviera bien hecho. Era una persona íntegra, había

contraído un compromiso con su empresa y lo respetaba a pesar de las circunstancias. Incluso había puesto en peligro su propia vida, para solventar unos asuntos que no le atañían expresamente. En la parte personal era otro cantar, era muy bella, eso lo había cautivado desde el principio, y además cuando estaba entre sus brazos se entregaba de cuerpo y alma. Cuando por las noches cerraba los ojos ella se le aparecía y hasta podía oler su suave fragancia femenina. Se pasaba horas en vela pensando en ella.

Se estaba enamorando de esa joven... A quien quería engañar, estaba loco por ella.

En otro despacho de la segunda planta de la empresa, Guillermo estaba casi en la misma tesitura que su hermano, no se sacaba a Sabrina de la cabeza, pensaba en ella día y noche. Pero, al contrario que Sergio, él podía verla siempre que quisiera. Desde hacía unos días que en lugar de llamar a sus ejecutivos a que subieran al piso superior para hablar de negocios, lo que hacía era bajar él y así la veía.

Al pensar en el primer día que bajó y que ella lo sorprendió mirándola... sonrió al recordar el color que había teñido sus mejillas. Se había alterado tanto que los papeles en los que estaba trabajando terminaron en el suelo. ¡Qué bella era!

Se sentía muy atraído hacia ella, y sabía que no era como todas las mujeres con las que había estado. Ella era una mujer independiente que no iba a la caza de un hombre con dinero. No se dedicaba a coquetear con él como esas tontas que buscaban impresionarlo. Tenía mucha personalidad, mucho carácter y mucho humor, tal como a él le gustaban las mujeres.

Se preguntaba por qué ella no había intentado algunos avances con él. Y la respuesta le vino enseguida a la mente. Él le había dicho que las mujeres siempre trataban de engañarlo para poder cazarlo. Seguro que ella se había tomado ese comentario como un muro que él había alzado entre ellos y no quería que la pudiera acusar de jugar con él.

En ese momento se dio cuenta de que debería ser él quien diera el primer paso si quería que entre ambos hubiera algo más.

Recordó como ella se había derretido entre sus brazos y al instante tuvo una

erección. Si ese día no hubieran estado en ese frío banco del parque las cosas habrían terminado de otra forma.

CAPÍTULO 13

En un apartamento del centro de la ciudad Julián caminaba de un lado a otro furioso.

—¿Quieres parar? No puedo pensar contigo moviéndote como una pantera enjaulada. —La voz enojada de la mujer lo detuvo.

—¿Qué tienes que pensar? —replicó con desprecio en la voz.

Ella lo miró con asco.

—En cómo salir de esta, en la manera de que toda esta mierda no me salpique.

Julián sabía que ella no dudaría en usarlo de cabeza de turco.

—¿Querrás decir en cómo «vamos» a salir de esta? —le gritó.

—No, imbécil..., si hubieras seguido en tu puesto nunca te abrían descubierto... pero viste aquella grabación y te entró el pánico.

—¿Me estás llamando cobarde? —exclamó con ira.

—Sí, maldita sea. Nadie en esa tienda sabía que tú estabas involucrado en el negocio. Era yo la que los llamaba y les daba instrucciones. Al salir de allí, tú mismo te delataste.

—Serás zorra.

Ella se puso en pie de un salto. No iba a permitir que un zoquete como ese la insultara.

—Sal de mi vista, inútil, mantente oculto. Imagino que tendrás a toda la policía de la ciudad detrás de ti. No se te ocurra volver aquí.

—Ten muy en cuenta una cosa, bruja. Si yo caigo, tu caerás conmigo —gritó cogiendo la chaqueta con furia y saliendo de allí.

María Pinares rugió de furia cuando la puerta se cerró con un potente portazo. Aquel hombre era un cretino, ¿cómo había sido tan estúpida de

asociarse con él? Ya era tarde para lamentaciones; tenía que pensar la manera de no verse salpicada por aquel escándalo. Sabía que a través de las llamadas que había hecho a la tienda veintisiete podrían llegar hasta ella, tenía que deshacerse del móvil y salir de aquel apartamento.

Supuso que, si cogían a Julián, este iba a cantar de plano. Empezó a preparar las maletas y a empacar todo. Cada minuto que pasaba se exponía a que la cogieran.

Cuando tuvo todo listo, bajo las cajas con sus pertenencias a un trastero que tenía en el parking, contrataría a alguien para que lo sacaran de allí. Cargó las maletas en su coche y salió de la ciudad. Iría una temporada a un piso que sus padres tenían en las afueras y no usaban. Nadie se enteraría de que estaba allí.

Guillermo estaba dispuesto a conquistar a Sabrina. Ella lo trataba como si fueran amigos y esto a él no le gustaba. Esa mujer le había revuelto algo en su interior, lo hacía sentir como cuando era un jovencuelo recién salido del instituto. Se pasaba el día pensando en ella, deseando que fuera la hora de salir del trabajo para verla. En varias ocasiones su hermano se había dado cuenta de sus distracciones.

—¿Qué te pasa? Parece que estás a mil kilómetros de aquí. —Él se lo había quedado mirando, dudando en decirle a Sergio lo que le pasaba.

—Se trata de una mujer.

—Por Dios, Guillermo, tenemos cosas más importantes en las que pensar. —Pero en el fondo no lo creía así. A él le pasaba lo mismo. No se podía sacar de la cabeza a Virginia.

—Ahora mismo pienso que no —replicó Guillermo—. Esta es distinta a todas las otras con las que me he cruzado. Cuando me mira me ve a mí, no ve mi cuenta corriente.

—¿Estás seguro de eso? Te has llevado más de un chasco por pensar así.

—Lo sé, ella es distinta.

—¿Y cuál es el problema?

—Que cuando la conocí le dije que desconfiaba de todas las mujeres.

Sergio lo miró sorprendido.

—¿Y?

—Pues que ahora me ve como a un amigo, y yo quiero algo más que eso.
Su hermano soltó una carcajada.

—Creo que te hace falta una *sexcapada*. Sal un par de noches con alguna de tus antiguas amiguitas. Ellas harán que te olvides de esa mujer.

Sergio sabía que su hermano era un crápula. Siempre estaba rodeado de bellas mujeres que no le negaban nada. Se había encontrado con una que mantenía las distancias y eso hacía que la deseara más.

—No me apetece salir con ninguna de ellas. —Guillermo lo miraba muy serio—. Solo deseo estar con ella.

¿Sería posible que su hermano estuviera sentando cabeza?, pensó Sergio.

—No seré yo quien te de consejos sobre mujeres, bien sabes lo que me pasó a mí. Solo te diré que tengas cuidado. No vaya a ser como todas las demás que has conocido.

El recuerdo de su matrimonio lo hizo fruncir el ceño. Solo Guillermo sabía lo que había pasado realmente, ni siquiera sus padres sabían nada.

Los dos hermanos quedaron en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos: uno en lo que debía hacer para conquistar a la mujer que le robaba el sueño cada noche y el otro pensando en que tenía una conversación pendiente con Virginia acerca de su matrimonio.

Había pasado una semana cuando Sergio volvió a Alicante, a la casa donde estaba Virginia. Lucas pareció azorado al verlo. ¿Qué le pasaba?, se preguntó. Aparcó su coche y entró en la casa impaciente por ver a Virginia. No la encontró. La llamó y no obtuvo respuesta. Desde el invernadero donde había una piscina cubierta se oían voces, se dirigió hacia allí, distinguió con facilidad la voz de Virginia y la de Carmen, estaban las dos bañándose, jugando con una pelota. Él las observó desde al lado de un alto seto, parecían dos niñas. ¡Que felicidad!, llegar a casa y no escuchar silencio. Estuvo un rato contemplándolas, que bonito sería llegar a casa y encontrarse a Virginia jugando en el agua con... sus hijos. ¡Hijos! Nunca había pensado en tenerlos. Debió de hacer algún ruido por que las dos se giraron hacia él al mismo tiempo. No fue consciente de lo que había ocurrido. Carmen salió avergonzada de la piscina, a pesar de que él no había dicho nada.

—Perdone, señor, no debería estar aquí.

Él no dijo nada, solo levantó una ceja.

Virginia se sintió molesta por su repentina aparición. ¿Es que no sabía lo que eran los teléfonos? Además había abochornado a Carmen, que en esos últimos días se habían hecho muy buenas amigas.

—No te preocupes, Carmen —dijo Virginia—. Al señor no le importa que usemos su piscina, sobre todo porque él nunca está. —La segunda ceja de Sergio se unió a la primera. En ese momento la miraba con una intensidad que la confundió. Parecía enojado, no, no, no era eso lo que se leía en sus ojos. ¿Qué sería?

Cuando Carmen pasó por su lado, Sergio le sonrió y le dijo que no se preocupara, que no pasaba nada.

Los dos quedaron solos. Virginia recogió la pelota y nadó hacia las escaleras, salió del agua.

—Veo que tu hombro está completamente curado.

—Se me ocurrió que la natación sería un buen método para ejercitarlo.

El cuerpo de Sergio se encendía por segundos. Las suaves curvas de Virginia lo estaban llevando a la locura. Ella se acercó a la gran hamaca que había allí, cogió la toalla y se empezó a secarse de espaldas a él.

—Deja que te ayude. —Su voz enronquecida le envió un escalofrío por toda la espalda.

Ella giró la cabeza hacia él y pudo ver haces de fuego en sus pupilas, quedó hechizada bajo la intensa mirada. Él se inclinó encima del hombro derecho de ella y lo lamió desde el brazo hasta el cuello, ella lanzó una exclamación.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó con voz ahogada.

—Te estoy secando —dijo él con una sonrisa perversa.

Hizo lo mismo en el otro hombro y ella fue recorrida por un estremecimiento. Luego levantó la mata de pelo, le pasó la lengua por la nuca mordisqueándola con suavidad desde detrás de una oreja hasta la otra. Aquello era más de lo que Virginia podía soportar. Iba a protestar se giró de cara a él, y él la silenció con un profundo beso que la dejó temblando. Sus manos involuntariamente se enroscaron en el cuello musculoso y se pegó al cuerpo de Sergio mojándole la camisa. Le devolvía el beso como si la vida le fuera en ello. Él era muy consciente de aquellos pechos que se pegaban a su

torso. Separó sus labios de los de ella, y bajó la cabeza hasta que estuvo probando la curva superior de los pechos, Virginia se agarró con fuerza a los hombros del hombre. Las diestras manos de Sergio desataron el sujetador del pequeño bikini. Los pechos perfectos quedaron expuestos entre los dos. Ella se iba a cubrir, pero él se lo impidió, bajando más la cabeza hasta tener el rosado pezón en la boca. Con una mano acariciaba el pecho y con la boca le daba tanto placer que la hacía jadear. El valle entre los suaves senos fue atendido con languidez, hasta que él llegó al otro pecho. Ella lo agarró por el pelo con furia cuando sintió los dientes de Sergio mordisqueando la carne inflamada de sus pezones.

—Sergio —gritó ella ante el placer que se estaba arremolinando en todo su cuerpo. Se sentía extraña. La lengua de Sergio parecía quemarla donde la acariciaba, sus pechos estaban encendidos, la mirada del hombre la traspasaba, sus ojos se habían vuelto oscuros y la miraba de una manera que Virginia no supo cómo interpretar. Ella era consciente de su alocada respiración. Sentía que sus pechos subían y bajaban al mismo compás.

Él la sentía temblorosa. Volvió a su boca, la estrechó por la cintura y la atrajo para que sintiera su virilidad dura y preparada para ella. Virginia pudo notar la palpitante dureza que presionaba contra su vientre, y su excitación fue en aumento. Su boca se volvió salvaje, al ser consciente del deseo que él sentía por ella. Lo sujetó por la nuca y se fundió en su boca con tanta avidez que él tembló de arriba abajo. Tenía que poseerla pronto, pensó. Su rampante erección daba sacudidas de puro deseo. La soltó un momento para quitarse las ropas. Ella dijo algo inarticulado que él no alcanzó a entender, solo fue consciente de las manos extendidas de ella, invitándolo a que tomara lo que quisiera. Nunca en su vida se había desnudado tan rápido. La mirada de ella lo tenía hechizado, esos preciosos ojos verdes no se habían perdido ni uno solo de sus movimientos. Cuando su cuerpo quedó desnudo, ella levantó las manos y le acarició el vello pectoral. Virginia siguió subiendo, le acarició los anchos hombros, el cuello musculoso, y enredó sus dedos en el cabello de la nuca de él para atraerlo hacia ella y poder besarlo. El deseo que podía ver reflejado en sus ojos la volvía audaz. Su beso no tuvo nada de tierno. Cubrió la boca del hombre con un entusiasmo que los desbordó a los dos. Él estaba demasiado excitado para seguir con aquel juego. Estaban al lado de la gran

hamaca, se sentó en ella y atrajo a Virginia entre sus piernas separadas. La besó en el ombligo, en el vientre, sus manos le acariciaban las nalgas a través del bikini. Este le molestaba. Sin dejar de introducir la lengua en el ombligo y arrancándole gemidos de placer, le quitó las braguitas. El pudor de ella se había esfumado. No trató de cubrirse como había hecho cuando él le había descubierto los pechos. De hecho, él tampoco le dio tiempo pues tan pronto como la dejó desnuda se abrazó a ella, con la cara en su vientre y las manos atormentando su trasero firme y sensible. La respiración de ella era un auténtico caos. Sus pechos subían y bajaban con mayor rapidez. Las sensaciones la tenían absorbida en una marea, donde sentía que se hundía cada vez más. Las manos de Sergio se movían por su cuerpo lentamente, con caricias destinadas a enloquecer los sentidos inflamados de ella. La boca atormentándole la carne sensibilizada de su vientre, la sentía estremecerse, temblar... Él estaba más que preparado para ella, sin embargo, ella no parecía darse cuenta. Los dedos de él buscaron la intimidad de ella, la acarició con suavidad, encontró el capullo inflamado de deseo. Lo acarició. Ella jadeo por el placer y la sorpresa, luego acarició los pliegues del sexo femenino hasta la abertura, sus dedos se impregnaron de la caliente humedad, no podía esperar más para hacerla suya. La cogió por la cintura y tiró de ella, al tiempo que él se dejaba caer de espaldas a la hamaca, ella tendida sobre él, sintiendo el miembro endurecido apretado contra su vientre. Sergio le cogió la cara entre sus manos y la besó tan ardientemente que a ella le pareció que la devoraba con la boca. Cuando se separaron estaban los dos jadeantes. La miró a los ojos mientras la empujaba por los hombros, para que ella quedara a horcajadas encima de él, quería ver reflejado en esos bellos ojos verdes, brillantes por el deseo, todas las sensaciones que ella sintiera. La cogió por las caderas y la levantó para penetrar en ella, cuando su miembro tocó la humedad que lo aguardaba, pareció encabritarse. Empujó hacia arriba al tiempo que bajaba las caderas de ella. Virginia contuvo la respiración. Solo la cabeza del miembro masculino entró en ella. Sergio vio expectativa en esos ojos que no se apartaban de los suyos, volvió a empujar con más insistencia. Solo penetró unos centímetros más.

—Que estrecha eres, te siento tan apretada que no sé si podré contenerme más —susurró apretando los dientes por el intenso placer que sentía.

Ella no entendió lo que él le decía. Sentía dolor. Después del segundo empujón de Sergio, ella dejó caer la cabeza hacia atrás.

El cabello húmedo de Virginia acariciaba los muslos del hombre. Otra fuente de placer, pero a él le pareció oír un sollozo cuando ella dejó caer su cabeza. Se incorporó, ella volvió a sentir dolor por el movimiento, respiró hondo. Cuando Sergio estuvo incorporado la cogió suavemente por la nuca y levantó su cabeza para poderla mirar a los ojos. Virginia los tenía vidriosos. La pasión que poco antes había visto en aquellos maravillosos pozos de jade se había esfumado, en ese momento veía dolor. Cuando su mente se aclaró, entendió por qué ella había respondido a los estímulos de él de diferente manera a como esperaba. ¡Era la primera vez para ella! Su corazón se llenó de una inesperada ternura. La abrazó con ternura. El solo movimiento hizo que ella contuviera la respiración por la nueva incomodidad que la asaltó. Ahora él estaba pendiente de todo. Se dio cuenta, la cogió por las caderas para salir de su cuerpo y volvió a tenderse con cuidado, la dejó tendida encima de él. La estrechó contra su pecho, mientras él trataba de controlar su excitación. Respiró aspirando grandes bocanadas de aire para tranquilizar su encendido cuerpo. Cuando lo consiguió, cogió la cara de Virginia entre sus grandes manos y la besó amoroso, suavemente, saboreando el dulce sabor de su boca. Quería volver a encender la pasión de ella, sin prisas. Quería que ella disfrutara de su primera experiencia sexual, aunque aquello iba a representar para él un tormento, pues su deseo por ella era tan grande que se sentía mareado. Virginia estaba confusa, él la trataba con una ternura desmesurada, al mismo tiempo que la besaba, la acariciaba donde la piel era más sensible. Se le erizaba el vello y era recorrida por unos estremecimientos muy agradables. A ella se le había pasado el dolor que había sentido poco antes, y Sergio volvía a encender la llama de su cuerpo. Empezaba a sentirse acalorada, donde la tocaba parecía que tenía fuego bajo la piel. Ella empezó a acariciarlo, puso sus manos en el pecho musculoso. Entonces, sin previo aviso, él rodó en la hamaca, quedando ella tendida de espaldas y él encima. Ella quería tocarlo como él hacía con ella, le cogió las manos y se las estiró a cada lado de su cuerpo.

—Cariño... —dijo en un susurro—. Ahora no podría resistir tus caricias.

Ella iba a protestar, pero él selló su boca con un húmedo beso, que ella

devolvió fervientemente. La sensación de tenerlo encima era maravillosa, piel contra piel, la dureza de él contra su suavidad, necesitaba tocarlo. Deseaba acariciarlo como él hacía con ella, movió las piernas y las entrelazó con las de él. Sergio dejó su boca inflamada de tantos besos y bajó para atormentar y darle placer en los sensibles pechos. Su lengua los lamió, jugó con ellos y cuando su boca lo cubrió del todo, ella lanzó una exclamación. Él levantó la cabeza para mirarla con sensualidad.

—¿Te gusta? —preguntó con la voz ronca de la pasión.

—Sí... suéltame las manos, necesito tocarte. —Exclamó ella sin aliento.

Él sonrió.

—Entonces esto te va a encantar.

Le soltó las manos y ella trató de atraerlo, pero él ya había empezado a trazar un camino con la boca por la llanura de su vientre, lo llenaba de besos. De vez en cuando algún que otro mordisco que la hacía jadear; ella estaba fuera de sí, lo quería atraer, trató de incorporarse, pero él le puso una mano sobre el estómago, al tiempo que cubría su caliente excitación con la boca. Ella gritó de placer. Él encontró con la lengua el inflamado capullo y le daba suaves toques, mientras un dedo se introducía en ella. Virginia se tensó, pero solo duro un segundo. Era muy agradable sentirlo. Él se había quedado quieto para que ella se habituara a tenerlo dentro. La paciencia de Sergio se vio recompensada al sentir que ella se relajaba de inmediato. La sentía apretada contra su dedo, lo movió con pereza, salió de ella y volvió a entrar, observando en todo momento sus reacciones. Las manos de ella se cerraron en los hombros de él, clavándole los dedos. Él repitió el movimiento y a ella se le escapó un gemido de placer, él sentía su dedo empapado por la dulce pasión de ella. Empezó a moverlo rítmicamente, ella jadeaba, gemía; muy pronto empezó a retorcerse entre sus manos, sus ojos cerrados por la pasión. Entonces se tensaron todos los músculos de su bello cuerpo cuando la marea del placer la recorrió entera. Empezó a temblar siendo alcanzada por un glorioso orgasmo que la hizo gritar de satisfacción.

Sergio la contemplaba satisfecho, mientras ella volvía del limbo. Antes de abrir los ojos, Virginia sintió el aliento de Sergio en su rostro; él la besaba con dulzura por toda la cara, estaba tendido de lado junto al cuerpo femenino y uno de sus muslos reposaba encima de las ingles de ella, aquel peso era

muy agradable. Al fin abrió los ojos y lo encontró a él sonriendo con sensualidad.

—A sido... Nunca había sentido algo parecido —susurró ella con languidez.

—Eres mi dulzura, mi néctar, mi amor —murmuró él contra los labios de ella, antes de silenciarlos con un beso.

Mientras la besaba, le recorría el cuerpo con una mano de dedos traviosos, la acariciaba sensualmente. Cuando aquellos dedos que le habían recorrido el cuerpo de arriba abajo se posaron en su pezón, este estaba endurecido. Jugó con este, lo pellizcó, lo acarició y al fin separó sus labios de los de ella y posó su boca en el caliente y firme pezón. Ella volvía a sentir aquellas sensaciones placenteras, que poco antes la habían llevado al éxtasis. Esta vez no se contentó con dejarlo hacer, sus manos se volvieron audaces en sus caricias, recorrieron el cuerpo masculino que tenía a su alcance con tal intensidad que Sergio tembló, no podía esperar más, la pasión de ella había inflamado la suya tanto tiempo retenida. Se colocó entre los femeninos muslos y fue uniendo los cuerpos muy despacio. Ella estaba consumida por la pasión, necesitaba sentirlo en su interior. Él notó la resistencia, la cogió por las caderas y empujó lenta pero firme hasta estar completamente dentro de ella. Se quedó quieto, la había oído contener el aliento.

—Shh... tranquila, relájate...

—Pero... —Ella intentaba moverse, para aliviar la incomodidad.

—Cariño no te muevas, antes no llegue a romper... —Sergio tenía los ojos verdes de ella clavados en su rostro—. Cielo, cuando me di cuenta de que era tu primera vez traté de hacértelo más fácil.

—Pero...

Él la silenció con un largo y tórrido beso, cuando abandonó su boca, vio confusión en el rostro de ella.

—¿Aún duele? —preguntó, esperando que la incomodidad pasara rápido, pues su cuerpo no aguantaría mucho tiempo más. Las sensaciones que ella despertaba en él eran demasiado placenteras.

Ella no le contestó, el beso junto a sentirlo tan íntimamente unido a ella, la habían dejado aturdida.

Él se movió en su interior. Salió un poco de ella y volvió a entrar. A ella se

le agrandaron los ojos. Él volvió a hacerlo. Salió de ella casi del todo y volvió a penetrarla hasta el fondo.

—¿Duele? —le preguntó cogiéndole la cara entre sus grandes manos.

—Es una sensación que lo supera todo —dijo ella con un murmullo soñador por lo que estaba sintiendo.

Sergio empezó a moverse con un ritmo lento en su interior. La marea de sensaciones crecía a una velocidad vertiginosa. Virginia estaba maravillada, lo que estaba sintiendo no tenía punto de comparación con lo que había sentido antes. Se le olvidó respirar. Jadeaba y gemía. Se dio cuenta que a él también, las sensaciones se estaban arremolinando en el interior de su cuerpo. La marea iba a estallar; se abrazó a él febrilmente con brazos y piernas y se abandonó a las sensaciones más maravillosas que había sentido en su vida. Cuando Sergio sintió como temblaba entre sus brazos, llegó a un orgasmo que lo hizo gritar de placer. Virginia había sentido la tensión en los músculos de Sergio y su caliente eyaculación. Estaba fascinada por las increíbles sensaciones. Sintió como él se derrumbaba encima de ella, y como los dos juntos como almas gemelas se relajaban.

Al cabo de unos minutos Sergio se apartó de ella, pensó que la estaría aplastando con su peso. Ella protestó a medias. Se sentía muy bien, él la abrazó contra su cuerpo.

—Cielo, deberías haberme dicho que era tu primera vez —murmuró con calidez.

Ella no dijo nada, se limitó a sonreír.

—Hubiese ido con más cuidado.

Ella abrió los ojos.

—Ha sido maravilloso —dijo ella girándose de cara a él, entonces lo besó y se acurrucó entre sus brazos.

Estuvieron así largo rato, disfrutando del contacto, de las sensaciones recién descubiertas.

—Voy a preparar un baño —dijo él separándose de ella, al tiempo que se incorporaba. La besó en la frente—. Ahora vuelvo, mi amor.

Virginia cerró los ojos dejando que la languidez que sentía le invadiera todo su ser. A los pocos minutos cuando Sergio volvió, pensó que se había quedado dormida, se sentó a su lado y le acarició la espalda.

—Despierta, amor —susurró inclinándose y besando aquellos labios que lo tentaban más allá de la razón.

Ella abrió los ojos y sonrió soñadoramente. A Sergio el corazón le dio un vuelco al ver que aquella maravillosa sonrisa iba dirigida a él. Se sentía el más afortunado de los hombres por haber encontrado un tesoro como el que representaba aquella muchacha que le estaba robando el alma. La cogió en brazos y la llevó al cuarto de baño que había allí, en el invernadero. Era muy grande, con paredes y techo acristalados, y en el centro había una gran bañera, que despedía vapor.

Sergio se sentó en la bañera con ella en brazos, la sentó en su regazo, cogió una esponja y empezó a lavarla.

—Puedo hacerlo sola —protestó ella incómoda tratando de incorporarse.

—Yo quiero hacerlo. —Sus ojos despedían chispas, la cogió por la cintura y la tendió encima de él, pecho contra espalda.

Ella se sentía cohibida bajo las atenciones de él. Su piel se tornó de un rojo intenso. Él la encontraba encantadora. Cuando llegó a sus partes íntimas ella se removió inquieta.

—Sh... relájate cielo...

Virginia sintió que aquel miembro que tenía debajo de su trasero estaba cobrando vida de nuevo. Involuntariamente se removió. Él cogió una brusca bocanada de aire. El cuerpo masculino estaba reaccionando al contacto del suave cuerpo de Virginia. Él lanzó la esponja y empezó a acariciar con sus manos los pezones otra vez duros. Al tiempo que la besaba en el cuello, le mordisqueo la oreja, mientras sus manos no paraban de atormentar los inflamados pechos. Ella empezó a respirar entrecortadamente. Le parecía imposible que su cuerpo reaccionara tan pronto a las caricias que él le prodigaba. Intentó darse la vuelta en el regazo de Sergio, pero cuando estaba a medias, él la cogió por la cintura para que se detuviera, estaba sentada de lado. Tenían los dos, pleno acceso a la boca del otro. Fue ella la que alargó el cuello para besarlo, no le bastó, paso sus manos por la nuca de él para retenerlo más cerca. Él la apretó más por la cintura, ningún nivel de cercanía les bastaba, volvían a estar los dos fusionados, devorándose, hambrientos otra vez. Tal como subía el estado de excitación de ella, parecía contagiárselo a él. Sergio se encontraba temblando del más puro deseo cuando ella sin aviso

previo puso su mano en el agua, y le acarició su miembro endurecido. Él dio un saltó al sentir aquella primera caricia. Se le escapó un gemido desde las profundidades de su pecho y ella se sintió eufórica al sentir los temblores y la respiración agitada de él. Siguió acariciándolo, fascinada por las violentas sacudidas del miembro viril. Cerró los dedos alrededor de aquella parte de él y sintió satisfecha como él contenía el aliento. Sergio se estaba conteniendo con todas sus fuerzas, no podía aguantar mucho aquel dulce tormento, pero tenía muy claro que no podía volver a hacerle el amor. Ella debía de estar muy sensible y no quería volver a hacerle daño. Cogió a Virginia por los hombros y la besó introduciendo la lengua en su boca como deseaba hacerlo con su miembro. El éxtasis fue violento, se sacudió en el agua alcanzando tal nivel de satisfacción que cuando todo hubo terminado se sentía débil como un bebe.

Nunca supo si había perdido el sentido o que le pasó, pero cuando abrió los ojos Virginia estaba recostada contra su pecho y sus brazos lo rodeaban por la cintura.

Ella levantó la cabeza para mirarlo cuando sintió que las grandes manos de Sergio la apretaban.

—Pensé que te habías quedado dormido.

Él no podía apartar la mirada de aquella boca inflamada de tantos besos.

—Créeme, cariño, cuando te digo que en lo último que pienso cuando te tengo entre mis brazos es en dormir. —La besó en la frente y dejó que sus labios fueran recorriendo las hermosas facciones hasta llegar al esbelto cuello, fue bajando hasta los pechos y los estuvo atormentando con la lengua. Ella arqueó la espalda disfrutando del placer de aquella boca, las suaves manos de ella apretaban convulsivamente los musculosos hombros. Inconscientemente Sergio acariciaba el pequeño cuerpo que se retorció contra el suyo hasta llegar a las caderas que se removían inquietas contra él, con languidez puso su mano entre los muslos y sus dedos la encontraron.

Virginia se sentía escocida, pero aquellas caricias no la lastimaban, la hacían vibrar. Se relajó y disfrutó con lo que él le hacía. Los dedos de Sergio se movían sobre ella con tanta suavidad, con tanta ternura que se abandonó entre sus brazos.

Cuando el notó los temblores y convulsiones que recorrían el cuerpo de

Virginia la abrazó contra su pecho susurrándole palabras de amor, mientras ella se abandonaba al clímax.

CAPÍTULO 14

Estaba anocheciendo. Virginia estaba de pie frente a los cristales admirando el bello atardecer, mientras su mente no la dejaba tranquila. Pensaba que lo que había sucedido era un error, no debía de haber dejado que Sergio le hiciera el amor. Ella era muy consciente de sus sentimientos hacia él. Durante los días que habían estado separados lo había echado mucho de menos, no podía sacárselo de la cabeza ni un segundo, pero sabía que él estaba casado con otra. Debería haberse marchado mientras él estaba fuera, pensó, pero aquella no era su manera de actuar, siempre había hecho frente a todo, y en ese momento no sería distinto. Tenía que hablar con él y marcharse antes de alargar más aquella locura. Lo tenía muy claro, sufriría, pero con el tiempo quizás conociera a alguien que le hiciera olvidar el amor que sentía por él... ¡Imposible! Lo que sentía por Sergio era demasiado profundo. No lo olvidaría en su vida.

Él estaba en su despacho haciendo llamadas. Era ajeno a lo que atormentaba a Virginia. Se sentía profundamente renovado. Había encontrado a una mujer que se entregaba a él en cuerpo y alma. No dudaba de que ella albergaba unos sentimientos sinceros hacia él, de ninguna manera se hubiera entregado tal como ella lo había hecho si no fuera así.

Cuando se reunieron en el salón, Sergio lucía una deslumbrante sonrisa. Ella en cambio, tenía el semblante serio.

—¿Qué pasa cariño? —le preguntó preocupado.

Ella lo miró a esos amados ojos color miel.

—Esto no puede ser —dijo con un hilo de voz.

—¿De qué me estás hablando? —Él estaba perplejo por la tristeza que veía en la mirada verde.

Ella había estado largo rato pensando en cómo decírselo.

—No sé lo que represento para ti... —Él iba a interrumpirla, ella alzó una mano para que la dejara terminar—. Pero... esto no puede continuar, tú estás casado, y yo no quiero ser un simple juguete en tus manos.

Sergio estaba frunciendo el ceño.

—Tú no eres mi juguete.

—Entonces..., ¿qué soy? Tu amante. —Virginia se estaba atragantando con aquellas palabras. Sentía un nudo en el estómago—. Si estuvieras soltero, no habría problema, pero no quiero ser la causa del sufrimiento de ninguna mujer. Eso no forma parte de mi manera de ser. Lo siento si te he causado una impresión equivocada.

Se dio la vuelta para irse a su dormitorio, tenía que hacer las maletas. Lo mejor sería que saliera de aquella casa lo más pronto posible, no quería alargar la agonía que sentía. Tenía que irse de allí.

Sergio se quedó estupefacto al oír aquellas palabras.

—Virginia..., espera, tenemos que hablar.

Ella se detuvo, pero no se giró.

—Por favor... —Ella no quería alargar más el sufrimiento que sentía en su interior. Sentía su corazón roto: era una tonta por haber permitido que sus sentimientos la afectaran tanto.

En ese momento entró Carmen, anunciando que tenían visita, Ricardo y Judit habían ido a verlos.

—Hola, buenas tardes —saludó Ricardo jovial—. Sergio, que sorpresa, no esperaba encontrarte aquí. ¿Cómo va la investigación? ¿Han encontrado a ese tipo?

—No. —Sergio se sintió mortificado por esa interrupción, pero lo disimuló muy bien. Compuso una sonrisa encantadora, se acercó a Judit la besó en las dos mejillas y estrechó la mano de Ricardo.

Virginia trató de que no se le notara lo turbada que estaba, les sonrió a ambos y los besó.

—¡Qué sorpresa! Tenía muchas ganas de verlos —le dijo a Judit dibujando una sonrisa en su cara.

Ricardo se dio cuenta enseguida de que habían interrumpido algo. Virginia era incapaz de ocultar sus emociones. Por mucho que lo tratara fracasaba

infelizmente, en cambio Judit no se percató de nada. Las dos mujeres se sentaron en el sofá y Judit empezó a preguntarle a Virginia por los recientes acontecimientos. Sergio invitó a Ricardo a tomarse una copa mientras este le preguntaba por los últimos progresos del caso.

—Si el peligro ha terminado... —Judit levantó las cejas un par de veces, sabía que a su amiga le encantaba que hiciera eso—. Podríamos salir de compras.

Sergio oyó la pregunta y perdió el hilo de su conversación con Ricardo. Este se dio cuenta de que el otro hombre estaba pendiente de la conversación de las mujeres, y que esperaba ansioso la respuesta de Virginia.

—Me temo que esto no podrá ser, Judit, mañana salgo a primera hora. —Su voz denotaba tristeza. Ricardo lo notó, miró a Sergio y vio como este apretaba la mandíbula.

—Pensabas irte sin despedirte —exclamó Judit indignada.

A Virginia le estaban empezando a doler los músculos de la cara por la forzada sonrisa, se sentía nerviosa.

—Pensaba llamaros...

—¿Tan importante es lo que te reclama, que no nos hubieras visitado?

—Bueno... es... que... mi trabajo...

Ricardo desistió de tratar de hablar con Sergio. Este estaba pendiente de lo que Virginia decía y no le prestaba ninguna atención, además por su semblante supo que no estaba muy contento con la decisión de Virginia. Juzgó que era hora de dejarlos para que solucionaran sus asuntos.

—Judit, cariño, llegaremos tarde a nuestra cita. —Esta lo miró sorprendida. Él le guiñó un ojo, y ella captó al instante que su marido le decía silenciosamente que tenían que irse de allí.

—Tienes razón, se me había olvidado.

Se levantó y Virginia con ella.

—Espero que la próxima vez que vengas por aquí, podamos estar más tiempo juntas —dijo besando a su amiga—. Con todo este lío apenas hemos podido ponernos al día de nuestras cosas.

Se despidieron y dejaron a Sergio y a Virginia solos. Ella se dirigió a su habitación para hacer la maleta. Él entró detrás de ella. Al verla tan resuelta a marcharse, su malhumor se encendió. Pensó que no era el mejor momento,

pues estaba seguro de que diría cosas de las que más tarde se arrepentiría. Salió de la habitación y se sirvió una copa, se la bebió de un trago.

Al poco rato llegó Carmen con la cena. Sergio entró en la habitación de Virginia. Ella estaba terminando de colocar cosas en su maleta.

—La cena esta... —Ella se sobresaltó pues no lo había oído entrar. Él iba a disculparse, pero la tensión que percibió en la espalda de ella lo detuvo—. Ven, tenemos que hablar.

Sergio al ver que ella no se movía, fue hacia ella, la cogió de la mano y al tirar de ella para que se diera la vuelta, vio el sufrimiento en sus ojos. Se enfureció consigo mismo por no haber aclarado las cosas desde un principio.

—Cariño. —Empezó en un tono mesurado que no sentía en absoluto—. Ven, sentémonos, vamos a dejar algunas cosas claras. —Tiró de ella, salieron de la habitación y la hizo sentar en uno de los sillones. Él se sentó en la mesita, frente a ella—. Antes has dicho que no querías ser mi amante, ¿quién ha hablado de queridas? —Ella lo miraba atormentada—. Nadie ha dicho que yo quiera que seas mi concubina. El otro día al marcharme te prometí que hablaríamos. Siento haberte dado la impresión de que yo solo quería un buen rato de vez en cuando.

—¿Entonces qué esperas que sea? —susurró ella con un hilo de voz. Lo miró a los ojos y cogió aire con fuerza—. Vale, lo entiendo, ha sido un buen polvazo, y ahora cada uno por su lado. Solo una pregunta..., ¿tengo que ir buscándome otro empleo? O ¿hacemos como que no ha pasado nada?

Las preguntas eran muy directas, Sergio debería haber esperado una cosa así. No contestó.

—Te voy a contar algo... Mi matrimonio no existe. —Ella frunció el ceño—. No te diré que me casé enamorado de mi mujer porque sería mentira. Nos conocíamos desde niños y supongo que me dejé llevar, que confundí mis sentimientos. Ella tampoco me amaba, pero lo disimuló muy bien; me hizo creer que aprendería a quererla tal como ella me idolatraba a mí.

Hizo una pausa pensando en lo imbécil que había sido al creerse todas las patrañas que María le decía.

—Yo solo le serví para que se librara de unos padres muy restrictivos. Ellos, por el afán de proteger a su hija, la mantenían pegada a sus faldas, aunque ella se las ingeniaba para largarse con las excusas más tontas. María

tiene un espíritu indómito, incluso llegó a fugarse de su propia casa. Cuando nuestras madres empezaron a bromear sobre la buena pareja que hacíamos, imagino que se le ocurrió la idea de liberarse del entorno opresivo en el que vivía; vio el cielo abierto. Yo era un buen partido, nuestros padres eran socios en una empresa de ropa de bebe desde hacía años. Nos hizo creer a todos que estaba locamente enamorada de mí, al cabo de poco tiempo nos casamos. — Sergio hablaba de aquellos recuerdos sin pesar, Virginia lo vio escrito en sus ojos—. Mientras estuvimos de luna de miel, todo fue fantástico, pero en cuanto volvimos a casa, salió el verdadero yo de mi mujer. Al principio ni me enteré, solo nos veíamos por las noches y ella estaba muy solícita conmigo. Luego me enteré de que durante el día ella hacía una vida muy particular, tenía sus propios amigos, a los que visitaba con demasiada frecuencia. De vez en cuando me decía que estábamos invitados a pasar unos días con tal o cual en su casa de campo. Yo no podía irme y dejar el trabajo, acababa de establecerme por mi cuenta en la empresa. Ella siempre me reprochaba el que yo trabajara tanto. Con el tiempo me di cuenta de que esas reuniones siempre eran cuando yo más ocupado estaba, y ella lo sabía, lo hacía a propósito para que yo no fuera. Una noche decidí averiguar lo que estaba pasando. Cuando salí de la oficina me dirigí a la casa de uno de sus amigos, allí me encontré con una autentica bacanal, corría el alcohol y las drogas por doquier... además de sexo...

Virginia lo miraba con los ojos muy abiertos. Él hablaba con tal falta de pasión que se dio cuenta enseguida de que había pasado página y de que lo que le estaba contando no le afectaba. Era un capítulo cerrado de su vida.

El silencio se hizo tenso entre los dos.

—¿Por qué no te divorciaste? —Sergio podía oír la angustia en la voz de ella.

—Al darse cuenta de su desliz me suplicó que no la dejara, que aquello acabaría con sus padres. Yo apreciaba mucho a mis suegros; mi familia y la suya estaban muy unidas. Además, tuvo el descaro de decirme que todo era por culpa mía, que la tenía abandonada. —Ella lo miraba con incredulidad en los ojos muy abiertos—. Cuando le hice llegar los papeles de la separación vino a verme desesperada, me dijo que estaba muy arrepentida de lo que había ocurrido y que quería que la perdonara, que volviéramos a empezar. Yo

me negué. Entonces amenazó a mi familia, dijo que tendríamos que llegar a un acuerdo o que no le costaría mucho arruinar a mi padre. Yo me reí de ella, si arruinaba a la mía, equivaldría a arruinar a la suya. Creí que las drogas le habían afectado el cerebro, se lo dije y me contestó que tenía amigos influyentes a los que no les costaría nada hacerle la vida imposible a nuestros padres. No le importaba que el suyo se arruinara, sabía que su madre era poseedora de una gran renta. Le grité que estaba loca y se rio de mí. — Virginia lo escuchaba con horror, ¿qué clase de mujer era la exesposa de Sergio? —. «Tendrás que llegar a un acuerdo conmigo, o yo misma les diré a los viejos que su adorado hijo me empujó al mundo de las drogas». Me reí de ella. «Nunca te creerán», le dije, pero ella me contestó: «Tal vez, pero tu hermano pequeño es muy confiado y sabes que me idolatra, ¿qué ocurrirá cuando yo le muestre lo bien que se lo puede pasar en esas fiestas que celebro con mis amigos?» María estaba amenazando a toda mi familia, y su actitud me decía que era muy capaz de todo lo que me estaba diciendo.

—Oh... Dios mío. —Virginia estaba azorada.

Él siguió con su relato como si ella no lo hubiera interrumpido.

—Estaba furioso por todas aquellas amenazas que lanzaba contra los míos; en aquel momento creo que habría sido capaz de matarla. Supongo que me conocía mejor de lo que yo pensaba, porque de repente se puso a llorar y me confesó que le debía una fuerte suma de dinero a quien le vendía las drogas, y que el tipo me había investigado y la chantajeaba. Le había hecho firmar una serie de pagarés y que sino los hacía efectivos iba a destruir a la familia.

—Entonces... ¿No hiciste nada? —Exclamó con incredulidad.

—Ya lo creo que lo hice, le pedí dinero a mi suegro para mi empresa, le dije que mi padre estaba pasando un bache. Pague sus pagarés y le di tiempo a María para que fuera ella la que se lo dijera a sus padres. Mientras, nos separamos en secreto, hace años que tengo el divorcio, pero nadie lo sabe, salvo mi hermano Guillermo.

Virginia quedó con la boca abierta, su sorpresa era tal...

—Quiero mucho a mi familia. No quise que ellos sufrieran por mí. Si se hubiesen enterado de lo que estaba pasando les habría afectado mucho, mi madre creía que María era la esposa ejemplar. De hecho, aún lo cree. Es amiga de la que era mi suegra desde que eran niñas, realmente son como

hermanas. Mi padre mantiene muy buena relación con el padre de María. Cuando se puso enfermo del corazón, mis padres estuvieron muy preocupados por él. Pensaban que iba a morir y se pasaron días enteros en el hospital para no dejar a su mujer sola. Quizás haya sido muy cobarde por mi parte, quizás debí decírselo yo mismo, pero pensé que la noticia podía arrebatarse la vida a ese hombre que lo único que hizo mal fue proteger y consentir demasiado a su hija. Desde entonces, nos vemos en las pocas reuniones donde se juntan las dos familias; le deje muy claro que si se acercaba a alguien de los míos la iba a destruir. Contraté un detective privado y tengo algunas grabaciones de si salen a la luz acabarían con ella, con su ritmo de vida y su estatus social.

—No me lo puedo creer —murmuró ella.

—Ahora pretendo decírselo, aunque creo que sospechan algo; quiero seguir con mi vida y nada me lo va a impedir.

Virginia iba a levantarse del sillón. Él le apesó las manos y besó cada palma. Ella se dio cuenta de la integridad de él. Había sufrido en secreto todas aquellas barbaridades para que su familia no sufriera. Era un hombre ejemplar y honesto. Se merecía toda la felicidad del mundo que le había estado vedada durante tanto tiempo.

—Quisiera poder decirte algo que ayudara a borrar todos esos recuerdos, pero no sé qué decir.

—Solo quiero oírte decir una cosa, pero esperaré —afirmó él confundiéndola con sus palabras.

Sergio quería que ella le dijera que lo amaba, pero reconocía que era demasiado pronto. Ella lo había creído un adúltero, además estaba seguro de que ella no reconocía sus propios sentimientos. Era demasiado pronto para saber lo que su corazón albergaba.

CAPÍTULO 15

En su oficina Guillermo estaba pensando en la mejor manera de conquistar a Sabrina, si hubiese sido una de sus amiguitas, sabía muy bien cómo hacerlo, a todas ellas se las podía comprar con un regalo caro, pero ella era diferente. Imaginaba que si lo intentaba acabaría con el regalo estampado sobre su propia cabeza. Ella era diferente, no era como las mujeres superficiales con las que se había relacionado anteriormente. Era una mujer inteligente, independiente y muy bella, con un sentido del humor que lo había cautivado, y la verdad es que no se imaginaba por qué tendría que fijarse en él. Por primera vez en su vida se encontraba en la tesitura de desear a una mujer que no se le arrojaba a los brazos por ser quien era. A ella poco le importaba que él fuera rico, que tuviera una empresa propia, que pudiera ofrecerle el mundo en bandeja. No le importaba nada de lo material que él pudiera proporcionarle, y no sabía qué hacer para llegar a su corazón.

En la sala habilitada para los desayunos, Sabrina se estaba tomando un café y pensando en el hombre que nunca se fijaría en ella, que era el único que le interesaba. Pero sabía que él no confiaba en las mujeres, que para él siempre sería una de sus trabajadoras, a pesar de los buenos ratos robados que habían pasado. Para ella no era suficiente, quería más y sabía que no lo conseguiría con él. Lo mejor sería tratar de olvidar lo que aquel hombre le hacía sentir y seguir con su vida como antes de conocerlo. Ella era una mujer fuerte y lo conseguiría. ¿No decían acaso que un clavo sacaba otro clavo? Eso era lo que tenía que hacer, salir y conocer gente nueva, tal vez encontrara a algún hombre que le hiciera olvidar lo que su corazón sentía por... se estaba

engañando a sí misma y lo sabía, podía encontrar a otro hombre, pero lo que él le hacía sentir le sería difícil, sino imposible de olvidar.

Se levantó de la silla donde estaba sentada malhumorada y con el ceño fruncido. No debería haber dejado que las cosas llegaran tan lejos, se debería de haber protegido contra el encanto de aquel hombre, pero ya era demasiado tarde.

Volvió a su mesa y se puso a trabajar, sin poder apartar de sus pensamientos a ese hombre que había conquistado su corazón.

Una vez el tema del matrimonio de él estuvo aclarado, Sergio y Virginia se dedicaron a conocerse. Hablaban hasta altas horas de la madrugada, se contaban sus proyectos, sus ilusiones, sus sueños.

Ella se dio cuenta muy pronto de que se había enamorado de ese hombre. Era más, lo admiraba por el gran sacrificio que había hecho para que su familia no sufriera. Además, estaba el hecho de lo que le hacía sentir, con solo mirarla ella notaba que se derretía, como si sus rodillas fueran de gelatina y todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo despertaban con solo una mirada, un cosquilleo muy agradable se apoderaba de todo su cuerpo cuando él estaba cerca, que era prácticamente todo el tiempo. Él no pasaba ninguna oportunidad que tuviera de tocarla, acariciarla... Mientras hablaban él se las ingeniaba para no perder el contacto, sus manos eran mágicas, y a ella le encantaba ese detalle de su personalidad.

En esos pocos días Sergio conoció a una mujer que ni en sus más locos pensamientos se hubiera imaginado. No era como todas las que había conocido con anterioridad. Todas ellas más interesadas en embellecerse, en fiestas y reuniones sociales donde se destripaban mutuamente tratando de llamar su atención. No les importaba que él estuviera casado, solo querían de él el poder presumir de ser su pareja. La mayoría de las veces había ido a esas reuniones con una mujer y se había marchado al cabo de poco rato solo, asqueado de la hipocresía de las personas que decían ser sus amigos. Virginia era distinta a todas ellas. Era una mujer sencilla, con aspiraciones sencillas, su meta en la vida era trabajar en lo que le gustaba, que era de ejecutiva de contabilidad de una empresa, donde su trabajo fuese valorado, y quería tener

hijos, le encantaban los niños, pero no estaba dispuesta a tenerlos con cualquiera, «Quiero un hombre íntegro que sea capaz de enseñarle buenos valores a mis hijos», le había dicho. Y él deseaba ser ese hombre.

María Pinares estaba de un humor de mil demonios. Se había instalado en una pequeña propiedad que sus padres tenían cerrada en el campo, pero para no llamar la atención no había contratado a nadie. Ella misma tenía que hacerlo todo y no estaba acostumbrada a ello. Maldecía a Julián mil veces durante el día por haberla llevado a aquella situación. Ella lo tenía todo bien planeado, por suerte había muchas personas que eran aficionados a ver películas pornográficas y lo que ella les ofrecía era algo totalmente distinto a lo que se encontraba en los video clubes. Los trabajadores de aquella tienda se repartían una pequeña parte de las ganancias por embaucar a la clientela, a Julián le daba otra pequeña parte y el resto se lo quedaba ella. Lo que sacaba de aquel negocio le permitía vivir muy bien, y en ese momento estaba escondida en aquella casa por miedo a que, si cogían a Julián, él la delatara.

Tenía que hacer algo con él, antes o después alguien se daría cuenta de que ella no hacía su vida normal y empezarían a hacer preguntas.

Julián había alquilado un pequeño apartamento con nombre falso, era pequeño, viejo y era poco más que un cuchitril. La pintura de las paredes estaba oscurecida por el tiempo que hacía que no veía una brocha. Los muebles eran por lo menos del siglo pasado, la cocina dejaba mucho que desear... y el baño se constituía de una pequeña ducha, la pila y un retrete. El espejo estaba amarillento de lo antiguo que era. Se hacía traer la comida de un pequeño bar que había enfrente con la excusa de que estaba enfermo. Les daba unas buenas propinas a los chicos que se las traían para que no hicieran preguntas.

Su mal humor no lo abandonaba. Culpaba a Virginia por haber destapado el pastel. Si ella se hubiera encargado de hacer su trabajo y nada más, todo aquello no habría ocurrido. Él seguiría haciendo su cómoda vida y nadie sabría nada de los ingresos extra que se sacaba con la información que le pasaba a aquella mujer. Al pensar en María Pinares su furia fue en aumento,

lo había tratado como a un pelele, lo había utilizado para ganar dinero, aunque él también se había llevado lo suyo, debía reconocerlo, pero sospechaba que solo le había dado las migajas, que ella se había quedado con la mayor parte de los beneficios, pero eso no era excusa para tratarlo como lo había hecho. Debía pensar la manera de saldar cuentas con ella, aunque antes debía encargarse de Virginia. No le serviría de nada pero, que por meter las narices donde no le importaba, él se encontrara en aquel aprieto, lo ponía frenético. Tenía que pagar por todos los quebraderos de cabeza que le había causado. Tenía constancia de que los dependientes de la tienda habían cantado de plano en cuanto los arrestaron, pero no sabían quién estaba detrás de todo, no sabían quién daba las órdenes. Quizás María tuviera razón y él mismo al marcharse se había señalado como culpable. Sus pensamientos eran un caos. Cogió una botella de licor barato que el día anterior le habían traído y llenó un vaso, mientras el líquido áspero le quemaba la garganta pensó en Virginia: le tenía que hacer pagar muy caro todos sus dolores de cabeza.

La mañana del domingo mientras Sergio y Virginia estaban desayunando cuando él soltó de buenas a primeras.

—¿Qué te parecería ocupar el puesto de Julián? —le dijo de improviso.

La tostada que ella tenía en la mano se quedó a medio camino entre el plato y su boca. Al levantar la mirada hacia él, lo encontró sonriendo.

—No me tomes el pelo.

—Hablo muy en serio.

—¿Pero si todos los jefes de departamento son hombres?

—¿Te dan miedo? —Replicó él arrastrando las palabras.

—Claro que no.

—¿Entonces...?

Virginia estaba segura de poder hacer el trabajo, de hecho, hacía tiempo que el departamento de contabilidad lo llevaba ella, pues Julián no sabía sumar dos más dos.

—Es muy halagador que me pidas eso, pero...

—Tú tienes más iniciativa que muchos de mis colaboradores. Sé que puedes hacer ese trabajo a la perfección. Además, buscaremos a una nueva

secretaria para que no tengas que hacer tantas horas extra.

—Nunca me ha importado.

Él la miró con los ojos brillantes.

—Pero a partir de ahora, a mí sí que me importará.

Ella captó enseguida la indirecta. Se sonrojó ligeramente.

—Me encanta cuando te sonrojas así, cariño —dijo él alargando la mano por encima de la mesa hasta que tuvo la de ella y le dio un cariñoso apretón.

Ese día volvieron a casa.

CAPÍTULO 16

Sergio había insistido en que ella fuera con él a su casa, pero Virginia se negó diciéndole que todo estaba ocurriendo demasiado rápido. Necesitaba un poco de espacio para acostumbrarse a esa situación y a sus nuevos sentimientos.

El lunes por la mañana llegaron pronto al trabajo, Virginia encontró encima de su mesa montones de papeles apilados. Los días que ella había estado ausente, nadie se había ocupado de su trabajo. Se sentó en su mesa y empezó a poner orden a las pilas de facturas. No habían pasado ni quince minutos cuando apareció Sergio. Sus compañeras aún no habían llegado. Se acercó a ella y le dio un fugaz beso en los labios. Ella miró alrededor con los colores subidos.

—No vuelvas a hacer eso, alguien podría vernos —le susurró.

—No hay nadie, aparte de la gente de seguridad, y además... ¿qué más da que nos vean?

—¿No te has parado a pensar, que me vas a poner en un aprieto? Todos van a pensar que me has subido de categoría porque caliento tu cama.

—No creo, tus compañeras tienen una alta opinión de ti.

Ella lo miró sorprendida.

—Mientras has estado fuera, nos hemos enterado de unas cuantas cosas.

—¿Nos...?

—Mi hermano y yo.

—Ay Dios.

Él sonrió tirando de ella para levantarla de la silla donde estaba sentada. La abrazó, inhalando su suave perfume. Ella estaba arrebolada, pensaba que en cualquier momento entrarían sus compañeras y los encontrarían allí

abrazados.

—Te sugiero que me sueltes.

Sergio le mordisqueaba la oreja y a ella la recorría un escalofrío.

—No antes de que me des un beso como Dios manda. —Él esa mañana estaba juguetón, pensó Virginia al mirarlo a los ojos y ver una sonrisa bailando en ellos.

—¿Y luego me soltaras?

—Lo prometo.

Ella le dio un breve beso.

—Eso no ha sido un beso de verdad —exclamó él.

La ciñó más por la cintura y le devoró la boca con un beso abrasador, cuando se separó de ella, se había acelerado la respiración de los dos.

—Eso sí que ha sido un beso.

Ella se sentía sofocada, débil, caliente... se apoyó en el pecho masculino unos segundos.

Virginia oyó ruido en la entrada, sus compañeras estaban llegando.

—Suéltame.

Él también había oído los ruidos, la soltó, y notó como ella se agarraba a su mesa, se sintió masculinamente satisfecho de haberla excitado con un solo beso. Nunca había conocido a nadie que respondiera con tanta rapidez a una caricia. Las miradas de los dos se cruzaron. Ella iba a sentarse.

—Virginia, ¿no te dije cuál sería tu nuevo puesto?

Ella no quería mirarlo para no delatarse a sí misma delante de las otras chicas que habían llegado.

—Sí, pero aquí hay mucho por hacer.

—También puedes hacerlo desde tu nuevo despacho, además hoy vendrán varias secretarias para entrevistarse contigo. Elige la que más te guste.

Ella lo miraba con los ojos como platos.

—Ven. —Sergio le hizo un gesto con la mano para que lo siguiera y abrió la puerta del despacho de Julián. Todo era un caos, papeles, carpetas, todo estaba revuelto, Sergio cogió el teléfono y llamó a los de la limpieza. —A partir de este momento es tu despacho, si te hacen falta muebles o archivadores, pídelos a mantenimiento. Ahora vendrán los de la limpieza, todo lo que no sirva, tíralo. Más tarde te traerán un ordenador, el de Julián se

lo llevó la policía como prueba.

Virginia se sintió de pronto aterrada, ¿cómo sentaría aquel cambio en el personal? Sergio se dio cuenta de la palidez de su rostro.

—¿Te sientes bien? ¿No será demasiado pronto para que empieces a trabajar? —dijo acercándose a ella.

—Estoy bien. —Ella levantando una mano, para que dejara de avanzar—. Es solo un poco intimidante.

—Todo saldrá bien. —Le iba a coger la mano y ella se retiró.

Él sintió como si estuviera haciendo algo mal, a ella se la veía inquieta. Se preguntó por qué. Se fue a su despacho confuso.

Cuando Sabrina llegó, vio a Virginia en el despacho de Julián y se dirigió hacia allí.

—Toc, toc... ¿Puedo pasar? —preguntó con una sonrisa de alegría al ver a su amiga.

Virginia que estaba en medio del despacho, evaluando lo que quería quedarse y lo que no, se dio la vuelta para ver a su compañera.

—Claro que sí, no seas tonta. —Las dos se fundieron en un abrazo.

—¡Que alegría verte! ¿Cómo estás? ¿Ya te encuentras bien? ¿Cómo está tu hombro?

Sabrina tenía mil preguntas que hacerle. Ella levantó la mano para poder responderle.

—Sí... estoy bien, pero ¿cómo te enteraste?

—Me lo dijo Guillermo.

—¿Guillermo? —Virginia no salía de su asombro.

—Primero me cuentas tú y luego yo. —Sabrina la tentó con una sonrisa que a su amiga le pareció triste.

—Tengo la impresión de que deberíamos hacerlo al revés, tú me cuentas lo que sabes y yo te lleno los huecos.

—Sí, tal vez sea mejor así. —Sabrina pensó que de aquella manera podía eludir las preguntas que estaba segura su amiga le haría sobre Guillermo—. ¿Qué te parece si comemos juntas? Ahora mismo tengo que ponerme a currar o mi jefe...

—Perfecto, yo también tengo mucho por hacer.

—A propósito, ¿qué estás haciendo en este despacho? —Una idea desagradable pasó por su cabeza—. ¿Supongo que no te habrán mandado poner orden a todo este caos? Tú ya tienes suficiente trabajo, han sido unos desconsiderados al no poner a alguien en tu lugar mientras... —Virginia movió la cabeza negando al tiempo que levantaba la mano ante el torrente de palabras de su amiga.

—Para, no es nada de eso. Me han pedido que lleve el departamento de contabilidad. Tendré mi propia secretaria. —La cara de asombro de Sabrina no tenía desperdicio, Virginia sonrió.

—¡No me lo puedo creer! No estarás bromeando, ¿verdad?

—No.

—Esto es fantástico, ya era hora de que se dieran cuenta de tus esfuerzos. Felicidades chica, que alegría acabas de darme.

—Yo estoy un poco aterrada, la responsabilidad impone.

—No digas tonterías, estás preparada para eso y mucho más.

—Eso espero.

Sabrina salió del despacho y Virginia recogió todos los papeles que había amontonados por todas partes y los puso en una caja dispuesta a revisarlos más tarde. Les dijo a los de la limpieza y mantenimiento que quería que se llevaran todo lo de aquel despacho y le trajeran del almacén una mesa, un ordenador y unos archivadores. Volvió a su antigua mesa y se puso a trabajar con las facturas acumuladas durante su ausencia. Sus compañeras iban y venían continuamente. Todas le preguntaban si sabía lo que había pasado con Julián, a lo que ella les respondía que no y les explicaba que a partir de ese día ella se ocuparía del trabajo de él. Todas estuvieron muy contentas por ella, sabían que se había ganado el puesto a pulso.

Al medio día fue con Sabrina a comer a un pequeño restaurante que había en los bajos del edificio donde trabajaban. Pidieron dos ensaladas variadas de atún y un filete con patatas, mientras comían Sabrina le iba contando lo que sabía y ella iba llenando las lagunas en la historia que su amiga no sabía. Se abstuvo de contarle que se había enamorado de Sergio.

Al terminar, Sabrina compuso todas las piezas del rompecabezas.

—¿Me estás diciendo que Julián...? No me extraña que Guillermo me pidiera que lo vigilara —murmuró Sabrina inconsciente de que había dicho aquellas palabras en voz alta.

Virginia la había oído y pensó que ya era hora de que se enterara de lo que estaba ocurriendo con su amiga y el hermano de Sergio.

—¿Qué pasa con Guillermo?

Sabrina la miró como si no supiera de qué le estaba hablando.

—Nos conocemos.

—No te hagas la loca... lo has nombrado en varias ocasiones. —Vio como a su amiga se le ensombrecía la mirada y luego a trompicones le contaba la historia: cómo se habían conocido, que ella lo había confundido con un empleado de otra empresa y terminó por contarle que se había enamorado de ese hombre, pero que era un amor que no era correspondido, que él no confiaba en las mujeres—. Es un amor imposible —susurró al terminar su relato.

Virginia nunca había visto así a su amiga, debía de haberle calado muy hondo para que estuviera tan alicaída.

—Nunca des nada por hecho. —Sabrina la miró sin entender—. Hace muy poco me he dado cuenta de que torres más altas han caído.

—Parece que me hables en acertijos, no te entiendo.

—Yo también pensé que... —El móvil de Virginia sonó y la interrumpió—. ¿Sí? —contestó a la llamada.

—¿Dónde estás? —Era Sergio.

—Estoy comiendo con una amiga. —Virginia oyó a través de la línea como él resoplaba.

—Durante toda la mañana he estado esperando el momento para comer contigo. —Hablaba como un niño enfurruñado y ella sonrió—. Luego no te quejes si cuando te veo te estampo un beso delante de todo el personal.

—No te atreverás —exclamó ella imaginándose la escena, al punto sintió que los colores le subían a la cara y un agradable calorcillo se expandía por su cuerpo.

—No quieras apostar.

—Luego nos vemos... y pórtate bien. —Oyó la carcajada que a él se le

escapó.

—¿Quién era? —le preguntó Sabrina.

Virginia no sabía si contarle a su amiga lo que había entre ellos. Entonces pensó en lo que estaban hablando cuando habían sido interrumpidas por el teléfono.

—Estoy saliendo con alguien que tampoco confiaba en las mujeres.

—Por Dios, últimamente no me cuentas nada. —Se quejó.

—Es muy reciente, no nos habíamos visto para que pudiera contártelo.

—¿Y cómo conseguiste que confiara en ti?

No sabía que decirle, tampoco sabía si Sergio confiaba plenamente en ella. Parecía que sí, de otra forma no le hubiera dado un trabajo con tanta responsabilidad, ¿o sí?

Pensó en la charla que habían tenido cuando ella lo creía un adúltero, a partir de ese día se habían confiado todos sus secretos y ambiciones.

—Ten paciencia, cuando te conozca sabrá que puede confiar en ti.

Sabrina la miró con sus bellos ojos muy abiertos ante la vaga respuesta de su amiga.

—Eso sucederá cuando las ranas críen pelo. Parece que ha construido un muro a su alrededor que soy incapaz de traspasar —se lamentó.

Virginia pensó en que Guillermo sabía lo que había pasado con el matrimonio de su hermano y supo que allí radicaba el problema.

—Las dos sabemos que eres muy capaz de derruir todos los muros que se te pongan por delante. Muéstrate tal como eres, no tardará en caer rendido a tus pies.

—Ya me gustaría a mí tener esa confianza en mí misma que ahora tienes tú.

—Está dentro de ti.

Pagaron la cuenta y se dirigieron al ascensor cuando Sabrina reparó en algo.

—¿Conoces a Guillermo?

Una sonrisa misteriosa se dibujó en los labios de Virginia. Sabía que no podría mantener en secreto su relación, y mucho menos a su amiga.

CAPÍTULO 17

En una cafetería del centro, María Pinares estaba sentada en la mesa de un rincón hablando con una joven que había atendido a su anuncio de empleo. A través de internet se había enterado de que en la empresa de su exmarido buscaban a una secretaria de contabilidad; y ella había puesto otra publicación a su vez.

Esa mañana ya se había entrevistado con varias chicas, pero no creía que contrataran a ninguna de ellas. Tenían la cabeza llena de pájaros y lo único que querían era ganar dinero para sus juergas.

En ese momento, sentada frente a ella tenía una muchacha muy joven y bonita. La miraba con ojo crítico. La chica había abierto una carpeta y le estaba enseñando las credenciales de todos los estudios que había realizado: tenía un currículum impresionante. Decía llamarse Sofía Alegre. Llevaba su largo cabello castaño atado en una coleta de caballo, tenía unos bonitos ojos marrones que le daban un aire inocente, apenas iba maquillada. Con su juventud, sus credenciales y sus ganas de trabajar era muy posible que la contrataran y, si eso ocurría, María le haría creer que era porque ella había influido para que lo hicieran. Así pensaría que estaba en deuda con ella y accedería a mantenerla informada de lo que ocurría en las oficinas. Necesitaba saberlo todo, quería saber si alguien estaba sospechando de ella.

Como les había dicho a todas que fueran a la cita porque ella intercedería para que las contrataran, esperaba que alguna terminara trabajando para su ex. Ya sería mala suerte que nadie de las que había hablado se hiciera con el puesto.

Ya se había cansado de vivir en aquella cabaña, quería retomar su vida. Sus amistades habían empezado a llamarla extrañadas de su ausencia en la ciudad

y se le estaban acabando las excusas.

Le dijo a la muchacha que fuera a la entrevista de trabajo, que ella se encargaría de llamar para que la contrataran. Era mentira pero, si salía bien, tendría una aliada dentro de la empresa que la podría informar de quién sospechaban. La chica parecía bastante avispada. Seguro que si tenía los oídos bien abiertos se enteraría de todo lo que a ella le interesaba. Incluso, a través de ella podría encontrar a algún tarugo ambicioso que estuviera trabajando para su ex y retomar el negocio de las películas en cualquier otra tienda. Lo cierto era que necesitaba encontrar pronto otra fuente de ingresos si quería seguir llevando su ritmo de vida.

Por otro lado, estaba su problema con Julián. Tenía que hacer que todas las sospechas cayeran sobre aquel imbécil que con su actitud había echado todo a perder. Pero ese asunto no le gustaba. Sabía muy bien que, si lo cogían, él la delataría sin pensarlo dos veces. Tenía dos opciones: o hacer que él tuviera un fatal accidente, cosa que la asqueaba incluso a ella, o ayudarlo a que saliera del país, pero nunca iba a estar segura. Él siempre podría volver y complicarle la vida o chantajearla con lo que sabía. Cuando pensaba en ello se ponía furiosa, maldito idiota.

A primera hora de la tarde habían empezado a llegar las aspirantes al puesto de secretarias, Virginia las había entrevistado, tomando sus datos y les decía que en pocos días las llamaría.

Hacia las nueve de la noche bajó Sergio y se quedó sorprendido del cambio efectuado en el despacho. Virginia había hecho sacar los muebles de Julián y había pedido otra mesa, estantes y varios archivadores. Todo estaba colocado de manera que el despacho quedaba más espacioso. En ese momento, todo estaba en su lugar.

—¡Que cambio! —dijo desde la puerta.

—Sí, no me gustaba tal como estaba.

—¿Nos vamos? —Sergio la miraba desde la puerta con una ceja alzada al ver que ella seguía tecleando en el ordenador.

—Tengo mucho trabajo atrasado.

—¿No han venido las secretarias? —Él sabía que había recibido a varias

chicas. Su hermano Guillermo que era el que normalmente contrataba el personal le había agradecido que fuera ella quien las entrevistara. Después del chasco de Julián empezaba a dudar de su criterio.

—Sí —contestó ella sin levantar la vista de la pantalla.

—¿Has elegido ya a alguna? —Él se acercó a la mesa y se sentó en una de las sillas que habían puesto unas horas antes dejando su maletín en la otra.

—No.

—¿Por qué, no había ninguna...

—Sí, pero primero las he escuchado a todas —lo interrumpió ella—. Sé muy bien lo que se siente cuando estás esperando para una entrevista y de repente te dicen que ya puedes irte por que el puesto ya está cubierto. He querido escucharlas a todas para darles una oportunidad.

—Bien, pues mañana hablas con el departamento de personal que contraten a esa chica.

—De acuerdo.

—Ahora vámonos, ya has trabajado bastante por hoy —dijo acercándose a ella. Virginia dio un vistazo a toda la planta y vio que aún quedaba algún directivo trabajando.

—Baja tú, yo voy enseguida. —susurró nerviosa.

—Ah no, tú te vienes conmigo.

—No. Espérame abajo. —El tono categórico que ella había empleado sonó en la cabeza de Sergio como una alarma. Esa misma mañana la había notado distinta. ¿Qué estaba sucediendo? Bajó hasta el aparcamiento del edificio y la esperó.

Al cabo de unos minutos apareció ella. Él no se contuvo más, la atrajo hacia su cuerpo, la abrazó y la besó hasta dejarla sin aliento.

—Vámonos de aquí —susurró soltándose del abrazo.

El trayecto en coche fue muy silencioso, Virginia estaba agotada, Sergio la sentía extraña.

—¿Qué te pasa? —le preguntó cuándo salieron del coche.

—Todo está sucediendo demasiado rápido..., además, no quiero que nadie piense que me has dado el puesto porque me acuesto contigo.

Sergio sonrió, ella se sentía abrumada por todos los cambios que estaba sufriendo su vida personal y laboral en poco tiempo.

—Nadie pensará eso. En los últimos días me he dado cuenta de que Julián no se ha ganado el respeto de nadie. Hoy me he reunido con todos los jefes de los departamentos y les he dicho que a partir de ahora tú ocuparás su lugar.

—¿Cómo han reaccionado? —preguntó ansiosa.

—Bien, les parece muy bien que tú ocupes su puesto. Muchos de ellos se habían fijado en tu manera de trabajar.

—¿No les ha molestado que sea una mujer?

—En absoluto. No somos ningún puñado de machistas.

—Todo es tan intimidante.

—Tranquila, muy pronto te acostumbraras. —La cogió por la cintura y la apoyó contra su pecho mientras entraban en el piso.

—¿Quieres que nos demos un baño? —Trató de tentarla seductoramente.

—Sí, hoy me siento muy tensa.

La cogió de la mano y la condujo directo al dormitorio. Era una estancia muy masculina. En ese momento pensó que en esa casa no había vivido con su esposa.

—Ponte cómoda, voy a preparar la bañera.

Cuando Sergio volvió a aparecer llevaba un albornoz puesto, ella se había dejado caer de espaldas en la cama y tenía los ojos cerrados.

—¿Quieres que te ayude a desnudarte? —Virginia notó el regocijo en su voz.

Abrió los ojos y lo vio apoyado en el marco de la puerta del baño, esperándola. ¡Qué apuesto que era!, pensó. Su mirada hizo que un estremecimiento la recorriera. El deseo que sus pupilas no ocultaban la hizo sentir cosquillas en el estómago. Se levantó lentamente, se quitó los zapatos de un puntapié y empezó a desnudarse sin apartar los ojos de los de él. Despacio se desabrochó los botones de la camisa, se la sacó, la falda siguió el mismo camino, cuando estuvo en ropa interior, Sergio avanzó hasta ella, los ojos oscurecidos de pasión, la cogió por las nalgas y la apretó contra su cuerpo encendido, al tiempo que capturaba sus labios y la besaba con ardor. Ella se separó un poco de él para poder abrir el albornoz, él no llevaba nada debajo. Lo acarició. Entonces él, que aún tenía sus manos en el trasero de ella, la levantó. Ella automáticamente se abrazó a él con las piernas, las manos en la nuca del hombre enredando los dedos en su pelo, mientras lo

atraía hacia su boca. Sergio la llevó hasta el cuarto de baño y se puso en la bañera con ella aún abrazada a su cuerpo con las piernas. El tiempo se detuvo, la pasión de ambos fue en aumento hasta mucho rato después.

En la otra punta de la ciudad, Julián estaba medio borracho. Se había bebido media botella de whisky. Estaba furioso con María, había intentado ponerse en contacto con ella, pero al parecer ella había cambiado de número de teléfono, porque cada vez que la llamaba le salía una voz metálica que le decía que aquel número no existía. La maldita zorra quería desentenderse de él, lo intuía.

La neblina del alcohol corriendo por sus venas no lo dejaba pensar con claridad. En un arrebato cogió la chaqueta y se la puso. Sabía los lugares que frecuentaba aquella maldita mujer, la encontraría y... ¿Qué? ¿Qué podía hacer? Delatarla equivaldría a reconocer que era su cómplice. Rugiendo de ira se sacó la chaqueta y la tiró al suelo. Tenía que pensar, se dejó caer en la cama y a los pocos minutos estaba roncando.

Aquella misma tarde Guillermo había decidido que tenía que sincerarse con Sabrina. Le diría que necesitaba conocerla. Ella era suficientemente inteligente para leer entre líneas lo que él quería: que entre ellos hubiera más que una simple amistad.

Había salido de la oficina y había ido a la cafetería del parque donde solían encontrarse y ella no estaba, fue a un local de copas donde habían estado hacía unos días, tampoco. ¿Dónde estaría?

Sabrina nunca en su vida se había sentido tan insegura, tal vez se debiera a que nunca había sentido por nadie lo que en ese momento sentía por Guillermo. Se le hacía difícil estar junto a él escondiendo lo que su corazón sentía. Imaginaba que lo llevaba escrito en los ojos. ¿Qué diría él si le confesaba lo que sentía? ¿Se reiría de ella? La apartaría de su lado y volverían a ser dos extraños. Era muy posible. Él había sido muy claro: no confiaba en las mujeres y punto, y ella se moría por tener esa lealtad y mucho

más.

Suspiraba por un hombre que había recurrido a ella por asuntos del trabajo. En ningún momento se había propuesto enamorarse como una tonta de él. Ahora que todo había terminado seguro que ya estaba en brazos de alguna otra mujer. Cuando pensaba en Guillermo besando a otra su estómago se contraía. Se pasó la tarde sin poder sacárselo de la cabeza, al terminar la jornada se fue a su casa, no tenía ganas de ver a nadie. La relación amistosa que había entre ellos no le bastaba y no se encontraba de humor para fingir que todo iba bien.

CAPÍTULO 18

La noche no había sido lo reparadora que debía, Guillermo se levantó de mal humor. Hacía horas que había despertado y su mente no se libraba de la visión del cuerpo perfecto de Sabrina, de su ácido sentido del humor, de sus expresivos ojos negros. El día anterior no había podido localizarla por ningún sitio y se había ido a casa frustrado.

Después de darse una ducha y tomar un café fuerte, pareció que se le aclaraban las ideas. Sabía que tendría que ser él el que diera el primer paso hacia un acercamiento, pero estaba inseguro de cómo hacerlo, las mujeres siempre se lo habían puesto muy fácil.

Se fue a la oficina antes de lo habitual, antes de que llegaran las trabajadoras y la esperó en el vestíbulo del edificio. La vio acercarse por la acera a través de las grandes cristalerías. Parecía pálida y ojerosa, se preocupó y sin darse cuenta frunció el ceño.

Sabrina no lo vio. Se dirigía al ascensor cuando una enorme mano la agarró del brazo y tiró de ella para apartarla de las demás mujeres que esperaban para subir. Ella se giró hacia él dispuesta a reprender a quien la había asustado de aquella manera. Al verlo, las palabras que iba a soltar murieron en sus labios. Se miraron el uno al otro sin decir palabra durante unos segundos.

Guillermo iba todo vestido de negro, incluso la corbata, y en sus ojos se podía ver claramente que algo lo tenía alterado.

—¿Qué ha pasado? ¿Ha muerto alguien? —susurró ella con voz temblorosa.

—No, ¿por qué lo preguntas?

—Por tu expresión... por... —Sabrina lo miró de arriba abajo. Él se dio

cuenta de que ella se estaba preocupando por él. Ninguna mujer lo había mirado nunca con aquella ansiedad. Todas daban por sentado que él, con su cuenta corriente, su empresa y todo lo que poseía, no tenía problemas de ninguna clase, no recordaba ninguna que se hubiera preocupado por él nada más que para seducirlo y pasarlo bien. Mientras miraba a Sabrina con su ceño fruncido, se dio cuenta de que ninguna de las mujeres de su pasado le había importado como aquella que tenía delante. Su corazón dio un brinco de alegría al reconocer que tal vez ella sintiera lo mismo que él y con la comprensión vino la felicidad. Tenía unas ganas de reír que le estiraban la comisura de los labios, pero quería que ella riera con él.

—¿No te parece elegante? —exclamó con una mirada pícara que ella no apreció.

—Sí, pero...

—Me he puesto mis mejores galas para pedirte que comiéramos juntos. — Los ojos negros de Sabrina se clavaron en los suyos y vio que él se esforzaba por no reír.

Lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Te estás riendo de mí?

—Quisiera que fuera contigo, que es muy distinto. —Su tono de voz ronco y seductor la hicieron sonreír.

—Eres un bribón.

—Me encanta serlo contigo. —Su sonrisa le iluminaba la cara entera—. A las dos bajaré y comeremos juntos.

—No te olvides de que yo tengo un horario —dijo ella para picarlo.

—Conozco a tu jefe, no te va a despedir si llegas un poco tarde —le susurró al oído, dejando que su aliento rozara la piel sensible bajo la oreja. Sabrina soltó un suspiro trémulo que él pudo apreciar—. Y ahora vete antes de que tu jefe se enfade.

La euforia inundó a Sofía cuando recibió la llamada de Virginia Santos, la que iba a ser su jefa a partir del día siguiente. Hacía un año que había terminado su carrera de contabilidad y lo llevaba trabajando sirviendo copas en un local nocturno. Durante todo este tiempo Sofía Alegre no había parado

de mandar currículums a empresas grandes y pequeñas, lo suyo eran los números, y al fin lo había logrado. Claro que se lo debía agradecer a aquella mujer que la había citado en aquella cafetería y le había dicho que intercedería por ella ante sus conocidos de aquella empresa.

Cogió el teléfono y la llamó para agradecerle su ayuda.

—¿Sí? —contestó al aparato María Pinares.

—Hola, soy Sofía Alegre. La llamó para darle las gracias por su ayuda. Hoy me han llamado y mañana empiezo a trabajar, ha sido usted muy amable.

—Ya te dije que todo iba a ir bien. La empresa es de un amigo mío, y siempre que podemos nos ayudamos. Espero que el lugar de trabajo te guste, que estés a gusto.

—Creo que sí, la mujer que me entrevistó era muy simpática, y según me dijo iba a trabajar para ella.

—Me parece perfecto, me alegro, dentro de unos días te llamaré a ver cómo te van las cosas.

—No sé cómo agradecerle lo que ha hecho por mí.

—Siempre es un placer ayudar a la juventud.

Se despidieron con la promesa de mantenerse en contacto.

María se frotó las manos, ya tenía a alguien dentro de la empresa de Sergio, que la podía informar. Pero algo no le cuadraba. Todos los directivos eran hombres y Sofía le había dicho que trabajaría para una mujer, ¡qué raro!

Guillermo dejó lo que estaba haciendo y se levantó de su sillón cuando Virginia entró en su despacho después de ser anunciada por la secretaria. Él la miró apreciando a la mujer que tenía a su hermano embobado, era preciosa, pero en aquel momento se la veía algo nerviosa.

—Vengo para que prepare los documentos de esta chica, a partir de mañana empezara a trabajar con nosotros. —Le tendió los papeles de Sofía.

Él los cogió de la mano extendida de ella.

—¿Quieres sentarte? —Le sonrió y ella pudo apreciar el parecido físico de los dos hermanos.

—No hace falta, solo...

—Por favor —le dijo Guillermo señalando una de las sillas que había al otro lado de su mesa—. Virginia, ¿verdad?

—Sí.

Mientras lo decía él dio la vuelta a la mesa y se sentó a su lado. Ella cruzó las piernas y apoyó las manos entrelazadas en su regazo.

—Tenía muchas ganas de conocerte, ¿sabes? —Ella lo miró con sorpresa en sus profundos ojos verdes—. Tienes que ser una mujer excepcional. Has logrado que mi hermano se ilusione otra vez. —Ella no sabía qué decirle—. Desde el chasco que se llevó con su ex que no lo había visto tan contento y animado. Ahora vuelve a ser como antes, lo oigo reír, bromear, y su mirada ha vuelto a recuperar el brillo de antaño. —Ella se estaba poniendo roja, él largó la mano y cubrió las suyas sonriendo—. Estoy impaciente para que nos conozcamos mejor. Estoy seguro de que nos llevaremos muy bien tú y yo.

—Eso espero —susurró ella sofocada.

—Así será. —Guillermo le palmeaba las manos suavemente—. Ahora tengo una cita para comer —dijo pensando en Sabrina—. Espero que un día de estos podamos comer los tres juntos.

Se levantó y ella con él. Iba a irse cuando a sus espaldas él dijo.

—Virginia, no vuelvas a tratarme de usted, tutéame, yo ya te considero de la familia.

La calidez en aquella voz tan parecida a la de Sergio hizo que ella sonriera. Se giró.

—Eso está hecho.

Él le guiñó un ojo con picardía.

Unos minutos más tarde Guillermo bajó al piso inferior y al pasar al lado de Sabrina carraspeó. Ella levantó la cabeza y al verlo contuvo el aliento. Ese día estaba muy guapo. Sin darse cuenta, unos papeles se le cayeron de las manos, él sonrió. Sabrina recogió los documentos, los dejó preparados para terminar el trabajo por la tarde, cogió el bolso y salió de la sala hacia los ascensores.

—Estás logrando que me vuelva torpe —le recriminó al encontrarlo esperándola ante la puerta del ascensor.

—Tal vez me guste. —Su sonrisa pícaro logró que ella sonriera.

—Eres imposible.

—Y me encanta. —Él ahogó una risotada cuando se unieron a ellos otras chicas que también salían a comer.

Guillermo la llevó hacia su coche y fueron a un lujoso restaurante del centro. Era un local antiguo, encantador, que disponía de un servicio excelente. A Guillermo ya lo conocían y sabían que siempre iba con prisa para volver al trabajo. Los atendieron enseguida.

—Por favor, tráiganos unos entrantes de ibéricos y filete con crujiente de verduras. Lo regaremos con un tinto... —Se interrumpió al ver la ceja negra de ella que se alzaba—. ¿No te parece bien?

—No suelo comer tanto al mediodía.

Él le hizo una señal al camarero que les estaba tomando nota para que les sirvieran lo que había pedido.

Mientras comían hablaron de naderías, de los chismorreos que corrían por la empresa sobre Julián, de lo contentas que estaban todas las compañeras de que Virginia hubiese ocupado su lugar.

Al llegar a los postres, Sabrina se sentía como si la hubiesen cebado. Era incapaz de comer nada más, él pidió tarta al whisky.

Más tarde mientras esperaban a que les sirvieran los cafés, Guillermo se inclinó sobre la mesa y le cogió una mano. Ella trató de liberarse, pero él no se lo permitió.

—Anoche estuve buscándote, no estabas en ninguno de los locales donde sueles ir.

Ella no iba a decirle que se había ido a su casa para sacárselo de la cabeza.

—Tenía cosas que hacer —dijo apartando la mirada de aquellos ojos de color miel fundida.

—Te eche de menos.

Sus pupilas volaron hacia aquellos ojos que la miraban como si quisiera leerle el alma.

Se quedaron en silencio. Sabrina vio como la mirada de él se oscurecía, le pareció ver un brillo cálido y un estremecimiento la recorrió de arriba abajo. Él le estaba acariciando la mano que tenía presa entre las suyas. Deseaba decirle que ella también, pero tenía miedo de que sus sentimientos no fueran

correspondidos. Se quedó callada.

Guillermo veía en sus ojos toda la gama de sentimientos que la estaba recorriendo. Su corazón dio un brinco cuando vio que ella sentía lo mismo que él.

—¿Vamos a comportarnos como adolescentes? —susurró con dulzura—. O, por el contrario, ¿haremos frente a lo que nuestros corazones sienten?

—Todo ha ido muy rápido, además yo no puedo competir con las mujeres a las que tú estás acostumbrado, por favor, estoy trabajando para ti. —Lo miró sofocada.

A él se le estiraron los labios con una sonrisa.

—En cuanto a lo primero, no me acuerdo de ninguna de ellas, y en cuanto a lo segundo... si representa un problema para ti, tiene fácil remedio, esta misma tarde te despido.

Ahogó una carcajada al ver la cara de Sabrina con la boca abierta de asombro.

—No serás capaz.

—Para mí no hay problema en que trabajes en la empresa, pero... —Se dio cuenta de que él estaba bromeando y soltando las manos le dio un golpe cariñoso en el brazo—. Por tu reacción veo que no quieres que te despida. —Soltó una carcajada.

—Claro que no, bobo.

—Bien, así podré verte cuando quiera... y no sigas dejando caer lo que tengas en las manos cada vez que esté cerca. —Los ojos risueños de él le lanzaban destellos dorados.

Guillermo se cambió de silla. Se trasladó a la que ella tenía al lado y se inclinó sobre ella para darle un beso. Le pasó un brazo sobre los estrechos hombros y la abrazó contra su pecho, no quiso ahondar mucho en aquella dulce boca. Sabía perfectamente que su cuerpo se encendería tan solo con un pequeño roce, como así ocurrió.

Sabrina lucía una radiante sonrisa cuando aquella tarde se puso a trabajar. Habían aclarado las cosas entre ella y Guillermo, y se sentía feliz. Sus sentimientos eran correspondidos. Una hora más tarde una de sus compañeras le preguntó a qué se debía su sonrisa y ella no supo qué decirle.

Julián salió del cochambroso apartamento y se fue al centro comercial que había a pocas manzanas. Necesitaba un cambio de imagen si quería moverse por sus lugares habituales sin que lo reconociera nadie. Era muy consciente de que lo debían de estar buscando. A esas alturas seguro que la policía habría peinado la ciudad con una foto suya.

Compró tinte para el pelo. Se dejaría la barba, pensó. Luego fue a la tienda de ropa y salió de allí con varios vaqueros, camisetas y una chupa de cuero. Al volver a su apartamento se puso manos a la obra y en pocas horas su aspecto no era el mismo. Sonrió ante el espejo al mirarse, ni siquiera su madre lo habría reconocido en esos momentos.

Esa noche encontraría a María. Su mente solo podía pensar en la manera de dejarle bien claro que no se iba a librar de él tan fácilmente. Si él caía, ella caería con él.

Al anochecer se calzó unos vaqueros, una camiseta negra y su nueva chupa, se había pintado el pelo de un negro azabache y se lo había peinado de punta con un poco de fijador. Se imaginó la cara que pondría María cuando lo viera y sus labios se torcieron en una sonrisa desagradable.

El camarero había terminado de servirle un whisky doble cuando, a través de los espejos que decoraban las paredes del local de copas, pudo ver entrar a María acompañada de una de sus amigas. Se giró en el taburete donde estaba sentado y se la quedó mirando, ellas se dirigieron a una mesa en el fondo del local, se sentaron y llamaron al camarero para que les sirviera.

CAPÍTULO 19

Julián se pasó toda la noche vigilando a aquella bruja de cabellos dorados que lo podía poner en un serio aprieto. Poco a poco habían ido llegando sus amigos y ella se pavoneaba ante ellos como si fuera la mismísima reina del mundo, por sus miradas seductoras a algunos de sus acompañantes supo que se había liado con varios de ellos. Era una verdadera zorra, pensaba.

Cuando se levantaron para irse, se dio cuenta de que ella se iba con uno de sus amigos. Maldijo interiormente, quería cogerla sola para decirle que no se libraría de él, pero no podría ser esa noche. La siguió con la mirada y a través de las cristaleras la vio subir a un coche de alta gama. Su acompañante le había abierto la puerta y ella le lanzó una mirada llena de promesas. Julián sintió deseos de abofetear aquel rostro que era capaz de engañar al más experimentado de los hombres. Se tomó lo que le quedaba de la cuarta copa de whisky de un solo trago y salió del local.

María Pinares sabía que Julián estaba allí. Había recibido una llamada de un detective privado que había contratado al volver a la ciudad. Quería saber dónde estaba él, quería tenerlo controlado para que no la metiera en ningún lío. Sabía que si no se andaba con cuidado ese hombre le arruinaría la vida. Por lo visto no era tan estúpido como ella pensaba, si no hubiese sido por la llamada, ella no se habría fijado en aquel hombre que estaba sentado en la barra y que no le quitaba los ojos de encima. Había que decir en su honor que había hecho un buen trabajo, con ese cambio de look, nadie lo reconocería. Y por esa misma razón pensó que era más peligroso de lo que ella se pensaba en un principio. En ese momento supo que tenía que hacer algo drástico con él,

no se podía exponer a que la delatara.

Durante toda la noche estuvo pensando en la mejor manera de deshacerse de él. Tenía algún amigo con contactos en los bajos fondos. Llamaría a alguno de ellos para sacarse de encima a ese hombre.

Sus amigos le hicieron notar que estaba muy rara y ella trató de disimular, pero no podía dejar de pensar en el problema que tenía entre manos.

Cuando se levantaron para irse supo que Julián la seguiría a su casa o la acorralaría en la calle con sus absurdas demandas de que tenían que hacer algo para recuperar su negocio. ¿Es que no se daba cuenta ese hombre de que tenían que permanecer sin hacer nada que pudiera delatarlos? Su avaricia sería su ruina.

Que ella estuviera pensando obtener información a través de Sofía Alegre para seguir con el negocio, no quería decir que contaría con él. Ya había demostrado que era un cobarde que a la primera de cambio salía corriendo. No volvería a confiar en él.

María se giró hacia su amigo que tenía sentado a la derecha y le lanzó una mirada llena de sensualidad, de promesas sexuales. Este cazó al vuelo aquella insinuación y salió del local con ella colgada de su brazo.

Eran las siete de la tarde y a Sabrina aún le quedaban cosas por hacer. Estaba pasando unas anotaciones al ordenador cuando a su espalda alguien se aclaró la garganta, dio un respingo y se giró con cara de pocos amigos hacia el dueño de aquella tos. Guillermo le guiñó un ojo y le sonrió. Ella no pudo evitar sonreírle a su vez. Miró alrededor y se dio cuenta de que quedaban muy pocas de sus compañeras.

—Si no dejas de darme estos sustos, te voy a tirar algo por la cabeza. —Él ahogó una risotada—. ¿No ves que se van a dar cuenta?

—Pregúntame si me importa. —El brillo de sus ojos era la respuesta más que evidente.

—Eres imposible. Tengo que terminar de pasar estos documentos, si quieres nos vemos luego en... —Él negaba con la cabeza—. ¿Qué?

—En cinco minutos te espero en el vestíbulo, si no estás allí subiré a buscarte.

Lo interrumpió Miguel, el jefe de ventas, el superior inmediato de Sabrina, que llegaba con unos papeles en las manos.

—¿Querías algo Guillermo? —Sabrina lo miró ocultando una sonrisa mientras esperaba la respuesta.

—Le estaba diciendo a esta señorita que trabaja demasiado —dijo mirando a Miguel con una ceja alzada—. No estarás explotando a las trabajadoras, ¿verdad?

Ella vio la pícara mirada, pero su jefe no.

—Nunca se me ocurriría.

Guillermo vio el apuro que le había causado a su colaborador y le sonrió para que viera que estaba bromeando, lo acompañó dentro de su despacho acristalado y se sentó frente a su mesa. Sabrina los veía hablar desde su mesa, aprovechó para terminar lo que estaba haciendo, guardar las carpetas en las que estaba trabajando y se marchó.

No habían pasado ni tres minutos que Guillermo salió del ascensor. Ella lo miró sorprendida.

—Lo has dejado con la palabra en la boca, como si lo viera —amonestó sin darse cuenta de que detrás de Guillermo salía Miguel que iba hablando a sus espaldas. Este último ató cabos enseguida. Últimamente estaba recibiendo a su jefe en su despacho con más frecuencia que antes. Los miró a los dos y se despidió de ellos, sabiendo que allí estorbaba.

Ella se había puesto roja como un tomate y a Guillermo le hizo gracia, se rio con ganas.

—¿No eras tú la que no quería que se enterara nadie? Miguel no es tonto, cariño. ¿Te has dado cuenta en lo rápido que se ha ido? —Se estaba burlando de ella y eso la picó. Lo miró con los ojos entrecerrados.

—Lo has hecho a propósito —lo acusó.

—¿Yo? —Él se puso las manos en el pecho con cara de fingida inocencia—. Yo solo he bajado con él porque...

A Sabrina se le escapaba la risa.

—Eres un truhan. Estás dispuesto a que lo sepa todo el mundo y no pararás hasta conseguirlo.

—Me declaro culpable. No veo porque tenemos que escondernos de nadie —decía mientras le pasaba un brazo alrededor de la cintura y la guiaba fuera

del edificio.

—¿Dónde vamos? —quiso saber ella.

—Deja que te sorprenda —replicó el con una ancha sonrisa mientras le abría la puerta del coche.

Guillermo se incorporó al tráfico que a aquella hora era denso. Se dirigió a las afueras de la ciudad y tomó una carretera zigzagueante que los llevó a un parador justo al lado de un río de aguas cristalinas, el césped bien cuidado, los parterres de flores de colores distribuidos entre el edificio rustico y el río, y la gran variedad de árboles centenarios la cautivó, el paisaje era esplendido y el sonido del agua chocando con las rocas era muy relajante. Sabrina rodaba sobre sí misma para abarcar toda la preciosidad que la rodeaba.

—Esto es fantástico —susurró, oyendo el trinar de los pájaros que se dirigían a sus nidos a pasar la noche—. ¡Que belleza!

Él la miraba con una sonrisa en la boca. Ella tenía el poder de sorprenderlo a cada segundo que pasaba a su lado. La reacción de ella ante lo que les rodeaba era tan genuina que en ese momento se olvidó de todas las mujeres superficiales que habían pasado por su vida. Supo que quería pasar el resto de su existencia al lado de aquella persona adorable que era capaz de disfrutar de los placeres más insignificantes. La envolvió en sus brazos y le dio un suave beso en la frente.

—¿Te gusta? —Su voz fue un susurro contra la piel tersa de la mejilla de Sabrina, que besó con ternura.

—Me encanta.

—¿Por qué estamos susurrando? —le preguntó perdiéndose en esos brillantes ojos negros.

La pícara mirada de ella hizo que esperara una de sus divertidas respuestas.

—Escucha.

Guillermo la miró sin comprender.

—¿Que escuche el qué?

—El silencio.

Desde que se había dado cuenta de lo embelesada que estaba ella por su entorno que quería besarla. En ese momento ya no se contuvo. La abrazó contra su cuerpo y la besó con reverencia, con amor.

Sergio estaba de mal humor. Se había pasado la tarde reunido con su abogado y el director de la agencia de detectives privados que había contratado para encontrar a Julián. No tenían ningún resultado y esto lo ponía furioso. Le decían que ese hombre no había salido del país, pero al mismo tiempo era posible que sí lo hubiera hecho con una identidad falsa. Parecía que se estuvieran buscando la cola. Desde que había abandonado la empresa, nadie lo había visto por ninguna parte. En su casa encontraron varias cintas muy incriminatorias, y por el desorden supieron que había salido de allí apresuradamente. No había documentos personales, por lo que la policía había dado aviso a los guardias fronterizos, pero sin resultados.

La mesa estaba repleta de montones de papeles. Virginia los iba catalogando por orden de antigüedad, para pasarlos al ordenador por orden de fecha. De repente se dio cuenta de que no estaba sola. Levantó la vista y vio a Sergio apoyado contra el marco de la puerta. Se lo veía cansado y no podía disimular el enojo que lo embargaba.

—¿Ocurre algo? ¿Te encuentras bien? —Se preocupó ella al verlo.

Él meneó la cabeza, sin decirle lo que pasaba.

—Vámonos, necesito tomar un poco de aire.

Ella se le acercó al instante al oír aquella extraña petición. Le puso una mano en la frente. A él le hizo gracia aquel gesto que recordaba tan bien de su madre.

—Tranquila, estoy bien —dijo con una débil sonrisa—. Es solo que estoy de mal humor y me iría bien un paseo.

Virginia no se lo hizo repetir; recogió todo lo que tenía revuelto encima de la mesa, cogió la chaqueta y su bolso. Al salir de su despacho se dio cuenta de que no quedaba ninguna de sus compañeras y se cogió al brazo de Sergio.

—Si quieres hablarme de ello...

—Mejor será que no. —Él sabía que ella se alteraría si le contaba que la investigación se hallaba en un punto muerto—. Tu sola presencia me hace sentir mejor. —le susurró al oído mientras se soltaba el brazo y la acercaba a él con su mano en la estrecha cintura y besándola en los cabellos. Sus fosas nasales fueron invadidas por su aroma a jazmín, y un suspiro de satisfacción se le escapó. Su perfume combinado con su dulce aroma de mujer era como un afrodisíaco para él.

CAPÍTULO 20

A la mañana siguiente Guillermo estaba como flotando en una nube. No se sacaba de la cabeza la noche anterior. Había sido la más maravillosa de su vida. Sabrina era una mujer divertida, locuaz, coqueta, sensual, apasionada... ¿Qué más podía pedir? El recuerdo de las últimas horas hizo que su cuerpo reaccionara y acogió con placer el calentamiento de su sangre.

Después de dar un paseo por los alrededores del parador, durante el cual Sabrina se había mostrado entusiasmada por todo lo que la rodeaba, desde la flor más pequeña, hasta el río y sus aguas cristalinas, verla con aquel encanto juvenil que la había llevado a retarlo a una carrera por el campo abierto, empujarla mientras se balanceaba en un columpio que había en la rama de un enorme árbol, le hizo darse cuenta de su sencillez, de lo bien que se lo podía pasar con las cosas más mínimas. La sonrisa de ella lo tenía hechizado y constantemente la hacía sonreír.

Juntos contemplaron el anochecer, él sentado contra un grueso tronco y ella entre sus piernas, rodeada por sus fuertes brazos. El sol se ocultó detrás de las montañas que los rodeaban y el cielo se tiñó de púrpura antes de oscurecer y cubrirlos con un manto de estrellas brillantes. La escuchó suspirar y sintió el movimiento de sus senos contra su brazo.

—¿No ha sido el espectáculo más bello del mundo? —le susurró ella girando la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Todo es magnífico cuando estoy a tu lado. —La mirada junto a la voz profunda de Guillermo hicieron que ella fuera recorrida por un agradable estremecimiento. Él sonrió al notarlo y bajó la cabeza para capturar sus

labios y darle un beso profundo y arrebatador. Cuando sus labios se separaron él sintió con satisfacción como ella temblaba y, al abrir sus brillantes ojos negros, la pasión descarnada que vio en ellos le hizo tener una erección inmediata. La acunó entre sus brazos mientras trataba de controlar su desbocado cuerpo con inspiraciones de aire frío de la noche. Pasaron así unos minutos y luego se levantó con ella.

—Amor mío, la cena nos espera... —Ella dejó caer las pestañas como si estuviera desilusionada—. ¿No tienes hambre?

Sabrina sabía que él estaba muy excitado, lo veía en sus ojos además de haberlo notado contra su cuerpo.

—¡Oh sí! —Sus ojos mostraban una divertida malicia—. Lo malo es que suelo dormirme inmediatamente después de cenar. Es algo que no puedo controlar.

Él supo que le estaba tomando el pelo al instante, a ella se le curvaban los labios en una de aquellas sonrisas encantadoras.

—Eso tiene fácil remedio... —le susurró él junto al oído, dejándole sentir su aliento cálido.

—No me conoces, cuando duermo podría pasar una manada de caballos salvajes por mi lado y no me enteraría.

Él rio con ganas al oírla.

—Mañana por la mañana ya me contarás si te ha despertado algún potro salvaje. —Sus ojos llenos de promesas y la sonrisa diabólica que le curvaba los labios hicieron sonreír a Sabrina mientras él con una mano sobre sus hombros la conducía hacia el comedor del parador.

El metre les recomendó unos entrantes variados con huevos de codorniz y patés, y como plato principal cordero asado con verduras tiernas. Todo ello lo regaron con un vino tinto exquisito. Para el postre compartieron una bandeja de frutas confitadas con bolitas de melón y sandía.

Mientras cenaban, Sabrina se dedicó a hablarle de las fechorías que hacía de niña, lo que a Guillermo le hacía mucha gracia y no paraba de sonreír, comentándole que él también había sido un pequeño muy revoltoso.

Sus continuos comentarios los hacían reír a los dos, y los demás comensales no paraban de mirarlos, viendo a una pareja enamorada que se lo pasaba de maravilla.

Cuando se levantaron de la mesa y salieron del comedor, cogidos de la mano, el camarero que les había servido la cena les deseó las buenas noches con una brillante sonrisa, con cierta envidia por la suerte de aquel hombre a quien esa mujer miraba con los ojos llenos de amor.

Al entrar en la habitación, Sabrina miró alrededor embobada. Nunca había estado en un hotel tan lujoso: a su derecha había dos sofás de terciopelo burdeos, en el centro una mesita baja con una botella de champan puesta a enfriar y al lado una bandeja con bombones, todo ello encima de una alfombra color chocolate. Al otro lado de la estancia había una cama enorme con las sábanas abiertas y una rosa roja encima de una almohada. Encima de las mesitas había más bandejas con bombones. Los diferentes tonos de marrón de cortinas, de las paredes y del cobertor de la cama le daban a la habitación un aire cálido. La suave iluminación invitaba al amor.

—¿Te gusta? —preguntó Guillermo perplejo por su silencio. Ella sintió su aliento contra sus cabellos, se giró y de pronto se sintió cohibida bajo la atenta mirada. Asintió con la cabeza. —¿Ocurre algo? —Él se dio cuenta del repentino ataque de timidez y decidió bromear para clarear el ambiente—. Yo de ti me dormiría pronto... detrás de la puerta están los caballos salvajes y no creo que aguanten mucho encerrados en el baño. —Ella rio ante el recordatorio de lo que le había dicho unas horas antes.

Guillermo la envolvió entre sus brazos y la besó con suavidad por todo el rostro, mientras le quitaba la chaqueta y la tiraba sobre el sofá. Sabrina hizo lo mismo por él, pero no se detuvo en la chaqueta. Los besos de ese hombre la enloquecían y sus manos sobre su cuerpo la excitaban de una forma que no recordaba haber estado nunca.

Guillermo se sentía en el séptimo cielo con aquella mujer. Su dulce boca lo tenía cautivo, y su tentador cuerpo, hechizado, sus manos se movían con voluntad propia por aquellas increíbles curvas, sus nalgas prietas, sus redondeadas caderas y sus apetecibles pechos.

Ella le había quitado la camisa y sus dedos vagabundos le recorrían el pecho velludo con las manos abiertas, rozándolo excitantemente con la yema de sus finos dedos. Le capturó una de las manos y la apretó contra su corazón.

—¿Lo sientes?

Sabrina podía sentir bajo la palma de su mano el latir acelerado de su corazón.

—No va a cogerte algo, ¿verdad? —susurró tratando de ocultar una sonrisa.

—Brujilla, me tienes hechizado... y me temo que «sí» va a cogermme algo si no ponemos remedio al mal que me aqueja. —Él con las manos en sus nalgas la apretó para que sintiera su virilidad inflamada.

—No deberías llevar los pantalones tan apretados, dicen que es malo para... —No pudo seguir, una risita se le escapó.

Él estaba encantado con ella. Nunca se había reído mientras hacía el amor a una mujer, sus anteriores relaciones habían sido encuentros apasionados, pero sin pizca de humor. Con una sonrisa en los labios se separó de ella y se desnudó lentamente, viendo como los ojos de Sabrina seguían todos sus movimientos. Al quedar desnudo vio que ella se humedecía los labios y se mordía el inferior. Cerró los ojos unos segundos, si no se controlaba un poco todo terminaría muy pronto y deseaba que ese encuentro no fuera apresurado. Deseaba tener una noche eterna con aquella mujer, que sin saber cómo le había robado el alma.

Ella miraba el perfecto y escultural cuerpo de ese hombre sintiendo que todas sus terminaciones nerviosas se estremecían. Sentía la boca seca mientras sus ojos vagaban por el fornido cuerpo de Guillermo. Casi dio un respingo cuando sus ojos se encontraron y vio el deseo desnudo y apremiante en sus pupilas color miel. De pronto se sintió demasiado vestida. Sentía que su piel le hormigueaba y empezó a desabrochar los botones de su blusa y con un movimiento coqueto dejó que cayera al suelo.

La visión del cuerpo de Sabrina medio desnudo, aquellos sujetadores tan sexys que llevaba, hicieron que Guillermo salvara la distancia que los separaba. Le puso una mano en la nuca y la otra en la estrecha cintura al inclinarse y besarla con un ardor abrasador. Ella sentía el vibrante cuerpo masculino pegado al suyo y sin darse cuenta sus brazos por voluntad propia se abrazaron a la nuca del hombre acercándose, si cabía, más a él.

El tiempo se detuvo mientras las sensaciones los inundaban de placer, Guillermo poco a poco la fue despojando de las ropas que aún llevaba puestas. Ella soltó un suspiro entrecortado cuando él le acarició su trasero

desnudo apretándola contra su cuerpo excitado. Los besos se volvieron tórridos, voraces y abrasadores. Sin previo aviso la cogió en brazos sin separar la boca de sus labios y la llevó a la cama. Su piel febril se estremeció al contacto con las sabanas frescas y él la cubrió con su cuerpo. Siguió besándola mientras una de sus musculadas piernas se introducía entre los sedosos muslos, ella en un arrebató apasionado enroscó sus piernas al muslo y frotó sus rizos íntimos contra la piel acalorada. Al notar la húmeda y caliente fricción, esto lo llevó al límite de su resistencia.

—Mi amor... —susurró al colocarse entre los muslos de seda.

Ella lo miró con los ojos brillantes de pasión mientras él se introducía en ella lentamente. Los dos soltaron un suspiro de placer cuando sus cuerpos estuvieron al fin unidos. Sabrina arqueó su cuerpo como si ese grado de cercanía no le bastara, se sentía poseída de una pasión desconocida hasta entonces. Sus encuentros amorosos anteriores languidecieron en su memoria ante el increíble placer que estaba sintiendo.

Sin dejar de mirarla, Guillermo empezó a moverse en su interior con lentitud, disfrutando del modo en que ella apretaba sus músculos vaginales para retenerlo en su interior. Nunca había estado con una mujer como la que tenía entre sus brazos, todas lo instaban a que se apresurara. Esta lo ralentizaba para gozar al máximo de su unión. Él siguió su ritmo notando que el placer que sentía era mucho más intenso. Las manos de ella no dejaban de acariciarlo, tan pronto las sentía en los hombros, como en las nalgas, en el pecho. Aquellos dedos mágicos hacían que sintiera fuego bajo la piel al tiempo que su miembro se deslizaba con pasmosa armonía con los movimientos sensuales de aquel cuerpo sedoso y exigente, hasta que ella se colgó de su cuello tenso e introdujo la lengua en su boca igual que él la penetraba a ella. En ese momento los dos llegaron al abismo y se lanzaron al unísono al encuentro del orgasmo más espectacular que habían tenido en sus vidas.

Guillermo se sentía débil como un recién nacido, se derrumbó contra el cuerpo suave y flexible, mientras recuperaba el ritmo de su respiración y su corazón poco a poco volvía a la normalidad. Sabrina seguía rodeando con los brazos el cuerpo musculoso. Él se sentía como en un capullo placentero y cerró los ojos aspirando el aroma de aquella unión perfecta.

Ninguno de los dos supo qué fue lo que los despertó. Ella levantó la cabeza que tenía apoyada contra el pecho de Guillermo y vio como abría los ojos y la miraba con amor.

—Lo siento, te he despertado —susurró ella—. Vuelva a dormirte, amor mío.

Él se sintió pletórico al escuchar aquel término amoroso y notó como su cuerpo reaccionaba a la cercanía de ella.

—¿Qué te ha despertado a ti? —murmuró besándole los cabellos.

Sabrina se removió contra el cuerpo excitado y una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Serán los caballos que no paran de patear la puerta del baño.

Aquello hizo que él soltara una carcajada y diera la vuelta para atraparla bajo su cuerpo. Ella le sonreía con malicia y él empezó a besarla con renovado brío. Cuando la sintió tan excitada como él, le dio la vuelta y con las manos en la estrecha cintura la puso a cuatro patas, el cubrió el cuerpo y la penetró desde atrás como si fueran dos potros, mordisqueándole la nuca amorosamente. La pasión subió como la lava de un volcán y los consumió en un placer arrebatador. Al encontrar la liberación se derrumbaron en la revuelta cama y se abrazaron sin que los separara ni un suspiro.

La secretaria de Guillermo lo sacó de su ensoñación cuando le anunció que su hermano Sergio quería verlo en su despacho.

CAPÍTULO 21

Contrataron una secretaria para Virginia y en pocos días todo el trabajo atrasado estaba hecho. Sofía, la nueva ayudanta, era una muchacha muy locuaz y trabajadora. Las dos se habían llevado muy bien desde el primer momento. Virginia le había explicado como quería el trabajo y ella se había adaptado muy bien. Las dos trabajaban muy a gusto.

Un día mientras estaban cuadrando unos balances hicieron un alto para tomarse un café. La muchacha fue a buscarlos. Era algo que incomodaba a Virginia, ella no quería una esclava, tal como la había tratado Julián, ella quería una colaboradora, pero la chica insistió.

Estaban saboreando el líquido fuerte y oscuro cuando Virginia le preguntó si se encontraba a gusto trabajando para ella.

—¿Hace falta que lo preguntes? —Entre ellas había surgido una camaradería desde el primer día. Sofía sonrió con aquel encanto juvenil y entusiasta—. Cuando terminé los estudios pensé que tendría que trabajar en algún supermercado o vendiendo seguros puerta a puerta, como la mayoría de mis compañeros... Cuando contesté al anuncio de internet de aquella mujer poco me imaginaba que el trabajo sería tan bueno. La verdad es que estoy en deuda con ella por haberme conseguido un trabajo así.

Virginia se quedó sorprendida. cuando ella había empezado a trabajar en aquella empresa, había respondido a un anuncio de una oficina de empleo. Quizás en ese momento ponían los anuncios por la web, pensó, pero eso de la mujer... recordaba muy bien que Sergio le había dicho que era su hermano quien se encargaba de contratar el personal.

—¿Ocurre algo? —preguntó Sofía que veía pensativa a su jefa.

—¿No fue Guillermo Roca quien te contrató?

—Sí, pero fue gracias a que ella habló con él.

—¿Me estás diciendo que viniste recomendada? —Sofía asintió con la cabeza. Virginia estaba atónita, le habían mandado varias secretarias y no le habían dicho que había una que tenía algún tipo de enchufe. ¿Qué hubiese pasado si ella hubiera elegido a otra? Se imaginó que la hubieran convencido para escoger a esta con alguna excusa. Por lo pronto, la elección había sido acertada. Se sentía a gusto trabajando con aquella muchacha tan competente. Apartó ese pensamiento de su mente, ya todo estaba hecho.

El teléfono sonó, María Pinares estaba esperando la llamada. Se había puesto en contacto con un antiguo amigo que sabía se relacionaba con los bajos fondos. Él no había contestado y le había dejado un mensaje en el buzón de voz. Cuando vio que era él quien la llamaba, se sentó en el sofá blanco de su salón, dejó la copa que se estaba tomando sobre la mesa y contestó.

—Hola, Jesús, ¿cómo estás?

—Cuanto tiempo sin saber de ti —exclamó el hombre.

—¿Me has echado de menos? —Empleó su voz sedosa que sabía lo iba a dejar babeando.

—Desde luego, cariño. —Ella recordó las veces que se había acostado con ese hombre. La había tratado como a su puta, para su uso personal. Cuando ella se reveló, la echó a los brazos de todos sus amigotes, a cual más salvaje. Había sido bajo las influencias de las drogas y del alcohol, y se daba cuenta de que aquel tiempo que se había desmadrado de aquella manera había sido una gran equivocación. Se había dejado llevar como impulsada por el deseo de vengarse de sus padres por su afán de controlarla y había terminado prácticamente ejerciendo de puta de todos esos desgraciados que lo único que querían de ella era su dinero. ¡Qué idiota había sido! Se había dejado manipular por todos ellos creyendo que al fin alguien la apreciaba por ella misma. ¡Que ciega había estado! Incluso había perdido al único hombre que le había dado la libertad que ella tanto ansiaba, pero de eso se dio cuenta mucho más tarde. Cuando su exmarido se había enterado de lo que pasaba y se había separado de ella, se había encontrado de la noche a la mañana sin dinero, y entonces todos aquellos cretinos le habían dado la espalda. Aún

tenía muy presente lo mal que la había pasado en aquel ruinoso sanatorio donde la había ingresado una amiga suya para que se desintoxicara. Odiaba a todos los que la habían conducido a aquella locura, primero a sus padres, luego a su exmarido y a todos aquellos que decían ser sus amigos; pero en ese momento necesitaba que le hicieran un trabajo sucio, sabía muy bien que se lo iba a cobrar con creces, pero la situación empezaba a ser desesperada. Fuera donde fuera, tarde o temprano aparecía Julián. Había cambiado de aspecto y ya no se escondía, y por mucho que ella intentara siempre ir acompañada a todas partes para que él no se le acercara, sabía que encontraría la manera de acorralarla.

La voz relamida de Jesús hizo que un estremecimiento le recorriera la espalda.

—Supe que te habías mudado a un barrio de gente bien.

—No te he llamado para hablar de mí, quiero proponerte un negocio —lo cortó y se imaginó la cara de frustración de aquel sujeto.

—Que lastima, pensé que te apetecía recordar viejos tiempos.

—¿Estás interesado o no? No tengo tiempo que perder. —María no iba a dejar que ese tipo volviera a creerse con ningún derecho sobre ella. En ese momento, era ella la que llevaba la voz cantante, la que manejaba a los demás a su antojo—. ¿Qué me dices, llamo a otro?

Jesús se dio cuenta de que ya no era la joven manejable con la que había retozado en tantas ocasiones. Parecía que se había vuelto una mujer dura, pensó regocijado en cómo sería follar con ella. Tenía que seguirle la corriente, tal vez podría cobrarse ese negocio en especias.

—Yo no he dicho eso muñeca, dime de qué se trata, o mejor por qué no te pasas por aquí y hablamos.

—No, ni hablar. —No podía permitir que Julián la viera con aquel tipo, enseguida se daría cuenta de sus intenciones.

—Oye, que aquí no nos comemos a nadie —exclamó él soltando una risotada.

—No se trata de eso. —No estaba dispuesta a darle más explicaciones que él pudiera usar en su contra.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—Hay un tipo del que te tendrías que ocupar.

«Vaya con la mosquita muerta». ¿En qué lío se habría metido?, pensó Jesús. Tenía que hacerla hablar.

—¿Ocupar? ¿Qué quieres decir? ¿Te está molestando?

Su voz guasona la ponía furiosa.

—Veo que estoy perdiendo el tiempo, olvídale. —Estaban midiendo sus voluntades y los dos lo sabían.

—No, no, de ninguna manera. Estás hablando con la persona correcta, solo quería saber de qué manera debo ocuparme de él.

Ella tragó grueso, había hecho muchas cosas ilegales en su vida, pero nunca algo como lo que estaba pensando, se aclaró la voz antes de contestar.

—Quiero que desaparezca.

Jesús soltó un silbido.

—¿En qué diablos andas metida? —En un principio había creído que ella quería que le diera una paliza a alguien, pero...

El silencio se hizo tenso entre ellos. A través de la línea, ella escuchó el ruido del encendedor y como aspiraba fuerte, supo que se había encendido un pitillo.

María estaba poniéndose nerviosa, pero sabía que no debía dejar que él se diera cuenta.

—Lo que tengo contra ese hombre no te importa, lo que debe importarte son los beneficios que obtendrás.

—Eso no es barato, muñeca.

—Dime tu precio. —Él notó la ansiedad que ella trataba de ocultar.

—Veinticinco mil.

—De acuerdo. —Se apresuró a decir antes de que a él se le ocurriera subir el precio si veía que ella pagaría más—. Cuando esté hecho, te haré llegar el dinero.

Mientras hablaba pensaba en la excusa que le pondría a su padre para que le diera esa cantidad de dinero. Ella había ganado mucho con las películas pornográficas pero, debido al ritmo de vida que llevaba, no tenía esa cantidad.

Le dijo de quien se trataba y dónde podría encontrarlo, ya se encargaría ella de que Julián la siguiera a aquellos locales.

—¿Cómo sé que no desaparecerás sin pagarme?

—Porque tú siempre me encontrarías.

—Tienes razón —dijo soltando una carcajada.

María cortó la comunicación y se sintió sucia solo de haber hablado con ese hombre repugnante. Se llenó la bañera y se dio un baño de sales aromáticas.

Una hora más tarde alguien llamó a la puerta de su apartamento. Pensó que sería alguna de sus amigas para invitarla a salir, cual no fue su sorpresa cuando al abrir la puerta se encontró con el conserje del edificio que le llevaba un paquete con un gran lazo y una carta que, según le explicó, alguien lo había llevado cuando ella no estaba en casa. Le dio las gracias al hombre mayor ataviado con un traje negro que había vivido tiempos mejores, dejó la carta a un lado mientras rasgaba el papel del regalo. Era una caja de bombones muy corrientes. Ella estaba acostumbrada a lo mejor, al apartar el papel de regalo a sus pies cayó un sobrecito. Lo abrió pensando en quien sería el tacaño que le enviaría ese regalo.

Le envío este presente como agradecimiento a lo que usted hizo por mí.

Muchas gracias por hablar en mi favor.

Mi trabajo es estupendo.

Suya,

Sofía Alegre.

María dejó la caja sobre la mesita y sonrió al pensar en tenía a una aliada dentro de la empresa de su exmarido. Miró la hora, las diez de la noche. Era buena hora para hablar con la muchacha y a ver si conseguía sonsacarle alguna información.

Cogió el teléfono, marcó, un timbre, dos, tres...

—¿Diga?

—Hola, Sofía, soy María Pinares. No tenías que molestarte en mandarme nada. Me gusta ayudar a jóvenes como tú, que lo que buscan es un trabajo honrado.

—Pero, es que es mucho más que eso, es un trabajo maravilloso —replicó la chica con entusiasmo—. Tengo una jefa que es una persona muy considerada. Soy afortunada, creo que mis compañeras me tienen envidia —

añadió soltando una risita.

María la escuchaba sorprendida.

—¿Una jefa? Pensaba que todos los directivos eran hombres.

—Sí, ella es la única mujer, en confianza... creo que es la mujer del dueño —le dijo con aire confidencial.

—¿Estás segura? —preguntó maldiciendo para sus adentros.

—Bueno, no lo sé, quizás esté equivocada.

En ese momento María posó su mirada en el sobre que le había entregado el conserje y reconoció al instante la letra de su exmarido, ¿qué querría de ella? Un mal presentimiento la recorrió de arriba abajo. Se despidió de Sofía diciéndole que alguien llamaba a la puerta y abrió el sobre rasgando con inquietud la solapa. Dentro encontró una nota manuscrita que decía:

María:

Ya que durante todos estos años no has encontrado el momento de decirle a tus padres que estamos divorciados, lo haré yo.

Ya es hora de terminar con esta farsa.

Sin más,

Sergio Roca.

María miró la misiva con rabia, furiosa, y la estrujó entre sus dedos. ¿Qué se había creído Sergio? Habían llegado a un acuerdo, habían hecho un trato para no herir a sus padres. Él estaba tan involucrado en la mentira como ella. Si él estaba preparado para decir la verdad, ella no. En ese momento en que el negocio de las películas le había estallado en la cara, no podía hacer una confesión como esa. ¿Qué pensaría su padre cuando se enterara de ese asunto? ¿Y su madre? Sobre todo, en ese instante que tenía que pedirle dinero para el trato que acababa de hacer con Jesús Balboa. Si no le pagaba, él encontraría la manera de hacerle la vida imposible, no quería ni pensar en esa posibilidad.

Maldita fuera, se le estaban juntando demasiados problemas. Se sirvió un whisky doble y se paseó por el salón con furia. De pronto se detuvo con un recuerdo en mente... las palabras que le había dicho Sofía hacia un rato, «creo que es la mujer del dueño». Ahí lo tenía, él estaba con alguien y debía pensar en presentarla a su familia o en casarse.

Mientras Sergio no había tenido a nadie no le había molestado el trato que tenían de mantener en secreto su divorcio. Si se libraba de la mujer, él no tendría inconveniente en seguir como hasta ese momento, pensó. En su cara se dibujó una mueca diabólica.

Pues ella iba a hacerles un favor. Se acabó el whisky de un trago y se dejó caer en el sofá pensando en su estrategia.

CAPÍTULO 22

Julián sabía muy bien que estaba jugando al gato y al ratón con María. Ella siempre iba acompañada de alguna de sus amistades, y se daba cuenta de las miradas furtivas que ella le lanzaba. La bruja sabía que él quería hablar con ella, pero no se exponía a que la pillara sola. Tenía que adoptar otra táctica. Se levantó de la barra del bar y salió a la calle con una de las fulanas que se le había acercado. Una vez fuera le dio unos billetes y le dijo que se tomara la noche libre. Sabía que María lo había visto salir del local, seguro que había supuesto que pasaría la noche con aquella furcia, bien, se proponía esperarla y tener unas palabras con ella cuando sus amigos se hubieran ido.

Se metió en su coche alquilado y se encendió un cigarrillo. No tuvo que esperar demasiado, solo habían pasado unos quince minutos cuando la vio salir. Iba acompañada de una de sus amigas. Maldijo por lo bajo, pero una sonrisa siniestra se dibujó en sus labios cuando vio que la otra se dirigía hacia un coche y María caminaba por el aparcamiento hacia el suyo. Se tomó su tiempo para que ella estuviera suficientemente alejada de las personas que había cerca de la entrada del local. Salió a la noche y la siguió.

Ella no supo de dónde había salido el hombre, ahogó un grito cuando sintió las manos que la aferraban, dándole la vuelta para verla a la cara.

Los ojos de Julián brillaban peligrosamente cuando ella le espetó.

—¿Qué estás haciendo?

—Cazar una serpiente —escupió él con rabia—. Eres más escurridiza que una culebra.

—Suéltame —ordenó ella entre dientes.

—No, hasta que tú y yo hayamos llegado a un acuerdo.

—¿Qué acuerdo idiota? ¿Crees que con esos cambios en tu aspecto no se te

reconoce? Estás tentando tu suerte. Cualquiera día alguien se dará cuenta y acabarás en chirona.

Julián tenía unas ganas tremendas de estrangular a aquella bruja.

—No olvides que, si yo caigo, tú caerás conmigo.

—Eso es lo que me preocupa maldito, ¿es que no puedes desaparecer por un tiempo? Cuando todo esté más calmado podrás volver y seguiremos con nuestros negocios.

La soltó porque sentía que le hervía la sangre. Dejó caer los brazos y apretó los puños para no pegarle una paliza allí mismo.

—De eso se trata, estúpida. Tengo que recuperar la agenda de clientes. ¿Tú sabes lo que me costó encontrar a todos esos enfermos que nos llenaban los bolsillos?

María lo miró confundida.

—¿De qué me estás hablando?

—De todos lo que pagaban por ver esas películas.

—Y ¿dónde está esa agenda?

—En el ordenador de la oficina —resopló él, sabiendo que había sido un imbécil al guardar allí esa lista de clientes. Tendría que haberla guardado en su portátil personal.

Se daba cuenta que todo había sido un cúmulo de despropósitos. Había sido un chapucero desde el momento en que se había cruzado con esa mujer. Ella había sabido muy bien como engatusarlo con la promesa de ganar mucho dinero, y él había caído como un tonto y se había puesto a sí mismo en el primer lugar, en el primer plano. Ella había jugado muy bien sus cartas. Siempre se había quedado a su sombra, haciéndole creer que era él quien manejaba los hilos cuando en realidad era ella quien daba las órdenes y quien se llevaba el beneficio más alto. Si en un futuro volvían a hacer negocios, ya se aseguraría él de que las tornas cambiaran.

María lo miraba incrédula, ¿cómo había sido tan idiota? Desde el primer momento se tendría que haber dado cuenta de que ese hombre era un inepto, un inútil y un cobarde. Se había tomado la molestia de redactarle un currículum para que encontrara trabajo en la empresa de su exmarido, lo había instruido como a un novato para que nadie se percatara de que era un farsante, y había colado. Guillermo no se había dado cuenta de que estaba

contratando a un ignorante. Si el muy cretino no se hubiera marchado de la empresa con el rabo entre las piernas, nadie habría sospechado de él. Era ella quien manejaba a los trabajadores de la tienda veintisiete. Si él se hubiese quedado en su sitio, a esas alturas estarían al corriente de lo que habían descubierto y sabrían por dónde poder actuar.

Bueno, eso ya no tenía importancia. Jesús Balboa muy pronto la libraría de una sanguijuela como él y ella podría buscarse otro socio más inteligente.

—Y ¿qué me propones que haga yo? —En su mirada se podía ver claramente que estaba tramando algo y eso no pasó desapercibido a Julián. Esa mujer estaba conspirando contra él, pensó.

Un silencio espeso se instaló entre ambos.

—¿Estás planeando traicionarme? —El tono empleado hizo que ella fuera recorrida por un estremecimiento.

—Ni se me ocurriría —exclamó ella rápidamente.

—Eres una mala puta —siseó cerrando las manos sobre el estrecho cuello de María. No tuvo tiempo de reaccionar. Sabía muy bien que podía estrangularla si se lo proponía. Sintió la presión y sus ojos lo miraron llenos de terror.

—Yo nunca te delataría. —Su voz le salió ronca por la presión que él ejercía sobre su tráquea.

Julián la miraba con los ojos llenos de furia. Veía pánico en la mirada de la mujer y un pensamiento cruzó por su mente. Ella sabía que, si lo trincaban a él, caerían los dos. La única manera que tenía María de librarse de él era... ¿Sería capaz esa zorra de matarlo? Inconscientemente sus dedos se ciñeron más al cuello de la mujer. Ella estaba adquiriendo un color púrpura, mientras con las manos trataba de librarse del agarre. La rabia le hacía hervir la sangre cuando se dio cuenta de que ella no se ensuciaría las manos con el trabajo sucio, lo encargaría a un tercero, quizás el trato ya estuviera cerrado. Si era así, no tenía sentido matarla. Le podía ser más útil viva, la utilizaría como su escudo.

Ella estaba a punto de perder el sentido. El aire le faltaba, los pulmones le quemaban y empezaba a notar un hormigueo en la cabeza por la falta de oxígeno. En ese momento la presión cedió y cayó al suelo tratando de respirar, cogiendo grandes bocanadas de aire. Él la miraba con desprecio.

—He cambiado de opinión, no voy a matarte todavía. —Ella lo escuchaba como si le hablara desde muy lejos, la cabeza le daba vueltas, de repente todo se volvió negro y perdió el sentido.

A Julián se le dibujo una sonrisa cínica en la boca, la tenía a su merced. La cargó en brazos sin demasiados miramientos, la puso en el asiento del copiloto del coche de ella y buscó las llaves en su bolso. En pocos minutos se incorporaba al tráfico de una avenida muy concurrida.

María volvía en sí gradualmente, sin saber qué había pasado. Solo sentía un molesto dolor en el cuello. Se lo palpó al mismo tiempo que era consciente de que estaba en un coche en movimiento, abrió los ojos y al ver a Julián al volante se le escapó un gemido.

—Vaya, la princesita ya vuelve al mundo de los vivos —se burló.

—¿Dónde me llevas? —Su voz enronquecida le hizo tomar conciencia de que había estado a punto de estrangularla.

—A casa, ¿a dónde sino?

Ninguno de los dos volvió a hablar hasta que él estacionó el coche en el parking del edificio donde ella vivía.

—¿Qué pretendes? —María estaba confusa con la extraña actitud de él.

—Nada. —Cuando vio el recelo en los ojos de ella soltó una carcajada—. Tú y yo vamos a ser inseparables a partir de ahora —apuntó como de pasada.

María pensó que era imposible que él hubiera adivinado sus planes, pero si no era así, ¿a qué venía aquello?

—Ni lo sueñes —exclamó y notó unos pinchazos en la garganta.

—Oh sí, es la única manera de que yo pueda asegurarme de que no me traicionas. —No le diría lo que sospechaba.

—¿Cómo voy a delatarte si con ello me delato yo misma?

—Para evitar la tentación.

En ese momento Julián se dio cuenta de que ella ya había cerrado el trato con alguien para hacerlo desaparecer.

Una tarde al llegar de comer, Sofía llamó por el interfono a Virginia anunciándole una visita. Esta se extrañó, pues su departamento no era de los que recibían visitantes, como los de compras o ventas. Virginia le dijo a su

secretaria que le preguntara qué era lo que deseaba y que guiara al visitante.

—No, ha preguntado directamente por el responsable de contabilidad.

—Pues, que pase. —Contestó intrigada. Pensó que sería alguna treta de Sergio, siempre la estaba sorprendiendo con flores o con bombones. Dejó el trabajo que estaba haciendo en el ordenador.

Se levantó cuando vio entrar en su despacho a una pareja, les tendió la mano.

—Soy Virginia Santos —se presentó estrechando la mano de la mujer. Cuando se la tendió al hombre, este la miró de arriba abajo, sin prestar atención a su mano extendida. Ella se molestó con aquel impertinente sujeto. Ellos no le habían dicho quien eran.

—Es posible que haya habido alguna equivocación, ¿a qué departamento se dirigen?

—A este..., zorra —rugió Julián quitándose las gafas de sol que llevaba. No podía creerse que la hubieran puesto a ella a ocupar su lugar. Virginia lo vio cambiado, llevaba el pelo peinado de diferente manera y de distinto color, y había ganado algunos kilos, vestía de forma informal. Sería por eso que no lo había reconocido al primer momento.

—¿Qué has venido a hacer aquí? —preguntó tratando de conservar la calma—. ¿Sabes que la policía te está buscando?

Él dio la vuelta a la mesa y se encaró con ella.

—He venido a buscar mi agenda, y me la darás ahora mismo o...

—¿O qué? —Virginia se estaba preparando para propinarle un rodillazo. Él le vio las intenciones y cuando iba a levantar la pierna, Julián la empujó hacia atrás y cayó en su sillón.

—La rodilla quieta, perra, ¿crees que soy tan estúpido como ese dependiente?

Virginia se estaba asustando. Aquel hombre con el que había trabajado era un ser depravado y cruel.

—No sé dónde está tu agenda.

—En el ordenador, estúpida —le escupió él.

—Tu ordenador se lo llevó la policía como prueba.

—Maldita sea. —Julián estaba poniéndose nervioso. Desde el primer momento ese plan le había parecido descabellado, pero María lo había

convencido diciéndole que el que estuviera ocupando su puesto no lo conocería.

María lo había embaucado una vez más. Ella se había puesto una peluca y unas gafas de sol para que Sofía no la reconociera, y una vez hubiera entrado en el despacho sabría cómo era la mujer por la que su exmarido quería romper su trato. Le sacaría disimuladamente una foto con su móvil y se la entregaría a Jesús para que se ocupara de ella. Vio como la chica se encaraba a él y le pareció una pena tener que deshacerse de ella, mostraba unas agallas que Julián no había tenido nunca. Con ella de aliada las cosas le habrían sido muy diferentes.

El plan que había compartido con Julián era que ella se mostraría indispuesta y, mientras la atendían, él sacaría el archivo de la agenda del ordenador y saldrían de allí rápidamente. Las cosas no estaban marchando bien, ella ya tenía su foto y aún seguían allí.

—Vámonos. —Lo apremió. Él no la escuchó y ella no estaba dispuesta a que la pillaran allí con él. Se giró y salió con pasos acelerados.

CAPÍTULO 23

Ninguno de los dos se dio cuenta de la huida de María. Virginia estaba viendo el cambio de humor de Julián. Pensó en que tenía que salir y pedir ayuda.

—Míralo tú mismo, aquí tienes el ordenador —habló poniéndose rápidamente en pie y tratando de pasar por su lado para llegar a la puerta.

Él vio lo que ella trataba de hacer. La sujetó por un brazo, lastimándola. Ella soltó un grito ahogado.

—¿Me tomas por idiota? Ya veo que este no es mi ordenador —rugió él fuera de sí. Se giró hacia ella y con el reverso de la mano la golpeó en la cara, haciéndola caer al suelo.

Virginia gritó. Sofía había visto a la mujer salir apresuradamente y se la quedó mirando con la vaga impresión de que la conocía de alguna parte. Entonces oyó mucho revuelo en el despacho de Virginia, voces airadas y un golpe seco, llamó a seguridad, en pocos segundos dos guardas estaban en la puerta de Virginia.

—¿Va todo bien señorita?

Julián la miró amenazadoramente acercándose a ella, pero ella hizo caso omiso a la advertencia silenciosa.

—No —gritó.

Julián volvió a golpearla con brutalidad mientras entraban los dos guardas de seguridad, uno de ellos se encargó de apartarlo de Virginia e inmovilizarlo.

Llamaron a Sergio, diciéndole que había un incidente en el piso inferior. Este se disculpó ante una visita que tenía y bajó; al ver dónde había tanto revuelo el corazón le subió a la garganta. Fue acelerando el paso hasta casi

correr. Cuando entró en el despacho frunció el ceño ante el desconocido. Buscó entre los allí reunidos y vio a Sofía atendiendo a Virginia, que estaba en el suelo. En dos zancadas estuvo junto a ellas.

—¿Estás bien? —le preguntó agachándose frente a ella. Virginia lo miró a los ojos y él pudo ver lágrimas contenidas y dolor. Vio los moratones que le empezaban a salir en la cara, maldijo sonoramente. Con suavidad pasó la yema de sus dedos por una mejilla contusionada. Ella cerró los ojos, no quería deshacerse en lágrimas y aquel tierno gesto no la ayudaba a mantener la compostura.

—Es Julián —susurró. Se había dado cuenta de que Sergio no lo había reconocido.

Él se dio la vuelta y prestó toda su atención a la persona que no debería estar allí. Lo miró con desprecio, apreciando los cambios que había hecho ese tipo con su indumentaria y su aspecto.

—¿Qué estás haciendo aquí? —rugió.

En ese momento Julián se dio cuenta de que María había desaparecido. Maldijo en abundancia, sabiendo en su fuero interno que ella había vuelto a tenderle otra trampa. Lo había convencido de ir allí a buscar la maldita agenda asegurándole que nadie lo iba a reconocer, que en el último sitio que lo buscarían sería allí. Además, le había dicho que ella se encargaría de que la miraran a ella, él solo sería el acompañante. Ella tenía que fingir que se desmayaba y mientras la atendían, darle tiempo a mandarse la agenda por correo electrónico a su propio ordenador. No quiso reconocer que había sido él mismo quien, al enfrentarse a Virginia, se había delatado, pero al verla a ella ocupando su lugar... la furia lo había cegado.

—Te lo repito, ¿qué estás haciendo aquí? —Como única respuesta recibió el silencio de aquel tipo que deseaba matar por lo que le había hecho a Virginia.

Él mismo llamó a la policía y les dijo que fueran a arrestar a aquel sujeto. En pocos minutos los agentes estuvieron allí, esposaron a Julián y le pidieron a Sergio que fuera a poner la denuncia.

María salió de allí como alma que lleva el diablo. Estaba furiosa, había

esperado que el estúpido de Julián le hiciera caso y saliera de allí antes de que nadie se diera cuenta, pero no. El idiota se había tenido que encarar con esa mujer. Lo que la había movido a ir allí, era que tenía que ver a la mujer que estaba calentando la cama de su exmarido. Necesitaba conocerla y sacarle una foto para que Jesús se encargara de ella, al mismo tiempo que él obtendría la agenda que por lo visto le quitaba el sueño. Le había dicho por activa y por pasiva que se olvidara de la maldita agenda, pero él no quería ni oír hablar de ello. ¿Es qué ese tipo no se daba cuenta de que a esas alturas ya estarían investigando a todos los que formaban esa lista de nombres? En el caso remoto de que ella estuviera dispuesta a volver a hacer negocios con él, que no era el caso, no lo haría con la misma gente. Sería como ponerse una diana en la espalda, pero ese imbécil no lo entendía.

Lo que en ese momento la tenía rabiosa era que en cuanto lo arrestaran, él la delataría al instante. Tenía que hablar inmediatamente con Jesús para que se encargara de Julián antes de que hablara. Sabía que ese hombre tenía los tentáculos muy largos y que podía hacerlo. Luego ya le hablaría de esa mosquita muerta que tendría que eliminar, pero lo primero era librarse de ese tipo que amenazaba con destruir su cómoda vida.

Desde que la había pillado en aquel aparcamiento que le había hecho la vida imposible: se había instalado en su casa y no la dejaba ni a sol ni a sombra. Vivía prisionera en su propio piso. Ya era hora de que Jesús actuara.

Sofía en cuanto vio que los policías se llevaban a aquel hombre les dijo:

—Con él iba una mujer. —Los agentes se detuvieron.

—¿Cómo ha dicho señorita? —preguntó el que parecía de más rango, haciendo un gesto a los demás para que se detuvieran.

Sergio miró a Virginia y ella asintió sin decir palabra. Le dolía toda la cara por los golpes recibidos. Lentamente Sofía la ayudó a levantarse y se tuvo que apoyar en una silla para no caerse. Al apoyarse sobre sus pies notó un ligero mareo. Sergio no pudo seguir manteniendo la distancia, la rodeó con su fuerte brazo y la sentó en su sillón. La miró con intensidad y una pregunta en los ojos.

—Estaré bien —susurró ella.

Mientras dos agentes se llevaban a Julián por orden de su superior, este miró a Sofía.

—Señorita, ¿dice que con ese hombre iba una mujer? ¿Nos la podría describir?

—Sí —afirmó la chica recordando cómo le había llamado la atención.

Sergio que no se apartaba del lado de Virginia, estaba pendiente de lo que se hablaba.

—Tenemos algo mejor que eso. —El agente se giró hacia él—. Las cámaras de seguridad.

Mientras observaban las imágenes se dieron cuenta de que esa mujer había esquivado las cámaras, una mano retocando el peinado, girándose hacia el otro lado, dando la espalda al objetivo.

—Señor, me da la impresión de que esta mujer sabe muy bien dónde están. No hay ni una sola imagen nítida.

A Sergio lo desconcertaban los movimientos, sacudió la cabeza para aclarársela. Tenía la impresión de que la conocía. Siguió un silencio reflexivo que rompió el guardia que estaba manejando el ordenador.

—Esperen un segundo. —Lo vieron teclear y la imagen cambió, era la del vestíbulo del edificio, recientemente habían instalado varias cámaras nuevas. —A ver si tenemos suerte... —decía mientras buscaba en las grabaciones.

—Ahí está —dijo Sergio al ver a Julián—. ¿Puedes acercar la imagen?

—Sí, desde luego.

No daba crédito a lo que estaba viendo. Frunció el ceño. Incluso había tenido la desfachatez de disfrazarse. Ese pelo se veía que era una peluca, esas gafas de sol tan grandes estaban destinadas a no dejar ver su rostro y esa ropa... parecía su madre. No le cabía la menor duda de que pensaba que nadie la reconocería, pero a él no se le escapaban sus movimientos, la manera de caminar, su barbilla, sus manos colocando bien sus cabellos, era algo que María hacía continuamente.

Su mirada estaba clavada en la pantalla, ¿cómo se había dejado engañar tanto? Nunca se hubiera imaginado la maldad de aquella mujer.

—Maldita sea —exclamó cuando pudo articular palabra.

Sabía que Julián debía tener un cómplice, pero ¿ella?

—¿La reconoce? —preguntó el agente.

—Es María Pinares, mi exesposa.

—¿Está seguro?

—Como que el sol sale cada día.

Todos los que estaban en la sala se giraron para mirarlo asombrados.

Sergio salió de la comisaría que ya había oscurecido. Fue directamente a la oficina a buscar a Virginia. Su hermano Guillermo lo estaba esperando para enterarse de los detalles de lo que había ocurrido. Se lo contó a grandes rasgos, prometiéndole que a la mañana siguiente hablarían. Los guardas de seguridad le dijeron que ella había abandonado la empresa poco después que él con un par de policías y con Sofía. Fue a su casa, pero no la encontró. La llamó al móvil y ella no contestó. Empezó a preocuparse; llamó a la comisaría y le dijeron que la habían llevado al hospital, y que después de que fuera reconocida y prestara declaración, se había ido con una mujer, su secretaria, pensó Sergio. Volvió a la oficina y llamó a Sofía, esta le dijo que la había dejado en la puerta de la empresa, porque Virginia quería coger su coche para irse a casa.

Volvió a llamarla a su casa. Le salía el contestador automático. La llamó al móvil, seguía sin contestar, se paseó por su despacho sin saber dónde buscarla. Cada cierto tiempo llamaba al móvil, a la sexta ocasión, ella contestó.

—Cariño, ¿dónde estás?

Ella tardó unos segundos en responder. Había ido allí, porque necesitaba estar sola.

—Estoy en el aparcamiento del parque del norte de la ciudad —contestó ella con un hilo de voz.

—No te muevas de ahí, llegaré en diez minutos.

Sergio se preguntó qué estaría haciendo allí. Cuando llegó solo había el coche de Virginia. Aparcó a su lado. La vio dentro del coche con la cabeza reclinada en los brazos que tenía apoyados en el volante. Fue hacia ella y abrió la puerta.

—Cariño... —Ella levantó la cabeza y él pudo ver las magulladuras de su cara, aparte de señales de llanto—. ¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó

suavemente, reprimiendo la ira que sentía al verla tan derrotada.

—Necesitaba estar sola... no quería que vieras lo vulnerable que me sentía —confesó en un susurro.

Sergio estaba atormentado por todo lo que había pasado. Se sentía responsable, por no haberse dado cuenta antes de las alimañas que tenía alrededor.

—Sal del coche, el aire te reconfortará.

En cuanto ella estuvo fuera, fue aprisionada contra el duro pecho de él. La abrazó con desesperación. Virginia, al sentir los fuertes brazos de él a su alrededor, fue asaltada otra vez por el llanto. Eso era lo que quería evitar, que él la viera de esa manera, pero no pudo impedirlo. Sergio oyó su suave llanto y maldijo para sus adentros. Esperó a que ella se calmara, sin prisas, no quería atosigarla más. La mantuvo abrazada, acariciándole la espalda. Virginia fue calmándose hasta que dejó de llorar.

—Lo siento, te he empapado la camisa —murmuró mirando el pecho de la camisa de Sergio.

—No te preocupes, mi amor. ¿Te sientes mejor? —quiso saber mientras le secaba la cara con un pañuelo.

—Sí.

—¿Por qué has venido aquí?

Ella se desprendió de los brazos de Sergio, caminó hasta la barandilla del aparcamiento. Él la siguió.

—Es un lugar muy tranquilo, tiene una preciosa vista sobre la ciudad, es muy relajante... Siempre vengo aquí cuando necesito un poco de paz.

Sergio pasó un brazo por la estrecha espalda, la cogió por la cintura y la atrajo hacia su cuerpo, admirando el bello paisaje que se extendía ante sus ojos.

—¿Por qué no contestabas mis llamadas? Me tuviste muy preocupado.

—No quería que me vieras en este lamentable estado. A los hombres no les gustan las mujeres llorosas.

Él la soltó, se apoyó de espaldas a la barandilla, mirándola.

—Cariño, mírame. —Ella así lo hizo, cuando sus miradas se encontraron—. Nunca te he dicho que te quiero. —Ella bajo la mirada ante aquella afirmación—. Mírame por favor. —Repitió cogiéndola de la barbilla y

empujándole el mentón para que lo hiciera—. Esas palabras las encuentro tan vacías... La gente se dice que se quiere y luego se clavan puñaladas por la espalda. —Hizo una pausa pensando en su exesposa—. Yo creo haberte demostrado que te quiero con mis actos, con mi manera de amarte cada noche, con mi impaciencia durante el día... —A Virginia se le volvían a empañar los ojos—. Cuando una persona ama a otra, no se trata de amarla en los buenos momentos, se ama cada segundo del día.

—Pero...

—Sin peros... en todo momento.

Virginia se lanzó a los brazos de él, levantando la boca para besarlo. Se sentía feliz. Se fundieron el uno en el otro, en un apasionado beso que disipaba todas las dudas.

Al cabo de un rato Sergio la llevó a casa, no dejó que ella condujera su coche.

—Mañana mandaré a alguien a buscarlo. —Le había dicho.

Virginia prácticamente no cenó. Tenía el estómago cerrado, quiso acostarse pronto, pero no podía dormir. Cuando Sergio se puso en la cama, se dio cuenta que ella no dormía.

—¿No te sientes bien? —susurró mientras miraba los cardenales que le habían salido en la cara.

—Estoy muy tensa.

—Tranquila, te daré un masaje en la espalda. —La destapó y la palpó con los pulgares. Ella sentía la punta de los dedos, intentando relajar su cuello y espalda agarrotados—. Estos músculos están más tiesos que cuando te di el otro masaje.

Ella no recordaba que le hubiera dado ninguno.

—Tú no me has... —calló cuando vio su sonrisa.

Él sonrió al recordar la primera vez que había estado con ella, lo había confundido con otro.

—Sí, te lo di, pero tú creíste que era otra persona.

Virginia se incorporó en la cama.

—¿Cuándo fue eso?

—Un día que trabajaste toda la noche. Me llamaste Javier.

Virginia abrió la boca sorprendida.

—A la mañana siguiente me enteré de que Javier no había estado, entonces me moría de curiosidad por saber quién me había dado ese masaje.

Él la miró con una ancha sonrisa.

—Hasta te bebiste mi café.

—Dios..., que vergüenza. —Ella hundió la cara en la almohada—. Debiste pensar...

Sergio no la dejó terminar.

—Pensé que eras encantadora —susurró él besándola en el hombro y siguiendo con el masaje.

Al cabo de un rato ella estaba mucho más relajada. Sergio la abrazó contra su cuerpo para que descansara. Virginia se sentía feliz. Él le había abierto su corazón. Sintió la respiración regular de Sergio y pensó que estaba dormido, entonces dijo:

—Yo también te amo.

Él lo oyó, y por primera vez en su vida, se sintió completo, había encontrado a una mujer que lo amaba en cuerpo y alma.

CAPÍTULO 24

Al acercarse a su casa, María vio a varios tipos que salían del portal. No hacía falta ser un genio para ver que eran policías de paisano. Redujo la marcha de su coche, mirándolos con pavor. ¿Cómo era posible que ya la hubieran encontrado? ¿La habría delatado Julián?

Vio como dos agentes se iban, y otros se metían en un coche y se quedaban allí. Seguro que esperaban que apareciera. Pasó junto a ellos y siguió calle abajo. Su mente bullía de cólera. Si sabían quién era no podía volver a su casa, ni a la de sus padres, seguro que la buscarían allí, maldijo furiosa. ¿Dónde iría? Una noche la podía pasar en casa de alguno de sus amigos, pero no más. Empezarían a hacerle preguntas que no estaba dispuesta a responder. Si ellos se enteraban de las cosas que había hecho, de dónde salía su dinero, seguro que le darían la espalda. Además, tenía otro problema entre manos, Jesús Balboa. Lo había llamado esa misma noche para que se encargara de Julián lo antes posible.

¿Cómo diablos iba a pagarle? Cuando su padre se enterara de en lo que andaba metida, le cogería un ataque en el mejor de los casos, pensó con frialdad. Si a él le ocurría algo, ella heredaría toda su fortuna. Sonrió con cinismo pensando en el delicado corazón de su padre.

De momento lo que tenía que hacer era desaparecer, no dejarse atrapar. Se dirigió a la autopista y salió de la ciudad.

Jesús Balboa era quien gobernaba los barrios bajos, la zona más peligrosa de la ciudad. Dirigía una taberna entre la zona industrial y la parte más antigua. Era un lugar que durante las horas del día estaba concurrido por trabajadores

de las fabricas cercanas, y durante la noche acudían desde los borrachos en busca del olvido que les proporcionaba el alcohol, prostitutas en busca de clientes, hasta los delincuentes y majaderos que buscaban pelea. En numerosas ocasiones se había tenido que meter en alguna riña, y los desafortunados que habían probado sus puños habían terminado en el hospital. No tenía piedad. Tenía un acuerdo con varios agentes de policía: lo que ocurría en su local se quedaba en el local. De vez en cuando se desprendía de varias cajas del mejor whisky escocés a cambio de que los agentes lo dejaran tranquilo.

Tenía una red de delincuentes a sueldo que pululaban por toda la ciudad recopilando información y de vez en cuando le hacían algún trabajito por encargo.

Era un tipo grande, de espaldas anchas, brazos musculosos y puños como mazas. Sus piernas eran más de lo mismo. Se comentaba que en su juventud había sido luchador de lucha libre, y por eso a nadie le extrañaba su nariz torcida y varias cicatrices en la cara. A pesar de su apariencia, lo que realmente sorprendía a todo el mundo era su mirada azul turquesa, que podía ser pícaro y encantadora como fría y amenazadora a partes iguales. Quienes no lo conocían pensaban que era simplemente un tabernero simpático, que atendía a toda su clientela con una sonrisa torcida.

Pero la taberna tenía una trastienda, que era dónde Balboa hacía los negocios que le daban más beneficios. Vendía todo tipo de drogas y cogía ciertos encargos muy lucrativos. Tenía contactos en toda la ciudad y de todo tipo. Su credo era que todo el mundo tenía un precio. Se jactaba de ser el hombre con mejor información de la ciudad, y la utilizaba siempre que podía.

Al recibir la llamada de María, aquella misma noche, había usado uno de sus numerosos contactos, un abogado fracasado y alcoholizado. Lo había mandado a comisaría para que sacara a Julián Redondo bajo fianza. Tenía el encargo de matarlo, pero no lo podía hacer allí, rodeado de policías. Se encargaría de él y lo enterraría con cal viva en algún terreno abandonado, o mejor aún, pensó, lo dejaría como advertencia para María. Era consciente de que ella no dispondría de la desorbitada cantidad que le pidió para hacerle el trabajito.

«Ese hombre ya es historia», se dijo para sus adentros. Se relajó pensando

en lo viciosa que se volvía ella con un poco de cocaína. Notó la tirantez en sus pantalones y se obligó a dejar de pensar en ello.

No podía creerse su buena suerte. Julián Redondo había declarado que había actuado coaccionado por María Pinares, lo había adornado mucho. Se quejó al juez de que él solo era un peón en el negocio de aquella mujer, que lo tenía amenazado con hacerles daño a sus ancianos padres. Incluso soltó alguna lágrima cuando hablaba de su madre enferma y de su padre parálítico por un accidente de trabajo. Muy dolido le había dicho al juez que ellos dependían de él para sobrevivir. Soltó una carcajada al recordar su brillante actuación, él no tenía padres. Lo habían criado en un orfanato después de que su madre alcohólica lo abandonara recién nacido.

El abogado que se había personado para defenderlo corroboró todo lo dicho por él y lo dejaron libre con una sustanciosa fianza, con la advertencia de que no saliera de la ciudad.

Cogió un taxi para que lo llevara a casa de María. Esta vez sí que no se iba a librar, la cogería del cuello y apretaría hasta oírla exhalar su último aliento. Estaba harto de las trampas que le había tendido la muy zorra.

Al llegar a la calle donde ella vivía vio que su coche no estaba, y por el rabillo del ojo vio un coche con dos hombres dentro. Se fijó y se dio cuenta de que eran policías que seguro la estaban esperando. Le dijo al taxista que siguiera su camino y lo llevara al motel donde tenía sus cosas. Ya se encargaría de ella.

Sabrina aún se estaba maquillando cuando oyó el claxon del coche de Guillermo. Miró el reloj y se dio cuenta que ese día era más pronto de lo habitual, no le dio importancia, terminó y se tomó deprisa el café.

Cuando salió a la calle, su corazón le palpitó con fuerza. Era algo a lo que se estaba acostumbrando. La sola visión del hombre del que se había enamorado hacía que sintiera débil, que le temblaran las piernas y le faltara el aliento.

Él insistía en que vivieran juntos, pero Sabrina no quería apresurarse. Ella estaba segura de sus sentimientos, pero él en ningún momento le había dicho

que la amaba. ¿Y si solo era un pasatiempo para él? Era un hombre muy guapo y con mucho mundo, las mujeres se giraban a mirarlo a su paso. Seguro que podía tener a las más hermosas, su carácter jovial, divertido y pícaro seguro que las hacía caer rendidas a sus pies.

Sabía que cuando él quisiera terminar con su relación ella sufriría. Era lo bastante honesta consigo misma para reconocerlo, pero mientras esto no ocurriera, estaba dispuesta a disfrutar de todos los momentos que pasasen juntos y a atesorarlos en su corazón.

Cuando subió al coche se vio rodeada por sus fuertes brazos y el beso que le dio no tenía nada de suave.

—¿Cómo te he echado de menos! —susurró él al liberar sus labios.

A ella le faltaba el aliento y tenía las mejillas sonrosadas, Guillermo sonrió como un diablo.

—Cualquiera diría que hace varios días que no nos vemos.

—Las horas se me hacen eternas cuando no te tengo a mi lado —aseguró mirándola intensamente.

Tenían que cambiar de conversación, pensó Sabrina. Ese hombre con sus zalamerías la enloquecía, y ella era incapaz de negarle nada.

—¿Cómo está Virginia? —Él se dio cuenta de la forma poco sutil que ella empleaba para cambiar de tema.

Le sonrió divertido.

—No lo sé.

—¿De qué te ríes? —exclamó molesta—. ¿Podrías haber llamado a tu hermano? Sabes que somos amigas. —Lo miraba con el ceño fruncido y él alargó la mano para acariciarle la frente y que dejara de hacerlo.

—¿No la llamaste tú?

—Sabes que sí, y que tenía el teléfono desconectado. —Ella había intentado hablar con Virginia mientras estaban cenando.

—¿No te has parado a pensar que lo tendría apagado para que nadie los molestara?

Lo miró con sus ojos negros lanzándole chispitas de frustración.

—Vamos, quiero ver cómo está antes de ponernos a trabajar —dijo entre dientes al ver su cara sonriente.

Guillermo no había estado en la oficina la tarde anterior. Había estado

reunido con uno de sus proveedores hasta bastante tarde. Cuando se reunió con Sabrina y ella le contó lo ocurrido, maldijo en arameo. Llamó a su hermano y este le dijo que ya le contaría al día siguiente. Él entendió que el suceso los hubiera trastornado a los dos y no insistió. Pero Sabrina era otro cantar, estaba preocupada por su amiga y llamó varias veces sin llegar a hablar con ella.

Julián despertó con una resaca de mil demonios. Estaba despatarrado en el sillón de aquella habitación tan cutre y le dolían todos los huesos del cuerpo. Se había pasado la noche bebiendo mientras trazaba un plan para cazar a aquella zorra. Se levantó con lentitud. Parecía que las paredes se movieran a su alrededor, y se metió en la ducha. Se apoyó con los brazos estirados, las manos abiertas sobre las baldosas, mientras dejaba que el agua corriera por su cuerpo dolorido. Le pareció oír un ruido, pero no le dio importancia. Sentía como si todas las campanas de la ciudad estuvieran sonando dentro de su cabeza.

Tenía los ojos cerrados y no vio la sombra que se le acercaba. El ataque fue tan rápido, que apenas tuvo tiempo de coger aliento. Sintió algo frío que perforaba su carne en el lado derecho de su tórax, la cortina cayó sobre él cuando se giró para repeler el ataque, lo que el asaltante aprovechó para darle el toque de gracia, cortándole limpiamente la yugular.

El criminal se aseguró de que el trabajo que le habían encomendado estuviera hecho, cerró el grifo del agua y se marchó. Dejando el cartel de «No molestar» colgado en la puerta. Normalmente no dejaba rastro de su trabajo, se llevaba el cuerpo y se ocupaba de que nadie lo encontrara jamás, pero en esta ocasión su jefe había sido muy claro: debía dejar el cadáver para que lo encontraran. Sería una clara advertencia para quien había hecho el encargo, si no pagaba terminaría de la misma manera.

A la mañana siguiente Sergio insistió en que Virginia se quedara en casa. Ella quería ir al trabajo, le decía que se encontraba bien, pero él no se dejó engañar. Tenía la cara hinchada y lucía varios moratones.

—No discutas, mi amor, descansa, antes de irme te traeré el desayuno —le

decía mientras se encaminaba a la ducha.

Cuando el abogado de Sergio le comunicó que Julián había salido libre pagando una fianza, se enfureció. ¿En qué diablos estaban pensando las autoridades? Ciertamente era que no había matado a nadie, pero lo hacía responsable de que apuñalaran a Virginia en Alicante, además, el día anterior la había atacado. Para terminar de sacarlo de sus casillas, estaba su exmujer, que por lo visto había desaparecido. La policía la había buscado en todas partes y no la habían encontrado.

Aquella misma mañana, la madre de María lo llamó, preguntándole por su hija. Lo había llamado varias veces la noche anterior, pero él había rechazado las llamadas, no estaba precisamente de humor para hablar de su ex. La mujer parecía muy alterada. Le dijo que la noche anterior varios agentes habían estado en su casa buscándola por no sabía qué delitos. Él consideró que el asunto no era para tratarlo por teléfono y le dijo que aquella misma mañana iría a verla. Después de todo, aquella pareja se merecía su respeto. No sería agradable, pero al fin iba a poner las cartas sobre la mesa. En el fondo, esas personas le daban pena.

Su hermano Guillermo lo encontró colgado al teléfono. Por lo que pudo oír de la conversación, estaba contratando los servicios de unos guardaespaldas. Lo miró con el entrecejo fruncido, ¿qué estaría ocurriendo? Se sentó en uno de los sillones frente a Sergio y esperó a que terminara de hablar.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó a bocajarro cuando su hermano cortó la llamada, y vio que se mesaba el cabello con furia—. ¿Está bien Virginia?

La mirada que recibió lo preocupó.

—Ven, te lo cuento por el camino. —Sergio había contratado un servicio de guardaespaldas. No quería que Virginia corriera ningún peligro y, mientras no cogieran a Julián y a María no se quedaría tranquilo, pero tenía que avisarle para que no se asustara si se daba cuenta de que la estaban siguiendo.

De camino a su casa, le contó a su hermano todo lo sucedido la tarde anterior. A Guillermo se le salieron los ojos de las órbitas al enterarse de que su excuñada estaba metida en todo aquel follón.

—Maldita zorra, nunca me cayó bien —exclamó entre dientes.

CAPÍTULO 25

Aquella noche había dormido poco y mal. Después de tomarse el zumo de naranja y las tostadas que Sergio le había servido, Virginia se durmió. Al despertar se puso en la ducha y dejó que el agua templada le relajara los músculos. Veinte minutos más tarde, envuelta en un enorme albornoz estaba buscando en el armario algo que ponerse. Pasaba las noches en casa de Sergio, prácticamente vivía allí, pero aún no se había decidido a llevar sus cosas. Tendría que hacerlo, pensó en ese momento recordando la declaración de amor que le hiciera él la noche anterior. Había sido maravilloso, escucharlo decirle que la amaba. Ella sabía desde hacía algún tiempo que lo que sentía por ese hombre nunca lo había sentido antes. Era una sensación maravillosa. Cuando estaban juntos la hacía sentir como si fuera la única mujer del mundo. Cuando sentía aquel hormigueo en todo el cuerpo, esperando una caricia, la cual llegaba antes de que se diera cuenta, él no se contenía, y siempre que estaban juntos, mantenía el contacto. Podían estar en una sala llena de gente, pero si él la miraba, todo se desdibujaba a su alrededor, la capturaba con la mirada y la hacía sentir... en algunas ocasiones, recordó, había sentido cómo se le calentaba la piel, e incluso le faltaba el aliento. Sergio tenía ese poder sobre ella, y estaba más que dispuesta a disfrutarlo. Lo amaba y pondría todo de su parte para que aquella relación durara mucho, mucho tiempo. Por su parte estaba dispuesta a pasar toda la vida con aquel hombre que le robaba la razón. Pero no se engañaba. A veces las cosas se torcían, él era un hombre con mucho mundo, de una clase social muy superior a la suya, tal vez su familia no la aceptaría. Cuando se enteraran del fiasco de su ex, ¿cómo reaccionarían?

El hermano de Sergio parecía muy agradable. Su amiga Sabrina le había

contado que era un hombre adorable, sensible, divertido. Era evidente que se había enamorado de él, y se alegraba por su amiga, esperaba que fuera feliz.

En cuanto a ella, tendría que arriesgarse. Si no lo intentaba, tal vez se arrepintiera toda la vida. Amaba a ese hombre y haría todo lo que estuviera en su mano para que la vida de ambos fuera plena, satisfactoria y feliz.

Asentía con determinación ante esos pensamientos, sentada en la cama, frente al armario abierto, cuando escuchó la voz de Sergio que hablaba con alguien. ¡Qué raro que estuviera en casa a esa hora!, pensó. ¿Con quién estaría hablando?

Dudó en salir a su encuentro. Prestó atención a lo que hablaban los dos hombres y reconoció la voz de Guillermo que decía:

—¿Crees que María ha tenido algo que ver con eso?

En el trayecto a su casa, Sergio había recibido la llamada de su abogado que le decía que habían encontrado muerto a Julián, que lo habían asesinado en la bañera de un cochambroso apartamento de las afueras.

—No sé qué pensar.

Siguió un silencio, Virginia no sabía de lo que estaban hablando, ¿quién era esa tal María?

Así se la encontró Sergio, sentada en la cama, pensativa y con su albornoz que la cubría hasta los pies. Tenía el pelo mojado, que le caía por la espalda rozando la cama revuelta. Al encontrarse sus miradas, el frunció el ceño. Parecía que los cardenales que lucía en el rostro fuesen más visibles.

—Hola —susurró ella, sin apartar la mirada de las arrugas de su frente—. ¿Ocurre algo?

Él se acercó despacio hasta la cama y se sentó a su lado, sin apartar la mirada de los oscuros moratones.

—¿Duelen? —Pasó las yemas de sus dedos con suavidad por encima del pómulo hinchado.

—No si no me toco. —La verdad era que su suave caricia no le estaba haciendo daño.

Sergio sentía que la furia bullía en su interior a fuego lento. Estaba furioso, la noticia de que habían asesinado a Julián lo tenía trastornado. ¿Estaría su ex detrás de aquel crimen? En las últimas horas, se había dado cuenta de que, en realidad, no conocía a María.

—¿Qué pasa? —La suave voz lo sacó de sus tortuosos pensamientos.

La miró y vio preocupación en su mirada.

—He contratado a unos guardaespaldas para ti.

La sorpresa de Virginia fue monumental. Los ojos parecía que se le iban a salir de las órbitas.

—¿Qué? Pero... si no hace falta, ayer arrestaron a Julián.

Él no sabía si decirle que estaba muerto. Sabía que se inquietaría, y eso era lo último que quería, pero tenía que saberlo. Más temprano que tarde se enteraría y no quería que lo supiera por terceras personas, que posiblemente exagerarían o se inventarían su propia película.

—A Julián lo han encontrado muerto esta mañana, lo han asesinado. — Virginia se puso pálida, y su rostro se desencajó. Abrió la boca, pero volvió a cerrarla sin que hubiese salido sonido alguno. Ella se estremeció y notó como sus manos temblaban. Él siguió su mirada y, al ver aquel movimiento incontrolado, le pasó un brazo por los hombros y, acercándola a su pecho, la abrazó con fuerza—. Tranquila mi amor, no dejaré que nada te ocurra —le decía mientras le acariciaba la espalda con mano firme, para hacer desaparecer su agitación.

Guillermo había preparado café y se estaba tomando una taza en la cocina, mientras escuchaba que su hermano hablaba con Virginia. No entendía lo que decían, solo escuchaba el tono tranquilizador que empleaba. Seguro que un café caliente les vendría bien a los dos, pensó. Sirvió dos tazas y las llevó a la habitación.

Virginia lo vio y se sonrojó al pensar que no iba vestida, pero él pasó por alto aquel detalle.

—Pensé que os podía apetecer... —Sergio se giró para ver qué quería su hermano, al ver las tazas que llevaba en las manos, asintió.

Al ver acercarse a Guillermo, ella trató de soltarse del amarre de Sergio, pero él no apartó el brazo de su hombro. La mantuvo apoyada contra él, mientras cogía la taza que su hermano le tendía.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Guillermo cuando sus miradas se cruzaron.

—En este momento... —Parecía buscar la palabra que pudiera expresar lo que sentía—. No sé cómo me siento. —Se quedó en silencio una vez más—. ¿Dónde diablos me he metido? —expresó en voz alta sus pensamientos.

—No va a pasarte nada —aseguró Sergio apretándola contra él.

—Claro que no —reiteró Guillermo—. Esos tipos que ha contratado mi hermano no dejaran que nada te ocurra.

Virginia hizo una mueca, no le gustaba la idea de ir de acá para allá, con alguien siguiendo todos sus pasos.

—Pero, si Julián está muerto, no creo que haya ningún peligro —murmuró ella—. ¿A quién le va a importar mi persona?

—A quién está detrás de todo este embrollo. —Sergio vio la confusión en el rostro de su amada—. Julián no trabajaba solo.

—Ahora que lo dices, ayer vino con una mujer... ¿Sabéis quien es ella? — Los dos hermanos cruzaron las miradas durante un segundo y ella se dio cuenta de que sabían de quién se trataba. Sergio iba a decir algo, pero ella lo cortó—. ¿De quién se trata? No intentes engañarme.

—Verás... —Él dudó durante un segundo—. Era mi ex.

Si en aquel momento la hubieran pinchado no le habrían sacado gota de sangre, se quedó helada.

—¿Tu ex? Pero... pero... —tartamudeaba.

Guillermo vio el aprieto en el que estaba su hermano.

—Por lo visto, suponemos que era el cerebro de la operación. Dudábamos de que Julián actuara solo, ahora sabemos quién movía los hilos.

Ella no salía de su aturdimiento.

—Y ¿creéis que querrá hacerme algún daño? Pero... ¿Por qué? —Virginia se había separado del férreo abrazo de Sergio y lo miraba con interrogación.

Él trató de tranquilizarla.

—No sabemos nada. —Miró a Guillermo, diciéndole con su mirada que tendría que haber cerrado la boca—. La policía está investigando, pero no quiero correr ningún riesgo. Hasta que no se haya aclarado todo este asunto, unos hombres serán tu sombra, a cualquier hora del día y de la noche.

A ella no se iba de la cabeza que él había estado casado con semejante mujer.

—¿Tu ex? —repitió.

Guillermo trató de cambiar de conversación, haciendo que ella pensara en otra cosa, aun sabiendo lo serio que era todo aquel sucio asunto.

—¿No me decías el otro día que necesitabas unas vacaciones? —Era mentira y miró a su hermano con intención.

Sergio lo pilló al vuelo.

—Sí, tal vez sea el momento, podríamos irnos unos días a... París... Roma, o quizás Venecia. —La miró a ella y se encontró con una mirada de incredulidad.

La táctica de Guillermo no había funcionado.

—Muy buen intento, pero no ha colado —replicó ella—. Sabéis tan bien como yo que no es posible, imagino que la policía querrá hablar contigo de todo este asunto, además estarías todo el tiempo pendiente del teléfono, para saber los progresos de la investigación, y por si no os habéis dado cuenta, tengo la cara que parece que me haya peleado con una pared. No pienso ir de vacaciones en estas circunstancias.

—Pero... —Guillermo iba a añadir algo, pero su hermano lo interrumpió.

—Tienes razón en todo, ya nos cogemos esas vacaciones en otro momento. —Le dio un beso en la punta de la nariz, sin importarle que no estaban solos.

Después de asegurarse de que ella se encontraba bien, los hermanos la dejaron sola y volvieron a la oficina.

Cuando Sergio dejó a Virginia, ella estaba más tranquila, pero él estaba furioso, ver el bello rostro maltratado de aquella manera lo sacaba de sus casillas. Dejó a Guillermo en la puerta de la empresa y se marchó. Había quedado con ir a ver a la madre de María, y en ese momento no se sentía muy caritativo para explicarle a la mujer con sutileza lo que su hija había hecho.

Aparcó el coche frente a la casa de los Pinares, un elegante chalet en la parte alta de la ciudad en una zona residencial, donde vivían las personas más adineradas. Recordó que su familia había vivido allí hasta que su padre se había dado cuenta de lo mal educados, cretinos, consentidos, bribones y delincuentes que eran los hijos de sus vecinos. Al provenir de familias bien establecidas, se creían que eran superiores a los demás y despreciaban a todo

el que no se pudiera permitir el lujo en que ellos se bañaban. Eran jóvenes que no dudaban en maltratar, insultar o incluso humillar a las personas que trabajaban a su servicio, sin pensar que eran ellas las que les hacían la vida tan cómoda. Lo que hizo que su padre se decidiera a mudarse de casa había sido cuando se había enterado de que más de uno de aquellos imberbes tomaban drogas, incluso comerciaban con ellas. No había querido que sus hijos se codearan con semejantes tipos, así que había comprado una casa fuera de la ciudad y se habían ido de allí. Por su mente pasó la discusión que habían tenido él y sus hermanos con sus padres, pero ellos habían sido inflexibles y los habían sacado de aquel entorno que cada vez se volvía más peligroso para sus hijos. Un pensamiento le cruzó la mente como un rayo: era muy probable que María se hubiese iniciado en sus andanzas en aquellas malas compañías.

Como pudo comprobar Marta lo estaba esperando. No había tocado el timbre, que la puerta ya se estaba abriendo. Al levantar la vista, vio la ansiedad en el rostro de la que antaño fuera su suegra.

—¿Qué está ocurriendo? —exclamó la mujer exaltada.

—¿Puedo pasar? —Su tono de voz hizo que Marta frunciera el ceño. No había sido su intención ser brusco, pero no pudo evitarlo.

—Por supuesto.

—¿Está sola? —Sergio esperaba encontrar también al padre de María.

—Sí, mi marido tenía asuntos urgentes en la oficina —se excusó la mujer al ver el semblante torvo del que creía su yerno.

—Si no le importa, querría hablar con los dos. —Marta se estaba asustando.

—Dime lo que está ocurriendo. Ayer por la noche vino la policía preguntando por María, ¿qué está pasando?

—Marta, hágame el favor de llamar a Antonio. Tengo algo importante que decirles.

La mujer vio la determinación en el rostro de Sergio y supo que no le diría nada si su esposo no estaba delante.

—Ahora lo llamo, hijo —dijo cogiendo el teléfono.

Treinta largos minutos más tarde, Antonio llegaba a su casa. Por su cara, Sergio se dio cuenta de que el hombre ya sabía algo de las fechorías de su hija. Cuando se enfrentaron en el salón, donde él se había limitado a leer el

periódico mientras Marta se paseaba nerviosa de un lado al otro, vio la mirada atormentada del hombre, junto con la incredulidad.

—Se puede saber, ¿qué está pasando? —tronó Antonio con su habitual vozarrón—. Y no me digas que todas esas tonterías que me ha estado contando mi abogado son ciertas, porque no me lo creo. Los periódicos se equivocan; es imposible que mi hija haya hecho nada de lo que se la acusa.

Los dos hombres se miraban acusándose silenciosamente.

—No sé lo que le habrá contado su abogado, pero me temo que es verdad.

—Imposible, mi hija es una señora, nunca haría nada que...

Sergio no estaba de humor para escuchar a ese hombre defendiendo a su hija.

—Yo mismo puse la denuncia de último delito... bueno en este momento no estoy seguro de que haya sido el último.

El rostro del hombre se congestionó.

—Serás desgraciado, ¿cómo has podido hacer eso?

Antonio parecía un toro a punto de embestir.

—¿Me deja hablar? —lo interrumpió.

Su suegro lo miró frunciendo el ceño, pero se calló para que él hablara.

—Voy a empezar por el principio... —Marta se sentó en un sillón, con la cara desencajada al oír el tono que su yerno había empleado con su marido—. María y yo nos divorciamos hace años... —El rostro incrédulo de sus exsuegros y las mandíbulas desencajadas hicieron que Sergio rechinara los dientes, por todos los diablos, no era él quien les habría tenido que decir aquello—. Su hija no es la santa que ustedes creen.

Les contó lo que había sido su vida de casado y cómo su exesposa lo había engañado y se había descontrolado. En ese momento con la mente fría se daba cuenta de que todo lo ocurrido bien podía ser culpa de esas personas que tenía delante. No habían querido ver el peligro como habían hecho sus propios padres.

Mientras se tomaba un sorbo del café, que ya estaba frío, pensó en cómo Antonio se había burlado de su padre cuando este le dijo que aquella zona no era segura para sus hijos.

Al trabajar juntos, Antonio lo había provocado día sí, día también, riéndose de su padre por haber huido de la ciudad. Pero su progenitor hacía oídos

sordos, después de todo eran amigos y compartían negocio.

—Pero... esto no es posible —decía Marta con la voz entrecortada—. Si estuvimos todos juntos por...

Sergio asintió con la cabeza, y la interrumpió.

—Sí, por respeto hacia ustedes accedí a todo el engaño.

—¿Qué engaño? —exclamo Antonio, con el ceño fruncido.

—María, cuando se dio cuenta de su desliz, me suplicó que no la dejara, que si lo hacía sería el fin del negocio que usted comparte con mi padre, que se quedarían en la ruina y también recurrió a su delicada salud. Por eso no dijimos nada a nadie. Hacíamos vidas separadas y nos encontrábamos en las reuniones familiares. Ahora me doy cuenta de la equivocación que cometí.

En la sala podría haberse cortado el aire con un cuchillo, de lo densa que se había vuelto la atmósfera.

—Pues actuaste muy mal —tronó su exsuegro.

—Ahora me doy cuenta y créame que lo siento.

Antonio hizo un movimiento con la mano, para indicar que no lo había entendido, lo miraba con los ojos marrones echando chispas.

—Mi hija era una buena chica. Mientras estuvo en casa era un modelo de perfección.

Solo le faltaba oír aquello. Deseaba decirles que ellos eran tan culpables como ella, pero no iba a caer tan bajo.

—Piense lo que quiera —dijo levantándose para irse. Miró a Marta, cuyo el color había abandonado su rostro. Ella lo miraba con los ojos muy abiertos—. Debo irme.

—Pero..., ¿no nos vas a contar lo que está ocurriendo?

Sergio soltó un suspiro que más bien pareció un rugido.

—Yo he venido aquí, para dar la cara y decirles lo que tendría que haberles dicho hace años su hija. Lo demás, Marta, se lo contará su esposo. Creo que ya ha sido informado por su abogado.

Antonio se levantó y pisando fuerte se fue a la mesita de los licores y se sirvió una copa, que se bebió de un trago.

CAPÍTULO 26

El coche de Sergio se incorporó al tráfico de la circunvalación de la ciudad. Era el trayecto más corto para llegar a la casa de las afueras. Sabía que el socio de su padre no tardaría en ponerse en contacto con él, para decirle lo del engaño de su divorcio. Tenía una pequeña esperanza de que Antonio estuviera ocupado contándole a su mujer lo que estaba pasando. Debería haber ido primero a ver a sus propios padres, se reprochaba.

Al llegar a la casa y parar el motor, vio a su progenitor inclinado sobre unos rosales. Se alegraba de que se tomara el trabajo con más calma, que si le apetecía se quedara en casa cuidando de sus flores, de las que estaba muy orgulloso.

Se reunió con él, y el mayor enseguida se dio cuenta de que algo grave pasaba, pero esperaba a que su hijo se lo contara.

—Hola, ¿tú también haces novillos hoy? —La sonrisa de su padre era pícara, pero Sergio no se engañaba. Ese hombre lo conocía mejor que nadie. Trató de sonreír, pero no estuvo seguro de haberlo conseguido. Se fundieron en un abrazo palmeándose la espalda.

—Hola, papá, que preciosidad. —Su mirada recorrió las rosas, que tan cuidadosamente cultivaba.

—Sí, este año, el clima es favorable. Pero imagino que no habrás venido para que hablemos de flores.

Que hombre tan intuitivo. Lo miraba con serenidad, pero también con interés.

—¿Dónde está mamá?

—Ha ido a dar un paseo, ya sabes, le encanta recorrer el bosque cada día. Dice que le va bien para el cuerpo —lo anunció con una sonrisa burlona—.

¡Cómo si le hiciera falta! Tiene la misma talla que cuando nos casamos, y eso que ha parido a cuatro hijos.

Su padre nunca había ocultado la admiración y el cariño que sentía por su mujer. Sergio había crecido rodeado por el amor que unía a sus padres y que ellos no trataban de esconder. Verlos besarse era algo tan natural en su casa, como el respirar. Verlos pasear por el campo que rodeaba su casa, cogidos de la mano, o con el brazo de su padre sobre los hombros de su madre, mientras hablaban y se reían, eran pequeños detalles que habían marcado su vida. Él quería para sí una relación como la de ellos.

—Vamos, nos tomaremos algo mientras la esperamos. No creo que tarde en volver.

Los dos hombres entraron en la casa y le pidieron a la asistenta que les preparara un café. La mujer hacía muchos años que trabajaba en la casa. La alegría al ver a Sergio era genuina.

—¿Cómo están Álvaro y Sonia? —preguntó por sus hermanos menores que estaba a punto de terminar la universidad.

—Tan bribones como siempre. —La voz de su padre siempre se llenaba de orgullo cuando hablaba de alguno de sus hijos—. Álvaro termina este año la carrera, y ya me está pidiendo que le prepare un despacho. Yo estoy pensando en regalarle el mío.

Sergio lo miró sorprendido.

—¿Estás pensando en jubilarte? —le preguntó asombrado. Conocía muy bien su vitalidad y no se lo imaginaba en casa día sí, día también.

—Pienso en tu madre que mientras yo me he dedicado a levantar la empresa, ella siempre me ha apoyado, ha sufrido mis malos humores, mis preocupaciones. Ha criado a cuatro hijos y nunca se ha quejado. Creo que ya va siendo hora de que le dedique más tiempo, que la lleve de viaje y que veamos mundo. Creo que nos lo hemos ganado.

Sergio asentía con la cabeza.

—Me parece perfecto.

Aurora, la asistenta, llegó al salón cargada con una bandeja con café y pequeños bizcochos, que sabía que le encantaban a Sergio.

—Gracias, Aurora, eres un sol —agradeció al reparar en esos dulces.

La mujer le sonrió y salió para que pudieran hablar con tranquilidad.

Habían pasado unos segundos cuando Margarita, su madre, entró como una exhalación. Desde el bosque había visto el coche y se había apresurado a llegar a la casa. Estaba sin aliento.

—Qué alegría de verte, hijo —exclamó parándose en el umbral de la puerta para recuperar la respiración.

Sergio le sonrió, mientras se levantaba e iba a su encuentro. La abrazó y le besó las dos mejillas.

—Cariño, ¿has venido corriendo? —le preguntó su esposo, Miguel, al ver el rojo subido de sus mejillas.

—No quería que este truhan se fuera antes de haberlo visto. —Su mirada amorosa se dirigió a Sergio.

—Mamá, por Dios..., ¿cómo iba a irme sin verte?

La mujer pasó por alto el comentario, enlazó el brazo con el de su hijo, y fueron a sentarse en los sofás. Acababan de acomodarse, cuando Aurora entró llevando un té con hielo para la señora.

—¿Qué te trae por aquí, cariño? —Miguel ocultó una sonrisa detrás de su taza de café. Él no había interrogado a Sergio, pero a este no le sería fácil escapar de las preguntas de su madre. Era una mujer que no se andaba por las ramas. Cuando quería saber algo, no paraba hasta conseguirlo.

Sergio la miró lazando una ceja y con una media sonrisa en la boca.

—¿Es que no puedo visitaros sin tener algún motivo? —Su voz no sonó lo divertida que él había pretendido.

Margarita lo miró entrecerrando los ojos.

—Sabes que nunca has podido engañarme, ¿qué pasa? —Los dos hombres se miraron, y su padre hizo un leve encogimiento de hombros, como si le quisiera decir que él no pensaba intervenir—. ¿No tendrá algo que ver con la llamada de Marta?

—¿Te ha llamado? ¿Por qué? —Debería de haberlo supuesto, pensó Sergio.

—Si quieres que te diga la verdad, no lo sé, casi no se la entendía. Parecía muy nerviosa. Me ha dicho algo de que la policía había estado en su casa anoche y, cuando le pregunté qué pasaba, me ha dicho que no paraba de llamar a María y que no le cogía el teléfono.

Se quedó mirando a su madre con el ceño fruncido. Era evidente que su exmujer había pensado que en casa de sus padres la buscarían y se había

escondido en otro lugar. ¿Dónde estaría? No creía que ella hubiese matado a Julián; en todo caso habría contratado a alguien que hiciera el trabajo. ¿Estaría escondiéndose con el asesino?

Ante la asombrada mirada de sus progenitores, Sergio les contó todo, desde el fiasco que había resultado ser su matrimonio hasta la última fechoría que había cometido contra su empresa.

Margarita y Miguel lo escucharon sin articular palabra. De vez en cuando Sergio oía algún jadeo de su madre, pero ella no lo interrumpió hasta que él hubo dicho la última palabra.

Cuando calló, vio la tenebrosa mirada de su padre clavada en él.

—¿Por qué no nos lo dijiste?

No había reproche en las palabras de su padre. Solo sonaban con cierta curiosidad.

—Es difícil de explicar. Yo siempre soñé con un matrimonio como el vuestro y sentía que había fracasado, como si fuese un error mío. Me culpé de no haber estado más tiempo con ella. María siempre me reprochaba que tenía que ir a todos lados sola. Cuando la descubrí, me acuso de ser el responsable de que lo nuestro no funcionara. Por eso accedí a lo que me pedía. Ahora me doy cuenta de que he sido una simple marioneta en las manos de una arpía.

—Debería de haberme dado cuenta —murmuró Margarita.

Lo que Sergio no quería era que su madre se sintiera culpable de su fracaso.

—No podías, mamá. María es una excelente actriz.

—Nos ha engañado a todos —terció su padre.

—Marta y Antonio, ¿saben algo de todo esto? —se preocupó Margarita.

—Ahora vengo de explicarles la parte que me toca.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Miguel frunciendo el ceño un poco más.

—Les he dicho lo del divorcio. El abogado de Antonio ya había hablado con él sobre lo otro. No sé hasta qué punto estaba informado.

El silencio invadió la sala. Los tres perdidos en sus propios pensamientos.

—Esto será un palo muy fuerte para ellos. —La preocupación de su madre lo molestó.

—Soy consciente de la amistad que os une, mama, pero no quiero que pierdas ni una sola hora de sueño por todo esto. Ella solita se lo ha buscado.

—Pero sus padres no tienen ninguna culpa —exclamó ella.

La bondad de su madre era lo que él más adoraba, pero en ese momento no estaba de humor para aguantar que sintiera lastima.

—¿Recuerdas cuando papá compró esta casa? ¿Recuerdas el motivo por el que lo hizo? ¿Recuerdas cómo Antonio se burlaba de papá por sacarnos de aquel entorno que según él era tan seguro? —La voz de su hijo le hizo ver a Margarita que no estaba tan sereno como aparentaba. Asintió con la cabeza, sin apartar la mirada de esos amados ojos, que parecían arder—. Ahora piénsalo fríamente, ¿estás segura de que ellos no tienen, aunque sea, solo una parte de culpa?

Margarita se dio cuenta de la validez de lo que su hijo le decía.

—Tienes razón.

—Papá, ¿esto repercutirá en la relación que mantienes con Antonio? — Sergio quería estar seguro de que su padre y su negocio no se vieran perjudicado por todo aquel asunto.

—De ninguna manera. Tenemos la sociedad al cincuenta por ciento. Los problemas que él tenga en su casa no son para nada los míos.

—Bien.

—Cariño, te quedarás a comer, ¿verdad? —Margarita estaba conmovida por lo que había pasado su hijo.

—Mamá...

—No acepto un no como respuesta —le dijo con una tierna sonrisa.

—De verdad que no...

—Sh... ¿Qué puede ser más importante?

Sonrió ante la mirada amorosa de su madre.

—Virginia —soltó ensanchando la sonrisa.

Margarita, que ya se dirigía a la cocina para avisar a Aurora de que su hijo se quedaría, se volvió en redondo.

—¿Quién es Virginia?

—La mujer de mis sueños. —Nada la definía mejor, pensó.

Su madre lo miró con la boca abierta, mientras su padre soltaba una sonora carcajada.

Ese comentario no podía quedar así, o sea que les contó todo, acerca de la mujer que se había instalado en su corazón.

Sus progenitores lo escucharon atentamente y se dieron cuenta de que su hijo se había enamorado. Sonreían como bobos cuando el terminó su relato.

—¿Cuándo nos la presentarás? —quiso saber su madre impaciente por conocer a la mujer que había robado el corazón de su hijo.

—Muy pronto.

Sus padres no pararon de desearle lo mejor, mientras lo acompañaban hacia su coche. Los dejó con una ancha sonrisa en los labios al despedirse de ellos.

María se había pasado toda la noche conduciendo. Solo se había detenido en una ocasión, porque necesitaba ir al servicio y tomarse un café bien cargado. La camarera del restaurante de carretera, donde se había parado, le dijo que a un par de kilómetros había un hostel. Ante el comentario, María se dio cuenta de que debía tener un aspecto lamentable, pero no podía perder tiempo. Esperaba que la estuvieran buscando en las numerosas casas que poseía su padre. Pero ¿y si habían dado aviso a la policía fronteriza?

Todo aquel maldito asunto se le estaba yendo de las manos. La noche anterior, antes de darse cuenta de que la habían descubierto, había mandado la foto de aquella zorra que se acostaba con su marido a Jesús, con el mensaje de que la sacara del medio. Pero en ese momento era ella la que estaba huyendo. Seguro que su ex ya se habría enterado de que era ella la que estaba detrás de lo de las películas pornográficas. ¡Maldito Julián! Seguro que se había puesto a cantar en el mismo momento en que lo habían detenido.

Le pidió a la camarera otro café. Necesitaba aclarar sus ideas. Con el fuerte y oscuro líquido quemándole la garganta, pensó que no le vendrían mal unas horas de sueño, quizás después viera cómo salir de aquel atolladero. Miró el mapa de carreteras que llevaba en la guantera de su coche y vio que estaba a unos ciento cincuenta kilómetros de la frontera. Se detendría en el hostel, quizás también le vendría bien cambiar de aspecto. Le preguntó a la mujer si por allí cerca había algunos grandes almacenes, y esta le dijo que, al lado mismo del hostel, había una gran superficie donde vendían de todo.

Decidido, pensó. Dormiría unas cuantas horas y luego iría de compras.

Siete horas más tarde, María estaba completando su cambio de imagen. Tenía

el televisor de aquella destartada habitación que había alquilado puesto, y una noticia llamó su atención. Salió del baño, con una toalla envolviéndole la cabeza, que terminaba de lavarse. La locutora del noticiario estaba dando la noticia de un asesinato ocurrido en un apartamento. La mujer, una joven periodista con el cabello moreno atado en una cola de caballo, decía que el cuerpo había sido encontrado por la encargada de la limpieza. La víctima había sido apuñalada en repetidas ocasiones, lo que señalaba que se habían ensañado con él. La policía estaba buscando al responsable de aquel horrible suceso, y hacía una llamada a la población por si alguien, sabía algo de lo ocurrido. En ese momento, en el cuadrante inferior derecho del televisor, salió la fotografía de Julián. A María se le atascó la respiración. Cuando pudo volver a llenar de aire sus pulmones, sintió que la bilis subía a su boca, corrió al cuarto de baño y vomitó.

Una hora más tarde, estaba bajo el agua de la ducha. Cuando su cerebro embotado por la noticia había vuelto a funcionar, se dio cuenta de que aquello era un aviso de Jesús, un aviso nada sutil, por cierto, para ella. Si no le pagaba, ella terminaría de igual forma. Tardara lo que tardara, Jesús siempre cumplía sus amenazas.

CAPÍTULO 27

Estaba anocheciendo, cuando Guillermo se presentó en casa de su hermano con Sabrina a la zaga. Esta estaba muy preocupada por su amiga, y no paró de incordiarlo hasta que la llevó a verla. Al principio, se sintió incómoda por estar en el piso de su jefe.

—¿Supongo que tú eres Sabrina? —dijo Sergio sonriendo, al cerrar la puerta tras ellos. Ella iba a tenderle la mano, pero él se inclinó y le besó las dos mejillas—. Me alegro de conocerte al fin, este truhan me ha estado hablando de ti. —Ella miró a Guillermo con interrogación en los ojos, preguntándose qué le habría estado contando. Sergio se dio cuenta de aquella mirada y estuvo a punto de soltar una carcajada—. Nada malo, te lo aseguro. Estoy empezando a pensar que está sentando cabeza.

En ese momento no reprimió la carcajada al ver la cara de su hermano. El recelo de Sabrina se fue con aquella carcajada y la mirada divertida de su jefe.

—No te creas. Sigue siendo un truhan.

—Me declaro culpable —aseveró Guillermo con una de esas sonrisas que le hacían galopar el corazón.

Los tres rieron, y así los encontró Virginia que, al oír la voz de su amiga, había salido a su encuentro.

Virginia la abrazó y la cogió del brazo, llevándola al salón. Le preguntó por sus compañeras y por su secretaria. Ella le dijo que parecía que todo iba a la perfección, que aquella muchacha tenía mucha iniciativa y se había hecho cargo de la situación.

Las dos amigas estuvieron hablando de todo un poco. Virginia esquivó hábilmente las preguntas de su amiga sobre lo que estaba pasando. Como no

sabía lo que podía contarle y lo que no, solo le dijo que la tarde anterior Julián parecía haberse vuelto loco.

—Sabes que a mí me lo puedes contar todo, ¿verdad? —Virginia sabía que su amiga no era tonta, y ese comentario le decía que no terminaba de creerla.

—No quiero meterte en ningún lío, cuanto menos sepas mejor.

Aquellas palabras intriguaron sobre manera a Sabrina. Había notado el nerviosismo de su amiga. ¿Qué estaría pasando? Decidió no atosigarla. Primero la habían apuñalado y ahora golpeado. Su rostro parecía un mapa, y la notaba inquieta, ya se enteraría por otro lado.

Los dos hermanos las habían dejado solas en el salón. Guillermo quería saber cómo había ido la entrevista con los padres de María y con los suyos propios. Estuvieron tomándose unas cervezas en la cocina, mientras Sergio le contaba lo bien que se habían tomado sus padres la verdad de su vida.

Una hora más tarde, la pareja salía de allí. Sabrina estaba extrañamente callada, mientras Guillermo conducía hacia el centro.

—¿Ves cómo no tenías de qué preocuparte? —dijo para sacarla de aquel silencio.

—Tenías razón, la he visto bastante animada.

Silencio. No era normal en ella, la miró y se dio cuenta de la manera en que apretaba los labios, parecía molesta, pero ¿por qué?

—¿Qué te pasa? —le preguntó con dulzura, a su lado tenía a una Sabrina que no reconocía.

—¿Te crees que soy tonta? —La mirada incendiaría que le lanzó podría haberlo chamuscado.

—¿De qué me estás hablando?

—No paras de decirme que todo está bien, que no tengo de qué preocuparme —dijo ella imitando el tono de él.

Guillermo sonrió, gran equivocación. Pareció que ella le iba a sacar los ojos.

—Está todo bajo control. Debes confiar un poco más en mí y en mi hermano —repuso a la defensiva.

—¿Por eso son los guardaespaldas? Porque lo tenéis todo bajo control.

Maldita fuera, Guillermo se daba patadas mentales. Debería haber sabido que Virginia le contaría eso a su amiga. No sabía hasta dónde había llegado

en las explicaciones, pero era evidente que Sabrina no se conformaría hasta que lo supiera todo.

El tráfico a aquella hora era muy denso. Se mantuvo en silencio hasta que aparcó el coche, frente al restaurante donde había hecho una reserva para la cena. Entonces se giró de cara a ella.

—¿Qué es lo que quieres saber?

—Lo que sea que está pasando —exclamó lanzando un suspiro de exasperación.

Guillermo se la quedó mirando unos segundos hasta que decidió que, si quería que ella confiara en él, él tenía que hacer lo mismo con ella.

Se lo contó todo, desde el momento en que Virginia se había percatado de que algo ocurría en la tienda veintisiete hasta el asesinato de Julián. En algunos momentos de su relato parecía que lo iba a interrumpir, pero volvía a cerrar la boca. Él notaba como su rostro cambiaba de color, de la palidez pasaba al enfado y sus mejillas se teñían de rojo. Sus ojos expresaban toda una gama de emociones, desde la rabia al miedo, pasando por la sorpresa y la incredulidad.

Cuando al fin terminó con el relato, Sabrina tenía la boca abierta.

—¿Han matado a Julián?

Él asintió sin decir nada. Ya se temía los derroteros que estaba tomando la mente de Sabrina.

—¿Y creéis que Virginia corre peligro?

—No lo sabemos con seguridad, por eso mi hermano ha contratado a los guardaespaldas.

Ella se mesó el cabello con furia, se masajeó las sienes y cerró los ojos. Se sentía mal; notaba el cuerpo tembloroso y el estómago revuelto.

Él se dio cuenta de su estado de agitación, la envolvió entre sus brazos y la estrechó contra su pecho.

—Tranquila, Sergio no permitirá que le pase nada malo a Virginia. —Ella levantó la cabeza y lo miró profundamente a los ojos, como queriendo asegurarse, deseando que aquella predicción fuera cierta.

Después de darle muchas vueltas, María decidió llamar a su padre.

Necesitaba efectivo y lo tenía que conseguir antes de salir del país, no fuera a ser que la encontraran siguiendo el rastro de sus tarjetas. Seguro que, a esas alturas, su padre ya sabía lo que había pasado. No sabía cómo lo hacía, pero su padre siempre iba un paso más adelante del resto del mundo. Siempre le había extrañado poder tenerlo engañado respecto a su matrimonio. Algunas veces lo había sorprendido mirándola de una forma extraña, cuando estaban las familias reunidas, como si sospechara algo, pero nunca le había dicho nada.

Salió del hostel y volvió a los grandes almacenes, donde había comprado su nueva ropa. Se gastó parte de sus magras reservas de dinero en un móvil desechable. Había tenido la precaución de lanzar el suyo a un río por el que había pasado, no quería que le siguieran el rastro a través del GPS. Además, se había cansado de escuchar los mensajes que su madre le dejaba en el buzón de voz.

Al salir, se sentó en un banco a la sombra de un frondoso árbol y marcó el número de su padre. No contestó. Ella sabía que él tenía varios números, varios teléfonos, siempre había imaginado que su padre no era lo que ella creía, que tenía muchos más secretos que ella misma.

En ese instante recordó que hacía años, antes de casarse con Sergio, resentida porque su padre le había retirado el crédito de sus tarjetas, ella se había dedicado a espiarlo. Fue entonces cuando se había enterado de que tenía varios teléfonos, y ella se las había arreglado para entrar en su despacho, forzar el cajón donde los mantenía ocultos y llamarse a sí misma para saber los números. Nunca los había usado, puesto que al poco tiempo se había casado y se había olvidado del asunto.

Ese era el momento. Llamó a otro y a otro. Al cuarto, él contestó.

—¿Diga? —tronó la voz de Antonio al otro lado de la línea.

—Papá, soy yo.

—¿Dónde demonios estás?

—No te lo puedo decir, papá. Ha habido un terrible malentendido y la policía me busca.

—¿Y qué pretendes que haga yo? —Respiró ruidosamente—. ¿Dónde está tu marido? ¿Qué es lo que ha pasado?

—Es una historia muy larga, papá —dijo ella con voz afligida, al tiempo

que apretaba los dientes. Sospechaba que su padre se estaba haciendo el tonto a propósito.

—Pues dime dónde podemos vernos y me la cuentas.

—Imposible, tal vez te están vigilando y no quiero que te metas en problemas por mi culpa.

María se daba cuenta de que su padre no le creía... o, peor aún, que sabía más de lo que dejaba entrever, o sea que sabía la verdad.

—¿Dónde estás? —volvió a preguntar Antonio.

—No te lo puedo decir. Igual a estas horas tienen tu teléfono intervenido. Necesito dinero, papá, no me atrevo a usar las tarjetas.

—¿Dónde te mando el dinero?

María sonrió con malicia, sabía que su padre no era todo lo que parecía. Sospechaba que tenía un lado oscuro, que no lo conocía nadie. A veces se comportaba de una forma muy sospechosa. Sin motivo alguno agasajaba a su madre con caros regalos, y ella suponía que aquella era su manera de apaciguar a su esposa, de hacerla mirar hacia otro lado.

Pensó con cinismo que ella había tenido muy buenos maestros en el arte de ocultar sus verdaderas personalidades. Aún recordaba el momento en que había ido a visitar a su madre, poco después de que Sergio descubriera su infidelidad, quería contárselo. Había entrado en la casa con sus propias llaves y se había quedado de piedra en la entrada del salón, viendo a su madre de rodillas en un espacioso sillón, desnuda y gimiendo como una loca, con un tipo al que no conocía, pegado a su trasero, sobándole los pechos y embistiendo como un animal en celo.

Desde ese momento, había sabido que la vida de sus padres era solo una fachada, y admiraba a su madre: mientras su marido no se enteraba de nada y le hacía costosos regalos, ella se dedicaba a vivir bien y buscar placer donde lo encontrara.

Aquello le hizo abrir los ojos. Sergio quería divorciarse. Él no le haría regalos como su padre a su madre, no tenía nada que reprocharle, pero debía manipularlo para que nadie se enterara de su separación. De esa manera, haría creer a su padre que el negocio de su marido no iba bien, y le iría sacando todo el dinero que pudiera. Más adelante ya se buscaría un amante rico o... ya se le ocurriría algo.

—Haz un ingreso en el banco Central. —Le dio a su padre la numeración de una cuenta que tenía con nombre falso. La había abierto cuando había empezado con el negocio de las películas. Hacía todas sus transacciones a través de internet, para mantener el anonimato.

—¿Cuándo volveré a saber de ti? —Su falso interés se notaba en la voz.

—Pronto.

Con esa promesa se despidió de su padre, con una taimada sonrisa en el rostro.

Antonio sabía que su hija le estaba mintiendo. Tenía sus propios contactos y los había mandado a investigar lo ocurrido. Su hija estaba metida hasta el cuello en todo aquel despropósito. La muy idiota. Si le hubiese consultado sus planes, él la habría aconsejado para que no dejara pista. Soltó una maldición.

En las últimas horas, Antonio había tenido que soportar las histerias de su mujer, cada vez que estaba en casa. Además, los vecinos habían empezado a murmurar. Algunos de los comentarios se acercaban peligrosamente a la verdad, y no podía consentir que aquello sacara a la luz su vida paralela. Tenía que acallar todos los rumores. Si eso significaba que tenía que ayudarla a huir de la justicia, que así fuera. Ya encontraría la manera de ajustar cuentas con su descarriada hija.

María había conseguido burlar a los guardias de la frontera. Había salido del país. Se regodeaba mientras se tomaba un copioso desayuno. Había pasado la noche en aquella habitación tan destartada, y se había sentido demasiado descompuesta para cenar. Había estado toda la noche sin poder dormir y dándole vueltas al problema que tenía entre manos.

Al despertar aquella mañana, se había vestido con su nueva ropa, que la hacía parecer más joven. Se había calzado unos vaqueros desgastados y una blusa blanca abotonada hasta el pecho, con lo que dejaba bastante piel al descubierto, y el vislumbre de sus bien proporcionados senos. Pensó con malicia que a cualquier agente que hubiera en la frontera se le irían los ojos hacia todo lo que ella enseñaba.

Además, la noche anterior se había cortado el pelo. Después de cambiarlo de color, su pelo era una masa en desorden de color chocolate, cuando ella siempre lo había llevado rubio platino y peinado a la perfección.

Cuando aquella mañana se había mirado en el espejo, una sonrisa maliciosa se había dibujado en sus labios. Con aquel atuendo y las deportivas sin atar parecía una joven recién salida de la universidad. Ni su propia madre la hubiera reconocido.

Quiso su suerte que, al ir a recepción a pagar el hospedaje, se topara allí con un joven que le preguntaba a la propietaria por el horario de los autobuses. Ella pensó rápidamente que estarían buscando a una mujer que viajara sola, se ofreció para llevar a ese hombre. Podrían parecer una pareja de enamorados.

María se dibujó una sonrisa en la cara y le dijo si no le importaría conducir él, que ella no había pasado buena noche y estaba cansada. Con el equipaje de él en el asiento posterior, y el atuendo que lucían los dos, debían parecer un par de amigos viajando.

Ramón Marques, que era como se llamaba, resultó ser un tipo de lo más raro. Era fotógrafo de profesión y se había tomado unas vacaciones aventureras, como él le dijo. Subía a un autobús y cuando veía algún paisaje o algún pueblo que le llamaba la atención, se quedaba allí, para inmortalizar con su cámara todo aquello que le parecía interesante. Se proponía hacer un libro con todo el material que obtuviera de aquel viaje.

Para ella unas vacaciones eran tumbarse al sol, con una copa siempre llena a su lado y a ser posible, con un hombre que la complaciera en todos sus caprichos. No entendía que pudiera haber personas que trabajasen durante unas vacaciones.

Así que se acercaban a la frontera, ella se ponía más nerviosa. Él se dio cuenta y le preguntó qué le pasaba. Ella adujo que tenía dolor de cabeza y Ramón le recomendó que durmiera un rato. Ella aprovechó la excusa y se reclinó en el asiento del coche. Oyó que Ramón le decía al agente de la frontera que estaba indispuesta y pasaron sin ningún problema.

Él se quedó hechizado por el primer pueblo que pasaron, detuvo el coche y ella hizo como si hubiera estado dormida todo el tiempo. Ramón le preguntó que cómo se sentía y, al decirle que se encontraba mucho mejor, él le

agradeció que lo hubiera llevado hasta allí y se despidió.

María terminó su desayuno y volvió a ponerse detrás del volante, tenía que poner la mayor distancia posible entre ella y Jesús Balboa. No le daba miedo la policía, tenía pavor a su antiguo amigo.

CAPÍTULO 28

Jesús Balboa estaba en la parte de atrás de su negocio, escuchando las noticias que le traía el esbirro, que había mandado para que hiciera el trabajo que María le había encargado.

—Has hecho un buen trabajo. —Su sonrisa lobuna, habría congelado los fuegos del infierno—. Hoy han estado todo el día repitiendo la misma noticia en el televisor. Están pidiendo ayuda, por si alguien puede dar alguna pista de lo ocurrido, o si han visto algo.

—Sí, lo sé.

En aquel momento, sonó el teléfono de Jesús.

—¿Diga? —Hizo un gesto con la mano al tipo, para que lo dejara solo.

—¿Balboa? —Una voz del pasado le vino a la mente, pero no estaba seguro. Hacía mucho tiempo que no hacía negocios con aquel hombre.

—Sí.

—Soy AP.

El silencio se hizo entre ambos. Jesús se encendió un cigarrillo. En el pasado había ganado su buen dinero con aquel sujeto, pero el tipo se había vuelto ambicioso y quería ganar más, pretendía que él le vendiera la mercancía más barata. Al negarse, se había buscado otro proveedor.

No le había importado. Los ricachones, tarde o temprano, traían problemas. Cuando se los descubría, no tardaban nada en implicar a todo bicho viviente con tal de hacer algún trato con las autoridades.

Aunque Jesús se había resguardado las espaldas y solo había tratado con ese tipo por teléfono, sabía con quién estaba hablando porque él siempre investigaba a todo el mundo, no quería caer presa de una trampa de algún policía nuevo y con exceso de celo. Saldría bien parado, por supuesto. Tenía

amigos en todas partes, y contaba con varios en comisaría.

—Cuanto tiempo sin saber de ti. ¿Cómo te van las cosas?

—Los negocios me van bien. —Notaba en aquella voz la impaciencia y sonrió. Lo sabía todo de ese hombre. Sabía sus vicios, dónde y cómo vivía, cuál era su negocio, que coche conducía, había investigado a su familia, sabía quién era su esposa, las costumbres de ésta, y todo lo relacionado con la hija de ambos.

Jesús era un hombre al que nadie podía engañar. Antes de hacer un negocio con alguien, se informaba. Con más de uno, se había negado a tener tratos, si no veía las cosas claras, los mandaba a paseo, por mucho dinero que hubiera en juego.

—Me alegro mucho.

—Te llamo... porque necesito que encuentres a una persona. —La vacilación en la voz de aquel hombre lo divirtió.

—Vaya, ¿hay alguien que se ha ido sin pagar? —Soltó una carcajada, sabiendo que aquello molestaría mucho a ese hombre.

—No es eso —rugió AP.

—¿Ah no? Entonces... ¿de qué se trata? —El tono de voz de Jesús estaba enfureciendo a su interlocutor.

—No necesitas saber el porqué, tu solo encuéntrala. Te pagaré bien.

—Sabes que eso te puede salir muy caro, ¿verdad? —Sabía que el dinero no era problema para ese tipo, pero lo tanteaba para saber qué precio le ponía ese hombre al problema que tenía entre manos.

—Tu haz tu trabajo, no me importa el precio.

Jesús soltó un silbido, que logró hacer rechinar los dientes a AP.

—Debe ser alguien realmente importante, ¿en qué andas metido? —Se lo estaba pasando en grande, importunando a ese hombre. Vaya, el tipo le estaba alegrando el día.

—En nada que debas saber —repuso con sequedad.

—Está bien, está bien... ¿De quién estamos hablando?

—De María Pinares, te mandaré una foto.

Él ya la conocía, por supuesto, pero era algo que no le diría.

—¿Se te ha escapado una de tus putitas?

—Maldita sea —explotó AP.

Balboa se imaginó el rostro de ese hombre rojo de ira y reprimió una carcajada.

—De acuerdo, ¿tienes alguna idea de dónde puede estar? —Si no hubiese tenido el teléfono en la mano, se las habría frotado.

—No, solo me puedo imaginar que ha salido de la ciudad.

Eso él ya lo sabía. Aquella gata no se habría quedado después de lo que había hecho.

—Está bien, cuando sepa algo te lo haré saber.

—Quiero estar informado con regularidad.

—Sabes que yo no trabajo así, no quiero a nadie controlando lo que hago. Esto es lo que hay... ¿Lo tomas o lo dejas?

Un denso silencio se estableció entre los dos hombres. Al fin AP le dijo que aceptaba sus condiciones y le colgó el aparato.

A Jesús una sonrisa se le dibujo en la cara. Llamó a uno solo de sus informantes, y este le dijo que lo tenía todo controlado.

«Bien», pensó. A ver, ¿hasta dónde era capaz de llegar aquella mujer? Hizo una mueca burlona al reparar en lo segura que debía de sentirse ella.

El mal humor no abandonaba a Guillermo. Lo fastidiaba sobremanera que Sabrina se pensara tanto lo de ir a vivir con él. ¿Es que no sentía por él lo mismo que él sentía por ella?

Sentado en su despacho, con varias carpetas encima de su mesa y sin poder concentrarse, estaba pensando en qué era lo que estaba haciendo mal. Así lo encontró su hermano, que se iba a su casa a comer con Virginia y había pasado por allí para dejarle unos papeles para que les diera un vistazo.

Sergio se dio cuenta de que algo lo tenía preocupado.

—¿Qué pasa?

La turbulenta mirada de su hermano le hizo pensar que se trataba de algo grave. Se sentó frente a él, esperando que se decidiera a hablar.

—Se trata de Sabrina, no lo entiendo. Estoy empezando a pensar que no me quiere. Lo soltó a trompicones, con el ceño fruncido.

—Y eso, ¿por qué? —Las cejas de Sergio se elevaron por la sorpresa.

Guillermo volvió a quedarse callado. Cuando habló, parecía que se pensaba

muy bien las palabras.

—No quiere vivir conmigo —moduló lentamente, y su hermano se dio cuenta de que se sentía inseguro.

—Sabes que no me gusta dar consejos sobre este tema. —Sergio no se consideraba el más indicado para hablar sobre los asuntos del corazón. El que en ese momento Virginia estuviera con él era una suerte. No sabía cómo o qué había hecho. La verdad era que estaba con él y trataría de que su relación funcionara. Tenía que funcionar. Él la amaba, mucho más de lo que se hubiese imaginado jamás que llegaría a querer a una mujer.

Guillermo se había levantado de su sillón y miraba por la ventana, dando la espalda a su hermano.

—La amo, ¿sabes? —dijo en voz baja, como si se avergonzara de sus sentimientos.

—¿Y ella? ¿No te quiere? —Hizo la pregunta, para ver si su hermano sabía la respuesta. Era evidente, para cualquiera que pasara dos minutos con ellos, de que estaban enamorados. Pero el amor les hacía eso a los hombres, los volvía tontos.

—No lo sé. —Su voz fue apenas un susurro.

Sergio recordó el encuentro con Virginia en el parking del parque. La inseguridad que ella no se había molestado en ocultar. Él había creído que sabía que la amaba, pero ella necesitaba las palabras. Y entonces recordó cómo ella también le había confesado su amor, aunque pensaba que él estaba dormido. Su corazón se llenó de calor con esos recuerdos.

—Si yo fuera tú, le diría lo que sientes.

—¿Y si ella no corresponde a mi amor?

Una sonrisa torcida se dibujó en la boca de Sergio.

—No creo que ese sea el caso. —Se levantó y dejó a su hermano solo.

Guillermo se quedó mirando por la ventana, pensando en todos los momentos que había estado junto a Sabrina, en la manera que tenía ella de sonreírle, en la luz de sus ojos cuando hacían el amor, en su forma de acariciarlo que lo llevaba a la locura, en su humor pícaro. Le vinieron a la cabeza pequeños detalles, fragmentos de conversación... ¡Claro! Ella lo amaba, pero ¿por qué no se lo había dicho?

Se dio de patadas mentales al comprender que ella sufría de lo mismo que

él: de inseguridad.

La comprensión, trajo consigo una emoción que le llenó el pecho. Ella le había demostrado que lo amaba, de mil formas distintas, y a cambio él nunca le había dicho las palabras. Era un tonto de capirote por no haberse dado cuenta antes.

Cogió la americana que tenía colgada y salió de la oficina. Esa noche le demostraría su amor, no solo con hechos y con palabras. Pretendía regalarle algo que hablara por sí mismo.

La irritabilidad de Virginia hacía gracia a Sergio. Estaba acostumbrada a tener todas las horas del día ocupadas y en ese momento se aburría. Él la había llevado a su casa, a recoger ropa y otras cosillas, como sus lociones, maquillaje, cremas, y artículos personales. Se había traído una buena cantidad de libros, pero después del primer día que se lo había pasado leyendo, necesitaba alguna clase de actividad. Pero se negaba a salir con aquellos hombres que había contratado Sergio siguiendo todos sus pasos. Además, las lesiones de su cara habían pasado del morado al amarillo verdoso. Ningún maquillaje podría disimular aquello.

En un momento de hastío pensó en ponerse a cocinar. Buscó en la despensa, y se puso a preparar un bizcocho. Estaba en la labor, cuando apareció Sergio, llevando consigo una bolsa de un renombrado restaurante de la ciudad.

Se paró en el vano de la puerta de la cocina, con una sonrisa pintada en el rostro. Ella aún no lo había visto, estaba inclinada sobre el horno. Llevaba un pantalón vaquero y una camiseta de tirantes, y encima de la cintura de había enrollado un gran paño a forma de delantal.

—¿Sabes cómo funciona? —susurró al ver que ella tocaba varios botones del horno.

Virginia se dio la vuelta y le sonrió.

—Claro, pero por lo que veo, tu no.

El aparato estaba nuevo.

Sergio se acercó a ella y la besó. Fue uno de aquellos besos, que siempre la dejaban con ganas de más.

Él dejó sobre la encimera la bolsa que llevaba.

—¿Qué pretendes hacer?

—Un bizcocho.

La veía moverse con soltura por la cocina, con una gracia en sus movimientos que le trajeron a la mente recuerdos de su niñez.

—Mi madre y tú os llevaréis muy bien.

Ella se sorprendió por el comentario. Lo miró alzando una ceja. Cerró el horno, después de haber introducido el molde en el interior.

—Yo me llevo bien con todo el mundo —exclamó ella con sorna.

—Le gustaras —sentenció él.

—¿Tanto como te gusto a ti? —preguntó con picardía.

Desde el momento que le había dicho que la amaba, pareció que había abierto una compuerta dentro de él. No paraba de decirle lo mucho que la quería, lo hermosa que era a sus ojos. Incluso, cuando no estaban juntos, la llamaba y le decía que la echaba de menos.

Sergio había cambiado. Siempre había sido atento con ella, pero en ese momento lo era mucho más. Había desaparecido la reserva de cuando se habían conocido. Había adquirido el hábito de sentarse con ella en el sofá o en la cama, tumbados y abrazados, y contarle sus anhelos o anécdotas de cuando era un niño. Le hacía preguntas sobre su vida. Parecía querer saberlo todo sobre ella. Le hablaba de todo lo que le pasaba por la cabeza, mientras sus manos no paraban de acariciarla. Era una nueva faceta de él que ella adoraba.

—Eso es imposible cariño. —Su voz fue un suave susurro, al tiempo que se le acercaba y la encerraba entre sus fuertes brazos besándola, tal como ella deseaba.

CAPÍTULO 29

Aquella noche Guillermo llevó a Sabrina a cenar a su casa. Para lo que tenía planeado, no quería espectadores.

Ella estaba realmente bella, pensó con orgullo. Llevaba unos vaqueros con una camisa ceñida roja, que resaltaba todas sus femeninas curvas. Sus zapatos de tacón alto acentuaban sus largas piernas, y su manera decidida de andar hacía que sus caderas se balancearan cautivándolo por completo. Su rostro con apenas maquillaje era suave como la seda, y el brillo coloreado de labios atraía su mirada con cada palabra que salía de su boca. Sus ojos negros y brillantes lo miraban con interrogación por el misterio que él se traía entre manos.

Al llegar a la casa, Sabrina se sorprendió al ver desde la calle las luces encendidas.

—¿Tienes invitados?

Él sonrió de aquella forma que le derretía los huesos.

—Sí a ti. —Le pasó el brazo por encima de los hombros y la atrajo hacia él, girándola de manera que quedara cara a él. Ella vio cómo sus ojos ardían y sintió el calor de aquella mirada hasta los dedos de los pies. Guillermo se dio cuenta del efecto causado y le dio un beso en la punta de la nariz.

Al entrar en la casa, el aroma la dejó extasiada. Él la guio hasta el comedor y Sabrina se detuvo de repente al ver a un camarero, llevaba un uniforme que parecía hecho a medida, unos pantalones negros y una camisa de color burdeos, la pajarita de su cuello era negra. En ese momento, estaba encendiendo un par de velas que iluminaban la mesa, suntuosamente puesta. Ella giró la cabeza para mirar a Guillermo, con el asombro brillando en su mirada. Él sonrió de forma tan endemoniada, que le dieron ganas de darle un

codazo en las costillas. ¿Qué se traería entre manos ese hombre?

Guillermo no la había soltado, la empujó hacia la mesa.

—Todo está dispuesto tal como el señor me indicó —dijo el camarero con voz profunda.

—Muy bien, ya puede irse. —El hombre hizo un gesto con la cabeza y se dirigió al corredor.

Sabrina estaba absorta mirando todo el despliegue de manjares que había en la mesa. Desde hojaldres rellenos, ostras abiertas en una cama de hielo, caviar, filetes de salmón ahumado sobre lechuga fresca cortada en juliana, hasta una langosta servida en una fuente con una salsa amarilla, como si fuera de mantequilla. Al lado de la mesa había un recipiente con una botella de champan puesta en hielo. Los platos de porcelana, los cubiertos de plata y las finas copas de cristal, resaltaban sobre el fondo rojo de la mantelería. Estaba todo perfecto.

Guillermo había acompañado al camarero a la puerta, y le dio una sustanciosa propina por el trabajo que había hecho. Al volver al comedor, bajó la intensidad de las luces que, junto a las velas de la mesa, iluminaban tenuemente la estancia, y la visión de Sabrina bajo aquella luz hizo que todos los músculos de su cuerpo protestaran de ansiedad. Se acercó a ella y le sostuvo la silla para que se sentara.

—¿Te he dicho lo hermosa que estás? —susurró mientras se sentaba a su lado.

Ella se limitó a sonreír.

Guillermo estaba dispuesto a seducirla hasta tal punto que ella ya no pudiera seguir negándose a vivir con él. En el bolsillo de su pantalón sentía el peso de la cajita, pero el regalo se lo daría después de cenar. Sospechaba que, si lo hacía antes, no cenarían, irían directamente a la cama.

La cena fue un juego de seducción. Sabrina veía como él la miraba, su sonrisa cuando le acercaba una ostra a la boca, o cuando le alargaba el tenedor con un trozo de langosta untado en salsa.

Ella nunca había sido una amante pasiva, y le siguió el juego. Lo tentaba con salmón o simplemente relamiéndose los labios cuando él le ponía algo en la boca. Lo veía moverse incómodo, y adivinó el poder de seducción que ella tenía sobre él. La sonrisa sugerente que iluminó su rostro hizo que Guillermo

perdiera los papeles. La cogió por la nuca y la acercó hasta que la estuvo saboreando a ella.

Sabrina soltó un suspiro de satisfacción, y se arrimó a su pecho, participando con mucho entusiasmo en aquel beso.

Haciendo un gran esfuerzo, él se separó de aquellos tentadores labios. Sus miradas chocaron, ambas cargadas de pasión.

—¿No sería mejor que termináramos de cenar? —murmuró con los labios a un suspiro de los de ella.

—Yo tengo hambre de ti. —La voz cargada de deseo acabó con sus propósitos. Sus bocas volvieron a juntarse y las manos empezaron a ejercer la magia sobre los cuerpos.

Mucho más tarde, cuando yacían exhaustos, saciados y felices el uno en los brazos del otro, Guillermo se acordó del regalo.

—Mi amor... —Le dio un suave apretón en la nalga que sostenía en su mano. Sabrina estaba a punto de quedarse dormida.

—Mmm... —Se apretó más contra el duro pecho, aspirando el aroma que desprendía la suave piel bajo su mejilla.

Al sentirla, una burbuja de satisfacción se inflamó en el pecho de Guillermo. La amaba, adoraba la forma en que ella se acurrucaba junto a él cuando terminaban de hacer el amor, cómo reclamaba inconscientemente que la rodeara con sus brazos, cómo incluso dormida se enroscaba a su cuerpo, con sus suaves piernas entre las suyas, y sus delicadas manos encima de su pecho. Se relajó, y se quedó dormido, con una sonrisa adornándole la cara.

A la mañana siguiente, apenas había amanecido, cuando despertó al sentirla removerse contra él. Al abrir los ojos, se encontró con la brillante mirada de ojos negros clavada en él.

—Buenos días, preciosa —murmuró con la voz ronca por el sueño, y la besó con todo el amor que estaba descubriendo que sentía por ella.

—Te has despertado juguetón, ¿eh? —susurró Sabrina al notar lo excitado que estaba contra su cadera.

—Siempre estoy así cuando te tengo a mi lado. —La tendió de espaldas y empezó a besarla por todo el cuerpo. Sus juegos amorosos terminaron en la ducha, donde la amó, deseando demostrarle todo lo que sentía.

La dejó en el baño. Mientras ella se arreglaba el pelo, él fue a preparar el

desayuno. En pocos minutos la casa olía agradablemente a café recién hecho y a tostadas.

Al salir de la habitación, Sabrina se dio cuenta de que había recogido todo lo de la cena, y la mesa estaba repleta con lo que había preparado para desayunar: huevos revueltos con tocino, tostadas, había también mantequilla y mermelada de fresas. Y en el centro de la mesa había un fino jarrón con una rosa blanca. Aquel detalle le encantó.

Sonrió al verlo que salía de la cocina con un mandil atado a la cintura.

—Uy, no me había dado cuenta de que tenía tanta hambre —bromeó—. Será por el ejercicio que hemos hecho.

Guillermo soltó una carcajada y le siguió la corriente.

—No quiero que caigas de debilidad.

Se sentó en la mesa, en el mismo lugar que había ocupado la noche anterior, y vio que él la observaba. Seguro que estaría esperando algún halago por lo bien que lo había dispuesto todo. Alargó la mano hacia la rosa y entonces lo vio. Al pie del jarrón había un pequeño paquete alargado envuelto para regalo. Su mirada se quedó clavada en el paquetito.

—¿No sientes curiosidad? —susurró inclinándose hacia ella—. Es para ti. —Sabrina lo miró entrecerrando los ojos—. Quería dártelo anoche, pero...

—¿Qué estás tramando?

—¿No puedo hacerte un regalo? —exclamó él con una ancha sonrisa, al verla que fruncía el ceño. En ese momento que entendía a lo que ella le temía, le hacía gracia.

Sabrina no quería hacerse ilusiones, sabía que aquello de lo que estaba disfrutando, terminaría algún día y que el rompería el corazón. Cada día que pasaba al lado de ese hombre, se enamoraba más y más de él. ¿Es que no se daba cuenta del daño que le haría?

—Vamos, ábrelo —insistió con una tierna sonrisa en los labios.

¡Al diablo!, pensó. No desperdiciaría ni un solo segundo que pasara con él, durara lo que durara. Aquel amor ya la había marcado, se empaparía de él, y el recuerdo le duraría toda la vida. Cuando tuviera nietas les contaría cómo había perdido la cabeza por un hombre divino, delante de quien las mujeres caían rendidas a sus pies, y cómo por un tiempo había sido suyo.

Alargó la mano y cogió el pequeño paquete, rasgó con cuidado el papel

brillante que lo envolvía y se encontró con una caja de joyería, forrada de terciopelo azul celeste. Sus manos se contrajeron en dos puños a unos centímetros de la caja, y lo miró a él.

Guillermo sonreía al ver la incertidumbre en su mirada. La alentó con un movimiento de cabeza a que lo abriera.

En el momento de abrir el estuche y ver lo que había en su interior, lo miró con la boca abierta, confusa, y con incertidumbre en la mirada.

—Es...

—Un sonajero para nuestros hijos. —Él deseaba transmitirle sus planes de futuro, con aquel regalo pretendía que ella entendiera que la amaba, que quería que fuera su esposa, que le diera hijos..., que vivieran felices para siempre.

Sabrina se quedó sin palabras. Tragó con esfuerzo al darse cuenta de lo que él había dicho, ¡hijos! ¡Sus hijos! Si aquello era una broma... Los ojos se le empañaron, no, él no sería tan cruel de jugar así con sus sentimientos. Guillermo, al ver la vulnerabilidad que ella no trataba de ocultar, supo que había llegado el momento de la verdad.

—Te amo. —Esas dos simples palabras, que de simples no tenían nada, cayeron en su corazón inundándolo de placer. La emoción que sentía hizo que lágrimas de felicidad rodaran por sus mejillas—. No llores, mi amor, ¿acaso no es eso...

Ella se lanzó a sus brazos, sin dejar que terminara con su pregunta, asintiendo con la cabeza. Él estaba aturdido. No tenía experiencia en declararle su amor a una mujer, nunca lo había hecho, y la reacción de Sabrina lo dejó perplejo, hasta que la oyó susurrar.

—Yo también te amo.

La estrechó entre sus brazos, y se sintió el hombre más feliz del mundo.

Estaba cansada de conducir; le hacía falta una buena noche de sueño. María estaba cansada, se paró a poner gasolina y le preguntó al encargado por algún hostel. No quería ir a ningún hotel. Con la apariencia que tenía en ese momento de jovencita, sola en un hotel llamaría demasiado la atención, aparte de que no sabía si la estaban buscando ya en el país vecino. El hombre

le dijo que a unos cinco kilómetros había un pequeño restaurante donde alquilaban habitaciones. Eso sería un lujo, pensó ella, que no había comido nada desde el desayuno.

Después de registrarse, se sentó en una mesa y pidió la cena, estaba famélica. Cuando al terminar se fue a su habitación, puso el televisor. Quería mantenerse informada, necesitaba saber si ya se habría dado la orden de búsqueda fuera de las fronteras. En el noticiario no la nombraron. Sonrió maliciosamente pensando en lo inútiles que eran los policías. Aquella noche durmió a pierna suelta, sintiéndose segura.

A la mañana siguiente se duchó y, cubierta con una toalla, extendió un mapa sobre la cama y estudió hacia dónde ir. Mientras buscaba, pensó en a quién habrían interrogado. Seguro que, a sus padres y evidentemente a Sergio. Ellos sabían sus gustos por los lujos, tenía que ir a algún lugar dónde pasar desapercibida. Seguro que no se les ocurriría buscarla en un pueblecito perdido por las montañas, nunca había estado en uno. Eso es lo que haría, se perdería por algún rincón recóndito donde a nadie se le ocurriera buscarla.

Estaba tomándose un copioso desayuno en una mesa al lado de las ventanas que daban al aparcamiento. Su coche llamaba la atención sobre todos los demás que había aparcados. Entonces cayó en la cuenta de que con aquel vehículo era un blanco fácil. Cualquiera podía acordarse de haberlo visto. Tenía que deshacerse del coche.

Ya en la carretera recordó que no muy lejos del pueblo donde se dirigía había un lago, o al menos eso era lo que parecía en el mapa, allí se desharía del coche.

Jesús Balboa había recibido la llamada de Ramón Marques, que le había alegrado el día. Mientras viajaba con María, se las había arreglado para poner un transmisor dentro de su bolso, ella lo llevaba en el suelo junto a sus pies, y él había dejado caer un CD y al recogerlo, había enganchado el pequeño aparato al interior del bolso. Al principio había pensado en ponerlo en el coche, pero si ella no era tonta, se desharía del coche muy pronto. Seguro que la policía ya estaba buscando a una mujer viajando sola en un coche de alta gama como aquel.

Jesús sonrió al pensar en lo tranquila que debía sentirse ella. Jugaría al gato y al ratón, pero dejaría que pasaran algunos días. Quería pillarla con la guardia baja. Mientras tanto ya tenía a un hombre que no la perdería de vista. Soltó una carcajada, imaginándose la cara de María cuando lo viera.

Entonces, pensó en AP. Le diría dónde podía encontrarla, pero eso sería después de que él se hubiese cobrado el trabajo que había hecho. Negocio redondo, al padre le cobraría con dinero y a la hija en especias. ¡Qué bien se lo pasaría!

CAPÍTULO 30

La luz roja del aparato de rastreo que había puesto en el soporte del GPS le indicaba que se había detenido. Como Oscar Granados no quería ser visto de momento, detuvo el coche en el arcén. Se encendió un pitillo, mientras pensaba en qué debería estar haciendo esa mujer. El aparato le indicaba que aún no había llegado al pueblo. La situaba muy próxima a un estanque o lago. Cogió su móvil y llamó a su jefe.

—Te equivocaste —dijo con chanza cuando su interlocutor contestó la llamada.

—¿Ah sí? ¿Dónde está?

—La carretera termina en un pequeño pueblo al norte, rodeado de grandes riscos, vacas y ovejas.

—Debe haberse equivocado de carretera. —Soltó una carcajada—. Seguro que cuando se dé cuenta, sale de allí cagando leches.

—¿No será que la has subestimado? Es el lugar perfecto para desaparecer.

Jesús Balboa se rascó la barbilla. Su hombre tenía razón. Nunca habría imaginado que, en la calculadora cabeza de María, hubiese un mínimo de inteligencia. Esa mujer estaba acostumbrada a vivir de los hombres, los usaba para sus propios fines y, cuando se cansaba, otro al que poder sacarle el dinero. A la vista estaba cómo había terminado el negocio fraudulento que había montado con las películas pornográficas. Si en lugar de juntarse con aquel pelele de Julián Redondo, le hubiese ofrecido el negocio a él, no la estarían persiguiendo, ya se habría encargado él, de hacer recaer las sospechas sobre otros. Pero, lo cierto era que le había encargado un trabajo, y se había largado sin pagarle. Eso se lo haría pagar muy caro.

Reconocía que nunca la habría buscado en un pueblo de mala muerte.

Quizás estaba empezando a aprender de sus propios errores.

—Tal vez, tengas razón. Procura no perderla de vista.

—Eso haré. —Oscar tenía unos planes bien trazados para engatusarla. Cortó la llamada.

Con el móvil, buscó un alojamiento en aquel pequeño pueblo. A través de internet se puso en contacto con una casa rural que alquilaba habitaciones. Según los datos era la única en todo el pueblo. Bien, María terminaría en la misma casa que él.

Al lado del lago, María observaba como su coche se hundía lentamente. Había sacado las pocas pertenencias que quería conservar y otras las sacrificó para que no la pudieran delatar. Cuando el coche desapareció de su vista bajo las aguas, se quedó allí un rato mirando las burbujas que aún removían las aguas. Era consciente de que, a partir de ese momento, su libertad de movimiento se vería restringida. Tendría que adaptarse a la vida pueblerina, pero no tenía otro remedio. Era eso o que la encontraran, y no quería pensar en las consecuencias. Si la encontraba la policía, su padre la sacaría del atolladero, pero si quien daba con ella era Jesús... Un estremecimiento le recorrió la columna vertebral. Se dio la vuelta y volvió a la carretera, cargada con su bolso y la bolsa de deporte que tenía en el maletero, donde había puesto sus escasas pertenencias.

Al ver que el punto de luz rojo del rastreador se movía dirección al pueblo, Oscar se puso en marcha. No tardó en verla caminando por la carretera. Tal como habían supuesto, María se había deshecho del coche. Primero pensó que lo habría escondido entre la maleza. Entonces pensó en el lago, no creía que... al día siguiente iría a investigar, no la conocía personalmente, pero si se había librado del coche tal como imaginaba, esa mujer se había cortado las alas ella solita. Intrigado pasó por su lado siguiendo la carretera.

No le costó mucho llegar a la casa rural donde lo recibió una mujer de mediana edad, con una ancha sonrisa en los labios. Él le dijo que había ido allí porque buscaba su inspiración perdida, que era un escritor y debido al estrés necesitaba unas largas vacaciones. La mujer le contestó que había

hecho una buena elección, que la tranquilidad que allí se respiraba lo ayudaría a despejar las ideas. Lo instaló en una confortable habitación en el piso de arriba, con una bella vista a las montañas que rodeaban la casa. Después de instalarse, bajó y se fue a dar un paseo por los alrededores. Quería reconocer el terreno, nunca se sabía lo que podía pasar.

María llegó al pueblo y le preguntó a un anciano que estaba tomando el sol sentado en un tocón por algún sitio donde poder comer algo. Sentía que el estómago se le revolvía por falta de alimento. El hombre la guio a una taberna, la única del pueblo, donde se reunían los pocos habitantes. El tipo tenía ganas de hablar y su curiosidad por saber qué hacía una muchacha como aquella allí, lo llevó a preguntarle a María si era pariente de algún vecino, qué había ido a hacer allí, de dónde venía... Ella no quería contestar preguntas, pero sabía que si quería quedarse algún tiempo tendría que ser receptiva con la curiosidad de la gente. Compuso una sonrisa en su cara e iba inventándose las respuestas mientras el hombre le hacía las preguntas. Tendría que recordar lo que decía, pensó. Si cambiaba la historia, los vecinos del pueblo lo descubrirían. No podía permitirse ningún error.

Al fin, le dijo que estaba famélica y el hombre le sonrió, y le aseguró que ya se verían en otra ocasión.

Ya en la taberna y con el estómago lleno, cogió el periódico para saber si decían algo de ella, mientras se tomaba un café. La tabernera, una muchacha que debía tener unos veinte años, morena, con el pelo lleno de rastras, la miró con sus alegres ojos negros.

—¿Has venido a ver a alguien? —le preguntó, desde detrás de la barra, mientras secaba vasos.

María levantó la cabeza y la miró durante unos segundos antes de responder. Aquella chica debía saber todo lo que sucedía en el pueblo. Tenía que llevarla a su terreno, así si alguien hacía más preguntas de las necesarias se enteraría.

—No, he venido huyendo de un novio que... —Fingió desolación, bajó la mirada hacia el café y se secó una lágrima imaginaria—. Me maltrataba.

La chica salió de detrás de la barra, llevaba unos vaqueros con parches y un

jersey tejido a mano, a rayas de colores. Se sentó a su lado.

—Malditos imbéciles, se creen que, porque son más fuertes que nosotras, son los amos del mundo. Has hecho bien en abandonarlo. ¿Lo has denunciado? Le tendrían que cortar el pito.

—Tengo mucho miedo de que me haya seguido. —Su voz era tan acongojada que Lucía, que era su nombre, le cogió las manos.

María sonrió interiormente, ya se había ganado una aliada. Si alguien se presentaba en el pueblo preguntando por ella seguro que la avisaría.

—No te preocupes, en este pueblo nos ayudamos los unos a los otros. Si ese hijo de perra aparece por aquí, se le terminarán las ganas de levantarle la mano a nadie.

Lucía era un torbellino, le contó sobre los vecinos y que ella se había instalado allí con su novio, dos años atrás, cuando ambos habían decidido independizarse. Desde entonces ella llevaba la taberna y él ayudaba en las tareas de la tierra a los más mayores. Cuando María le preguntó si había alguna casa donde poderse alojar, Lucía le dijo que sí. Cerró la taberna y la acompañó hasta la casa de Juanita. Por el camino le contó que era una casa rural, que la tratarían muy bien, que la dueña era una mujer que había enviudado hacía un año y al no tener ingresos, se dedicaba a alojar a turistas y a hacer comidas caseras. Le aseguró que allí estaría perfectamente.

Llegaron a una casa de piedra donde se veía a una mujer con un cesto recogiendo verduras de un huerto que había al lado de la casa. Al verlas, Juanita les sonrió y les hizo un gesto con la mano, señalando que enseguida se reuniría con ellas. Lucía asintió con la cabeza. Mientras tanto, María miraba alrededor, los espesos bosques, los altos riscos... Aquello no era en absoluto su paraíso, pero se recordó que no estaba allí para pasarlo bien, sino para que no la encontraran. Estaba tan ensimismada que no se percató que Lucía había ido a hablar con la mujer del huerto.

—Yo tengo que irme. —Su voz la sacó de sus cavilaciones—. Juanita enseguida estará contigo. Cuando quieras ya sabes dónde encontrarme.

—Gracias. —María le sonrió y le agradeció lo que había hecho por ella, Lucía le quitó importancia y se alejó por el camino por donde habían venido.

Unos minutos después, Juanita se reunía con su nueva huésped. Era una mujer muy agradable, pero a María aquello la traía sin cuidado. Sus cínicos

pensamientos hacían que menospreciara a todo aquel que no se moviera en su círculo. A pesar de eso, se dibujó su mejor sonrisa en los labios y se presentó a la dueña de aquella casa. Esta era muy habladora, y en pocos minutos María sabía que aquel mismo día había llegado otro visitante. Dentro de su cabeza sonaron todas las alarmas, mientras escuchaba lo que la otra decía. ¿Era casualidad que alguien hubiera llegado el mismo día que ella?

A la hora de la cena, salió de la habitación donde había permanecido todo el día encerrada. Estaba de mal humor y tenía un mal presagio. Se sentó en una mesa pequeña, cubierta con un mantel a cuadros rojos y blancos. En el centro de la mesa había un ramillete de flores silvestres. Le pareció algo cutre, pero no se podía permitir ser exigente. Estaba a medio comer una ensalada que le había servido Juanita, cuando oyó pasos por el corredor del piso superior. Su espalda se tensó y se obligó a permanecer donde estaba, sin prestar atención a quien fuera que bajaba la escalera.

—Buenas noches —saludó el recién llegado.

Ella le devolvió el saludo y sus ojos lo recorrieron de arriba abajo. Hasta le dedicó una sonrisa al hombre que la miraba con una media sonrisa. Juanita apareció enseguida.

—Oscar... Puedo llamarte así, ¿verdad?

—Claro, señora, ese es mi nombre. —Una hilera de dientes blanquísimos iluminó la sonrisa que le dedicó a la mujer.

—Llámame Juanita, por aquí no nos andamos con formalidades. ¿Te apetece ensalada o sopa? —le preguntó mientras lo guiaba hacia una mesa al lado de una ventana. A través de los cristales se podían ver las bien cuidadas macetas repletas de flores.

María no se perdía detalle. Los observaba disimuladamente. Él le explicaba a la mujer que estaba fascinado por la belleza de aquellas tierras, con lo que Juanita se entusiasmó y empezó a contarle y describirle sitios que lo cautivarían, según ella.

La mente sucia de María se imaginó que ese hombre era uno de esos que seducían a señoras mayores, aunque la mujer no era tan mayor, pero se los veía tan animados en su conversación.

Cuando Juanita sirvió los cafés, Oscar la invitó a tomarse uno con él. Los dos siguieron hablando del pueblo y de la gente que lo habitaba. María les

deseo buenas noches y se fue a su habitación. No le apetecía ver como el tipo adulaba a Juanita, y ni siquiera se había fijado en ella.

Oscar disfrutó enormemente de la velada. Se había dado cuenta enseguida de las miradas disimuladas de María. Veía el desprecio en aquellos ojos negros y se divirtió ignorándola. La dueña de la casa no se percató que su huésped la estaba utilizando para enfurecer a aquella mujer. ¡Cómo se iba a divertir!

Pasaban los días y era evidente que María no encajaba allí. Se mostraba retraída con la gente del pueblo. Oscar había coincidido en la taberna con ella en varias ocasiones, y en todas se podía percibir el desprecio que sentía ella por aquellas humildes personas, cuando lo único que ellas querían era ser amables. Todo el pueblo pensaba que era una mujer rara.

CAPÍTULO 31

Las paredes se le caían encima. Virginia no estaba acostumbrada a estar en casa y, a pesar de que Sergio insistía, ella fue más persistente. Una mañana se maquilló para que no se le notaran los restos de los moratones de la cara y se vistió para irse a trabajar. Al reunirse con él en la cocina para tomarse el café, vio como fruncía le ceño.

—No me mires así —lo reprendió acercándose a darle un beso.

—No te saldrás siempre con la tuya, lo sabes, ¿no?

—No estés tan seguro —replicó con una sonrisa.

Sergio sentía una vena protectora hacia ella que no la había sentido jamás con ninguna otra mujer. Sabía que en casa estaba a salvo. Los guardaespaldas que había contratado siempre estaban alerta. En cambio, en la oficina sería más difícil. A pesar de tener a los guardias de seguridad y las cámaras... Pero entendía que ella era una persona muy activa, ya se había encontrado en varias ocasiones con el malhumor de Virginia al llegar de la oficina. No le costó demasiado descubrir la mejor manera de aliviar la tensión en el ambiente. Un día, mientras ella se quejaba de que se sentía prisionera, la envolvió en sus brazos y la calló a besos. La pasión que despertó en ambos fue explosiva, hicieron el amor en la alfombra del salón. Luego él la cogió en brazos y la llevó a la cama donde volvió a acariciarla hasta que ella se rindió al fuego interior que él despertaba con tanta habilidad. En esa ocasión el amor había sido lento y enloquecedor. Cuando Virginia yacía saciada, exhausta y feliz, ya no recordaba su anterior mal humor.

Su vida personal había dado un giro de ciento ochenta grados. Sergio se

sentía lleno de vida. Virginia lo hacía sentir el hombre más feliz del mundo. ¡Sería bonito tener hijos con ella!, pensaba a menudo. Pero primero quería casarse.

Una mañana visitó a un joyero y compró el anillo de compromiso más bonito que encontró. Era espectacular.

Esa noche la llevó a cenar a un restaurante muy romántico, y cuando estaban en los postres le pidió que se casara con él. Virginia no se lo esperaba. Su boca se abrió de la sorpresa. Pasado el aturdimiento que le causó la petición, cogió aire.

—Sí, mi amor, contigo hasta el fin de mis días —respondió jubilosa.

—Prometo hacerte la mujer más feliz del mundo —declaró mientras ponía en su dedo el anillo.

Virginia se quedó mirando su mano adornada con emoción, mientras sentía que en su interior se expandía una burbuja de felicidad.

—Es precioso —exclamó mientras las luces se reflejaban en el diamante engarzado dentro de un círculo de amatistas.

—No más que tú, mi amor. —Las palabras susurradas contra sus labios la hicieron estremecer.

Sergio la envolvió en sus brazos y pareció que le hacía el amor con la boca. Ella no podía sentirse más dichosa.

A la mañana siguiente, Sergio llamó por la línea interior y le dijo a Virginia que se reuniera con él en su despacho. Ella subió, pensando en que la volvería loca con sus ganas de verla a todas horas. Entró en el despacho sin ser anunciada y vio a Sergio con otro hombre.

—Disculpa, debí llamar, volveré más tarde.

—No, Virginia, entra. —Sergio hizo una pausa—. Este es Enrique, mi abogado, le pedí que redactara un acuerdo prematrimonial.

Ella sintió como si le hubiesen arrojado un cubo de agua helada en la espalda. ¿Qué representaba aquello? Estrechó la mano de Enrique.

Sergio le indicó que se sentará en su sillón y le puso delante varias hojas. El abogado le dijo que lo leyera y que luego firmara al pie de cada página.

Ella pasó de la sorpresa al enfado. Trató de disimularlo.

—¿Podemos hablar un minuto a solas? —dijo mirando a Sergio.

Este la miró sorprendido, Enrique fue más discreto.

—Me voy a tomar un café.

Cuando quedaron los dos a solas, Virginia miró a Sergio con fuego en los ojos.

—¿Qué representa esto? —replicó señalando los papeles.

Sergio no esperaba ninguna objeción por parte de ella, había sido muy generoso, en lo que ella se llevaría si llegaban a separarse algún día.

—Aún no lo has leído, ¿qué problema hay?

Virginia se levantó del sillón y acercó a él lentamente.

—Después del tiempo que llevamos juntos, ¿aún no te has dado cuenta de que yo te amo? Una vez me dijiste que esas palabras eran vacías, que el amor se demostraba con los hechos, acaso ¿no te lo he demostrado? —Virginia se estaba alterando.

—Mi amor, sé lo mucho que me amas —susurró él cogiéndola por los hombros y apretándoselos con ternura—. Pero no sabemos qué puede ocurrir mañana.

—Te dije hasta el fin de mis días.

—Lo sé, pero... —A Sergio se lo veía nervioso—. No quería decirte esto, pero mi exmujer me prometió lo mismo y...

—Yo no soy ella, soy yo, Virginia, no quiero tus propiedades, ni tus coches, ni tus negocios... te quiero a ti, solo a ti. —Se sentía herida. La confianza era lo primordial en su vida y se daba cuenta de que él no se fiaba de ella plenamente. Supuso que la desagradable experiencia con María lo había marcado, pero no se creía merecedora de aquella ofensa a su integridad. Sergio la miró atormentado.

—No tienes que firmar si no quieres —murmuró dando el tema por zanjado al ver su mirada afligida—. No voy a obligarte a nada. La verdad es que tal como estamos ahora nos va bien.

Virginia leyó entre líneas, si no firmaba no habría boda. ¿Y si tenían hijos?, se preguntó.

Ella lo miró dolida, y luego volvió a sentarse en el sillón. Sergio llamó a Enrique que estaba fuera. Este entró, incomodo por la tensión que se respiraba en el ambiente. Ella lo miró, cogió un bolígrafo y firmó todos los

papeles.

—¿No los lees?

—No —fue la escueta respuesta de Virginia.

Ella iba a marcharse, Sergio le pidió que se quedara, y Enrique se despidió de ellos con un apretón de manos y se marchó.

—Lo siento.

Ella no le contestó, se sentía defraudada por su falta de confianza.

En ese momento sonaron dos golpes en la puerta y el hermano de Sergio asomó la cabeza.

—Entra Guillermo. —Sonrió tratando de que el ambiente se aclarase—. Quiero presentarte oficialmente a...

Fue interrumpido por Virginia.

—Su próxima exesposa.

Los dos la miraron, Sergio con un furioso entrecejo, Guillermo divertido.

Ella aprovechó la sorpresa que había causado para escabullirse del despacho, bajó hasta el suyo, dio instrucciones a Sofía, cogió la chaqueta y se fue. Estaba demasiado enojada para seguir allí.

Estuvo paseando gran parte del día, pensando en los recientes acontecimientos. Ella lo amaba con toda su alma y sabía que él también a ella, pero le dolía su falta de confianza. Sergio la llamó varias veces al móvil, pero ella no contestaba las llamadas. Se sentía demasiado herida para hablar con él. Hacia media tarde, se sentó en una terraza a tomarse un café. No había comido, pero no tenía hambre. Estaba ensimismada cuando escuchó la conversación que mantenían en la mesa de al lado una pareja mayor. La mujer se reía de los comentarios de su compañero.

—¿Recuerdas el bofetón que me diste el día que nos conocimos?

—No fue para menos —decía ella entre risas—. Eras un bribón. Me sacaste a bailar para presumir delante de tus amigos y encima trataste de tocarme el culo.

El hombre soltó una carcajada, recordando.

—Te dije que confiaras en mí.

—Claro, y creíste que yo lo haría por tu linda cara... Todo el mundo sabía que eras un sinvergüenza. Te gustaban más las faldas que a un tonto un caramelo.

—Eso fue antes de que mis ojos se posaran en ti. —Al oír el tono mimoso en que lo había dicho, Virginia se giró con disimulo. La pareja en cuestión debería tener unos sesenta años. Ella lucía un brillante pelo plateado, sobre una tez sonrosada por las risas. Unas finas arrugas se dibujaban alrededor de los ojos y de la boca, era evidente que reía con frecuencia. Él la miraba con adoración, con una sonrisa en los labios. Ante ellos tenían dos tazas de chocolate y un plato con bizcochos, pero sus manos estaban unidas mientras se miraban con amor.

—Mis amigos se reían de mí porque estaba embobado contigo, y no me atrevía a decirte nada. Aquella tarde me tendieron una trampa, llegaron a mi casa con la hermana de uno de ellos y me dijeron que tenía que ser su pareja en el baile. Lo hicieron a propósito, para que tú me vieras.

—Si no recuerdo mal, llegaste solo... y tarde.

Virginia estaba pendiente de la conversación, pero sin mirarlos. Solo por escucharlos, le parecía que estaba invadiendo su intimidad.

—Me enfadé con ellos y les dije que no pensaba ir al baile.

—Pero fuiste.

—Cuando se marcharon me di cuenta de que tú sí que irías. Sabía que tarde o temprano tú te fijarías en otro. Aquello me revolvió el estómago, no podía permitirlo, si hasta soñaba contigo... No fue ningún flechazo, no voy a engañarte. Solo sé que de la noche a la mañana me di cuenta de que en todos los bailes a los que asistía te buscaba con la mirada. Me encantaba oírte reír, y cuando sonreías a cualquier hombre que te sacaba a bailar, se me hacía un nudo en el estómago. Te fuiste colando dentro de mi corazón sin previo aviso.

—No digas tonterías.

—Es cierto, bendita suerte la mía. A pesar de lo que te hiciste de rogar, terminaste casada conmigo, ¿te arrepientes?

—Jamás.

Virginia se imaginó el beso que se estaban dando. Al tiempo que comprendía que sería tarea suya demostrarle a Sergio que no era como su exmujer. Tendría que luchar como ese hombre para ganarse su confianza.

Volvió al despacho, Sofía le dijo que Sergio había estado preguntando por ella todo el día.

—La próxima vez que llame, me lo pasas.

Sergio estaba furioso cuando al final de la tarde bajó al piso inferior y encontró a Virginia trabajando como si no hubiese pasado nada. A él se lo llevaban los demonios. Había tenido que aguantar las pullas de su hermano por el comentario de ella, y el muy truhan se había burlado de lo lindo. Cuando lo vio totalmente enojado, había parado de reírse de él y le había preguntado qué era lo que había pasado. Sergio le contó que le había hecho firmar un contrato prematrimonial, y este le dijo que no era de extrañar que ella no se lo hubiese tomado demasiado bien.

En ese momento, Sergio estaba en la puerta del despacho de Virginia. Entró sin llamar. Ella levantó la vista y lo vio allí de pie sin decir nada.

—¿Deseas algo? —preguntó ella en tono meloso.

—Sí, una explicación. —Su voz era dura.

Ella lo miró levantando las cejas, ante la expresión y el tono de él.

Sergio se dio cuenta que estaba haciendo el estúpido. ¡La mejor defensa es el ataque! No le servía. Esa mañana la había ofendido, en ese momento se daba cuenta.

—Perdona, pero hoy estoy de muy mal humor.

—A pesar de tu humor te sigo amando —repuso ella con sencillez.

Con aquel comentario lo desarmó del todo. En dos zancadas estuvo a su lado y en un abrir y cerrar de ojos, Virginia se encontró aplastada contra el duro pecho, los labios de él buscaron los suyos y saquearon su boca con un fervor embriagador.

Cuando se separaron, le preguntó:

—¿Dónde has estado todo el día?

—Por ahí, necesitaba pensar.

—¿En qué?

Virginia tardó unos segundos en responder.

—Piénsalo, la respuesta vendrá sola.

Sergio se quedó perplejo ante la rara respuesta de ella.

CAPÍTULO 32

Guillermo había conseguido al fin que Sabrina se fuera a vivir con él. La mudanza no les había llevado mucho tiempo. Ella vivía en un pequeño apartamento alquilado y, aparte de su ropa, solo había llenado un par de cajas de objetos que tenían un valor sentimental. La vida en común estaba llena de risas. Habían descubierto que les encantaba bromear, tomarse el pelo y los dos estaban encantados. El único roce que tuvieron había sido cuando ella le dijo muy seria que tenía que ser más ordenado, que no se dejara la ropa esparcida por todas partes, que pusiera cada cosa en su lugar. Él se lo tomó a risa, por algo estaba pagando a una mujer para que fuera cada día a hacer las tareas de la casa. Pero Sabrina se mostró inflexible, su madre se había deslomado trabajando de asistenta, donde no le tenían ningún respeto porque era la chacha. Ella creía que era un trabajo tan digno como cualquier otro y que merecía que se valorara como tal. No porque tuviera una sirvienta, tenía que dejarlo todo manga por hombro. A partir de ese momento él había tratado mejor a la mujer, incluso le había subido el sueldo.

La vida les sonreía y se sentían felices. En varias ocasiones Guillermo le había propuesto ir a visitar a sus padres, pero Sabrina tenía cierto temor, ¿y si no les gustaba? Cuando se lo decía a él, él se reía de ella, y le decía que les encantaría, que se sentirían felices por ellos, que la adorarían, al fin y al cabo, era merito suyo que él hubiera sentado cabeza. Pero ella se sentía insegura y, al notarlo, decidió dejarlo para más adelante.

Varias semanas más tarde, María ya estaba asqueada de aquel pueblo. No tenía noticias ni de sus amistades, ni de su familia. Claro que a sus padres no

los echaba de menos, pero sí a sus amigos y a su forma de vida. Había tratado de encajar entre aquellas gentes, pero le era imposible. ¡Eran tan pueblerinos! Ella se creía superior a todos ellos, y eso se traslucía en su manera de hablarles. Más de uno ya no se dignaba ni a intentar entablar conversación con ella. Las mujeres murmuraban a su espalda. Con las únicas que tenía trato eran Lucía y Juanita. La primera la entendía porque había vivido siempre en la ciudad, solo hacía dos años que residía allí, y siempre le decía que tenía que ser más abierta, que lo único que querían aquella gente era ser amables con ella. Juanita, por el contrario, se mostraba paciente y amable, pero algo en su interior le decía que aquella mujer no era de fiar. La tenía alojada en su casa y por eso la toleraba, porque cada semana cobraba un dinero que le iba muy bien.

Muy al contrario, su otro huésped, Oscar, era un encanto. Cada noche se quedaba con ella charlando un rato. Se sentaban frente a la chimenea y él le decía que la tranquilidad de aquel lugar le estaba devolviendo la inspiración, o bien le comentaba algún libro que había cogido de su estante, o simplemente veían el programa que hicieran en la televisión. Juanita estaba encantada con él, nunca había criticado a su otra huésped, era cortés con ella, pero mantenía la distancia.

Oscar se lo pasaba en grande viendo como María se consumía en aquel lugar. Era cierto que no encajaba, sus aires de grandeza le estaban dando lo que se merecía. Las personas que habían tratado de ser amables con ella se habían llevado un buen chasco cuando ella les contestaba con aquella mirada de superioridad, y poco a poco dejaron de hablarle. La saludaban porque, aunque eran humildes, eran educados.

Jesús Balboa lo llamaba cada día, y cuando Oscar le decía lo que estaba pasando con la mujer, se desternillaba de risa. Pronto, muy pronto se verían las caras con aquella zorra. De momento estaba estrujando al padre, que estaba muy nervioso al no saber el paradero de su hija. Aquella noche sería la última vez que llamaría a AP, le pediría una cantidad exorbitante con la promesa que en pocos días sabría dónde estaba su hija. Si la hallaba viva o muerta, era algo que dependería de la víbora. O tal vez no, pensó. Sus

amiguitos policías podrían apuntarse un tanto si él los llevaba hasta ella, y encima le deberían un favor.

Pretendía rememorar los viejos tiempos, cuando ella le hacía cualquier cosa que le pidiera a cambio de un poco de cocaína. Después... sonrió cuando una idea se le pasó por la cabeza. Llamó a uno de sus colaboradores y le dijo que buscara pruebas de todas las fechorías de María, de todo lo relacionado con el negocio de las películas que se había montado. Él mismo tenía fotografías de esa zorra en actitudes muy comprometidas. Las buscó en su caja fuerte. Era sorprendente lo útiles que le serían. Al mirarlas, notó una tirantez en la entrepierna. Aquella mujer era una verdadera gata salvaje en la cama y fuera de ella, pensó con una carcajada, recordando el trabajito que le había hecho en el almacén donde guardaba los licores. Lo había seguido hasta el sótano, donde guardaba la mercancía buena, no las bebidas de garrafón que sus ebrios clientes no se enteraban que consumían. Una vez en aquel cuartucho mal iluminado, se había lanzado encima de él. Sus manos habían parecido garras sobre su cuerpo fornido, hasta el punto de incitarlo a la violencia. Al ver unas gotas de sangre que las uñas de María le habían arrancado del pecho, había reaccionado instintivamente y la había golpeado. Ella había caído de rodillas a sus pies, con la mirada lasciva clavada en su entrepierna. La había visto pasarse la lengua por los labios, y su cuerpo había reaccionado al instante y se había endurecido. La había mirado con asco, pero eso no había impedido que ella le bajara la cremallera de los pantalones y que su mano se colara en el interior, palpando con ansias sus testículos y su miembro sin demasiado cuidado. Aquella zorra había querido guerra y la tendría. La había cogido de las manos para que no volviera a arañarlo, y la había lanzado sin miramientos boca abajo, sobre una mugrienta mesa. Le había levantado las faldas, le había arrancado la ropa interior mientras se abrían los pantalones. La había poseído violentamente, golpeándole las nalgas, agarrándole con fuerza las caderas para que ella no se apartara, sobándole los pechos con brutalidad. Era evidente que le estaba haciendo daño, sus gritos no eran de placer, pero ella se lo había buscado. Cual no fue su sorpresa cuando al apartarse de ella, había visto aquella sonrisa viciosa en sus labios. Había sentido tanta repugnancia, que incluso él, que había estado con todo tipo de mujeres, se había sentido sucio. Había tirado a sus pies una dosis de droga y había subido

al local, dónde se había servido una generosa cantidad de whisky, para sacarse el amargo sabor de la bilis en la garganta.

Al recordarlo, pensó que tenía que acabar con aquel asunto. Esa mujer estaba loca, se creía la reina del mundo y no aguantaría mucho más allí donde se había escondido. No dudaba de que las drogas habían dañado su cerebro. Lo había sabido cuando le había pedido que matara a su socio, y él había mandado a uno de sus esbirros a investigar al tipo y descubrir que era tan mezquino como ella. Pero a la chica, de la cual le había enviado la fotografía, no pensaba tocarla; era una persona trabajadora que lo único que había hecho había sido destapar la caja de los truenos de las películas pornográficas.

Aquella noche llamó a AP.

—Dime que sabes dónde está —rugió a través del aparato.

Balboa no estaba dispuesto a que aquel cretino se creyera con derecho a hablarle de aquella forma. Al fin y al cabo, los dos trapicheaban con drogas. Lo único que los diferenciaba era que ese hombre vestía con traje y corbata, y tenía un negocio prospero con otro socio, mientras él se relacionaba con la chusma.

Le colgó el teléfono. No pasaron ni cinco segundos antes que AP lo estuviera llamando. Rechazó la llamada. A ver si ese hombre aprendía de una vez a mostrar un poco de respeto. En eso era igual a su hija. Se creían los dueños del mundo.

A la quinta vez que lo llamó, le cogió la llamada.

—¿Sí?

—No vuelvas a colgarme o... —Ante el tono de voz, fue exactamente lo que hizo.

Sonrió al imaginar la cara de ese tipo. Estaría subiéndose por las paredes. Siguió atendiendo a su clientela, sin hacer caso a las llamadas.

Una hora más tarde, e imaginando lo frenético que debía estar, cogió el teléfono.

—¿Dígame?

AP había comprendido que Balboa lo estaba castigando por su prepotencia. Pero no había podido evitarlo, esos días tenía los nervios a flor de piel. Marta, su mujer, estaba como loca al no saber nada de su hija. Se estaban peleando continuamente. En sus múltiples batallas verbales habían descubierto más el

uno del otro que en todos los años que llevaban casados. Ella había llegado a reprocharle que su hija era como era por su culpa, por haber introducido las drogas en su adinerado vecindario. Antonio había agachado la cabeza, creyendo que su mujer tenía razón, culpándose. Hasta que, una tarde en la que no podía concentrarse en los negocios que tenía entre manos, había vuelto a casa y se había cruzado en la entrada con un tipo. Lo había saludado pensando que sería algún vendedor. Al subir al baño para darse una ducha relajante, se la había encontrado desnuda en la cama, casi dormida, con cara de satisfacción. El olor a cuerpos sudorosos y a sexo había sido como una bofetada, que le había abierto los ojos de golpe.

—¡Serás zorra! —le había gritado fuera de sí.

El alarido de su marido había despertado de golpe a Marta, quien había pasado de la satisfacción a la furia en un parpadeo. Se había levantado de la cama y se había cubierto con la bata, antes de mirar a su esposo y espetarle:

—Mira quien fue a hablar, ¿crees que soy tonta? ¿Te crees que no sé con quién estoy casada? —Lo había mirado con desprecio—. Lo solucionas todo con regalos caros, ¿verdad? Y la idiota de tu mujer no se da cuenta de nada... ¡Serás cretino! Cada vez que te he visto llegar con alguna alhaja, me han entrado náuseas, preguntándome qué habrías hecho para querer lavar tu conciencia de ese modo.

Antonio se puso rojo. La ira y la furia habían sido reemplazadas por la indignación. ¡Qué bien había jugado Marta sus cartas! Siempre gozando de su posición y su dinero. En ese momento se había dado cuenta de que en ese matrimonio no era solo él el que llevaba una vida paralela. Se había creído muy inteligente, pensando que engañaba a su esposa. Cuando la realidad lo golpeó de lleno, se había dado media vuelta y había salido de la habitación dando un potente portazo.

A partir de ese día, los dos estaban librando una guerra. A eso se sumaba que no sabían dónde estaba María, y Marta esto último lo llevaba muy mal. Sabían que la policía tenía su casa vigilada. No les extrañaba ver a un nuevo cartero o barrendero, seguros de que era un agente camuflado.

—Balboa... —intentó que su tono de voz fuera moderado—. ¿Sabes algo?

Su interlocutor sonrió, pensando en lo que le estaría costando a ese hombre arrastrarse para obtener respuestas. Le dijo que tenía una buena pista de

dónde podía estar la mujer que buscaba y que tenía que desembolsar una buena cantidad de dinero, pues tenía a varios hombres sobre la pista. Oyó como Antonio maldecía por lo bajo, pero al punto asintió en pagar lo que le pedía. Cortó la comunicación con la promesa de que muy pronto tendría noticias suyas.

Balboa sonrió al pensar en lo que le estaba preparando a ese hombre; cuando la policía lo arrestase no sabría de dónde le venían los tiros. Se iba a librar de un solo plumazo del padre y de la hija, y encima le pagaría una pequeña fortuna... Se le escapó una carcajada.

CAPÍTULO 33

Virginia se sentía amada, pero el día que había firmado aquel infame contrato había quedado grabado en su memoria. Ella hacía lo imposible para que él se diera cuenta de su lealtad, de su amor, pero le era evidente que él había olvidado el incidente. Ella empezó a dudar de que nunca se diera verdadera cuenta de cuánto lo amaba.

Sergio se sentía feliz con su mujer. Aunque no estuvieran casados, ya la consideraba suya. Un día que salieron a cenar, la sorprendió mirando a un bebé con aquella sonrisa hechicera en los labios. Por su imaginación pasaron imágenes de ella con su hijo en brazos. Fue una hermosa visión. A partir de ese momento la idea de tener hijos con ella lo obsesionó, a tal punto que empezó a plantearse el comprar una casa donde criar a sus vástagos. Consultó a un agente inmobiliario, le dijo lo que estaba buscando y este le mandó unas instantáneas por correo electrónico.

Una noche después de cenar, el entró en el despacho que tenía en su apartamento y estaba mirando las fotografías cuando Virginia entró sin avisar. Al ver lo que estaba mirando, ella se sorprendió.

—¿Qué es todo esto?

—Estoy buscando una casa donde vivir y poder criar a nuestros hijos.

Aún no habían decidido la fecha de la boda, nunca habían hablado de niños y Sergio le anunciaba así, sin más, que estaba mirando casas... ¿No se suponía que ella tendría algo que decir al respecto? ¿Por qué la dejaba fuera de eso? Por su mente pasó la cuestión de la confianza y se sintió dolida.

Él no se fijó en la gama de emociones que recorrieron su rostro en unos segundos. Estaba inmerso en lo que veía en la pantalla del ordenador.

Virginia notó que su malhumor y el pesar la inundaban. Sabía que si en

aquel momento abría la boca diría algo de lo que se arrepentiría más tarde. Dio media vuelta y salió del despacho. En el vestíbulo se dio cuenta de que tenía los dientes fuertemente apretados. Se fue a la cama deseando estar dormida cuando él se reuniera con ella. Aunque sabía que le iba a costar pegar ojo esa noche. Lo amaba y estaba dispuesta a hacer cualquier sacrificio por él, pero lo que no iba a consentir era que no la tuviera en cuenta a la hora de tomar decisiones. Era una persona adulta, independiente y capaz de asumir todos los retos que se proponía, y como tal quería que él la tratase.

Como había esperado, el sueño era esquivo con ella. Tenía ganas de volver al despacho y decirle lo que pensaba de la forma arbitraria en como encaminaba su matrimonio. No pasó mucho rato cuando oyó los pasos de él acercándose a la habitación. Se hizo la dormida, quizás tras una noche de sueño viera las cosas más claras. Él se acostó a su lado y la atrajo hacia su cuerpo, Virginia se envaró entre sus brazos, no pudo evitarlo.

—¿Qué te pasa amor?

—Nada —murmuró entre dientes.

Sergio notó el cuerpo tenso junto al suyo, y esa respuesta no era la que esperaba. Ella nunca le había mentado, a veces eso era un inconveniente, pues siempre decía lo que le pasaba por la cabeza.

—¿Estás en esos días del mes?

—No..., voy a prepararme un vaso de leche. —El tono de su voz lo puso en alerta. La cogió por la cintura y la giró de cara a él, antes de que abandonara la cama.

La mirada que recibió lo dejó desconcertado. Parecía enfadada, pero maldito si sabía el porqué.

—¿A qué viene ese enojo que veo en tus ojos?

Virginia respiró hondo, con la mirada clavada en la de él.

—No me gusta que me traten como a una niña pequeña —reconoció lentamente, tratando de medir sus palabras—. ¿Cuánto tiempo hace que estás buscando casa? ¿No crees que eso lo tendríamos que hacer juntos?

Sergio la miraba asombrado. No entendía dónde estaba el problema. Su madre, a la que tenía en un pedestal, nunca había cuestionado la decisión de su padre de vivir fuera de la ciudad para alejar a sus hijos de malas compañías y peores influencias. Siempre había apoyado a su padre en todas

sus decisiones.

Ella lo miraba esperando una respuesta, y él se dio cuenta de que, si le decía lo que pensaba, se iba a subir por las paredes. Su fuerte carácter y su decisión eran unos rasgos que admiraba, pero en momentos como aquel eran un inconveniente.

—Cariño, quería darte una sorpresa. —No era del todo mentira.

—Y bien que me la he llevado. —Sus palabras estaban teñidas de sarcasmo.

—Mi amor, pensé que te gustaría una bonita casa en las afueras, un sitio ideal para ver crecer a nuestros hijos —lo dijo con aquella sonrisa torcida que sabía que a ella la desarmaba.

Pero esta vez no funcionó.

—¿Nuestros hijos? ¿Acaso hemos hablado de hijos y yo no me he enterado?

—¿No quieres tenerlos? —Su ceño estaba fruncido.

Virginia estaba perdiendo la paciencia.

—Claro que quiero, pero no se trata de eso. Lo que quiero decir es que aún en casa, sigues tratándome como a tu empleada. Tú eres quien toma las decisiones, quien decide dónde, cómo y seguro que cuándo. —Había ido subiendo de tono así que las palabras salían de su boca.

Ahí sí que Sergio se estaba enfadando.

—¿Acaso debería ser de otra manera? —Supo que había metido la pata en cuanto terminó de hablar.

La respuesta de Virginia no se hizo esperar. Se levantó de un salto y le espetó:

—¿Te estás escuchando? ¿Quién te has creído que soy? —gritó—. En la oficina puedes darme todas las órdenes que quieras, pero cuando estamos en casa espero un poco de respeto por tu parte. Si crees que puedes tomar tú solo todas las decisiones y que yo las acataré sin rechistar, estás muy equivocado. No voy a permitir que orquestes mi vida a tu antojo. No podemos formar un «nosotros» si yo no voy a pintar nada en esta... —Notó que sus ojos se llenaban de lágrimas y se enfureció consigo misma. Cómo la iba a valorar si no podía discutir con él sin deshacerse en llanto. Se dio la vuelta para que no se diera cuenta, cogió la bata y salió de la habitación. Necesitaba un momento a solas para poner en orden sus pensamientos.

Sergio iba a seguirla. Tenían que poner algunas cosas en claro, pero había visto las lágrimas en sus ojos y aquello lo retuvo. Seguro que iba a prepararse un vaso de leche caliente, pensó. Esperaba que cuando volviera estuviera más calmada.

Tumbado con las manos detrás de su cabeza pensaba en la discusión que habían tenido. Quizás tenía razón Virginia. Estaba tan acostumbrado a tomar decisiones que no se había parado a pensar en lo que ella querría, en lo que deseaba. No la podía comparar con su anterior esposa, pues aquella lo había dejado hacer todo a su modo solo por sus propios intereses. Miró el reloj, y se percató de que ella llevaba un buen rato fuera, tiempo suficiente para calmarse. Se levantó y fue en su busca. Esperaba encontrarla en la cocina. En cambio, la encontró en el salón, durmiendo hecha un ovillo en el sofá, en la mesilla había un vaso con leche lleno, y sus ojos cerrados estaban hinchados por el llanto. Sintió en su pecho la culpa, por ser él el causante de aquel disgusto. La cogió en brazos, con cuidado de no despertarla y la llevó a la cama.

Aquella fue una noche de insomnio para Sergio. Virginia no era como las otras mujeres que habían estado a su lado. Todas dejaban que fuera él quien llevara la batuta de su relación. Y se había aburrido de ellas rápidamente. Ella era voluntariosa y con un carácter excepcional, y quería formar parte de su vida. La admiraba y la amaba, pero... Si dejaba que ella tomara decisiones, ¿no se debilitaría su posición dentro de la familia que pensaba formar? Esos pensamientos lo mantuvieron despierto buena parte de la noche. Y llegó a la conclusión que ella tenía razón: si quería que su matrimonio funcionara, la tenía que tener en cuenta. Él solo no podía fundar unas bases sólidas, eran los dos, los que tenían que trabajar día a día, para que lo suyo tuviera futuro.

A la mañana siguiente, despertó solo en la cama. ¿Dónde estaría su indómita mujercita? Oyó correr el agua del baño y supo que se estaba dando una ducha. Se levantó y fue a la cocina a preparar café. Quería ofrecerle una ofrenda de paz antes de hablar con ella y decirle que tenía toda la razón.

Virginia, por su parte, pensó que debía darle tiempo a Sergio. Todo era cuestión de confianza, y hasta que él no lo hiciera en ella... Se levantó aquella mañana, dispuesta a darle todo el tiempo que él necesitara. No ganaría nada con discusiones ni con lágrimas, cosa que la ponía enferma. No

debería haber perdido los nervios como le había ocurrido la noche anterior. Lo primero que haría aquella mañana sería pedirle disculpas por su estallido de mal genio.

Al salir del baño, la recibió un agradable aroma a café. Fue hacia la cocina y lo vio servir unos huevos revueltos en dos platos. Sobre la mesa había zumo de naranja y tostadas. En ese momento él se dio la vuelta y la vio.

—Buenos días, cariño.

—Sergio, yo...

En dos zancadas él estuvo a su lado, le cubrió los labios con los dedos.

—Sh... no digas nada, cielo, déjame a mí. —La intensidad de su mirada la acallo—. Tienes razón, fui un estúpido al querer tomar decisiones sin contar contigo... Perdóname, reconozco que me equivoque. —Ella lo miraba con los ojos muy abiertos—. Deberás tener paciencia conmigo, estoy acostumbrado a hacer las cosas a mi modo. Te prometo que lo de anoche no volverá a pasar.

—Yo... —Virginia que estaba dispuesta a ser ella la que pidiera disculpas se quedó sin palabras.

—¿Sí? —A pesar de la seriedad del momento, a Sergio le hizo gracia la expresión de su rostro—. ¿Ibas a decirme que me amas? —bromeó para aliviar la tensión del momento.

Ella no lo pudo evitar, quería a ese hombre. Se puso de puntillas y le acarició los labios con los suyos.

—Te amo —susurró al separarse.

—¿Te das cuenta de que hemos superado nuestra primera discusión? —murmuró mientras la envolvía entre sus brazos y se fundían en un tierno beso.

CAPÍTULO 34

Los días eran tediosos. María había adquirido el hábito de ir a la taberna del pueblo a tomarse un café a media mañana. A esa hora el local estaba desierto, los habitantes del pueblo trabajaban los campos, y los que eran demasiado ancianos daban un paseo por los alrededores o se sentaban a tomar el sol.

Lucía agradecía que fuera a aquella hora que no había clientes en la taberna. En alguna ocasión se dio cuenta de que alguien abandonaba el local por la presencia de María. Acostumbraba a tomarse un café con ella, pero ya se había cansado de decirle que los habitantes de aquel pueblo eran personas sencillas, que no querían cotillear. Lo único que ansiaban eran unas palabras amables. Ella no la quiso escuchar. Se imaginó que era su manera de ser, seguro que provenía de una familia adinerada, pero... entonces, ¿qué hacía en ese pueblo? Empezaba a creer en los rumores que corrían por el pueblo, en los cuales decían que no se escondía de un hombre maltratador, sino que se refugiaba de la justicia. Alguno de ellos incluso había estado hablando con el alcalde sobre aquella extraña mujer, pero este no le hizo caso, sabía de las costumbres de la gente del pueblo. Veían mucho la televisión, y cuando alguien no actuaba como ellos, se imaginaban que era el malo de la película.

Por otra parte, Oscar se propuso que María se relajara. La veía que siempre estaba en guardia. Sabía que no tardaría mucho en presentarse Balboa para ajustar cuentas. Qué sorpresa se iba a llevar esa mujer. Sería digno de ver.

Empezó a hablar con ella, fingiendo ser el escritor con falta de inspiración que le había dicho a Juanita. Fue divertido ver cómo ella dudaba en entablar amistad con él pero, por otro lado, era el único que estaba allí de paso, como ella. Además, no era como aquellos rudos pueblerinos. Oscar se lo pasaba en grande, por la expresión de su cara, adivinaba lo que estaba pensando. Al fin

logró mantener más de una conversación con ella. La veía cómoda. Cuando estaban solos hablando de banalidades, él le contaba de los bellos rincones que había descubierto por aquellas tierras, a lo que ella había contestado que tal vez algún día lo acompañaría en sus recorridos. Él sabía que no era así, que ella detestaba el campo, pero le seguía la corriente.

Cuando Juanita acababa la jornada y se reunía en el salón con ellos, para tener una charla y ver la televisión, María se excusaba y se iba a la cama. A él no le pasaba por alto, que esa acción era su manera de decirle a la dueña de la casa que no era correcto que alternara con los huéspedes, que su lugar estaba en servirlos. ¿Cómo era posible que fuera tan estúpida? Se preguntaba una y otra vez, con su manera de comportarse estaba llamando más la atención, si cabía.

Una mañana, el recorrido por los senderos del pueblo, lo llevó a una cima desde donde podía divisar todo el valle. Se sentó en una roca y admiró la bella visión: el pueblo a un lado del río de aguas cristalinas que formaba un pequeño lago a las afueras, los pastos de un verde brillante espectacular, con ovejas por un lado y vacas pastando en otro, los bosques de abetos al otro lado del río, que bajaba de las alturas donde se podía ver rincones de nieve que no se llegaba a derretir a lo largo del año. Pensó que aquel era un buen lugar para vivir, pero él no era campesino ni ganadero, se ganaba la vida haciendo trabajos sucios para Balboa. Sabía que nunca encajaría en un lugar como aquel. Estaba acostumbrado a tener acción en su vida. La tranquilidad, el silencio y los buenos vecinos no eran para él.

Bajó de la cima y el camino que tomó lo llevó al lago donde María había hundido su coche, se sentía sudado y pegajoso. No lo dudó, se quitó la ropa y se zambulló en las aguas frescas y reconfortantes. Nadó un rato. De repente, de reojo le pareció ver algo que se movía por la orilla donde había dejado sus ropas. Disimuladamente se paró y, fingiendo levantar la cara hacia el sol, oteó el borde del agua, donde había visto el movimiento. María se escondía detrás de un grueso tronco. Estuvo a punto de soltar una carcajada. Iba a ponerla en un aprieto. Nadó hacia la orilla, y desnudo como estaba, se tendió en una roca.

María se había arrepentido mil veces de haberse deshecho de su coche. La decisión la había tomado en el miedo del momento a que la descubrieran, y

en ese momento se encontraba anclada en ese pueblo, perdido de la mano de Dios. A menudo iba hasta el lago, arrepintiéndose de lo que había hecho. Nunca se había topado con nadie hasta esa mañana. Reconoció las ropas amontonadas sobre la mochila que solía usar Oscar cuando salía de paseo. Se las había visto esa mañana mientras desayunaban. Iba a volver sobre sus pasos, cuando lo vio que nadaba hacia ella, ¿la habría visto? Lo dudaba. Se escondió detrás de un árbol, esperando que él se vistiera y se fuera. Se asomó con cuidado de no ser vista, ni de hacer ningún ruido, y su aliento se quedó atascado en su garganta cuando lo vio, de pie, con los pies aún en el agua. Ese hombre tenía un cuerpo escultural, se estiró y todos sus músculos parecieron vibrar. Se movió con gracia felina mientras regueros de agua recorrían aquel espléndido tórax, bajando hacia sus largas piernas. La visión le hizo la boca agua. Llevaba demasiado tiempo sin acostarse con un hombre, pensó al notar el calor que se extendía por su cuerpo. Y encima, no iba a marcharse. Se había tendido tal como Dios lo había traído al mundo a tomar el sol. Miró alrededor, buscando una ruta de escape. No quería que él la descubriera espiándolo, pero incluso ella sabía que, si se movía, las ramas secas la delatarían. Miró su reloj. Era casi la hora de comer. Se animó, pensando que no tendría que esperar demasiado, él no se perdía ninguna comida. Se apoyó en el tronco, dispuesta a esperar, cerró los ojos, y tras sus parpados apareció la figura de ese hombre, los abrió de golpe, ¿qué le estaba pasando? Notó una humedad entre las piernas, se había excitado solo de verlo desnudo. Su cuerpo por voluntad propia se removió, apretando los muslos, donde deseaba tenerlo.

Oscar había oído como ella contenía el aliento, al salir del agua y mostrarse. Estaba pendiente de todos los ruidos que procedían de detrás del árbol. No pensaba dejar que se le escabullera. Había oído suficientes veces los relatos obscenos de Balboa sobre esa mujer. Al pensar en ellos, sonrió, imaginando que bien podía aprovechar la oportunidad. Después de todo llevaba ya bastantes días sin una mujer. Oyó movimiento de pisadas provenientes del bosque, se incorporó a medias, apoyándose en un codo, y la vio salir de detrás del árbol. María se paró y fingió que acababa de llegar, puso cara de sorpresa, ¡qué buena actriz era!

Él hizo visera con su mano sobre los ojos, para ver lo que pretendía. María

lo miró de arriba abajo lentamente, se lo estaba comiendo con la mirada. El calor recorrió el cuerpo de Oscar, haciéndolo reaccionar y una sonrisa se dibujó en el rostro de aquella mujer, al tiempo que levantaba una ceja interrogativa.

Sin decir palabra, se acercó hasta donde estaba tendido, alargó la mano y lo empujó para que volviera a apoyar la espalda en la roca. Acto seguido, sus uñas recorrieron el pecho velludo hasta llegar al ombligo. No fue una caricia tierna, le dejó unas marcas rojas por donde lo había tocado. Oscar le cogió la muñeca, para que dejara de avanzar.

—¿Qué pretendes? —Mientras lo decía miró la mano en forma de garra de ella.

—Pasar un buen rato, desde luego.

—Guarda las uñas gatita.

La mirada lujuriosa que ella le dedicó, junto a la lengua que se relamía los labios con lascivia, hicieron que él sintiera que su cuerpo despertaba. No iba a desaprovechar esa oportunidad. Pero sería a su modo. Sin soltar la mano que tenía sujeta, se levantó como un felino de la roca donde estaba recostado. Al plantarse desnudo frente a ella, vio el intento de acercarse a su cuerpo, pero la retuvo. Una mirada furiosa lo atravesó, y él soltó una carcajada.

—Estoy en desventaja, quítate la ropa.

Un brillo malicioso iluminó los ojos negros de María. Se soltó del amarre y con lentitud empezó a quitarse la ropa, sin apartar la mirada de los ojos de Oscar, que la seguían divertidos. Los movimientos de sus manos eran lentos y calculados. Como si estuviera actuando. Cuando la última prenda cayó al suelo, se soltó su largo pelo moreno, moviendo la cabeza con garbo, para que las finas hebras la envolvieran.

Oscar la observaba. Tenía un cuerpo escultural, como todas las putas con las que había estado, porque eso era lo que era. No dudaba enseñando los dientes, como si pretendiera morderlo. A pesar de ser contrario al maltrato, sintió como su cuerpo se excitaba. Las manipulaciones ofensivas, que nunca había sentido lo estaban poniendo a cien. Sabía a lo que Balboa se refería cuando hablaba de ella soezmente. María, al notar la reacción de aquel cuerpo, sonrió con petulancia de que lo que estaban a punto de hacer tendría un precio, o por lo menos, ella intentaría cobrárselo.

Ella no esperó; fue con las manos directo a su objetivo, cuando sintió la violenta caricia en sus genitales, Oscar maldijo. No era ningún remilgado en los juegos sexuales, pero nunca le había gustado la violencia física. Parecía que aquella mujer quisiera agredirlo. Ella se relamía los labios y le mordió una tetilla. Él volvió a maldecir, aquella mujer quería sacarle sangre. Fue un movimiento reflejo, lo que hizo que él la cogiera por los hombros y la sacudiera.

—¡Serás zorra!

Ante la violenta sacudida, ella misma se mordió el labio haciendo que la sangre brotara. Pasó la lengua por aquel hilo escarlata y soltó un gruñido de satisfacción. Saltó sobre él, envolviendo con fuerza los muslos a la estrecha cintura de Oscar. Se apretó contra aquel duro cuerpo, moviéndose frenéticamente para encajar los cuerpos. La lujuria desatada hizo que él la penetrara con violencia, al tiempo que sentía como ella le mordía el hombro con fuerza, soltando un grito de placer. Nunca en su vasta experiencia con mujeres de la vida se había encontrado con una ramera como aquella. Sus manos la separaron de su cuerpo para impedir que siguiera haciéndole daño, la agarró por los brazos, pegándoselos al cuerpo, manteniendo su boca lejos de su piel. Aquello se convirtió en una guerra: ella luchando por acercarse y arañándolo cuando sus dedos entraban en contacto con él, al tiempo que movía las caderas con frenesí, gruñía como si fuera un animal.

Cuando llegó al éxtasis, le enseñó los dientes, como la zorra que era. No era una visión agradable y él se hundió en ella por última vez, encontrando su desahogó. Tan pronto como eso sucedió se la sacó de encima y, sin decir palabra, se lanzó a las aguas limpias del lago, por alguna razón se sentía sucio.

Estuvo un buen rato nadando, tratando de quitarse de la cabeza las imágenes de ella cabalgando sobre él. No lo consiguió. Volvió a la orilla, preguntándose a qué clase de hombres podía gustarles aquel tipo de sexo. A Balboa, desde luego.

Salió del agua, y lo que vio lo dejó helado. Ella estaba desmadejada sobre la roca que había ocupado él, masturbándose. Esa mujer estaba enferma, pensó. Se vistió a toda prisa y se alejó de aquel lugar.

CAPÍTULO 35

Juanita vio a Oscar que se acercaba por el camino. Le hizo una señal de saludo con la mano. Él se le acercó y le dijo que aquel día no comería en la casa, que tenía que hacer algunas gestiones y saldría del pueblo. La mujer mostró contrariedad, pero no le dijo nada. Él se subió en su coche y arrancó. Al pasar cerca de dónde había dejado a María un escalofrío lo recorrió. Siguió conduciendo hasta el siguiente pueblo, allí aparcó frente a un restaurante de carretera y entró en el local. Una muchacha muy simpática, que dijo llamarse Maya, le sirvió una cerveza muy fría. Y le preguntó si quería comer algo. Tenía el estómago revuelto, le contestó que quizás más tarde.

Mientras se tomaba la cerveza pensaba en lo ocurrido. Aquella mujer estaba loca. Sacó el teléfono del bolsillo del pantalón y marcó el número de Balboa.

—¿Esperas tenerme aquí mucho tiempo? —Soltó de malas maneras cuando su jefe contestó.

—Creí que te gustaba el campo. —Oyó una carcajada a través de la línea.

—Pues va a ser que no, no soy ninguna cabra. Además, no sé que estoy haciendo aquí. Ella no irá a ningún lado.

—Esa víbora tiene más recursos de lo que te imaginas.

—No en este pueblo, la gente la aborrece. No creo que nadie la lleve a parte alguna.

—¿Ni siquiera por un buen polvo?

—¿A eso le llamas tú un buen polvo?

Las carcajadas de Jesús molestaron a Oscar.

—Es una bestia, ni siquiera los animales en celo la superan. No sé cómo puedes encontrar placer en algo así.

—Porque si ella es salvaje, yo lo soy más. Ahí está el secreto. Unos buenos azotes en su redondo trasero y se vuelve mansa como un corderito. Le gusta la acción.

Oscar oía la suave risilla de su jefe.

—Bueno, tú diviértete como quieras, a mí me gustan más dispuestas y cariñosas.

—Y... ¿No has encontrado ninguna en ese pueblo? —La voz de Jesús estaba teñida de sarcasmo. La mirada de Oscar se topó con los ojos pálidos de Maya que lo observaban. La sonrisa que la chica le dedicó estaba cargada de promesas.

—Olvida lo que te he dicho, ya veo lo que pretendes.

—¿Ah sí?

—Vamos, Balboa, que no nos conocimos ayer. Quieres que los maderos se vuelvan locos buscándola, para luego entregársela tú con un lazo de regalo.

—Me gustas porque nos entendemos.

Tras comentar algún que otro acontecimiento acaecido en la ciudad, cortaron la comunicación, y Oscar ya de mejor humor por las miradas de aquella camarera sexy, la llamó para pedirle un buen filete al punto con patatas.

La muchacha no era una preciosidad. Era atractiva, tenía algo que llamaba la atención, quizás fuera la sonrisa franca o la mirada de aquellos ojos color whisky. No lo sabía ni le importaba, tenía curvas donde debía, se movía con sensualidad y sus labios prometían el paraíso. Le sonreía con coquetería, y su mirada parecía burlarse de él. Las señales que le estaba enviando eran tan claras que supo que muy pronto se quitaría el regusto amargo que le había quedado del encuentro de esa mañana.

Sergio empezó a presionar a Virginia para que eligiera una fecha para la boda. Ella cada vez que salía el tema lo eludía, le decía que más adelante, cuanto no tuvieran tanto trabajo. Siempre encontraba alguna excusa. La verdad era que cada vez que él hablaba de boda ella se acordaba de los papeles que había firmado. No quería que su matrimonio se basara en un contrato comercial. Quería que él se casara con ella por que confiaba en ella

ciegamente.

Una mañana en que estaban los dos tomándose un café en el despacho de Sergio, él le anunció que ese fin de semana la llevaría a conocer a sus padres. Que su madre se moría de ganas de conocerla. A ella le pareció bien. Sentía curiosidad por saber si el problema que tenía él con la «confianza» se lo habían inculcado en su casa o solo era el producto de su anterior matrimonio. Guillermo que se acercaba por el pasillo. Oyó lo que su hermano le decía a Virginia. La puerta estaba abierta, y se quedó parado para escuchar la respuesta de ella.

—Me agrada conocerlos.

—Ojalá Sabrina pensara lo mismo. —Los dos se giraron al oír el comentario—. Se lo he dicho en varias ocasiones, pero no hay manera, como si fueran a comérsela. Ya no sé qué excusa darle a mamá.

Sergio soltó una carcajada.

—Hermano, ¿qué le has contado de nuestros padres? Si estarán encantados con ella. Es más, la van a poner en un pedestal. Si no me equivoco, hace tiempo que mamá te insta a que te busques una mujer.

—Ya se lo digo, pero ella no me cree —exclamó con cara de fastidio.

A Virginia le caía bien Guillermo. Desde el primer día que la había tratado con mucha cortesía. Aunque se pareciera físicamente a su hermano, en carácter eran muy distintos, a este le encantaba bromear y hacer rabiar a Sergio, siempre tenía una sonrisa para todo el mundo, y trataba a todos por igual.

También sabía de las inseguridades de su amiga. En varias ocasiones le había dicho que no creía que lo suyo funcionara porque pertenecían a clases sociales distintas. Y aún no estaba convencida de que Guillermo quisiera encadenarse a ella para siempre. Le decía que lo que estaba viviendo era un sueño y que cualquier día despertaría, y se encontraría con la dura realidad.

—Yo hablaré con Sabrina. —La sonrisa que le dedicó su cuñado fue luminosa—. Tal vez si vamos los cuatro juntos no se sienta tan intimidada.

—¿Eso harías por mí?

—Claro, tonto, solo tenías que decírmelo. —Se le escapó una carcajada, al darse cuenta de que había llamado «tonto» a Guillermo, y este se estaba riendo.

—Eres un sol —exclamó dándole un sonoro beso en la mejilla.

En ese momento que sabían el fiasco de su primer matrimonio de Sergio, sus padres, Miguel y Margarita, recibieron a Virginia con besos y abrazos, muy contentos de que su hijo hubiera encontrado a una mujer de la que era evidente estaba enamorado.

En cuanto Guillermo les presentó a Sabrina, su madre la abrazó con cariño.

—Hija, tienes que ser maravillosa. Este hijo mío siempre ha sido un truhan. Empezaba a dudar de que algún día sentara cabeza.

—Mamá... —exclamó el aludido.

—Sabes muy bien que tiene razón hijo. —Reiteró su padre con una carcajada.

Sabrina se sintió cómoda al instante. Miguel la abrazó en cuanto pudo soltarla del amarre de su mujer.

—Bienvenidas a la familia, hijas —anunció, y llamó a sus hijos menores para que las conocieran. Álvaro y Sonia resultaron ser de lo más entretenido. En cuanto las vieron, las abrazaron con una alegría sorprendente. Sonia les susurró al oído que les siguieran la corriente. Ellas no sabían a qué se referían hasta que los vieron burlarse de sus hermanos mayores.

Álvaro tenía un sentido del humor ácido, que hacía reír a todo el mundo. Estuvo metiéndose con Guillermo sin piedad, y Sonia lo secundaba con sus ocurrencias. Los dos eran encantadores. Nadie se libró de sus bromas. Cuando vieron que no lograban enfurecer a sus hermanos, cogieron cada uno por el brazo a Sabrina y Virginia, y tiraron de ellas hacia el interior de la casa. Se reunieron en el comedor, alrededor de una mesa con chocolate caliente y bizcocho. La visión de aquella gran familia, con sus comentarios jocosos, las risas y el cariño que se respiraba en el ambiente, hicieron que ambas mujeres se sintieran a gusto en cuestión de minutos.

Álvaro se dedicó a regañar a Virginia y a Sabrina diciéndoles, entre bromas, que ya que sus hermanos habían encontrado pareja, él sería el foco de atención de su madre. Todos rieron la ocurrencia.

—Supongo que en esta empresa habrá más mujeres hermosas. —Guiñó un ojo a las chicas—. ¿O os las habéis quedado para vosotros y me habéis

dejado los cardos para mí? Tened en cuenta que muy pronto terminaré la carrera y me tendréis allí con vosotros.

Sergio se dio cuenta de que su padre no había hablado con su hermano de sus planes de jubilación. Lo miró levantando una ceja y su progenitor le hizo un imperceptible movimiento de cabeza para que mantuviera la boca cerrada. Más tarde, cuando pillara a su padre a solas, ya le preguntaría si había cambiado de opinión.

Margarita estaba encantada con las dos jóvenes que sus hijos habían llevado a su casa. Se las veía inteligentes y sencillas, a la par que muy bellas. Las observaba con disimulo, y las miradas que sus hijos y ellas se lanzaban le recordaron a su juventud, cuando su marido y ella se habían enamorado perdidamente. Deseaba con toda el alma que sus hijos tuvieran una vida tan plena y feliz como la suya.

En cuanto los hombres se pusieron a hablar de negocios, Margarita se las llevó al jardín con la excusa de que tenían que conocerse mejor. A Sabrina no le apetecía ser interrogada por la madre de Guillermo e iba poner una excusa cuando Virginia se dio cuenta la cogió del brazo y la arrastró con ella, detrás de la amable mujer.

Se pasaron la mañana paseando por la inmensa propiedad. Sabrina se había criado en un pueblo y al contacto con la naturaleza, la tranquilidad de los campos, y el continuo trinar de los pájaros la relajó. Margarita quería saberlo todo sobre las dos chicas, pero no las acribilló a preguntas, les estuvo contando anécdotas sobre su vida en común con su marido y, poco a poco, ellas fueron participando en la conversación con sus propias experiencias. Cuando volvieron a la casa para comer, ella ya sabía todo lo que quería saber de las novias de sus hijos. Los querían, los harían felices: eso era todo lo que ella deseaba.

Al mediodía, mientras Miguel cocinaba una paella y todos pretendían ayudarle, Margarita, la madre de Sergio, le pidió ayuda a Virginia para preparar una ensalada. Ella estuvo encantada y la siguió hacia la cocina. Cuando estuvieron lejos de los oídos de todos los demás, Margarita le dijo a Virginia.

—Se ve que lo amas con locura. —Virginia sonrió—. A él también se lo ve muy enamorado de ti.

Virginia asintió y pensó que iba a sermonearla, para proteger a su hijo.

—Mi hijo es un hombre de un carácter muy fuerte.

—Lo sé, y yo también —asintió, esperando que la mujer se decidiera a decirle lo que le pasaba por la cabeza.

—Pero, aun así, lo amas.

La intensidad de la mirada de aquellos ojos tan parecidos a los de Sergio la estaba poniendo nerviosa. ¿Por qué estaba dando tantos rodeos a lo que fuera que quería decirle? ¿Acaso no le había caído bien? Quizás la estaba comparando con la exmujer de su hijo.

—Sí, Margarita, lo amo.

—Entonces explícame, ¿qué pasa? —La mujer había observado alguna que otra mirada por parte de la pareja, algún comentario hecho al azar, que hacía que aquella joven cambiara de conversación.

—¿Qué quiere decir?

—El amor que sentís el uno por el otro es palpable, como también lo es algo que os separa.

Virginia no sabía que decirle. Esa mujer se había dado cuenta de que algo empañaba la relación, cuando nadie más lo veía.

—Margarita, no quisiera ser irrespetuosa si le digo que es un problema que solo su hijo puede solucionar. —No iba a decirle que su hijo no confiaba en ella. No le contaría lo del contrato que había firmado. Tal vez era algo normal en aquella familia y no quería ponerse en evidencia. Eso lo tenían que solucionar ellos en la intimidad.

La mujer la miró fijamente.

—¿Te ha hecho algo ofensivo?

—Por favor, dejemos el tema —rogó Virginia.

—De acuerdo. Si el tema es doloroso, lo dejaremos, pero no dudes en acudir a mí si Sergio se pasa de la raya.

El comentario hizo sonreír a Virginia.

—¿Le dará unos buenos azotes en el trasero?

Margarita rio.

—Eso es lo que le falta a mi hijo: una mujer con sentido del humor.

Cuando por la tarde se despidieron todos estaban encantados con las chicas, Miguel les hizo prometer que irían más a menudo a visitarlos, a lo que

Guillermo aprovechó para decirles que todo dependía de Sabrina. Esta se puso roja como un tomate al recordar el recelo que le había causado la perspectiva de conocerlos.

—Hija, quiero que te sientas como en tu casa. —La abrazó sonriente al ver el bochorno de la muchacha.

Margarita abrazó a Sergio susurrándole al oído:

—Espero que te des cuenta de la gran mujer que tienes al lado, no la dejes escapar.

Álvaro y Sonia se unieron a las despedidas con sus bromas mordaces a sus hermanos y abrazos a sus futuras esposas.

CAPÍTULO 36

Sergio estaba reunido con los agentes que llevaban la investigación del caso de las películas pornográficas, y le decían que habían perdido la pista a María Pinares, que era como si hubiera desaparecido del mapa.

—No creo que sea tan difícil encontrarla, seguro que su tarjeta de crédito deja rastros por donde va —expuso.

—Créame cuando le digo que este donde este, no ha dejado rastro que podamos seguir.

Él se sentía frustrado por no poder zanjar el caso de una vez por todas. Deseaba terminar con todo aquel embrollo y olvidarse que un día había estado casado con aquella mala pécora.

—¿Me imagino que no van a dejar de investigar?

—De ninguna manera, tarde o temprano va a asomar la cabeza por algún lado y la vamos a coger.

—Perfecto, manténganme informado. —Se levantó de detrás de su mesa para estrecharles la mano y acompañarlos a la puerta. Una vez se quedó solo, maldijo el momento en que se había cruzado con aquella bruja.

Antonio Pinares estaba de un humor de mil demonios. Balboa aún no le había dicho dónde estaba su hija, y presentía que lo sabía, aunque le diera largas. El muy desgraciado parecía que se estaba divirtiendo a su costa. Si sus sospechas eran ciertas, ya podía ir preparándose. Se lo haría pagar con creces. No sabía con quién estaba jugando ese tipo.

Marta lo tenía enloquecido. Cada vez que se veían discutían. Ella le echaba en cara que, por su culpa, su hija había escogido el lado opuesto de la ley. Lo

llegó a amenazar con que, si no encontraba a su hija pronto, lo denunciaría por sus trapicheos con las drogas.

—Pero... ¿es que no te das cuenta de que es mejor que se quede dónde está? —le gritó fuera de sí.

—Claro que sí, estúpido. No quiero que la arresten por lo que ha hecho, lo único que quiero saber es dónde está, y si está bien.

—La única estúpida que hay aquí eres tú. Aunque supiéramos dónde está, no podrías llamarla. Seguro que tienen escuchas en nuestras líneas telefónicas. Esta misma casa debe estar vigilada las veinticuatro horas del día. Estoy seguro de que a estas horas todo el cuerpo de policía sabe que soy un cornudo, que la puta de mi mujer se acuesta con todo lo que lleve pantalones.

Aquellas palabras le valieron por un potente bofetón, que lo dejó aturdido. Al salir de su estupor, fue a su dormitorio, cogió una maleta y la llenó con parte de su ropa. Bajó la escalera y mirando hacia el piso superior bramó.

—Te arrepentirás de esto —la amenazó y salió de la casa dando un portazo.

Una vez dentro de su coche, dio varios golpes al volante, los que quería propinarle a la víbora de su esposa. Luego pensó que, después de todo, había hecho lo mejor. Se había librado de una esposa promiscua, a la que le apretaría las tuercas hasta que se diera cuenta de que con Antonio Pinares no se jugaba. En el momento en que se hubiera instalado en un hotel, llamaría a su abogado para que iniciara los trámites para divorciarse de ella.

Balboa estaba terminando de atar cabos sueltos. Reunió suficiente información para que padre e hija compartieran celda. Tenía testigos para acusar a AP de traficar con drogas. Los mismos que se encargaban de distribuir la mercancía de Antonio, al decirles que su jefe iba a terminar en la cárcel y ofrecerles que trabajaran para él, no habían dudado en suministrarle la información que quería. Muy pronto iba a hacerle una visita a la zorra. Rio a carcajadas al pensar en cómo la utilizaría antes de entregarla a la ley. Solo de pensarlo tuvo una erección. Llamó a una de las chicas del bar y esta le hizo un buen trabajito que le libró de la incomodidad que sentía entre las piernas.

Más tarde llamó a Oscar, y este le contó que después de lo ocurrido entre

ellos, María había tratado de convencerlo de que se fueran juntos de aquel pueblo. Él por su parte le había demostrado la repugnancia que sentía por ella, lo que la había enfurecido y había tratado de agredirlo, pero él se había criado en las calles y era de reflejos rápidos. La cogió por la muñeca y le siseó con los dientes apretados que se mantuviera alejada de él si no quería recibir una paliza. Balboa se rio con ganas al imaginar la escena y la rabia que ella debía sentir.

Sergio seguía insistiendo en que Virginia eligiera una fecha para la boda. A ella se le acababan las excusas. Un día tenía bastante trabajo. Ella y Sofía estaban cuadrando los balances de fin de mes para la reunión del día siguiente. Virginia se sentía agotada. Hacía unas semanas que no dormía bien, por las mañanas se levantaba cansada. Ella daba la culpa de todo a la continua insistencia de Sergio con la boda. Él bajo a verla y ella lo despidió con palabras destempladas. No volvió a verlo en todo el día. Cuando ella y Sofía tuvieron todo preparado para la reunión del día siguiente, se tomaron un café y, cuando se disponía a subir a preguntarle qué era tan importante, él volvió a bajar.

Sergio estuvo todo el día de un humor de mil demonios: que ella lo despachara como si fuera un simple empleado lo dejó perplejo y furioso. ¿Qué se había creído Virginia? Todos los que trabajaban a su alrededor se mantuvieron alejados, esperando que lo que fuera que lo hacía saltar a la mínima se le pasara.

Se lo veía ceñudo. Ella lo esperó junto a la mesa de Sofía. Esta ya se había ido cuando Sergio llegó a su lado, la cogió del brazo y sin decir nada la arrastró hasta que estuvieron dentro del despacho. Ella se sorprendió de sus malos modales. Nunca se había comportado de aquella manera. Cuando estuvieron solos, esperó a que él dijera lo que quería.

—No vuelvas a despedirme cómo has hecho esta tarde —exclamó de mal humor.

—Lo siento, pero estaba muy atareada, ya sabes, estamos a final de mes y mañana tenemos reunión.

—¡Excusas! —Ella lo miró enojada—. Hace tiempo que me estás dando

largas. No pienso esperar un minuto más, dame una fecha y dámela ahora.

Virginia se quedó sorprendida. Lo miraba como si hubiera perdido el juicio.

—¿No puedes esperarte unos días? Ya sabes el trabajo que tenemos.

—Si esto representa demasiada tarea, puedes quedarte en casa, ya contrataré a otro.

—¿Qué estás diciendo? —Lo miró atónita.

—De todas maneras, cuando nos casemos y tengamos hijos, te dedicarás a ellos.

—¿No crees que esa decisión la deberíamos tomar entre los dos? —dijo ella tratando de que su voz sonara serena, algo que no estaba sintiendo.

Sergio la miró como si hubiera dicho alguna barbaridad.

—No pensarás criar a nuestros hijos trabajando aquí, ¿verdad?

Él parecía tan convencido de lo que estaba diciendo que ella no podía creerlo.

—Hay muchas mujeres que lo hacen. —Su tono de voz empezaba a alterarse.

—No con mis hijos. —Los ojos de Sergio echaban chispas.

—Me estás diciendo que cuando me case contigo, tendré que quedarme en casa. —Ella no podía creer lo que estaba escuchando, él sabía cómo le apasionaba su trabajo.

—Sí —afirmó rápidamente.

—¿Lo has decidido tu solo? —El tono de voz de Virginia y la mirada deberían de haberle alertado, iba apagándose a medida que las palabras salían de su boca.

—Sí.

—Pues, ahora escucha lo que yo he decidido. Esa vida que has planeado para mí no me gusta. —Virginia se quedó un momento pensativa tratando de hallar las palabras—. Creo que en un matrimonio las decisiones deben tomarse juntos, y tú no cuentas conmigo para nada. Para ti no soy más que uno de tus trabajadores al que darle órdenes. Así que no voy a casarme contigo, búscate a otra que sea más sumisa y no le importe tener un marido que no pare de dirigir su vida.

Sergio quedó anonadado con el sermón de Virginia. La miraba como si hubiese enloquecido. Ella sentía un nudo en el estómago. Lo miró esperando

que rectificase, pero él no dijo nada. Ella no iba a echarse atrás en lo que había dicho, pues lo creía ciegamente.

—¿A qué viene ese cambio?

—Estás acostumbrado a salirte siempre con la tuya, ¿verdad?... Pues déjame decirte algo... Una pareja se constituye de dos personas, y son dos los que tienen que tomar las decisiones.

Sergio no reaccionó, no entendía lo que ella había querido decir.

—Espero que entiendas que no pueda seguir trabajando aquí —dijo con lágrimas en los ojos. Se sacó el anillo de compromiso y se lo dio. Él levantó la mano instintivamente para cogerlo, atolondrado por lo que estaba sucediendo—. Adiós —dijo Virginia cogiendo el bolso, la chaqueta, y saliendo de allí con rapidez, antes de que se le escaparan las primeras lágrimas.

Sergio quedó allí anonadado, solo y furioso. No entendía lo que había pasado. Él la quería, sabía que ella también a él, y no comprendía que ella quisiera retrasar la boda. Por el amor del cielo, Virginia debería estar loca de alegría por convertirse en su mujer. Definitivamente, no entendía a las mujeres.

Mientras volvía a su despacho, descargando su enfado en sus furiosas pisadas, pensaba en que cuando ella recapacitara y volviera a él, que lo haría, estaba seguro, se haría de rogar.

La escena no fue lo privada que ellos creían. En la misma sala había otra persona que dado el volumen de la discusión había escuchado todo lo dicho.

Sabrina estaba en su mesa, esperando que Guillermo fuera a buscarla y fue testigo involuntario de la disputa. No podía creer lo que estaba escuchando, sabía que su amiga estaba muy enamorada de ese hombre, y acababa de romper su compromiso.

Vio a Sergio salir del despacho pisando fuerte y dirigirse a las escaleras. A su mente le vinieron las dudas que ella había sufrido a causa de Guillermo, y sintió pena por Virginia. Supo que debía de estar sufriendo una agonía.

CAPÍTULO 37

Virginia vagó por las calles de la ciudad, sin poder creerse lo que había ocurrido. Notaba las lágrimas que le corrían por el rostro sin control, veía las miradas a las personas que se cruzaban con ella. Una mujer trató de detenerla. Supuso que para ayudarla. Le dijo que no pasaba nada y se alejó.

En ese momento se acordó de los guardaespaldas que había contratado Sergio. Miró sobre su hombro y no los vio; recordó que él les había dicho que mientras ella estuviera en la oficina no los necesitaba. Mejor así, en ese momento no soportaría que él se enterara de lo destrozada que se sentía.

Cuando se sintió física y mentalmente cansada, se sentó en el banco de un parque y pensó que había fracasado en el intento de hacer que Sergio confiara en ella. Ya empezaba a dudar de que ese fuera el problema, simplemente él era así, estaba acostumbrado a dar órdenes, y debía creer que un matrimonio era algo así como una empresa, un contrato comercial. Estaba tan ensimismada que cuando su teléfono móvil sonó se asustó, miró la pantalla, segura de que sería él, pero estaba equivocada: era Sabrina.

Su amiga le preguntaba que cómo estaba, y a ella se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas. Trató de que en su voz no se notara lo destrozada que se sentía y le dijo que se encontraba bien.

Sabrina soltó un soplido de fastidio al ver que le mentía, y le explicó que había oído toda la discusión. Oyó que Virginia sorbía por la nariz y supo que estaba llorando. Le preguntó que donde estaba; no iba a dejarla sola en un momento difícil.

En la voz de Sabrina había la determinación de un sargento del ejército, pensó, y una débil sonrisa se dibujó en su rostro. Necesitaba un hombro sobre el que desahogarse, que suerte tenía de tener a una amiga como esa.

Diez minutos más tarde oyó pisadas a su derecha, se giró y cual no fue su sorpresa al ver la pareja que se acercaba. Guillermo también estaba allí.

—Lo siento, pero cuando se ha enterado de lo ocurrido no hubo manera de que me dejara venir sola.

—¿Qué ha hecho este testarudo de hermano que tengo? —La voz profunda del que nunca sería su cuñado la dejó sin palabras, por lo dicho estaba dando por hecho que la culpa era de Sergio. A pesar de su enfado, su mente se reveló. ¿No se suponía que entre ellos tenían que defenderse? ¿No era normal que primero escuchara la versión de su hermano, antes de condenarlo?

Miró a Guillermo sacando chispas por los ojos.

—Estás dando por sentadas cosas que no sabes. Es tu hermano por Dios... ¿No deberías apoyarlo a él? ¿Si quieres saber lo que pasa preguntárselo a él?

Él iba a decir algo al notar que ella defendía a Sergio, en cambio cerró la boca confundido. Sabrina lo miró como queriéndole decir «te lo dije», pero se mantuvo en silencio. Guillermo no se iría sin decirle lo que pensaba, lo escucharía sí o sí.

—Me perdonarás si me entrometo, pero eres lo mejor que le ha pasado a mi hermano en años. No permitiré que eche su futuro por la borda cuando su felicidad está junto a ti... y la tuya a su lado.

A Virginia le resultó familiar lo que acababa de escuchar, en pocas horas dos hombres estaban decidiendo lo que era mejor para ella.

—Vaya, veo que los dos sabéis muy bien lo más conveniente para los demás. —Su tono de voz, que ni ella reconocía, la hizo reflexionar. Guillermo no era su enemigo, quería ayudarla—. Perdona, no voy a hablar contigo de esto, te agradezco tu interés. Ahora perdonarme me voy a casa.

—Pero... —Sabrina la iba a detener pero, por la mirada que recibió de su amiga, supo que no obtendría las respuestas que buscaba. Al día siguiente ya la llamaría para encontrarse y hablar, sin la presencia de Guillermo.

Virginia se marchó sin mirar atrás.

Pasó una semana antes de que Virginia devolviera las llamadas a Sabrina. Esta pensó que su amiga estaba demasiado afectada por lo ocurrido. También sabía que Sergio estaba de un humor de mil demonios y que no contestaba las

preguntas de su hermano, por lo que los dos estaban en la más absoluta ignorancia de lo que había pasado.

Cuando al fin respondió a sus llamadas, Virginia se disculpó por no haberle contestado antes, y ella le dijo que lo entendía. Sabrina propuso que podían ir a comer juntas y así se pondrían al día, su amiga supo que le debía una explicación y quedaron para reunirse ese mismo mediodía.

—Cariño ¿cómo estás? —Sabrina la envolvió en un cariñoso abrazo.

—Bien.

—Sabes con quien estás hablando, ¿verdad?

Sabrina había visto las oscuras ojeras que lucían sus ojos.

—No te preocupes, voy a salir adelante.

Sabrina se quedó helada al oír el tono de Virginia, parecía que ya había pasado página a su vida. No podía creer que esa voz fría y decidida fuera la de su amiga.

—¿Qué me estás diciendo? No puedes tirar la toalla, así como así.

El silencio se instaló entre ambas. Al cabo de unos segundos Virginia habló.

—¿No crees que, si tanto me quería, me habría buscado? O me habría llamado. No ha hecho ni lo uno ni lo otro. —Ante aquellas palabras, Sabrina supo que su amiga estaba sufriendo, que aquella fachada que quería dar de normalidad no era, ni mucho menos, lo que quería aparentar—. No seguiré esperando algo que nunca va a ocurrir. Él no me ama como yo pensaba.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—He encontrado un empleo a mi medida. Me estoy mudando.

—Cuenta, cuéntame.

Virginia le contó lo de su nuevo trabajo, no sin antes hacerle prometer que no le diría nada a Guillermo ni a Sergio, si es que este se dignaba preguntar. Sabrina se alegró por ella, pero supo que le iba a ser difícil mantener el secreto. Sobre todo, con Margarita que ya la había llamado varias veces para encontrarse las tres e ir de compras.

Las amigas prometieron mantenerse en contacto, y se despidieron.

Virginia se puso a trabajar en una empresa de prendas juveniles. Con su

experiencia, le dieron el puesto de directora de contabilidad. Estaba satisfecha con su nuevo empleo, aun que echaba de menos a Sergio, lo amaba y cada noche se dormía pensando en él, pensando que quizás se había precipitado al romper el compromiso, pero al mismo tiempo recordaba que él no confiaba en ella y no deseaba pasarse la vida tratando de ganarse su aprobación. Además, le dolía que desde el día que habían discutido, él no hubiera tratado de ponerse en contacto con ella.

Al poco tiempo se dio cuenta de que estaba embarazada. Su hijo, el hijo de Sergio. Si se lo decía estaba segura de que terminaría casada con él, no había nada que deseara tanto como eso. Sin embargo, entre ellos se había abierto un gran abismo; ella se sentía defraudada de que él no hubiese intentado ponerse en contacto con ella. Además, entre ellos se interponía un infame trozo de papel.

No obstante, supo que tenía que decírselo. Le escribió una nota reclamándole sus papeles y al final de la nota, le comunicaba su estado. Esperó a tener noticias de él, pero pasaron las semanas y Sergio no se comunicó con ella.

Virginia se sintió destrozada. Se dedicó en cuerpo y alma al nuevo empleo. Trató de olvidar al padre de su hijo, pero no le era posible.

Sergio se reprochó mil veces el haber dejado que las cosas llegaran tan lejos. La última vez que había estado con Virginia había dejado que su mal humor se descontrolara. Había dicho cosas que en realidad no sentía, pero lo hecho, hecho estaba. Mil veces había pensado en llamarla, pero era demasiado orgulloso, quería que fuera ella la que volviera a él. Aunque la espera lo estaba matando.

Los dos se sentían desgraciados, pero Virginia tenía el consuelo de que un hijo de Sergio crecía en sus entrañas.

Jesús Balboa lo tenía todo preparado: las pruebas contra el padre y la hija estaban a buen recaudo en su caja fuerte. Ya era hora de que hiciera su jugada maestra. Se puso en contacto con sus amigos de la policía y les preguntó si les interesaba coger a María Pinares. Estos sabían que Balboa tenía los

tentáculos muy largos y que, si les decía eso, era porque sabía dónde estaba la susodicha.

—Tíos, me vas a deber un favor muy grande —fanfarroneó cuando dos de los agentes se presentaron en su bar—. Al mismo tiempo podéis arrestar a su padre.

La mirada que ellos le dirigieron le hizo soltar una carcajada.

—¿Qué tiene que ver su padre con esto? —Habían estado vigilando a ese hombre por si se ponía en contacto con su hija y no hallaron nada.

—Con esto nada, solo es quien provee a los drogadictos de su barrio ricachón.

Los dos agentes se miraron frunciendo el ceño. Ese tipo que tenían delante era una verdadera caja de sorpresas.

—Pero si ahora, ni siquiera vive en ese distrito. Se ha trasladado a un hotel.

La carcajada que soltó Balboa retumbo por las paredes de su taberna que en esos momentos estaba casi desierta.

—Así que al final su mujer lo echó de casa.

—No sé cómo fue todo, tuvieron una disputa y él salió de la casa con una maleta. No ha vuelto por allí. Por lo que he oído están en trámites de divorcio.

La mente calculadora de Jesús enseguida registró esa información, ¿le podría sacar también dinero a la esposa? No, ya tenía suficiente habiendo aguantado al putero de su marido durante tantos años. Esperaba que se buscara un buen abogado y que lo dejara seco. Claro que, si él iba a la cárcel, ella lo tendría más fácil para demostrar el pésimo marido que había sido. Por si acaso, le mandaría a uno de sus propios abogados. Ellos sabrían cómo sacarle todo el jugo a aquel cretino.

—Bueno, a lo que íbamos... Cuéntanos eso que sabes de ese fulano.

Con un destello divertido en su mirada turquesa, se acabó el whisky que se estaban tomando de un trago y se levantó de la mesa, fue tras la barra y cogió un sobre que tenía preparado entre dos botellas de licor.

Los agentes vieron las fotografías que Balboa les dio y soltaron un silbido; en ellas se veía a Pinares, en un polígono industrial, que ubicaron enseguida. Estaba en la parte delantera de su coche, con un maletín abierto y les daba lo que parecían papelinas de drogas a dos muchachos. Las caras de los jóvenes

no se veían, estaban hábilmente distorsionadas.

—¿Supongo que no nos darás a esos dos, también?

Balboa soltó una risita.

—¿Nunca os cansáis de pedir? Os lo entrego a él y a su hija, o lo tomáis o lo dejáis.

Intercambiaron una mirada y asintieron.

—De acuerdo. ¿Debes tener algo más que unas simples fotos?

—Por supuesto, tengo una grabación de audio, donde da instrucciones a sus esbirros, otra en la que amenaza a uno de ellos, y... —Los miró con prepotencia—. Además, tengo grabada una conversación con su hija de lo más interesante.

—¿Él estaba al corriente de lo que hacía su hija?

—Eso no puedo saberlo, pero ella se puso en contacto con él cuando ya la estabais buscando.

—No puede ser. Tenemos su teléfono intervenido.

—¿Y Pensáis que no lo sabe? Tiene varios números, y seguro que el que tenéis no es el que usa para sus trapicheos.

—Diablos —exclamó el agente de mayor rango—. Por eso no nos hemos enterado de nada.

Balboa pensó en lo imbéciles que eran esos tipos. Él sabía todo lo que había estado haciendo Pinares desde el momento en que decidió prescindir de sus negocios. Siempre se guardaba un as en la manga, era como un seguro. Si este hubiese intentado algo contra él, las repercusiones le estallarían en plena cara.

En cuanto a los agentes de la ley, les entregaba de vez en cuando a alguno de los traficantes que pululaban por la ciudad, así de paso se quitaba a alguien de la competencia. Sabía que ellos sospechaban de él, pero se había rodeado de gente competente que no dejaba rastro de sus sucios negocios.

Les entregó un par de cintas que sacó de su caja fuerte, y cuando ellos le preguntaron por la hija, él les dijo que al día siguiente iba a emprender un viaje. Dejó en el aire que si querían seguirlo... siempre y cuando esperaran a que él les diera la señal, que los llamaría por teléfono cuando pudieran actuar y les diría dónde estaba la mujer.

—Tendrás que darnos algo más que eso, nuestros superiores... Y ¿no nos

podrías decir ahora dónde está?

—¿No pretenderéis privarme de una merecida despedida antes de que la encerréis en la cárcel? —dijo soltando una sonora carcajada, a la vez que les guiñaba un ojo, con una mirada llena de sobreentendidos.

Los dos agentes se miraron.

—Si el capitán se entera de esto, nos abrirá un expediente. —Soltó uno de ellos con el ceño fruncido.

—No me vengas con monsergas, tu superior estará encantado cuando te presentes en comisaría con esa mala pécora bien atada como si fuera el pavo de navidad.

Los agentes salieron de allí, satisfechos por el trato que habían hecho con ese tipo. Sabían que no era trigo limpio, pero no podían probar nada contra él, solo sabían que cuando les prometía algo, nunca les fallaba.

En cuanto los perdió de vista, Balboa llamó a AP y le dijo que preparara el dinero que esa noche quería cobrar. Que se encontrarían en el aparcamiento del centro comercial más concurrido de la ciudad. Conocía muy bien el carácter de aquel tipo, intentaría chantajearlo, lo amenazaría con denunciarle a la policía y de cerrarle el local. Viéndose allí, con todo el ir y venir de gente se tendría que morder la lengua. Ya se lo imaginaba saliéndole humo por las orejas por tener que contenerse. Una gran sonrisa se dibujó en su rostro.

Cuando horas más tarde se encontraron los dos hombres, AP lucía un aspecto furioso. Quiso saber dónde estaba su hija antes de soltar la pasta. Balboa, que no se chupaba el dedo, requirió ver el dinero antes de soltar prenda. Sabía muy bien que el muy canalla era capaz de largarse en su reluciente coche una vez tuviera la información. Sin perder la calma, Balboa sacó un papel doblado del bolsillo, se lo pasó por las narices a AP y luego, sacando un encendedor, lo prendió.

—Como ves me importa un huevo lo que le pase a la zorra de tu hija.

Los ojos del otro sacaban chispas.

—¿Cómo sabes qué es mi hija?

—Sé muchas cosas...

Con estas palabras abrió la puerta de su coche para irse.

—Espera... Serás hijo de puta.

Balboa se lo estaba pasando en grande viendo sudar a ese tipo.

—A ver la pasta.

AP le tendió un maletín que él no tuvo reparo en abrir y comprobar que no le estaba estafando. Asintió con la cabeza y entonces le dijo dónde estaba María. Ante la cara de extrañeza de su interlocutor, no pudo más que soltar una risotada.

—Hay que reconocer que esta vez ha sabido esconderse, pero no de mí.

Se fue dejando a ese hombre preguntándose cómo la habría encontrado, qué era lo que sabía. Un par de horas más tarde y en la tranquilidad del hotel donde en ese momento residía, Antonio aún se hacía las mismas preguntas cuando llamaron a la puerta y al abrir se encontró con los policías que se lo llevaron arrestado.

CAPÍTULO 38

Sergio estaba de un humor que se lo llevaban los demonios. Todos los que lo rodeaban lo sabían e intentaban no cruzarse con él. La noticia de la ruptura del compromiso había corrido por la empresa como un vendaval.

Guillermo no sabía lo que había pasado. Veía que su hermano volvía a ser el hombre reservado de cuando estaba con María. No iba a permitir que volviera a arruinar su vida. Quería que abriera los ojos y se diera cuenta que su felicidad estaba al lado de Virginia. Se presentó en su despacho y se sentó frente a Sergio sin que este le invitara.

—¿Qué se te ofrece?

—A mi nada, ¿y a ti?

Sergio lo miró como si se le hubiesen saltado los tornillos, lo que decía su hermano no tenía sentido.

—¿De qué me estás hablando? Que yo sepa no tengo nada que discutir contigo.

—¿A no? ¿Qué pasó con Virginia?

Si las miradas matasen, Guillermo hubiese perecido allí mismo.

—No es asunto tuyo.

—Sí lo es, me preocupo por ti, y veo que la estás cagando otra vez.

—¿Ah sí? —Sergio se frotó la frente queriendo despejar sus pensamientos

—. ¿Qué es lo que te ha dicho?

—Nada, es más, creo que se enfadó conmigo cuando le pregunté qué le habías hecho.

Sergio lo miró alzando una ceja, «ella lo había defendido». Quizás lo tendría más fácil después de todo, pero le molestó lo que dijo su hermano.

—¿Das por sentado que le hice algo malo? Me decepcionas hermano.

—Entonces, cuéntame lo que ocurrió. —Guillermo estaba perdiéndola paciencia, eran un par de cabezotas, orgullosos y tercos, y no se daban cuenta que estaban arriesgando un futuro feliz, el uno con el otro.

—Lo que pasó no es asunto tuyo, yo lo solucionaré. —Aseveró seguro de sí mismo. El comentario de su hermano le dio alas a su corazón maltrecho. Esperaría el tiempo que ella necesitara para volver a su lado.

Vio satisfecho, como su entrometido hermano se levantaba soltando un suspiro que más bien pareció un rugido, y salía de su despacho. Al quedarse solo, sus pensamientos volvieron al amor de su vida. La echaba de menos, pero tendría paciencia. Cuando ella volviera con él no pensaba reprocharle nada, sabía que la había atosigado demasiado. Tenía que aprender a ser más paciente, sobre todo porque la quería a su lado, y sabía que ella era especial. No era como las otras mujeres que habían pasado por su vida.

Jesús Balboa viajaba solo. Sabía por las cámaras que tenía en los alrededores de su local que la tarde anterior, los agentes con los que se había reunido le habían puesto un aparato de rastreo en el paso de rueda de su auto. No le importaba. Quería que lo siguieran, pero a una cierta distancia. No quería tenerlos pegados a la parte trasera de su coche.

En una pequeña bolsa de viaje que llevaba, había escondido el cuchillo con que había sido apuñalado Julián. Esa zorra no sabía lo que le venía encima.

Se puso en contacto con Oscar, avisándolo de que iba para allá, y que la policía lo seguía. No quería que su hombre se viera envuelto en ningún lio.

Así que avanzaban los kilómetros y veía dónde se había ido a ocultar la zorrita. Pensó que ni él la hubiese encontrado. Y rio divertido al pensar en lo mal que debería de estar pasándolo. Aquello era la antítesis de lo que ella estaba acostumbrada. Era lógico que hubiese tratado de que Oscar la sacara de allí. Se la imaginaba rodeada de los campesinos y no podía evitar reírse.

Ya era noche cerrada cuando Balboa aparcó su coche en la plaza del pueblo. Estaba famélico. Se encaminó hacia la taberna que anunciaba un cartel de madera pintada y entró. Al momento, varios parroquianos se giraron hacia la puerta. Él les deseó buenas noches, mientras se dirigía a la barra, donde una moza hablaba con unos clientes, mientras secaba vasos con un

trapo blanquísimo. Le preguntó si podía cenar, y ella le contestó con una gran sonrisa.

—Por supuesto, somos famosos por nuestra hospitalidad y buena cocina, ¿verdad muchachos? —Por el brillo de sus ojos, Jesús supo que aquella mujer era el alma del local. Los muchachos a los que se refería eran dos hombres de avanzada edad, que afirmaron con las cabezas haciéndole ojitos a la guapa tabernera. Ella les guiñó un ojo y ellos rieron como niños traviesos.

Lucia lo había observado mientras él entraba en el local. Sus cicatrices en la cara y su nariz torcida no le quitaban atractivo, tenía unos preciosos ojos azules, y su sonrisa discreta hacia los clientes hizo que estos no recelaran de él. Todo el mundo volvió a sus cartas o a sus conversaciones apenas le echaron un vistazo.

—Si espera un segundo le despejo una de las mesas.

—No hace falta, comeré en la barra.

—Como quiera.

Aunque ella no lo supiera, y no pensaba decírselo, estaba acostumbrado a las comidas en la barra de su propio local.

—¿Qué le apetece para cenar? Tengo un guiso de cordero con verduras que está para chuparse los dedos, riñones al jerez, patas de cerdo, pero si lo prefiere puedo hacerle algo a la plancha con guarnición, tortilla, huevos fritos, truchas con jamón...

Jesús se sorprendió de la variedad de platos que le ofrecía la mujer. Para ser un pueblo de mala muerte, la taberna parecía funcionar a las mil maravillas.

—Guiso de cordero.

—¿Para beber?

—¿Qué me recomienda? —La miró alzando una ceja.

—Si quiere cerveza, es la que puede encontrar en todas partes. Si es amante del buen vino, el que tenemos es el mejor de la comarca.

—Que sea vino, pues.

En un santiamén, tenía delante una jarra de barro y una copa llena delante de él. Probó un sorbo y saboreó el mejor caldo que había bebido en mucho tiempo, lo paladeó con deleite.

Unos minutos más tarde, estaba saboreando un plato de cordero guisado que le recordó al que solía cocinar su abuela. El deleite con que comía llamó

la atención de Lucía, que lo miraba con una sonrisa en los labios.

—Señorita, trámitale mis felicitaciones a la cocinera, esto está delicioso.

—Ella es la cocinera —dijo uno de los ancianos junto a la barra, soltando una risita.

—Llámeme Lucía, señor, y sí, yo soy la que cocina aquí. Me gusta hacerlo.

—Pues lo haces muy bien. Me ha recordado a sabores de mi niñez.

—Aprendí de la madre de mi padre, tenía muy buena mano.

Ver comer a ese hombre era todo un placer, a pesar de tener aspecto de los bribones de ciudad, que eran más proclives a las hamburguesas, comía con gusto el guiso, saboreando y mojando pan en la salsa, de vez en cuando tomaba un sorbo de vino de la copa. Se lo veía que disfrutaba del buen comer.

Poco a poco, los clientes iban marchándose a sus casas, ella los llamaba a todos por su nombre y les deseaba buenas noches. A algunos los instaba a que se fueran, advirtiéndoles que sus mujeres se enfadarían si llegaban tan tarde. Parecía que controlaba a todo el mundo. A Jesús le hacía gracia ver cómo trataba a sus clientes. Mientras lo hacía, le contaba que en ocasiones los habitantes del pueblo le llevaban vituallas para que ella las cocinara, sobre todo la carne de caza. Jesús terminó y alabó la buena comida. Ella había terminado sentada al otro lado de la barra con una copa de vino y comiendo frutos secos. Al preguntarle a Jesús qué le apetecía de postre, este le dijo frotándose el estómago que estaba demasiado lleno. Entonces ella sacó de debajo de la barra un plato con almendras garrapiñadas, nueces peladas, uvas pasas, piñones, avellanas, higos y albaricoques secos.

—¿Lo compartimos?

—A eso no me voy a negar.

Al tiempo que ella seguía contándole las costumbres de sus vecinos, los dos comían y bebían. Se oyó la puerta del local y entró un hombre delgado y muy alto.

—Hola, cariño, creí que te habías perdido por ahí —bromeó ella.

—Sí, tú ríete, cuando volvía se me pinchó una rueda y tuve que cambiarla.

—¿Tienes hambre?

—Estoy famélico.

Jesús vio que era el momento de marcharse.

—Ya no te molesto más. ¿Sabes de alguna casa donde me alquilarían una habitación para pasar la noche? Se ha hecho muy tarde para seguir mi camino.

—Sí, sigue al camino a la derecha del campanario y te llevará a una propiedad donde alquilan habitaciones.

Le agradeció la atención que tuvo con él y salió deseándoles buenas noches. Que distinto era aquel modo de vida a lo que él estaba acostumbrado, pero reconoció para sus adentros que debía ser placentero vivir allí, donde parecía que el tiempo discurría mucho más despacio.

Había llegado la hora que esperaba. Se subió a su coche y salió del pueblo en la dirección que le indicaron. Se detuvo a una buena distancia de la casa y siguió su camino andando. No quería que la zorra oyera el ruido del motor y lo reconociera, cosa poco probable, pues era noche cerrada, pero no se arriesgaría.

Llamó con los nudillos a la puerta de madera maciza, por las ventanas se veían luces encendidas, lo que le indicaba que los que habitaban la casa, aún no se habían retirado.

Una mujer rolliza le abrió la puerta.

—¿Es aquí donde alquilan habitaciones?

La mujer le sonrió, dejándolo pasar al interior.

—Sí, señor.

—Lamento llegar tan tarde, pero calculé mal el tiempo.

—No se preocupe, como ve aún no nos hemos acostado. —al decirlo, hizo un movimiento con la mano, para mostrarle que estaban tomando café delante de la tele.

Oscar estaba arrellanado en un sofá, se levantó y extendió la mano para estrechársela, y como dos perfectos desconocidos se saludaron.

—Es hora de que me acueste Juanita, tienes trabajo, buenas noches. —La mujer le sonrió como una adolescente—. Mañana a las nueve estaré a punto para llevarte a la compra.

Una hora más tarde, sonaron unos suaves golpes en la puerta de Balboa. Este abrió y dejó pasar a su hombre.

—¿Dónde está la zorrита?

—En la habitación de enfrente. No se levanta hasta las once, más o menos,

mañana me llevaré a la señora para que hagas lo que tengas que hacer. Juanita es una buena mujer, y no quiero que le deis un susto de muerte si la muy loca se pone a gritar.

—Piensas en todo —dijo soltando una risita.

Oscar salió de la habitación y se fue a la suya, Balboa se acostó boca arriba con las manos debajo de la cabeza saboreando anticipadamente lo que iba a ocurrir al día siguiente.

CAPÍTULO 39

A las ocho de la mañana, Jesús bajó a desayunar. Oscar estaba sentado en una mesa saboreando unos huevos con jamón y patatas fritas. Lo saludó, al tiempo que Juanita servía café en otra mesa, perfectamente puesta. Le preguntó qué quería para desayunar, al contestarle que con el café ya estaba bien, la mujer meneó enérgicamente la cabeza.

—De ninguna manera, el desayuno es la comida más importante del día. Siéntese, ahora vuelvo.

No le quedó otro remedio que hacer caso a la mujer. No quería ofenderla.

Cuando salió de la cocina, traía un plato como el de Oscar y otro con un trozo de bizcocho. Él al verlo soltó una carcajada.

—Desde luego, no voy a morir de hambre —exclamó entre risas—. ¿Sabe que me recuerda a mi abuela? No por la edad, no quisiera que me malinterpretara. —Le guiñó un ojo con picardía—. Era una mujer de armas tomar, cuando se le metía algo entre ceja y ceja... era terrible, pero yo la adoraba.

Juanita rio, que era lo que él pretendía.

—Que zalamero es. Coma antes de que se enfríe.

—A sus órdenes. —Aquello arrancó risas a la mujer y a Oscar.

Al terminar con su copioso desayuno, salió al porche de la casa con otra taza de café entre los dedos. Se sentó en un sillón de mimbre y respiró la tranquilidad que lo rodeaba. Oír el trino de los pájaros y ver la niebla que se alejaba hacia las cumbres, lo dejó maravillado. Nunca en toda su vida había disfrutado del entorno como estaba haciendo en aquel momento.

Oyó que la puerta de la casa se abría, al girarse vio a Oscar y a Juanita que salían, como ya le había dicho a la mujer que se marcharía a media mañana.

Se despidió de ella y le dijo que seguro que volverían a verse.

Al quedarse solo, se levantó dispuesto a lo que le había llevado allí. Subió las escaleras sin hacer ruido, entró en su cuarto y salió con un paquete en la mano. Un minuto después estaba en el interior de la habitación de María. Ella dormía. En la penumbra vio que estaba desnuda, los hombros marfileños asomaban sobre los bordados de las blanquísimas sábanas. Sonrió al ver que ella no se había molestado en deshacer su maleta. Chica lista: siempre preparada para salir corriendo, pensó. No tuvo problemas en añadir lo que llevaba al equipaje. Mientras lo hacía ella se revolvió en la cama. La sábana se le enrolló en las caderas y quedó boca abajo, una sonrisa lobuna asomó a sus labios. Que fácil le estaba resultando.

Se la quedó mirando durante unos minutos, ¿cómo podía ser que aquella zorra tuviera un aspecto tan angelical? Su pelo oscuro la envolvía como un manto, cubriéndole parte de la espalda desnuda, Jesús notó que su cuerpo empezaba a despertar. Cogió el pequeño látigo que había llevado, y pasó las puntas con suavidad a lo largo de la columna vertebral, de arriba abajo. Ella apenas se movió. Volvió a repetir la acción y al llegar a las nalgas, le dio un azote, suficientemente fuerte para despertarla, pero no para lastimarla. María dio un respingo desorientada, ¿qué la había despertado? Miró su reloj que reposaba sobre la mesita de noche.

—¿Demasiado pronto para ti, querida? —Al oír aquella voz conocida, todo su cuerpo se tensó, alargó la mano para tirar de la sábana, pero Jesús le dio un suave golpe en los dedos para que se quedara quieta.

—¿Qué quieres? —exclamó con la carne de gallina. Su mente trabajaba a mil. ¿Cómo la habría encontrado? Sintió un estremecimiento al pensar en lo que él podía hacerle, en lo que estaba segura le haría—. Deja que me vista, tenemos que hablar de negocios.

Jesús soltó una carcajada.

—Después hablaremos de lo que quieras... antes vamos a divertirnos un rato.

La reacción de María no se hizo esperar. Trató de levantarse, pero él la cogió por la cintura para que siguiera tumbada boca abajo. La presión de aquellas fuertes manos sobre su cuerpo la llevaron a removerse. Sin miramientos Jesús se dejó caer sobre su cuerpo, lo que hizo que ella quedara

sin respiración. El pesado aliento del hombre sobre su nuca, la llevó a pensar que, si se mostraba complaciente, podría negociar con él la deuda que tenía contraída. No lo dudó, se movió debajo de aquel mastodonte sinuosamente, haciéndole saber que estaba dispuesta, y al hacerlo notó contra su trasero la erección que le apretaba las nalgas. Se excitó al instante.

Jesús estuvo a punto de reírse al adivinar lo que la mujer pretendía. Dejaría que siguiera pensándolo, no la sacaría de su error. Se apartó, y al punto ella se le lanzó encima, tiró de la camisa para sacarla de los pantalones. Al instante sus manos estaban tocando la piel de Jesús con avaricia, con violencia, apretando y arañando los músculos del tórax fuerte y velludo. A pesar de saber que ella era como una tigresa, el impacto lo hizo reaccionar y la apartó de él lanzándola encima de la cama. María lo miró con lujuria y se lamió las uñas con vicio, con una sonrisa en los labios.

—Te excita la violencia, ¿eh?, ya te daré yo violencia —afirmó mientras se sacaba la camisa por la cabeza. La mirada de ella no se perdía el movimiento de sus manos. Cuando estas llegaron al pantalón, saltó de la cama y se arrodilló a sus pies, apartando los fuertes dedos de la cremallera.

—Déjame a mí. —Jesús la miró entrecerrando los ojos. Aquella zorra quería guerra y la tendría, pero no le apetecía que utilizara sus joyas para obtener placer mientras lo lastimaba.

—Ve con cuidado si no quieres recibir una paliza —le advirtió.

María soltó una carcajada, mientras sus ojos lo miraban con un brillo cruel.

—Vaya, vaya, el grandullón le tiene miedo a una mujer —se burló, al tiempo que bajaba la cremallera y dejaba al descubierto aquella parte de él, frente a su cara, erecta como una lanza disparada hacia ella. Lo miró con lascivia, le abarcó los testículos con las manos, arañándolo con suavidad, mientras abría la boca y lo tomaba en ella.

Jesús echó la cabeza hacia atrás, gimiendo de placer. No había duda de que esa mujer era una ramera de primera. Con las manos y con la boca lo estaba llevando a la locura. Aquella lengua le recorría el miembro con ímpetu. La presión de los labios parecía que quería estrujarlo hasta el delirio. Con un esfuerzo descomunal se mantuvo firme, ya que sentía como si ella le estuviese sorbiendo las entrañas. Instintivamente la cogió por el pelo y la mantuvo donde estaba, moviendo las caderas, haciendo que su miembro a

punto de estallar penetrara en aquella caverna enloquecedora.

María se sentía satisfecha por haber liberado la bestia que moraba dentro de aquel hombre. Estaba enloquecido de placer. Trasladó sus manos a la parte de atrás y pasó sus dedos por la profunda hendidura de sus nalgas, apretándolas con fuerza. Aquello fue la perdición para Jesús. Él se había propuesto hacer que aquel acto durara, pero ella sabía demasiado, y convulsionándose llegó al clímax, con la cabeza de ella, bien sujeta entre sus piernas.

Jesús se sentía débil como un recién nacido. Se dejó caer sobre la cama boca abajo con la respiración acelerada. ¡Qué lástima que ella tuviera que ir a la cárcel! En ese momento que ella tenía una deuda con él hubiese podido hacerla bailar en círculos hasta hartarse.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos, cuando la sintió que se tumbaba encima de él, con los muslos sedosos abiertos sobre sus pantorrillas, la cara apoyada al final de su columna vertebral y el aliento caliente sobre la piel sensibilizada de sus nalgas. Sabía que ella estaba esperando que le diera placer, y también la forma en que lo quería. Pero antes de que él recuperara las fuerzas, ella lo mordió con ansias, clavándole los dientes. Su reacción no se hizo esperar, fue algo instintivo. Se giró haciendo que ella perdiera el equilibrio y cayera de la cama. María soltó una carcajada, al tiempo que enseñaba los dientes. Se levantó del suelo como una tigresa, moviendo sinuosamente su cuerpo. Cogió el látigo que Jesús había dejado de lado y lo descargó sobre los muslos del hombre, muy cerca de la entrepierna.

El escozor que sintió lo hizo reaccionar con violencia. Le arrebató el látigo de los dedos, le cogió la muñeca con fuerza y tiró de ella, que cayó sobre sus piernas. Se incorporó y le atizó las nalgas con fuerza, dejando la marca roja de la palma de su mano. Ella soltó un gruñido placentero.

—¿Es eso lo que quieres, zorra?

Volvió a descargar otra palmada, vio como ella se lamía los dedos con lascivia, y sus manos se dirigían hacia su sexo, soltando un sonoro gemido cuando se los introdujo. Jesús quería verla suplicar, agarrándola por las muñecas, se giró dejándola de espaldas sobre la cama deshecha. El gruñido que se le escapó parecía el de un animal salvaje. Se revolvió lanzando patadas dirigidas a él, pero ninguna dio en el blanco. La fuerza de él la excitaba y la frustraba al mismo tiempo. Le gritó obscenidades, quería que se enfureciera,

que perdiera el control, que la castigara. No esperaba la sonrisa perversa que le dedicó.

—Grrrrr... —Una mueca desagradable se dibujó en su cara, al tiempo que enseñaba los dientes afilados, dispuesta a morderlo.

Jesús se estaba cansando de aquel juego. Sintió una punzada de repugnancia contra ella y contra él mismo al notar que había vuelto a excitarse. Con la mente obnubilada de lujuria le dio la vuelta y, sin soltarle las muñecas, con la otra mano le levantó las caderas, se arrodilló entre sus muslos y la penetró por detrás. Ella gritaba con las fuertes vestidas. Para su horror, Jesús llegó al clímax inmediatamente, apartándose de ella dejándola con ganas de más, frustrada y furiosa, lanzándole obscenidades por la boca.

Balboa se vistió. Vio encima de la cómoda una botella de ginebra, le dio un par de tragos para sacar el regusto a bilis que tenía en la garganta.

A pesar de la lujuria insatisfecha, María pensó que tenía que negociar con ese hombre. Se tragó todos los epítetos que le venían a los labios y se cubrió con la sabana.

—Tenemos que hablar.

El hombre la miró entrecerrando los ojos.

—Primero tienes que pagar una deuda.

Con aquellas palabras, abrió la puerta y se fue.

Cuando María lo vio salir de la habitación, supo que no estaba segura. Si él la había encontrado, los policías también podían. Maldiciendo se vistió a toda prisa, cerró su maleta y se dispuso a dejar aquella casa.

Al llegar donde la noche anterior había dejado el coche, Balboa hizo la llamada que le cambiaría la vida a aquella zorra.

Para asegurarse de que los ineptos de los agentes hicieran bien su trabajo, volvió a la taberna de Lucia y se tomó un café, atisbando por la ventana lo que pasaba en el exterior. No habían pasado cinco minutos cuando vio el coche de los agentes que pasaba, dirección hacia la casa a toda velocidad.

Cuando María abrió la puerta para salir, con las prisas, casi choca con dos hombres que subían apresurados las dos escaleras que conducían al pequeño porche. Les dijo que la dueña de la casa no estaba y trató de pasar a su lado.

Uno de ellos la cogió por el brazo y la retuvo. Sacaron sus placas y al mostrárselas. María perdió el color de la cara. En un acto desesperado, trató de golpear al que la tenía sujeta con la maleta, pero el agente Palacios no se dejó sorprender y en el forcejeo se abrió el equipaje y sus cosas quedaron desparramadas por el suelo, encima de las cuales cayó un cuchillo de considerables proporciones.

Los dos policías se miraron.

—Esto será para defenderse sin duda —aseguró Ortega a su compañero.

—Eso no es mío —replicó ella alzando la voz.

—Y yo soy papa Noel. —El comentario era claro, no le creía.

—Que le he dicho...

Ninguno de los la escuchaba, Palacios le puso las esposas al tiempo que le leía sus derechos. Ella se revolvía y gritaba maldiciéndolos a ellos, a Balboa y a todo bicho viviente.

Cuando estuvo encerrada en la parte de atrás del coche, dejó de gritar, pensando que debería haber caído en la cuenta de que la visita de Jesús había sido una trampa.

CAPÍTULO 40

Sergio estaba en su despacho cuando su secretaria le informó por el interfono que unos agentes querían verlo. Le dijo que los hiciera pasar y estos le informaron de la detención María Pinares y de la prueba que tenían que ella había matado a su socio. Acto seguido también le comunicaron del arresto del padre de esa mujer, por traficar con sustancias estupefacientes, cosa que no lo sorprendió. ¿Habría sido el padre quien le diera a probar las drogas a su hija? Pensó en contarles la sórdida historia de su matrimonio, pero no tenían por qué enterarse de lo idiota que había sido. Los despidió, agradeciéndoles que lo hubiesen mantenido informado.

Al quedar solo, su mente empezó a darle vueltas, ¿estaría Antonio al tanto de los asuntos de su hija? Ese hombre los había engañado a todos durante años. Su propio padre trabajaba con él y nunca sospechó nada.

Cogió el teléfono y marco el número de la empresa de su padre. Cuando este se puso al aparato le contó todo el asunto. Miguel se quedó pasmado al escuchar a su hijo, al tiempo que recordaba cómo su socio se había reído de él cuando abandonó el barrio, ¡maldito fuera!

—¿Qué va a pasar ahora con su parte del negocio?

—Lo pondré en manos de mi abogado. No quiero que este escándalo nos salpique.

—Bien, ahora te dejo.

—A ver cuando vienes a casa con tu mujer. Tu madre está deseando volver a veros.

El silencio que siguió hizo que Miguel sospechara que algo andaba mal, tampoco sabía nada de Guillermo y de Sabrina. No quería ser entrometido, pero se preocupaba por sus hijos.

—¿Ocurre algo?

Sergio tenía la esperanza de no tener que dar explicaciones sobre lo que había pasado entre él y Virginia, pero no podía mentirle a su padre. Le contó lo ocurrido, y le quitó importancia, diciéndole que lo solucionaría.

—Me pareció una buena chica, y se veía de lejos que estabais enamorados. No dejes que tu orgullo guie tu vida. La convivencia es muy difícil hijo, pero con la mujer apropiada vale la pena.

—Lo sé, padre.

Los dos hombres se despidieron, con la promesa de Sergio de que arreglaría las cosas con Virginia. Al cortar la comunicación se quedó mirando el aparato. Sabía que su padre tenía razón. Tenía que luchar por lo que quería. Decidido a actuar. Marcó el número de la casa de la mujer que amaba. La sorpresa fue grande al escuchar la voz de lata que le decía que aquel dígito no existía. Volvió a marcar y la misma respuesta. La llamó al móvil y la llamada fue rechazada. Frunciendo el ceño, pensó que ella quería verlo arrastrarse. Se sentía culpable de lo ocurrido, pero no para tanto. Los dos se habían dejado llevar por su genio. Era evidente que ella aún no estaba preparada para escucharlo. Esperaría.

Pasaban los días y Guillermo sospechaba que Sabrina tenía noticias de Virginia. Si no hubiera sido así, lo bombardearía a preguntas. Decidido a darle a su hermano un pequeño empujón en la dirección adecuada decidió tantearla.

—¿Has sabido algo de Virginia? —le preguntó una noche mientras ella estaba leyendo, antes de dormir. Trató de que su voz no demostrara lo interesado que estaba en la respuesta.

Ella levantó la vista del libro y lo miró. Él parecía muy concentrado en los informes que estaba revisando. Lo preguntó sin siquiera levantar la vista de los papeles. Sabrina sonrió sin que él se diera cuenta. Era evidente lo que quería saber. Por una parte, quería contarle que la comunicación entre ellas era frecuente, por otra, le prometió a su amiga que no se lo diría. Se debatía entre lo que debía hacer. No quería mentirle, pero tampoco romper la promesa dada.

Al no obtener respuesta, la miró.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada, solo quería saber cómo estaba.

—Bien. —Fue la escueta respuesta de Sabrina, y volvió a levantar el libro que estaba leyendo, deseando que él no le hiciera más preguntas.

A Guillermo aquella respuesta le confirmaba sus sospechas, pero quería saber más, y era evidente de que ella no se lo quería contar. ¿Es que no confiaba en él? Al instante, rehusó aquella posibilidad. Lo que estaba pasando era que ella sabía que él le contaría a su hermano todo lo que supiera y no estaba equivocada. Tendría que intentarlo de otra forma, pero cómo. No iba a ponerse a espiarla ni a buscar posibles mensajes en su móvil. Debía conseguir que ella se lo contara libremente. Un pensamiento le cruzó por la mente... Si no se lo explicaba a él, quizás habría una forma de enterarse por otro lado: su madre. Sabía que esta deseaba hacer buenas migas con ellas, que les había dicho que tenían que encontrarse algún día para salir juntas. La llamaría, no, mejor, al día siguiente iría a verla y le contaría lo que había pasado con su hermano y Virginia. Seguro que su madre sabría qué hacer.

Sabrina se extrañó que él no le hiciera más preguntas, pero al mismo tiempo lo agradeció.

Guillermo sabía que, si su hermano se enteraba de que le contaba a su madre que las cosas entre él y Virginia no iban bien, tendrían una buena bronca. Pero valdría la pena, no estaba dispuesto a quedarse mirando, mientras esos dos cabezotas echaban al viento lo que tenían. Se amaban, y no iba a tolerar que Sergio fuera infeliz otra vez. Se merecía una vida llena de amor y felicidad, no solo de trabajo y responsabilidades.

Al reunirse con su madre, esta se dio cuenta enseguida de que algo no andaba bien. Conocía perfectamente a sus hijos. Compartió con él un café y unas galletas caseras, esperando que le contara lo que fuera que lo tenía preocupado. Guillermo miraba el fondo de su taza, como si allí fuera a encontrar la respuesta a sus preocupaciones.

—Cuéntamelo. cariño —susurró Margarita, al tiempo que le ponía una mano en el hombro.

Sus miradas se encontraron y le contó a su madre por lo que estaba pasando su hermano. A Margarita le vino a la mente la conversación que había tenido

con Virginia. Ya ese día las cosas entre ellos no funcionaban como debían. A la memoria le vino los primeros tiempos junto a su esposo, no había sido un estanque dorado. Hasta que ambos no se adaptaron a la vida en pareja, habían tenido más de un encontronazo. Pero el amor que se tenían había vencido todos los baches del camino.

Guillermo volvió a la oficina, con la promesa de su madre de que ella se encargaría. Pero ella le daba vueltas al asunto. Cuando le había preguntado abiertamente a Virginia qué estaba pasando, ella se había mostrado esquiva. Supuso que no le gustaría tener una suegra que se inmiscuyera en sus cosas. Por otra parte, estaba Sergio. Los había tenido engañados durante años para que ellos no sufrieran por él. No estaba segura de cómo reaccionaría su hijo si trataba de entrometerse. Sabía que era soberbio como su padre y que creía que siempre estaban en posesión de la razón. Tendría que ser muy sutil si quería ayudarlos.

Su marido al llegar del trabajo, la encontró ensimismada y pensativa. La besó como siempre hacía al llegar a casa.

—¿Qué ocurre, cariño?

—Oh... nada, nada, estaba pensando en que este domingo podrías hacer una paella, e invitar a los chicos. —Miguel supo al instante que su mujer se traía algo entre manos. Dudó que Sergio le hubiera contado a su madre los problemas que tenía con Virginia. En todo caso, no sería él quien lo hiciera. Dejaría que la pareja arreglara las cosas por si solos.

—Me parece una idea perfecta.

Cuando Sergio llegó sin Virginia, su padre fue el primero en preguntar dónde estaba ella, imaginaba que su hijo ya habría resuelto sus diferencias. Le pareció raro que no lo hiciera su mujer, y entonces cayó en la cuenta de que Margarita sabía algo que no le había contado. Sergio les contó que habían tenido algunos problemas, pero que no se preocuparan que los solucionaría. Parecía muy seguro de sí mismo, y eso los dejó más tranquilos.

Al despedirse aquella tarde, su madre le preguntó si podía hacer algo para ayudarlo y él le dijo que no, que todo era cuestión de tiempo.

CAPÍTULO 41

Después de un mes, pasó otro, y Sergio seguía sin poder contactar con Virginia. Ella rechazaba todas las llamadas. Él incluso había ido a su casa y el portero le dijo que se había mudado. Aquello lo preocupó, ¿habría tenido algún problema? Podía contar con él si así era, pero reconoció que era tan terca como él mismo: nunca le pediría ayuda. Al mismo tiempo se enfureció. ¿Se habría mudado para que él no la encontrara? ¿Para no verlo?

Su seguridad padeció un retroceso. No sabía dónde podía encontrarla. Devanándose los sesos, pensando qué podía hacer, pensó en Ricardo, el amigo de Virginia, que los había ayudado en el follón de la tienda veintisiete. Seguro que él sabía dónde encontrarla y si no, conocería a alguien que pudiera ayudarlo a dar con ella. Lo llamó, y no le extrañó que este se mostrara esquivo con sus preguntas. Lo único que le dijo fue que ella estaba bien, pero no dónde encontrarla.

Al fin se convenció de que ella no quería que la encontrara, aunque su mente se revelaba. Estaba seguro de que su amor había sido verdadero. No la creía capaz de fingir los sentimientos, las alegrías y todo lo que habían vivido. Pero el hecho de que ella rechazara las llamadas, le dejaba claro que no quería saber nada de él. Lo desquiciaba no saber dónde encontrarla. Si pudiera verla, estaba seguro de convencerla de que volviera a su lado.

No podía seguir de aquella manera, apenas comía, apenas dormía pensando en ella. Un día, después de arreglarse para dirigirse a la oficina, vio las ojeras que rodeaban sus ojos. Aquella noche había dormido poco y mal con el recuerdo de ella siempre presente. Tenía que hacer algo para sacársela de la cabeza. Recordó que tenía pendiente reabrir la tienda veintisiete. Llamó a Guillermo y le dijo que se ocupara de su agenda que él salía de la ciudad.

—¿Dónde vas?

—A Alicante, voy a encargarme de poner en marcha otra vez la tienda. Necesito un cambio de aires.

Su hermano se percató enseguida de lo que intentaba: mantenerse ocupado todas las horas posibles para no pensar en Virginia. Pensó en hablar muy seriamente con Sabrina. Tenía que saber dónde estaba la mujer que le quitaba el sueño a su hermano.

Aquella noche estuvo reunido con varios ejecutivos de la empresa. Al llegar a su casa, lo recibió un agradable aroma de verduras y pescado a la plancha. Sorprendido, vio como Sabrina terminaba de preparar una fuente de frutas frescas troceadas con zumo de naranja, y luego como ponía en una sopera, el consomé de marisco.

—Hola, cariño, ¿cómo ha ido la reunión?

—Bien.

—Perfecto, espero que tengas hambre, me he entretenido en la cocina. —Su sonrisa le encantó, y la siguió a la mesa, que entonces vio que estaba puesta como si fueran a celebrar algo, con velas, con unas flores en el centro... Un poco compungido, pensó que se había olvidado de alguna fecha. Repasó en su mente y no, no se le ocurrió nada que tuvieran que celebrar. La miró y vio la sonrisa misteriosa que ella lucía en los labios.

Estaba bellísima, pensó masculinamente satisfecho.

—¿A qué se debe todo esto? —preguntó, señalando con un gesto de la mano, todos aquellos manjares.

—No seas impaciente, primero comamos.

Mientras cenaban y ella le contaba algunos cotilleos de la oficina, él tenía presente que esa noche se enteraría de dónde estaba Virginia. Debía hacerlo por su hermano.

Sabrina siempre había sido muy buena contando anécdotas, y lo hizo reír por la exagerada teatralidad con que le hablaba.

—No me extraña que mi madre te tenga en un pedestal, desde que estamos juntos he ganado varios kilos. —Era mentira, pero ella se rio encantada.

Entonces ella sacó un sobre que había dejado debajo de una servilleta y se lo entregó a él.

—¿Qué es esto?

—Ábrelo —lo instó.

Guillermo sacó la hoja de dentro del sobre y la leyó. Primero se le hizo un nudo en las entrañas. El sello médico lo alarmó, pensando que ella pudiera estar enferma. Levantó la mirada del papel un segundo y la vio risueña. Volvió su vista a lo escrito en el folio, se leía bien claro: «resultado de la prueba: POSITIVO», solo tardó dos segundos en darse cuenta de qué si estuviera enferma, no estaría de tan buen humor.

—¿Es lo que pienso que es?

—No sé lo que piensas —susurró ella con picardía.

—¿Estás embarazada?

—Sí, amor mío, vamos a tener un hijo.

Al instante estaba envuelta en su abrazo emocionado. Guillermo le buscó la boca y la besó con ternura, feliz como no había sido en su vida. Todo pasó a un segundo plano, menos la mujer que abrazaba contra su corazón. Su alegría no conocía límites, la cargó en brazos y la llevó a la cama, la desnudó con reverencia y le exploró la tripa, maravillándose del milagro de la naturaleza.

La pareja vivió envuelta en una nube de felicidad durante los próximos días. Cada noche después de hacer el amor, él le acariciaba el vientre donde crecía su hijo hasta quedarse dormidos el uno en brazos del otro.

Una mañana de domingo, estaban desayunando cuando Guillermo le preguntó por Virginia. Ella se lo quedó mirando y afirmó que su amiga estaba bien. No era esa la respuesta que él quería. Le explicó lo desdichado que era su hermano y que estaba seguro de que ella tampoco era feliz.

—Me hizo prometerle que no te diría nada de ella —se quejó Sabrina.

—Entiendo, pero comprenderás que me preocupe por ellos. He llegado a apreciarla. Hacía feliz a Sergio, y a mí con eso me vale.

—Lo sé, pero no debemos meternos en medio. Son ellos los que tienen que arreglar sus diferencias.

—¿Cómo lo van a hacer si hace meses que no se ven?

—No lo sé.

A Sabrina el embarazo la había vuelto más emotiva. Tenía los sentimientos a flor de piel. Se preocupaba por su amiga, aunque esta le dijera que estaba

bien. Llevaban demasiado tiempo sin verse. Deseaba estar con ella y contarle sus cosas, como cuando trabajaban juntas, que compartían todos sus quebraderos de cabeza, sus ilusiones y sus alegrías.

Guillermo vio esos amados ojos brillantes y se propuso no presionarla más. Se había dado cuenta de sus repentinos cambios de humor, y dio la culpa a las hormonas que debían estar causando estragos en el cuerpo de su mujer.

A partir de ese día, disfrutaron de la espera de su hijo con fruición. Cuando ella tenía uno de esos malos momentos en que se ponía melancólica él estaba a su lado para consolarla, para compartir su pena y para hacerla reír. La colmaba de regalos, algunos para ella, otros para el bebé. Un día que ella tenía bastante malo, él salió corriendo de la oficina y cuando volvió le tendió un enorme paquete. Al abrirlo se encontró con un monumental oso de peluche, que al apretarle la oreja repetía lo que se decía alrededor, estuvieron un buen rato riéndose con el oso.

Para Guillermo y Sabrina la vida no podía ser más feliz.

Sergio había reabierto la tienda veintisiete. La había reformado por completo y la había puesto en marcha. En su estancia en Alicante, había llamado a Ricardo y estuvo hablando con él, le dijo que necesitaba encontrar a Virginia, pero este no quiso decirle dónde podía hacerlo sin antes haber hablado con ella. La respuesta de ella ya la sabía. La llamaba a su móvil con asiduidad y siempre le rechazaba las llamadas.

Al terminar el trabajo en aquella ciudad, pensó en volver, pero los recuerdos de la que consideraba su mujer estaban por todos los rincones y parecía que lo retuvieran. Así que se propuso ampliar el negocio. En una cena informal con unos amigos habló de su idea, y uno de ellos le informó que sabía de una prospera empresa que el dueño quería vender para jubilarse. Al día siguiente llamó al propietario.

CAPÍTULO 42

La empresa donde trabajaba Virginia fue comprada por otra. Su jefe, Fernando Peña, era un señor mayor que quería jubilarse, y al no tener descendencia había optado por vender. Avisó a todos los ejecutivos para reunirse con el nuevo propietario. Todos se reunieron esperando que llegara el nuevo jefe. Todos estaban a la expectativa de los planes del nuevo dueño. No sabían si se proponía hacer cambios. De pronto se abrió la puerta de la sala donde estaban reunidos y entraron el jefe nuevo y Fernando. Este pidió la atención de todos.

—Señores, este es el señor Sergio Roca, su nuevo jefe.

Virginia casi se desmaya, cuando oyó el nombre del hombre al que amaba y llevaba un hijo suyo en su seno. Uno de sus compañeros le dio un vaso de agua, pensando que la descomposición de ella era fruto de su avanzado embarazo.

—Ahora iremos entrando en la sala de juntas —siguió hablando Fernando—. Y les iré presentando a todos ustedes.

Sergio había visto al fondo de aquella sala, entre todos los presentes, una melena negra que le pareció conocida. Se la quedó mirando. Ella estaba de espaldas, y un hombre a su lado le estaba hablando. Se quedó observándolos fijamente. Sintió como su estómago daba un salto. ¡No podía ser ella!, pensó. Su subconsciente le estaría gastando una mala pasada. Pero no se quedaría con la duda. Se abrió paso hacia ella con determinación. Cuando hubo recorrido la mitad del camino, ella se dio la vuelta. Sergio se quedó clavado donde estaba. Sus ojos iban de su bello rostro a su abultado vientre, Virginia le sostuvo la mirada.

Fernando iba detrás de Sergio. Se paró a su lado.

—Espero que no tengas prejuicios contra las mujeres embarazadas. Te aseguro que Virginia es muy valiosa para esta empresa —afirmó avanzando hacia ella—. Le faltan quince días para salir de cuentas, y ya lo tiene todo preparado para cuando esto suceda. Ha estado trabajando con su secretaria para que no se retrase nada en su ausencia.

Sergio había quedado sin habla. Perdiéndose en las profundidades de aquellos bellos ojos verdes. Cuando Fernando llegó al lado de Virginia la presentó.

—Esta es Virginia Santos, directora de contabilidad.

Ella no sabía que decir ni hacer. Lo amaba con todo su corazón. Los sentimientos volvían a ella a borbotones. Recordaba lo decepcionada que se había sentido al mandarle una tarjeta haciéndole saber que estaba embarazada y él no había respondido.

—Nos conocemos —afirmó Sergio, mirando a Fernando. Luego acercándose a ella, le dio un beso en una mejilla y le dijo en voz baja—. ¿Es mío el bebe?

Ella no le devolvió el beso, solo preguntó:

—¿Sabes contar? —Su mirada era desafiante.

Fernando volvió a interrumpir.

—Entra, Virginia, toma asiento que en cuanto haya hecho todas las presentaciones, el señor Roca nos hablara de sus proyectos.

Fernando fue presentando a todos los directivos a Sergio. Este los saludaba a todos dándoles un apretón de manos. No se enteró de la mitad de los nombres de ellos ni de qué cargo tenían en la empresa. Su cerebro estaba en la mujer que ocupaba sus sueños. ¿Cómo había podido ocultarle que estaba esperando un hijo suyo?

Terminaron las presentaciones y entraron todos en una sala donde había una gran mesa. Fernando invitó a Sergio a que se sentara en la cabecera. Él rehusó la invitación, se quedó de pie para poder observarlos.

Todos estaban esperando oír lo que el nuevo jefe esperaba de ellos, Sergio se tomó unos minutos de silencio, aclarándose las ideas, dejando a un lado a Virginia y centrándose en lo que había ido a hacer allí.

—Bien, señores —empezó a decir—, sé que todos están impacientes por saber si van a haber cambios. Los tranquilizare. Según los documentos que

han llegado a mis manos durante las negociaciones con Fernando —señaló al aludido—, esta empresa es muy prospera, está muy bien dirigida. Por lo tanto, de momento no va a haber ninguna renovación. Es posible que más adelante intentemos ensanchar más el campo de ventas. Si todo va bien, sería posible que próximamente abriéramos nuestras propias tiendas. Si alguien de ustedes conoce mi actual negocio... —Observó mirando a Virginia—. Sabrá que hasta el momento me he dedicado a comprar, para luego vender en mis tiendas, adquirir esta empresa, es un reto para mí, pues hasta ahora, no he estado en el campo de la producción. Espero que todos ustedes tengan un poco de paciencia conmigo, porque al principio puede que vaya un poco perdido.

Todos los presentes quedaron impresionados por la sinceridad de aquel hombre, con sus palabras se los había ganado a todos.

Luego añadió:

—Pero quiero también advertirles algo. No soporto que me tomen el pelo, a ustedes les pido lealtad. —Su mirada se cruzó con la de Virginia—. Y dedicación. Si me doy cuenta de que alguien está aquí viviendo de la sopa boba, no dudaré ni un segundo en ponerlo de patitas en la calle.

Sergio había terminado de decirles lo que quería, pero todos ellos se quedaron en sus sitios.

—He terminado. Supongo que deben tener trabajo. Nos iremos conociendo mejor con el tiempo —asintió despidiéndoles.

Todos se levantaron y se fueron a sus respectivos despachos, Sergio se quedó con Fernando, y los abogados de ambos, para terminar con el papeleo.

—Les has causado buena impresión —aseveró Fernando.

—Eso espero. Un colaborador desleal puede ser un verdadero problema. Te lo digo por experiencia.

Estuvieron toda la mañana reunidos con los abogados y luego se fueron todos a comer. Esa tarde Sergio volvió a su nueva empresa cuando estaba oscureciendo. Eran cerca de las siete de la tarde cuando se plantó frente a la puerta del despacho de Virginia. Dio dos golpes y entró sin esperar respuesta. Ella estaba hablando por teléfono, levantó la vista y, al verlo, le hizo una señal de que esperara. Sergio se apoyó en el marco de la puerta observando a los trabajadores. Todos ellos parecían ignorarlo, pero de vez en cuando se

cruzaba con alguna mirada curiosa, desde donde estaba podía oír perfectamente la conversación de Virginia.

—Dedicaros a los pantalones de caballero, en el almacén ya casi no quedan... no te estoy diciendo que no confecciones camisetas, solo te advierto que estamos escasos de pantalones... Alberto, no... vaqueros no... de vestir.

Sergio solo oía la mitad de la conversación, así que prácticamente no entendió nada. Cuando ella colgó el auricular:

—¿Pasa algo malo? —le preguntó Sergio.

—No, solo que según mis registros estamos escasos de pantalones, y le estaba diciendo al encargado de la planta de producción, que tenemos que tener más en el almacén, nunca se sabe que te van a pedir mañana. Los almacenes tienen que estar más llenos.

—¿Eso es lo que tú haces en esta empresa? ¿Encargarte de los almacenes? —Ironizó él alzando una ceja.

—No, pero llevo un inventario continuo. Siempre sé lo que hay en el almacén, y avisándolos, evito que en cualquier momento se encuentren con un pedido que no puedan servir.

—Ah claro... Olvidaba que tú siempre haces más de lo que te incumbe. —Replicó sarcástico.

A ella no se le pasó por alto su impertinencia.

Sergio se sentó frente a Virginia y se la quedó mirando sin decir nada, el silencio se hizo incómodo.

—¿Querías algo? —preguntó ella, tratando de que su voz sonara serena.

—Sí, saber... ¿Por qué?

Ella lo miró sin entender.

—Por qué, ¿qué?

—¿Por qué, hasta hoy no me he enterado de que iba a ser padre?

Virginia sabía que no debía alterarse, pero Sergio se lo estaba poniendo muy difícil.

—¿Es que no lees tu correo?

—¿Correo? ¿Qué me estás diciendo?

—Te mande una tarjeta, anunciándote que iba a tener un hijo.

Sergio no la había recibido. Se quedó mirándola, recordando la última

conversación que habían tenido.

—No será que pensaste mandármela y no lo hiciste porque sabías lo que yo pensaba del trabajo y de los hijos.

—Serás... —exclamó ella muy alterada, levantándose del sillón.

El brusco movimiento no gustó al bebé. Le pateó el estómago. Ella quedó sin aliento, poniéndose la mano en el estómago abultado.

Sergio se asustó.

—¿Estás bien? ¿Qué ocurre?

Cuando ella recuperó la respiración.

—Este niño va a ser futbolista, me ha pateado el estómago.

—No deberías alterarte, seguro que es eso —le reprochó.

Ella volvió a sentarse.

—¿No recibiste una tarjeta mía donde te pedía los papeles de mi dimisión?

—Sí... —Recordó cómo le había dicho a su secretaria que retuviera los papeles, esperando que ella apareciera a buscarlos.

—¿La leíste entera?

No la había terminado de leer. Estaba tan enojado, que no se había molestado en hacerlo.

El silencio fue delatador para Virginia. Lo miró acusadoramente.

—No lo hiciste, ¿verdad? ¿Sabes cómo me sentí cuando no recibí ninguna noticia tuya? Yo te decía que iba a tener un hijo y tú...

No quería abrirle el corazón a él, lo amaba, sí, pero había pasado demasiado tiempo. Las heridas que ella creía cicatrizadas volvían a sangrar en ese momento que habían vuelto a encontrarse, pero tenía que ser fuerte. Tal vez él ya estuviera con otra.

Sergio se sintió muy mal. Su enojo cuando había recibido la tarjeta de ella lo había dominado totalmente, y por esa razón ella estaba en ese momento a la defensiva con él. Podía ver tristeza en la mirada de Virginia, o tal vez... En ese momento hubiese dado su vida para poder abrazarla y hacer desaparecer el ceño fruncido que ella exhibía.

Fueron interrumpidos por Lola, la ayudanta de Virginia.

—¿Necesitas alguna cosa? —preguntó desde la puerta—. Yo ya me voy.

—No, Lola, puedes irte, gracias.

La muchacha se despidió deseándoles buenas noches y se fue.

—Yo también me voy —anunció Virginia apagando el ordenador.

—¿Quieres que te lleve a alguna parte? —preguntó Sergio solícito.

Ella lo miró, deseando sentirse rodeada por aquellos fuertes brazos. Debía ser fuerte, no sucumbir a la tentación.

—No, gracias.

Y se fue dejando a un Sergio más confuso que nunca, debía ganarse su confianza, pensó. La amaba, de eso estaba completamente seguro. Esos meses sin ella habían sido un infierno. Debía hacer lo que fuera para recuperarla.

Salió de allí, sin rumbo fijo. No quería irse a su casa. Se daba cuenta de cuánto había echado de menos a Virginia. Ella lo llenaba todo, su cuerpo, su mente, su corazón... su vida.

CAPÍTULO 43

Virginia despertó a media noche con una fuerte contracción, ya era normal, últimamente las tenía con regularidad. Cuando pasó, intentó volver a conciliar el sueño. No le costó demasiado, se durmió enseguida. Volvió a despertarse con otro espasmo. Aún le faltaban dos semanas para salir de cuentas. No le dio importancia y volvió a arrebujarse en las mantas. Otra, esta vez miró su reloj para comprobar la hora. Cuando la siguiente llegó, Virginia se dio cuenta de que se había puesto de parto, pero las contracciones iban y venían sin control, aún era pronto para irse a la clínica. Se estuvo en la cama un rato más. No estaba cómoda, se levantó y se dio cuenta de que levantada eran más llevaderas. Se quedó en casa hasta que amaneció. Entonces se fue a su despacho para dejar las últimas instrucciones a Lola. La llamó a su casa y le pidió que se reuniera con ella para aclararle todas las dudas que la muchacha pudiera tener.

Hacia las ocho de la mañana, apareció Sergio.

—Veo que te pones pronto a trabajar —habló de mejor humor del que había estado el día anterior.

—Sí. —Fue la escueta respuesta de Virginia.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

Aquella noche había decidido que haría todo lo que estuviera en su mano para recuperarla. Ella era suya, en su vientre crecía su hijo. Haría todo lo que ella quisiera para poder tenerla.

—No, ahora no —contestó ella sin aliento.

Sergio pensó que tenía el poder de dejarla sin respiración solo con mirarla, se sintió masculinamente satisfecho.

Virginia estaba de pie detrás de su sillón, que en ese momento ocupaba

Lola. Él se quedó observando como ella le daba instrucciones para cuando ella no estuviera. Al cabo de unos minutos ella lo miró, y él vio cómo se cogía al respaldo del sofá y volvía a quedarse sin aliento. Sonrió para sus adentros. Estaba bellísima con aquellos colores subidos. El embarazo le sentaba de maravilla.

—Por favor, señorita, puede dejarnos solos un momento —dijo dirigiéndose a la ayudanta—. Necesito hablar con su jefa.

Lola lo miró sorprendida. Virginia le había contado que él era el nuevo propietario, y que ya se conocían de antes. Ella no podía desoír una orden de él, pero sabía que Virginia estaba de parto y que no les quedaba mucho tiempo.

Él le devolvió la mirada, levantando una ceja, iba a levantarse.

—Lola, quédate dónde estás.

La segunda ceja de Sergio se unió a la primera.

—Sergio, ahora no es el momento.

—¿Ah... no? —Sus miradas chocaron y ninguno de ellos bajó la vista.

Virginia se estaba volviendo a exaltar.

—No.

Fue asaltada por otra contracción. Esta vez, Sergio se dio cuenta de que ella no se encontraba bien. Vio la fina película de sudor que cubría su frente. Se acercó a ella.

—No te sientes bien, ¿verdad?

—No..., estoy de parto —susurró ella cuando pudo volver a respirar con normalidad.

Aquello hizo que Sergio fuera recorrido por un estremecimiento. Estaba a punto de tener al niño... y allí.

—Vámonos, no puedes estar aquí en estas condiciones.

—Espera, termino enseguida.

—No, si esta señorita tiene alguna duda, yo mismo la ayudaré. Ahora no te preocupes por eso.

Lola y Virginia se miraron la una a la otra.

—Bueno, si tienes algún problema acudes a él. De todas maneras, tienes el número de mi móvil.

En ese momento Judit y Ricardo entraron por la puerta del despacho. Al ver

a Sergio allí se pararon de repente.

Virginia rompió la tensión que se respiraba en el ambiente.

—Chicos, vais a ser tíos antes de lo que pensabais.

Judit se acercó a ella ignorando la presencia de Sergio.

—Vamos, te llevaremos a la clínica.

Sus amigos estaban al corriente de lo sucedido entre ellos, y les extrañó encontrarla junto a aquel hombre.

—No. —Sergio habló mirando a Ricardo, recordando que se había negado a decirle dónde se encontraba Virginia. Los dos hombres parecían medirse con la mirada. El amigo de Virginia fue el primero que la miró a los ojos esperando una confirmación.

—Judit, siento haber causado este revuelo —su amiga comprendió lo que trataba de decirle. Asintió con un movimiento de cabeza—. Me llevara él.

—Está bien. Te llamaré más tarde —dijo mirando a Sergio que asintió con la cabeza.

La pareja se fue por donde había venido. Sergio la cogió del brazo en el mismo momento en que comenzaba otra contracción.

—Espera... —Se agarró a su mano, cuando hubo pasado. Se fueron, llegaron al aparcamiento y él la guiaba hacia su coche.

—Vamos en el mío, tengo la maleta allí.

Le dio las llaves a Sergio. Este no discutió, la ayudó a subir al coche.

—¿Dónde vamos?

—A la clínica San Pablo.

Durante el trayecto Virginia era recorrida por rítmicas contracciones. En un momento dado la oyó maldecir: había roto aguas. Él trataba de darle ánimos, la cogía de la mano y la apretaba suavemente. Cuando llegaron, la ayudó a salir del coche y la llevó dentro. Enseguida los atendieron. Antes de que los sanitarios se llevaran a Virginia, él les pidió que esperaran un segundo.

—¿Me permites que esté presente cuando nazca nuestro hijo? —La intensidad de su mirada le llegó al maltrecho corazón.

Una petición, un ruego, Virginia no podía creérselo: oír aquellas palabras de labios de Sergio. Fue asaltada por otra contracción, cuando pudo recuperar el aliento.

—Sí. —Fue recompensada por un tierno abrazo.

Al cabo de unas largas horas, el bebe nacía. Era un niño precioso, con un vigoroso llanto, Virginia lloró cuando la dura prueba terminó, miró entre lágrimas a Sergio y le pareció ver que él tenía los ojos empañados por la emoción. Él no paraba de besarla por todo el rostro. Al cabo de un rato a ella la llevaron a una habitación. Sergio estaba con ella.

—Cariño, han sido los momentos más felices de toda mi vida —susurró sentándose a su lado y cogiéndole las manos, besó una y después la otra.

Ella sonrió feliz porque todo hubiese terminado. Él vio el cansancio en sus bellos ojos.

—Descansa, mi amor.

Virginia no tardó nada en quedarse dormida.

Sergio estaba eufórico. Necesitaba contárselo a alguien, llamó a Guillermo. Este no se lo podía creer. Cuando pasó la sorpresa supo que su hermano no bromearía con una cosa así. Llamó a Sabrina para decirle que se iba a Alicante a conocer a su sobrino; ella le preguntó por Virginia y supo que estaba al tanto del embarazo de su amiga. Una punzada de decepción lo envolvió, porque ella no se lo hubiera confiado. Por otro lado, sabía que había cumplido su promesa. Era una gran mujer, en la que se podía confiar. Con estos pensamientos, se montó en su coche y se marchó.

Unos suaves golpes en la puerta anunciaron su llegada. Sergio miró feliz a su hermano mientras cubría la distancia que los separaba y se fundían en un afectuoso abrazo.

—Cuando me lo dijiste, creí que estabas bromeando.

—Ya ves que no, aquí tienes a tu sobrino. ¿Verdad, que es precioso? — alardeó el padre orgulloso.

—Es lo más bonito que he visto en mi vida. —Sonrió al ver a su hermano feliz—. ¿Cómo está ella?

—Ha sido bastante duro. Suerte que todo ha terminado. Ninguna mujer debería sufrir así.

Guillermo hizo una mueca mirando a Virginia, que dormía. Entonces le preguntó a su hermano, que cómo se había enterado, según lo que él sabía no habían vuelto a verse, entonces Sergio le contó toda la historia.

Ella despertó y se encontró con Guillermo allí.

—Enhorabuena, Virginia, este niño es lo más precioso que he visto en mi

vida.

—Cuando tengas el tuyo, no pensaras lo mismo.

En ese instante, Sergio se dio cuenta de que las dos amigas se habían mantenido en contacto. Sabrina debía saber en todo momento dónde se encontraba Virginia. Se dio de patadas mentales, al no haber pensado en ello.

Un gran ramo de rosas blancas que estaban en un jarrón encima de la mesa auxiliar llamó su atención.

—¿Las has traído tú? —preguntó mirando a Guillermo—. Son preciosas.

—Sabía que te gustarían.

—Por favor, Sergio alcánzame al niño.

Este puso al pequeño en el regazo de su madre. Esta se aseguró de que era perfecto, lo acarició con ternura.

Sergio la miraba embelesado. Vio emoción en la mirada de su amada.

—¿Cómo lo vamos a llamar?

—Eustaquio. —La vena traviesa de Virginia salió a la luz.

Sergio y Guillermo la miraron con horror.

—¿Eustaquio? —exclamaron los dos hombres a la vez.

Ella se rio.

—Es una broma, ¿verdad? —Sergio quiso asegurarse—. Ese nombre es como un castigo, ¿imagínatelo en la escuela?

Ella no podía parar de sonreír.

—Sí, se llamará Felipe.

Él se quedó con la boca abierta, su abuelo se había llamado Felipe, y los dos habían estado muy unidos. Sergio no sabía que ella conociera aquella historia. Pensó que era fruto de la casualidad, pero no era así. Durante el fin de semana que habían estado con sus padres, su madre le había contado la historia a Virginia.

—¡Felipe! Me gusta —asintió pensando en su abuelo.

Guillermo había estado observando toda la escena. Vio como aquellos dos cabezotas, se amaban, iba a darles un pequeño empujón.

—¿Estoy oyendo campanas de boda?

Sergio no lo pensó dos veces, se giró hacia su hermano.

—Nos casaremos tan pronto como esté recuperada.

Ella se crispó, ¿qué se había creído? ¿Qué en ese momento volvía a

aparecer y dirigiría su vida a su antojo?

—Sergio, no me voy a casar contigo —aseguró con toda la calma de que fue capaz.

Él la miró frunciendo el ceño.

—¿Qué significa eso? ¿Pretendes que mi hijo crezca sin un padre?

Guillermo desapareció discretamente.

—Quiero ver crecer a mi hijo —exclamó enojado.

—Lo podrás ver cuando tú quieras.

—Eso no me basta.

—Pues tendrás que hacer que te baste.

—Quiero verlo cada día.

—No habrá ningún problema.

Él durante las horas que habían pasado, había creído que todo estaba arreglado. Se habían reencontrado, pasaron juntos las angustiosas horas del parto. Por Dios, tenían un hijo. Sergio se había hecho ilusiones. Si veía a sí mismo viviendo una vida idílica junto a ella y todos los hijos que tuvieran.

No entendía dónde estaba el problema.

—Virginia, yo te amo.

—El amor no es suficiente.

Ella tenía un nudo en el estómago. Se lo estaba jugando todo a una sola carta, quería ese hombre con todo su corazón, pero no iba a dar su brazo a torcer.

—Una vez me dijiste que esas palabras eran vacías para ti, ¿por qué me las dices ahora?

—Parece que para ti sí son importantes.

Virginia tenía sus sentimientos a flor de piel.

—No, he llegado a creer como tú. Las acciones son más importantes que las palabras.

A Sergio los ojos le echaban chispas por el enojo que sentía. Ella le estaba echando en cara sus propias palabras, se obligó a hablar con calma.

—Virginia... ¿Qué nos pasó?

—Piénsalo, la respuesta vendrá sola.

Ella le había dicho aquellas mismas palabras en otra ocasión, y cada vez las había utilizado como un reproche. Nunca se había parado a pensar qué era lo

que ella quería decirle. Ahora se daba cuenta de que posiblemente la respuesta estuviera en ellas.

Estaba enfurecido. Pensó que lo mejor sería que saliera de allí, antes de que dijera algo que empeorara las cosas, y pusiera orden a sus pensamientos. De un manotazo cogió su chaqueta y salió de la habitación, dejando a Virginia sumida en la tristeza, pensando que lo había vuelto a perder.

Sergio se fue directo al bar, necesitaba una copa. Allí se encontró con Guillermo y le confesó todo. Este lo escuchó con atención. Sabía lo cabezota que era su hermano, y por lo visto se había encontrado con una mujer tan terca como él. Podía verse desde lejos que los dos se amaban, pero tenían algún viejo obstáculo que los separaba. Salieron de la clínica y Guillermo llevó a Sergio a su casa. Este se había tomado algunas copas de más.

CAPÍTULO 44

A la mañana siguiente, Sergio se levantó de la cama con un terrible dolor de cabeza. Se sentó a desayunar y se tomó dos aspirinas. Así lo encontró Guillermo cuando salió de su habitación

—Habla más bajo por favor, mi cabeza va a estallar. —Con la mano se cubría la frente, como si temiese que se le cayera la cabeza.

Guillermo lo encontró divertido, su hermano no era de los que perdían el control con la bebida.

—Seguiste bebiendo después de que me acostara, ¿verdad?

—Supongo que sí —contestó Sergio con una mueca.

—Date una ducha, luego trataremos de averiguar cuando empezaron vuestros problemas.

—Tu mujer supo todo este tiempo dónde estaba Virginia, ¿verdad?

—Sí.

—Y ¿por qué no me lo dijo?

—Le había prometido que no te lo diría. Siempre cumple sus promesas.

—Pero... ¿Le preguntaste?

—Claro, ¿te crees que no me preocupo por ti?

Salió de la estancia moviendo la cabeza, ¡mujeres! Nunca las entendería.

Al cabo de un buen rato Sergio se reunía con su hermano en el salón de su casa, estaba más presentable.

—No entiendo como una mujer puede ser tan cabezota —se lamentaba Sergio—. Sabe que la amo y yo sé que ella me ama, pero no entiendo que no quiera casarse conmigo.

—Tal vez seáis los dos demasiado obstinados.

Guillermo sirvió dos cafés y le dio uno a su hermano.

—Las cosas os iban muy bien, ¿cuándo empezaron los problemas?

—Lo que me desconcierta es eso... no teníamos.

—Algo debió suceder, cuando de repente ella rompió el compromiso.

—Supongo que me puse demasiado pesado con lo de la fecha de la boda.

Guillermo lo miró pensativo.

—No entiendo...

—El día que rompió el compromiso yo le estuve exigiendo que no se lo pensara más y me diera una fecha. —Se interrumpió cuando la última discusión le vino a la mente—. Ese día me comporté como un auténtico zoque, le dije un montón de cosas que realmente no creía. Pero...

—¿Qué? —le preguntó Guillermo al ver que su hermano se quedaba callado.

—Ayer me dijo algo, que ya me lo había dicho antes. Si pudiera recordar cuando lo hizo, estoy seguro de que ahí está el problema.

Guillermo sirvió más café para los dos.

Sergio quedó pensativo. «Piénsalo, la respuesta vendrá sola». Las palabras que ella le había dicho el día anterior en la clínica le resonaban en la cabeza. Si pudiera recordar cuando ella se las había dicho anteriormente. Se paseó por la estancia durante unos minutos. De repente se quedó parado. Ya recordaba el día en que había escuchado aquellas mismas palabras por primera vez. En su cabeza se hizo la luz. Fue en busca de su chaqueta y le dijo a su hermano que tenía que irse. Guillermo trató de detenerlo.

—¿Qué pasa?

—Ya te lo contaré —contestó Sergio.

Salió a la calle y se dio cuenta de que había dejado el coche en el aparcamiento de su nueva empresa.

—Guillermo, dame las llaves de tu coche.

Este se las dio, y Sergio se fue como alma que lleva el diablo.

Una vez en la autopista que lo llevaba a Barcelona, pensó en Virginia y en el pequeño. Conociéndola, sabía que ella sacaría las conclusiones equivocadas al no verlo ese día. Se había encontrado con una mujer con un carácter como el suyo, obstinada y cabezota como él mismo, y no se había dado cuenta hasta ese momento.

La amaba por ello, por no dejarse ningunear por nadie. Era fuerte, decidida,

y no estaba dispuesta a entregar su amor si no era sin condiciones. Desde el primer momento le había pedido su confianza, pero él había estado tan ciego, tan atrapado en su experiencia con María que no lo había sabido ver.

Pues bien, esperaba no haberse equivocado en sus suposiciones.

Virginia había pasado la noche en vela, pensando en Sergio. Se reprochaba, ¿quizás había sido muy dura con él? Pero no estaba dispuesta a casarse con un hombre que no confiara plenamente en ella. Hacia las diez de la mañana su hijo estaba durmiendo y ella se abandonó a los brazos de Morfeo.

Pasó todo el día deprimida, culpándose de que las cosas entre ella y Sergio no hubieran funcionado. Ya había anochecido cuando su mente dejó de darle vueltas al asunto, se dejó vencer por el cansancio y se durmió.

Así la encontró Sergio cuando llegó a la clínica. Dejaría que ella descansara. Al cabo de un par de horas el niño despertó hambriento. La madre despertó al instante e iba a levantarse de la cama.

—¿Quieres que te ayude? —se ofreció Sergio que estaba de pie al lado de la cuna de su hijo.

—Pensé...

Sergio no quería que ella removiera las palabras que se habían dicho, la interrumpió.

—He tenido que ir a Barcelona, por eso no he estado aquí en todo el día.

Ella fue invadida por un agradable calor en las entrañas, al comprobar que no lo había espantado con sus palabras.

—Por favor, dame al niño, tiene hambre.

Sergio levantó al bebe y se lo dio a su madre. Vio como ella se descubría un pecho y amamantaba a su hijo, le pareció la escena más tierna de toda la creación.

Cuando terminó le pidió que la ayudara a levantarse, ya que tenía que cambiarle los pañales. Él la ayudó y observó toda la escena, sintiendo que su pecho se llenaba de felicidad. Si había acertado en la interpretación de las palabras de Virginia, muy pronto formarían una verdadera familia.

Ella terminó de acomodar al bebe y lo puso nuevamente en su cuna. El niño tardó unos segundos en quedarse dormido. Ella se sentó en la cama,

contemplando a su hijo dormido.

En ese momento le tocaba a él, pensó Sergio, sintiendo el incómodo silencio que se había apostado en la habitación.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó para romper el hielo.

—Bien.

Se miraron fijamente a los ojos. Él vio tristeza en las profundidades de esos amados ojos verdes. Fue en busca de la rosa roja de tallo largo que había traído.

—Toma.

Ella la puso en sus fosas nasales y el perfume la llenó de una inesperada añoranza, cerró los ojos para que él no pudiera verlo.

Notó que la rosa pesaba más de lo normal, volvió a abrir los párpados y vio que del tallo había colgado un papel enrollado.

—¿Qué es esto?

—Ábrelo —susurró Sergio.

Ella receló ante la humildad de él. Sacó el papel enrollado y se encontró con todas las copias que había firmado del infame contrato prematrimonial.

—¿Qué significa esto? —preguntó ansiosa.

—Que por fin he entrado en razón. No necesito estos papeles para casarme contigo. Tú no eres igual a mi exmujer. —A ella se le estaban empañando los ojos—. Haz con ellos lo que quieras.

Con ese simple gesto ella vio que confiaba en ella, que la amaba de verdad. No necesitó nada más que se lo demostrara.

—No, si te vas a sentir más tranquilo, consévalos, me casare contigo igualmente. Te amo —afirmó Virginia devolviéndole el infame contrato.

Él lo cogió y lo rompió en mil pedazos.

—Yo también te amo, y te lo demostrare cada día de nuestras vidas. —Le cogió la cara entre sus grandes manos y la besó con tanto amor y ternura, que ella se sintió presa de la felicidad.

Sergio y Virginia se casaron dos meses más tarde. Fue una boda de cuento de hadas, aunque ella al principio quería una boda íntima. Margarita la convenció. Tenían que invitar a parientes, amigos y socios comerciales. La

novia se pasó el día como envuelta en una nube. Su marido no paraba de prodigarle muestras de amor, y su nueva familia la miraba con adoración.

EPÍLOGO

Un año después

Miguel sostenía a su nieto, el pequeño Felipe, que ya había empezado a dar sus primeros pasos, mientras Margarita cambiaba los pañales a Emma, la hija de Guillermo. Los abuelos estaban encantados con ellos.

Los padres de las criaturas, mientras, estaban preparando la barbacoa. Habían cogido el hábito de reunirse los domingos en la casa familiar. Álvaro ya estaba ocupando el lugar de su padre en la empresa, que en ese momento les pertenecía por completo.

Al estar Antonio Pinares en la cárcel, había accedido a vender su parte, para poder pagar las facturas de su abogado, que le prometía una y otra vez que lo sacaría, pero hasta el momento no lo conseguía. Marta, su exmujer, le había exprimido todo lo que había podido durante el proceso de divorcio, y él había tenido que transigir en la mayoría de las demandas, porque ella no era tonta, sabía perfectamente a lo que se había dedicado su marido. Estaba al tanto de todos sus trapicheos.

Mientras los tres hermanos reían y tomaban cervezas en torno a la barbacoa, las mujeres charlaban animadamente alrededor de la mesa con unas copas de vino en las manos. Sonia adoraba a sus cuñadas. Muy a menudo se reunían para ir de compras o simplemente para tomarse un café. Al fin tenía a alguien a quien contar sus secretos.

Los felices abuelos observaban a sus hijos y a sus nueras desde la ventana de la habitación de los niños. Estaban orgullosos de la gran familia que tenían. Miguel con una gran sonrisa, le pasó el brazo por el hombro a su mujer y la guio hacia el jardín con todos los demás.

—Margarita, ven con nosotras —la llamó Sabrina, tendiéndole una copa de vino—. Tu nuera tiene un secreto y no quiere contárnoslo.

Virginia rio divertida, al tiempo que cruzaba una mirada con su marido.

—Si os lo cuento deja de ser un secreto.

—Y si no lo haces no te dejaremos tranquila —exclamaron a la vez Sabrina y Sonia. Entre ellas había una complicidad extraordinaria.

—Niñas —las amonestó Margarita—, dejadla tranquila. Cuando crea conveniente ya compartirá su confidencia con todos.

Por la mirada que le dirigió, Virginia supo que sospechaba algo. Las otras mujeres también se dieron cuenta.

—Tú sabes algo, mamá —afirmó Sonia.

La sonrisa y el guiño que le dedicó a su nuera le aseguraron de que ya lo sabía. Virginia miró a Sergio y este se encogió de hombros.

Más tarde, después de haber dado buena cuenta de la carne a la parrilla, las verduras asadas y los postres, Margarita llevó a la mesa un bizcocho relleno de mermelada de fresas y adornado con fresas frescas y mouse de limón. Virginia lo encontró tan bueno que repitió.

—No te va a sentar bien —le susurró su marido al oído.

—Sabes que todo me sienta bien. —Con la mano se acarició de una forma peculiar la tripa.

Margarita no se perdía detalle. La vieron sonreír, asintiendo con la cabeza.

—¿Cómo puede saberlo? —la pregunta iba dirigida a Sergio, pero los demás también la escucharon.

—¿Saber el qué? —preguntó Sonia que estaba a su lado.

Todas las miradas estaban puestas en Sergio, que sonreía con satisfacción a su mujer.

Margarita los observaba con una sonrisa de sabiduría y deleite. Se los veía tan felices y enamorados que se sentía feliz por ellos. La mirada de su nuera se cruzó con la de ella y su sonrisa se ensanchó.

—¿Cómo lo has sabido?

—La experiencia querida... y algo de...

A Sonia, que era la más impaciente, le parecía que hablaran en chino.

—¿Nos contaréis de una vez lo que está pasando? —Miró a Sergio con el ceño fruncido—. ¿A qué viene tanto secreto? Ni que estuviera embarazada.

Su hermano soltó una carcajada ante la mirada ceñuda de su mujer. Le besó la frente para que dejara de mirarlo de aquella forma.

—Te lo dije cariño, mi hermana no parará hasta que no se lo digas y mi madre es una especie de adivina; lo sabe todo —soltó entre risitas al recibir un cachete de Sonia y reparar en las miradas curiosas de toda su familia.

—¡Estás embarazada! —Sonia sonrió encantada, esperando que se lo confirmaran.

—Sí, pesada —afirmó Virginia—. En siete meses volverás a ser tía.

La familia se mostró encantada con la feliz noticia. Sacaron unas botellas de champan y brindaron por el feliz acontecimiento.

AGRADECIMIENTOS

A tod@s las personas que han hecho posible que esta novela viera la luz.
Gracias, gracias, gracias por hacer este sueño realidad.
Os quiero, chic@s.

NOTA DE LA AUTORA

Esta novela es ficción. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Si queréis comentarla o poner os en contacto conmigo, podéis hacerlo a través de las redes sociales: Facebook, Twitter o Instagram. Y si queréis dejar un comentario en Amazon, os lo agradeceré mucho.

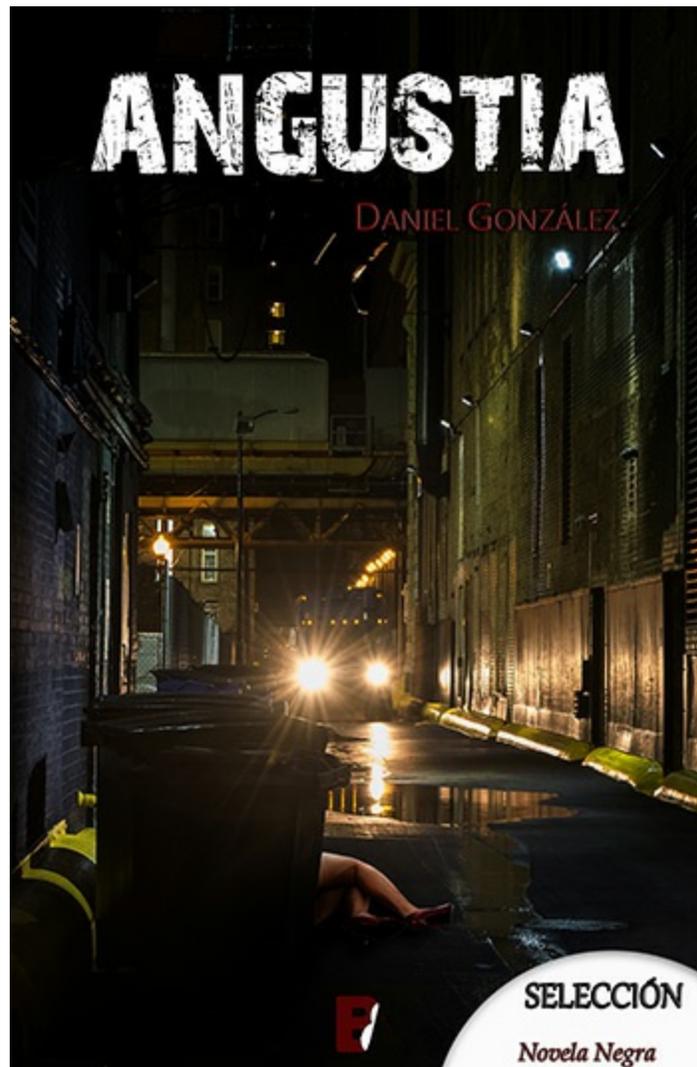
Si te ha gustado

El amor no es suficiente

te recomendamos comenzar a leer

Angustia

de *Daniel González*



PRÓLOGO

La fría noche

20 de diciembre de 2007

Voy a morir. Sé que voy a morir. Deseo morir.

Rebeca ya no sentía nada. ¿Cuántas horas llevaba sufriendo? El tiempo se paró cuando, al salir de la fiesta que habían celebrado los compañeros de universidad por la llegada de la Navidad, alguien la asaltó.

Recordaba que iba caminando sola por las frías calles de Madrid. Caía una fina llovizna y ella apresuró el paso. Entonces..., una navaja en el cuello, en una zona oscura de la capital, hizo que su cabeza dejara de razonar. ¿Cuántos eran?; no lo podía saber, pero eran varios, seguro.

La metieron en un coche y le taparon la cabeza con una bolsa de basura. Muchas voces, risas y bandazos durante el corto trayecto.

Rebeca pensaba que la iban a raptar. Lloraba y sentía que el corazón palpitaba con demasiada celeridad. No tardó en darse cuenta de lo que iba a suceder. Una mano comenzó a tocarle el pecho.

Un tiempo después yacía tumbada en una cama. No sentía la boca tras los muchos golpes que había recibido. El cuello lo notaba húmedo, posiblemente de la sangre que salía de su antes bello y maquillado rostro. Al principio notó que la destrozaban por dentro; sin embargo, ya no sentía nada, solo el peso de un hombre sobre ella y las continuas risas a su alrededor.

¿Era un equipo de fútbol completo? Deseaba morir, que aquello acabara lo antes posible.

Otro puñetazo en la cara; este cerca del ojo derecho. Intentó abrir el izquierdo y comprobó que lo tenía hinchado y no podía casi distinguir las figuras que tenía delante de ella.

Más risas. Incomprensión. Angustia. Después, oscuridad.

Pedro Orol miraba a los grupos de gente caminar por las aceras de la ciudad. Eran sus primeras Navidades en el cuerpo y le iba a tocar trabajar casi todas las fiestas. La noche estaba siendo ajetreada y aún no habían podido parar ni siquiera para tomar un simple café.

Su compañero, Andrés Salazar, conducía en silencio buscando una cafetería. Miró su reloj, las dos de la madrugada del 22 de diciembre. Suspiró, aún les quedaba mucha noche.

—¿Paramos aquí? —El silencio se rompió.

Orol dejó de mirar por la ventana y vio que el coche se paraba sobre la acera, frente a una cafetería que parecía estar cerrando. Sin contestar ambos se bajaron del coche.

—¿Se puede? —dijo Andrés al pasar dentro.

Un hombre de unos sesenta años, delgado y con cara de pena, los miró y asintió con parsimonia. Los dos agentes se sentaron en el rincón más alejado de la entrada y pidieron dos cafés con leche.

—Madrid está lleno de gente.

—Sí, y todos en cenas de empresa y de juerga, menos nosotros —admitió Andrés con una ligera sonrisa.

Andrés Salazar era un policía corpulento, moreno y con una estatura de casi dos metros. Su vida la pasaba en el gimnasio por lo que intimidaba con su sola presencia. Llevaba ya varios años patrullando las calles de Madrid y decía que jamás lo dejaría. «El verdadero trabajo policial es este», le había dicho a Orol desde el primer día.

Pedro Orol, por su parte, era nuevo en las calles de Madrid. Llevaba poco tiempo con el cargo jurado y menos aún con Andrés patrullando. Su estatura media, 1.75 m, y su delgadez no hacían de él un policía muy intimidatorio. Por otro lado, era un apasionado del deporte y era cinturón negro de *full contact*.

—Lo que daría yo por poder andar por ahí con todas esas mujeres —comentó Andrés mientras dejaba un billete de cinco euros sobre el mostrador.

El café estaba ardiendo y, mientras esperaban que se enfriara un poco, los policías se dedicaron a ver a una camarera de unos veinte años y con una buena figura, que recogía las mesas del local.

—Yo dedico estas fiestas a estar con la familia.

—Y yo, pero hay que irse de juerga alguna vez, ¿no?

—Sí, claro, aunque yo ya hace mucho que no salgo, desde que me eché novia.

—Pero si eres muy joven —exclamó Salazar al propinar una palmada en la espalda de su compañero—. Tú te tienes que venir conmigo una noche. Conocerás mundo.

—Yo ya tengo mundo. 24 años me contemplan y he vivido mucho.

Andrés le lanzó una mirada desdeñosa.

—No, te quedan cosas por ver. Yo llevo ocho años en las calles de Madrid y casi todos los días veo cosas nuevas, cosas que a mucha gente no la dejarían dormir por las noches.

—¿Cómo?

—Cuerpos desmembrados al ser atropellados por un tren, chicas violadas salvajemente, peleas que dejan a la gente con cachos de piel suelta o con un ojo fuera de las órbitas, mucha sangre y, sobre todo, mucha miseria; eso da más pena aún.

—Ajá, yo me refería al tema de salir, de las mujeres —comentó Pedro con un tono meditabundo.

—Sobre eso también tienes mucho que aprender —contestó con una sonora risa mientras en el equipo escucharon cómo la emisora los llamaba.

—Adelante para zeta 121 —contestó Orol.

—Diríjense a la calle San Blas, ahí parece que hay una mujer herida.

—Recibido.

Se bebieron un largo trago de café y dejaron más de la mitad de la consumición por las prisas.

—Siempre te llaman en el peor momento.

El dueño del local golpeó el billete, murmuró que estaban invitados y volvió enseguida a seguir limpiando. Dieron las gracias y salieron rápidamente hacia el lugar.

Orol puso las luces de emergencia y buscó la dirección en el callejero. Jamás habían oído hablar de esa dirección. Cuando la encontró pudo descubrir que estaban muy cerca, pero que era una bocacalle pequeñísima. Al llegar, además, comprobaron que estaba a oscuras.

A lo lejos se escuchaba la sirena de una ambulancia. Orol bajó del vehículo

con una linterna en la mano y caminó hacia la oscuridad reinante. Su compañero había dejado el coche patrulla cortando la entrada en la callejuela y había dejado las luces de emergencia encendidas; eso daba un toque extraño a la calle.

Orol tenía un poco de miedo, aún no había tenido ninguna intervención peligrosa y esa oscuridad lo asustaba un poco. Aguantó la respiración y se relajó un poco al escuchar que su compañero se acercaba por detrás.

El haz de su linterna recorrió las profundidades de la calle y, tras un contenedor de obra, pudo ver lo que parecía un zapato y, después de una inspección más intensa, comprobó que una pierna se perdía detrás del contenedor.

El corazón de Orol se paró y tuvo un momento en el que creyó que se iba a desmayar. En ese momento Salazar llegó a su lado y apoyó una enorme mano en su hombro. Eso dio fuerzas al novato, que —con un gesto de la cabeza— señaló su descubrimiento.

La ambulancia sonaba ya muy cerca. Las luces de emergencia del coche patrulla seguían iluminando la escena de manera aterradora. Salazar encendió su linterna y se acercó un poco más a la víctima; Orol lo siguió.

Estaba todo lleno de sangre. El novato recordó un curso de primeros auxilios que había dado en la Academia de Ávila hacía poco tiempo y puso la mano en el cuello de la chica. Mientras trataba de concentrarse en el pulso, observó el cuerpo de la joven y sintió una pena inmensa. Tragó saliva con el fin de no comenzar a llorar como un niño; lo consiguió por poco.

Su compañero se había alejado dos pasos y hacía gestos señalando a los de la ambulancia el lugar al que debían acudir.

—¡Hay mucha sangre! —gritó y Orol pudo ver que también estaba asustado.

Orol se levantó sin haber conseguido captar las pulsaciones. En su fuero interno sabía que aquella muchacha estaba muerta. Se acercó a su compañero y juntos vieron cómo los sanitarios trabajaban para que aquella chica no muriera.

Tras unos minutos intensos vieron cómo subían el cuerpo a una camilla. Tenía una vía puesta y eso dio ánimos a los dos policías.

—¿Está viva? —preguntó Andrés a una chica al pasar a su lado.

—De momento parece que sí —contestó de manera automática mientras corría a la ambulancia en busca de algo.

Una vez que los facultativos se llevaron a la chica, los agentes se quedaron un rato en silencio; cada cual pensaba en sus cosas, sin decir nada el uno al otro, pero ambos sabían que aquello los cambiaría para siempre. Por mucho que uno se quiera, hay cosas a las que jamás se acostumbra y una de esas cosas es ver cómo la vida de una persona se va entre tus manos.

Los dos tenían restos de sangre en sus manos, que manchaban sus jerséis. La noche era fría y húmeda, pero de eso ninguno se dio cuenta. Estuvieron aún unas horas allí, sin saber nada de lo ocurrido con la chica. Tenían que esperar al grupo de judicial y a científica para que cada uno hiciera su trabajo.

Nadie se paró un segundo a pensar que habían sido ellos los primeros en llegar y que fueron los últimos en irse. Eso era algo que iba unido, inexorablemente, a su puesto de trabajo.

«Somos la última mierda», le dijo Andrés a Pedro al finalizar la noche cuando, tras compadecer en la oficina por aquel, se pudieron cambiar de ropa e irse a sus casas. Ya había amanecido y ninguno de los dos tenía sueño. Los dos guardaban en sus retinas la imagen del cuerpo semidesnudo de una joven de veinte años que había sido violada salvajemente y apuñalada dos veces: una en el corazón y otra en el estómago. (Eso lo supieron después). Seguramente esa mañana no podrían dormir, por lo que se fueron a desayunar a una cafetería cercana a su trabajo.

A las diez de la mañana y tras desayunar, los dos compañeros, en completo silencio, se despidieron y quedaron en verse en el siguiente turno, tres días más tarde.

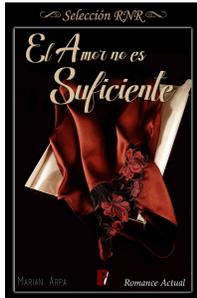
—Es posible que me pase mañana por el hospital —murmuró Pedro mientras estrechaba la mano de su compañero—. Me gustaría saber qué pasará con esa chica —aclaró al ver el gesto de Andrés.

—Te voy a dar un consejo —le contestó con una mano en su cabeza; no obstante le sacaba algo más de una cabeza de altura—. No te lleves las cosas trabajo a casa, aquí vas a ver muchas y algunas, como lo que hemos visto hoy, muy impactantes. Pero hay que saber dejar la vida profesional a un lado cuando uno está con la familia y con los amigos; si no, te vas a volver loco. —Lo despeinó un poco y se fue con paso lento.

—Lo necesito. —Fue lo único que acertó a decir Orol.

Paseó durante un rato por las calles de Madrid, calles que a esa hora estaban semidesiertas al ser un domingo. Pedro lo meditó mucho tiempo, pero al final, y tras creer que le sería imposible dormir, se fue al 12 de octubre, hospital en el que sabía que estaba la chica.

¿Qué hacer cuando el hombre que amas y con quien vas a casarte no confía en ti?



La cadena de tiendas de ropa interior femenina, Belleza íntima, funciona a la perfección. Sergio Roca la dirige y es el primero en estar al pie del cañón. Es de los que creen que para que un negocio prospere hay que trabajar tanto o más que los empleados.

Una noche se da cuenta de que una de las empleadas de contabilidad no abandona su lugar de trabajo y, al día siguiente, el superior de esa mujer le dice que tendría que despedirla.

Él mismo se propone investigar qué está pasando en ese departamento.

Virginia Santos está harta de trabajar para un déspota que la explota, se lleva broncas inmerecidas y la trata como si fuera una basura. «Tendrías que quejarte al jefe», le aconsejan sus compañeras, pero en aquella planta se ha pintado una imagen de él peor que la de su superior.

Una noche conoce al dueño de la empresa y no es el viejo decrepito y déspota que todas creían. Es un hombre joven y muy atractivo.

Ella detecta que en una de las tiendas ocurren cosas que no son normales y decide investigarlo sin informar a nadie. Por lo que descubre, cree que, entre otras cosas, se blanquea dinero, se defrauda a Hacienda y... ¿quién sabe qué más?

¿Qué puede hacer?

Marian Arpa es el seudónimo con que María Antonia Ariño Parra firma sus novelas románticas. Vive en Reus, su ciudad natal, con los tres amores de su vida: su marido y sus dos hijos. Su afición por la lectura la llevó a leer todo lo que caía en sus manos desde muy joven, hasta que un día la novela romántica la atrapó, y sumida en relatos de castillos y damas en apuros, Escocia, Irlanda e Inglaterra, pensó que también podía haber historias de amor actuales. Desde ese momento dejó volar su imaginación y empezó a escribir.

Edición en formato digital: febrero de 2018

© 2018, Marian Arpa

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-978-2

Composición digital: Plataforma de conversión digital

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Índice

El amor no es suficiente

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43
Capítulo 44
Epílogo
Agradecimientos
Nota de la autora

Si te ha gustado esta novela...
Sobre este libro
Sobre Marian Arpa
Créditos